FIONA DAVIS

Los SECRETOS *de* LA BIBLIOTECA *de la* QUINTA AVENIDA

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho
Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En la Biblioteca más icónica del mundo, el robo de unos libros de incalculable valor cambiará el destino de tres generaciones.

Nueva York, 1913. Laura Lyons no puede pedirle más a la vida: es la esposa del superintendente de la Biblioteca Pública de Nueva York, situada en la célebre Quinta Avenida, donde viven junto a sus dos hijos. Además, acaba de ser admitida en la facultad de periodismo de Columbia, una de las únicas mujeres en lograrlo. Un día y de forma misteriosa, empiezan a desaparecer de la biblioteca valiosos ejemplares, lo que convertirá a Laura y su familia en los principales sospechosos de los robos.

Nueva York, 1993. Sadie Donovan trabaja como curadora de libros antiguos en la misma biblioteca en la que vivió su abuela, la célebre ensayista Laura Lyons, pionera del feminismo en los Años Veinte. Sadie ha ocultado su parentesco con la escritora, pero cuando la biblioteca se enfrenta a una oleada de robos de manuscritos, sus pesquisas la llevarán a bucear en su pasado familiar, y sacarán a la luz la verdad acerca del mayor misterio de la historia de la Biblioteca.

Los secretos de la biblioteca de la Quinta Avenida

Fiona Davis

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

Para las bibliotecarias y bibliotecarios de todo el mundo

Capítulo uno

Ciudad de Nueva York, 1913

Debía contárselo a Jack, aunque no le iba a hacer ni pizca de gracia.

Mientras Laura Lyons regresaba de hacer unos recados, dándole vueltas a las posibles reacciones de su marido cuando se enterara de la noticia, vislumbró a la mendiga apostada de nuevo en el primer peldaño de la escalinata de granito que conducía a su hogar: siete habitaciones en las profundidades de la palatina Biblioteca Pública de Nueva York. Esta vez la presencia de la mendiga no le generó lástima, sino un miedo atávico. Era ciertamente algún tipo de mal augurio que hizo que a Laura se le acelerara el corazón. Una mujer al borde de la ruina, sola y sin recursos. Sin amor.

El vestido de luto de la mendiga estaba más ajado que la semana anterior, deshaciéndose ya por las mangas y el dobladillo, y el rostro le brillaba con el sudor del verano. A lo largo del último mes se había ido colocando cada pocos días al lado de aquella monumental entrada, bajo uno de los imponentes leones de piedra, a los que habían bautizado como Leo Astor y Leo Lenox, en homenaje a dos de los fundadores de la biblioteca, John Jacob Astor y James Lenox. A los hijos de Laura los habían fascinado desde el primer momento; Harry había reclamado a Lenox como su mascota, y Pearl había hecho lo propio con Astor, sin importarles que en la prensa se hubieran burlado inicialmente de ellos al afirmar que parecían un cruce entre un perro salchicha y un conejo. La semana anterior Laura había estado a punto de no poder impedir que su hijo grabara sus iniciales en las fuertes patas de Leo Lenox.

La mendiga se movió, en un intento por buscar algo de sombra. Laura se preguntó dónde debía de estar la criatura desdichada que solía ocuparle el regazo.

—Dinero o comida, por favor, señorita. Lo que pueda usted.

Laura metió la mano en la cesta de la compra y sacó dos

manzanas. Uno de los empleados de la biblioteca no tardaría en echar a la mendiga, así que Laura se alegró de haber llegado a tiempo, aunque el acto de ofrecerle su ayuda a la pobre mujer estuviera inspirado, al menos en parte, por un trato ridículo y supersticioso que solo existía en la mente de Laura. Como si tratar con generosidad a una persona necesitada pudiera facilitar la conversación que la esperaba.

—Gracias, señorita. —La mujer se guardó la fruta en los bolsillos —. Que Dios la bendiga.

Laura se apresuró a subir la escalinata y entrar en el Astor Hall, dejando atrás a las decenas de visitantes que paseaban por allí y cuyas voces resonaban en los escalones de mármol, los suelos de mármol, las paredes de mármol. Hasta las bases decorativas de los candelabros de bronce estaban hechas de mármol de Carrara extraído de los Alpes Apuanos. Aquella opción mantenía el edificio fresco en tórridos días de septiembre como aquel, a pesar de que en invierno se tuviera la sensación de estar caminando por una nevera, sobre todo por la noche, cuando la biblioteca estaba cerrada y apenas se alimentaban los hornos.

Giró hacia la izquierda, a través de la gran galería sur-norte, pasando por debajo de una serie de lámparas esféricas de un grueso vidrio curvado que dividían las largas hileras de artesones del techo. Hacia la mitad del pasillo giró a la derecha una vez, y luego otra, antes de subir una escalera estrecha hasta el apartamento del entresuelo donde hacía dos años que vivía su familia.

Sus siete estancias privadas formaban un ángulo recto que abrazaba una de las esquinas de uno de los dos patios interiores de la biblioteca, con las habitaciones y el estudio de Jack a un lado y la cocina, el comedor y la sala de estar al otro. La zona abierta que ocupaba el vértice del ángulo recto, y donde emergía la escalera, se había convertido en la sala de juego de los niños; allí Harry repartía sus vías de tren en un rincón y Pearl aparcaba el cochecito de su muñeca bajo la puerta del montaplatos. Cuando se mudaron, Jack les había tenido que dar una buena reprimenda al descubrirlos con las cabezas asomadas al oscuro agujero, pero la familia no había tardado en acomodarse y adaptarse a su nuevo entorno.

El director de la biblioteca —el jefe de Jack— les había indicado durante el paseo de bienvenida que la arquitectura clásica del edificio

seguía una progresión de materiales duros a blandos, empezando por el vestíbulo de piedra hasta ceder el testigo a los paneles de madera de las estancias interiores. Laura había puesto de su parte para mantener la tradición, suavizando los duros suelos con un batiburrillo de alfombras orientales y cubriendo los enormes ventanales con gruesas cortinas. Sobre la repisa de la chimenea había enmarcado el artículo de diario acerca de aquel inusual acuerdo de alojamiento, publicado el año en que se mudaron.

Gritó los nombres de sus hijos al entrar en la cocina, y el sonido de sus pesadas pisadas a su espalda le dibujó una sonrisa en los labios.

—A Harry se le ha caído otro diente —exclamó Pearl primero, con un brillo alegre en los ojos por haber sido capaz de adelantarse a su hermano para darle la noticia.

Laura creía que vivir allí los habría convertido en un par de ratones de biblioteca, pero Pearl no quería saber nada de historias en las que no aparecieran fantasmas o animales. Harry era distinto, aunque no era tanto de leer como de que le leyeran, sobre todo su deteriorado ejemplar de *Héroes marítimos para chicos.* A principios de aquel verano, cuando Jack le había leído a Laura al oído un verso de uno de los sonetos de Shakespeare con un tontorrón tono de falsete mientras ella lavaba los platos, Harry había exigido saber qué significaba. A la hora de dormir, Laura había bajado el ejemplar de la librería y le había leído unos cuantos poemas en voz alta. Harry la interrumpía para preguntarle por los versos más procaces, que Laura esquivaba como podía. Más tarde, cuando ella y Jack ya estaban tumbados en la cama, se rieron entre dientes del oído natural —y totalmente inocente— de su hijo por las partes más obscenas.

Pearl era la mandona, mientras que Harry era más bien dulce, aunque a veces también algo torpe al enfrentarse a los caprichos de la naturaleza humana. Cuando Laura había dejado por primera vez a sus hijos en la escuela en el cruce entre la calle 42 y la Segunda Avenida, dos años atrás, Pearl había dedicado un momento a analizar los grupos de niñas diseminados por el patio del recreo, reflexionando sobre cuál sería la mejor forma de actuar, mientras que Harry se había tambaleado sin pensárselo dos veces hasta un grupo de niños que jugaban a las canicas, chutando por accidente algunas durante el proceso, lo que había provocado que le dieran un empujón y fuera rechazado de inmediato.

Harry, con casi once, era cuatro años mayor que Pearl, pero ella era más astuta, más ágil. Laura y Jack habían descartado el nombre inicial que habían escogido para su hija —Beatrice— después de ver el pelo delicado como la escarcha que le cubría la cabeza, más cercano al de una anciana que al de una bebé. Sus ojos no eran del intenso azul de Laura, sino más bien grises, y sus facciones y color le daban un aspecto ceniciento.

—Pearl —había concluido Laura, y Jack había accedido con lágrimas en los ojos:

—Pearl.

El último año de escuela había sido duro para Harry, quien, al contrario que su hermana, jamás llevaba amigos a casa para jugar ni recibía invitaciones para fiestas de cumpleaños. Laura esperaba que aquel año fuera diferente y que él ganara algo de confianza, más aún teniendo en cuenta, si todo salía según lo planeado, que ella no estaría tanto tiempo en casa.

Pearl acompañó a su hermano hasta la cocina.

—Enséñale el diente, Harry.

Él abrió la palma de la mano, donde un diente de leche reposaba como una rara gema. Laura lo cogió y lo acercó a la luz.

—Es precioso. A ver esa mella.

Él sonrió de oreja a oreja, mostrando el espacio que antes había ocupado uno de los colmillos.

—No me ha dolido nada, estaba jugando con la lengua y, de repente, plop, se ha caído.

—Menos mal que no te has atragantado con él —dijo Pearl—. Conozco a una niña a la que le pasó y se murió.

—Pearl, eso es mentira.

Harry miró a Laura para que se lo confirmara.

—Ni caso, no te preocupes. —Laura se guardó el diente en el delantal—. Venga, id a lavaros antes de que vuestro padre llegue a casa.

Cortó el rosbif y las patatas de la noche anterior, contenta por no tener que encender el fuego con aquel calor, y estaba haciendo rodajas con unas manzanas para el postre justo cuando entró Jack.

Jack se tiró de la corbata y miró nerviosamente alrededor de la diminuta estancia.

—No tengo tiempo para cenar, todavía tengo pendiente lo de las

nóminas.

No era el mejor momento para darle la noticia. Le dio un beso antes de volverse y guardarse de nuevo en el bolsillo del delantal la carta que había dejado en la mesa de trabajo.

—Por supuesto que tienes tiempo para cenar, es pronto.

Pero ella sabía a qué se refería. Lo que Jack quería decir era que, si se saltaba la cena, tendría tiempo de preparar las nóminas y trabajar en su manuscrito, en el libro que había empezado a escribir años atrás y que por fin estaba a punto de completar.

—¿Puedes llevármela al estudio? —Se pasó el archivo de las nóminas a la mano izquierda y cogió una rodaja de manzana—. Puedo ir haciendo los números de las nóminas y comer a la vez.

Sus ojos suplicantes le recordaban a los de su hijo. Preparó un plato y lo llevó a la habitación extra, adonde Jack había arrastrado una de las mesas de la biblioteca hasta colocarla contra la ventana. Todo en aquella habitación resultaba desproporcionado, como si se hubiera metido una gran barcaza de madera dentro de un cobertizo diminuto.

Ya estaba descendiendo por las filas del libro de cuentas, rellenando cada una con el nombre, el puesto y el salario mensual de las ochenta personas a su cargo de la Biblioteca Pública de Nueva York. Ella echó un vistazo a la lista por encima del hombro de él: guardas, porteros, ascensoristas, ebanistas, fontaneros, electricistas, personas que recorrían las estanterías, conserjes, carboneros. Y en la parte superior, Jack Lyons, superintendente.

Cuando le ofrecieron el trabajo, mientras aún vivían en el campo, Laura se había mostrado reticente a regresar a la ciudad. Reticente a renunciar al sol y al aire fresco del que disfrutaban sus hijos por vivir a cien kilómetros al norte de Nueva York, así como a la comunidad de empleados y compañeros que residían en el perímetro de la desvencijada hacienda cuyos terrenos supervisaba Jack. En un primer momento, la decisión de mudarse al campo no había sido de ella, pero el puesto que les habían ofrecido era, por así decirlo, una huida: una opción para que Laura pudiera evitar la peor parte de la ira y decepción de su padre por el hecho de haberse casado embarazada. Juntos, ella y Jack habían decidido dejar atrás las luces de la ciudad por una vida más tranquila, en la que Jack vigilaba con diligencia la finca durante el día y escribía por la noche. Todos los inviernos,

después de las primeras nieves, Harry y Pearl se tiraban con un trineo por la enorme colina que había tras la mansión de los propietarios, y todas las primaveras recogían narcisos del jardincito que tenían al lado de casa y se los presentaban a Laura como si estuvieran hechos con filigrana de oro.

Sin embargo, la acaudalada pareja de ancianos propietarios de la finca murieron, y sus hijos habían decidido vender las tierras y echar a los trabajadores.

Laura, Jack y los niños se habían mudado a la biblioteca justo antes de que abriera al público. Las vistas que Laura tenía del enorme roble que se alzaba frente a la ventana de la cabaña del guardés habían dejado paso al duro blanco de los bloques de mármol de treinta centímetros de grosor. No había ni pizca de verde a la vista. Los paneles de nogal del salón y de la moderna cocina no le habían disgustado en un principio, ni tampoco la idea de vivir entre los muros del edificio más hermoso de Manhattan, pero el aislamiento había acabado por desgastarla. A pesar de que la biblioteca cumplía con las expectativas que tuvieron los fundadores de que fuera el edificio de mármol más grande del mundo, un ejemplo inspirado en la arquitectura clásica que tardaron dieciséis años en completar, Laura no había previsto lo remotas que serían sus vidas dentro de aquella fortaleza nívea. No había vecinos a los que saludar por las mañanas, como en la casa pareada en la que había crecido, ni pícnics junto a la orilla del río con otras familias, como cuando vivían en el campo. En su lugar, lo que veían era un desfile interminable de visitantes anónimos que entraban para ver si el edificio estaba a la altura de su reputación por su elegancia y belleza (la respuesta era siempre un rotundo «sí»), o aquellos que simplemente querían ocupar una silla en la Sala Principal de Lectura.

Jack se pavoneaba por el edificio como si fuera su propio castillo, y en cierta manera no iba desencaminado. Conocía todos los secretos, cada recoveco. Fanfarroneaba tanto sobre el lugar delante de los niños que era fácil encontrarlos repitiendo como loros las estadísticas: miles de visitantes al día, ciento cuarenta kilómetros de estanterías que contenían un millón de libros.

Y, en el centro de todo, su familia, encajada detrás de una escalera oculta.

No podía esperar más. Cuando él empezara a trabajar en su

manuscrito, su interrupción sería aún menos bienvenida. Pensó en la mendiga que entrecerraba los ojos bajo la agresiva luz del sol, con una única mano desnuda levantada. Ella nunca sería así.

Poco a poco extrajo el sobre del bolsillo y sacó la carta, oyendo únicamente el rasgar de la pluma estilográfica de Jack.

—Me han respondido —anunció al fin.

Él dejó la pluma sobre el escritorio sin levantar la mirada.

—¿Ah, sí?

Ella esperó.

—¿Y...?

—Me han aceptado.

La Sala Principal de Lectura de la tercera planta era el mejor lugar para pegarse una buena llorera de madrugada. Laura lo había descubierto poco después de mudarse allí. Siempre había sido de lágrima fácil, y la enormidad del espacio, con sus techos de diecisiete metros adornados con nubes de algodón, era lo más cerca que podía estar de los campos que se extendían tras la casita al norte del estado a los que se retiraba cuando sus emociones la embargaban. Durante el día las mesas relucientes de la estancia, salpicadas por lámparas de escritorio, estaban flanqueadas por las espaldas encorvadas de los visitantes, que leían o tomaban notas con el delicado rasgar de las plumas. Laura solía imaginarse cómo sería si todos sus pensamientos se volvieran visibles, si la enorme caverna que tenían sobre sus cabezas de repente se atestara de palabras y frases, flotando en el aire como pompas de jabón.

Aquella noche, sin embargo, la sala no estaba ocupada más que por sus miserables cavilaciones.

No solo lloraba por ella, sino también por el disgusto que se había llevado Jack al no verse capaz de concederle su único deseo: ir a la Escuela de Periodismo de Columbia. Sencillamente no se lo podían permitir. Tenía un rostro tan afable, honesto y con tendencia a la sonrisa que verlo tan desolado la había afectado el doble por haberle causado dolor.

Cuando le comentó la idea a Jack por primera vez a principios de año, él había reaccionado con su típica meticulosidad. Juntos, habían hecho una lista de ventajas y desventajas, y habían decidido que solo

sería factible si le otorgaban una beca completa. Y no era el caso. De hecho, ni siquiera la habían aceptado, sino que la habían puesto en lista de espera. Hasta aquel día.

No había valorado la idea de volver a estudiar hasta unos cuantos meses atrás, cuando el ayudante del director de la biblioteca, el doctor Anderson, la había oído bromear sobre lo que significaba criar a sus hijos entre los muros de la biblioteca y le había sugerido que escribiera un texto al respecto para el boletín informativo mensual de los empleados. Había escrito deprisa y corriendo un artículo tonto sobre lo difícil que era tener a Pearl y Harry tranquilos durante el día, sobre todo en verano, cuando no estaban en la escuela, y cómo se le había ocurrido la idea del «pataleo» de diez minutos por las noches, después de que los visitantes se hubieran echado a las calles y las oficinas de administración se hubieran vaciado. A su señal, los tres brincaban por los pasillos, danzando y cantando, Harry haciendo carreras y Pearl practicando su canto tirolés, lo que había provocado que el vigilante del turno de noche subiera a toda prisa al segundo piso para descubrir qué demonios estaba pasando. Se había plantado frente a ellos resollando, con las manos en las rodillas, y Laura había temido que pudiera llegar a desplomarse del susto. Con todo, después de aquella primera vez él se había ido acostumbrando a la idea, y a veces incluso se les había unido, ofreciendo un alarido que resonaba por las escaleras y probablemente aterraba a las ratas que deambulaban por el sótano.

Cuando el doctor Anderson asumió el cargo de director, había insistido en que Laura escribiera una columna mensual llamada «La vida entre estanterías», y ella lo hacía diligentemente con la máquina de escribir de Jack mientras él trabajaba. Poco después había visto un anuncio en el periódico sobre la creación de una escuela de periodismo en la Universidad de Columbia, abierta a hombres y mujeres. Tras unas cuantas pesquisas descubrió que los estudiantes que tuvieran el bachillerato solo debían hacer un año de cursos. Un año. Ochenta y cinco dólares por semestre. Una suma considerable, teniendo en cuenta el salario de Jack. Pero aun así solo eran dos semestres. Habría terminado casi sin darse cuenta, y luego podría conseguir trabajo en un periódico y llevar a casa su propio sueldo. Tras discutirlo con Jack, ella le había pedido una carta de recomendación al doctor Anderson y se había llevado una buena

sorpresa cuando él había accedido a redactarla.

Laura se había enterado de que la habían puesto en la lista de espera pocas semanas después de haber enviado por correo su solicitud. Hasta aquel día, cuando había recibido las buenas noticias. Había quedado una vacante y, si la quería, era toda suya. Pero Jack no parecía verlo de la misma forma.

—Ojalá pudiéramos permitírnoslo y que fueras, pero no sé si es lo mejor —le había dicho en el apartamento—. Aunque pudiéramos, ¿qué pasa con los niños?

Había previsto aquella pregunta.

—Ya son mayorcitos para cuidarse solos. Y si hubiera algún problema, te tienen a ti en este mismo edificio.

—¿Por qué no sigues haciendo lo que haces, Laura? —le preguntó Jack—. El doctor Anderson me dijo el otro día que tenías un estilo encantador en lo de los boletines informativos.

—Porque no me pagan. Quiero ayudar para que no cargues tú con todo el peso de nuestras vidas.

—Siempre caemos de pie. ¿De qué peso hablas?

No podía mencionarle a la mendiga; no lo entendería. Que temía que si algo le ocurriera a Jack ella también acabaría en los escalones, harapienta y sucia, pidiendo dinero. Había visto cómo el opulento estilo de vida de sus padres desaparecía de un plumazo tras varios reveses financieros, a pesar de que ellos se negaran a hablar del tema, como si el hecho de ignorar el problema pudiera hacerlo desaparecer. Cada pocos meses Laura advertía otro espacio vacío en su palacete de Madison Avenue después de que hubieran vendido otro antiguo buró, o un rectángulo demasiado llamativo en el papel de la pared donde poco antes había colgado un retrato solemne.

El último número de la revista *McCall's* incluía un editorial que trataba de la inquietud creciente entre las mujeres modernas acerca del hecho de que necesitaban tener algo de poder sobre sus vidas. Ella experimentaba esa inquietud todos los días. Vivir en un edificio hasta los topes de libros y conocimiento, con sus estanterías de mapas y diarios del mundo, y aun así sentirse tan tremendamente reprimida era una tortura.

—Quiero algo de pasión, igual que tú con tu manuscrito.

Quizá lo entendiera si se lo planteaba de aquella forma.

—Mira, Laura, el año que viene habré acabado el manuscrito. Si

esperamos hasta entonces podemos aprovechar el adelanto para tu matrícula. Es lo mínimo que puedo hacer, después de todo lo que has hecho por mí.

Ella se sentó sobre su regazo a horcajadas y le apoyó la cabeza en el hombro.

—De eso nada, bobo —le susurró—. El adelanto es para que dejes este trabajo y te dediques a la escritura a tiempo completo. Pero, mira, si para entonces me he graduado y he encontrado trabajo, podrás dejarlo de todos modos.

Al verlo parpadear dos veces sabía que había metido la pata. Porque hasta ese punto se conocían tras once años como marido y mujer. Se habían conocido en Nueva York durante una de sus pausas entre semestres de la Universidad de Vassar, en una fiesta en la que temía haber hablado demasiado alto y con demasiada vehemencia sobre el significado de un poema de Poe. Aún se estaba acostumbrando a ser la más joven de la sala y a no ser ya la más lista. Laura había acabado el instituto en tres años y la habían aceptado en la universidad a los dieciséis, animada por su madre a que no dejara pasar ninguna oportunidad. Pero el tiempo que había permanecido en la ciudad, entre mentes mucho más brillantes que la suya, no había tardado en ponerle los pies en el suelo. Avergonzada tras el soliloquio sobre Poe en la fiesta, se había retirado a la cocina para ayudar a limpiar los cacharros. Jack se había apuntado a secar las copas de champán, y los dos habían reprimido una carcajada después de que la anfitriona apareciera de improviso y les advirtiera sobre que tuvieran cuidado de no romper los tallos.

—Id con cuidado —había repetido Jack con un tono afectado después de que ella se marchara—. Son delicadísimas, ¿sabéis?

Levantó una hacia la luz para comprobar que no quedaran manchas, con una manaza enorme como la garra de un oso. En ese momento la copa se le resbaló y aterrizó en el fregadero en un montón de fragmentos parecidos al hielo.

Los dos se miraron fijamente, perplejos, antes de romper a reír. Esa noche, algo más tarde, le había dicho que era preciosa, y no parecían haberle importado las gruesas cejas oscuras que le daban aspecto de mojigata (según su padre) ni que tuviera el pelo hecho un desastre (también según su padre).

Se había dado cuenta de que Jack estaba mirando la máquina de

escribir de reojo. No veía el momento de ponerse otra vez manos a la obra para aprovechar al máximo cada minuto antes de caer rendido en la cama a medianoche.

—A lo mejor podríamos pedírselo a mis padres.

Sabía que aquello estaba fuera de toda cuestión, pero quería animarlo a valorar la situación desde todos los ángulos posibles. Jack se enderezó. Mencionar a sus padres había sido otro error. Llevaba una década intentando demostrar que era un buen marido y un buen padre.

—No, ni hablar.

—Ya. Lo siento.

Jack abrió la carta y la leyó.

—Son ochenta y cinco dólares por semestre, más veinte dólares por los libros. —Volvió a dejarla sobre el escritorio y la rodeó delicadamente con los brazos—. Está fuera de nuestro alcance. Además, serás mayor que los otros estudiantes. Años y años.

Ella le dio un golpecito, aunque aquellas palabras le habían dolido más de lo que parecía.

—Oye, que tengo veintinueve. Y me dicen que no aparento más de veinte.

—Como mucho, veintiuno.

—Es un año. Dura menos que otro tipo de grados. ¿Y si nos apretamos el cinturón?

Pero ella conocía sus finanzas tan bien como él. Qué extraño que apenas llegaran a final de mes viviendo en aquella maravilla arquitectónica. Los niños estaban creciendo tan rápido que, por lo visto, necesitaban ropa nueva cada dos por tres. Pearl había cogido una gripe terrible en enero, y las facturas del médico por poco los arruinan. Ya estaba bien, gracias a Dios, pero ellos seguían trampeando. El momento no podía ser peor.

Él le agarró la barbilla con una mano y le dio un beso.

—Siento no poder darte el mundo entero.

—Todavía no, pero tiempo al tiempo.

Habló con todo el ánimo que pudo reunir y lo dejó trabajar. Después de lavar y secar los platos de la cena, se fue a ver cómo estaban los niños —Harry se había quedado dormido en un abrir y cerrar de ojos, y Pearl estaba en su habitación cambiándole la ropita a su muñeca—, antes de escabullirse del apartamento y echar a andar

escaleras arriba, hasta la Sala Principal de Lectura, para poder curar sus heridas en privado. Su padre le había advertido que, si se negaba a cumplir sus deseos y se casaba con Jack, su vida cambiaría drásticamente. Y tenía razón, aunque no como él había previsto. Adoraba ver a sus hijos ganar altura, velocidad y humor día tras día, y tenía suerte de poder compartir su vida con el hombre que mejor la conocía.

Pero no era suficiente. El tiempo volaba y ella quería hacer más, ser más. Las tareas domésticas diarias, la monotonía, le pesaban como si llevara piedras en los bolsillos. Todos los días tenía otra cena que preparar, otro calcetín que remendar.

Se sacó un pañuelo de la manga y se secó los ojos, disfrutando de la quietud de la sala, del oscuro silencio.

Un sonido proveniente de la pasarela superior recorrió toda la sala por encima de las estanterías y le hizo dar un respingo. Una puerta se abrió y allí apareció el doctor Anderson, entornando los ojos por encima del pasamano.

—Señora Lyons, ¿es usted?

Rezó porque la oscuridad de la sala le ocultara los ojos enrojecidos. Rayos de luz de luna se colaban por las enormes ventanas batientes, pero no bastaban para iluminar el espacio.

—Yo misma, doctor Anderson. —No tenía motivos para estar allí a aquellas horas, y se esforzó por encontrar una excusa antes de optar por decir la verdad—. A veces me gusta disfrutar del silencio.

—Pues ya somos dos. He estado acabando con la faena y me apetecía fumarme un cigarrillo. ¿Ha estado alguna vez aquí arriba?

—No, señor.

Le hizo un gesto para que entrara por la puerta que él tenía justo debajo, encajada entre las estanterías. Conducía a una escalera de caracol que ascendía hasta la pasarela con la barandilla de bronce, donde se unió a él.

—Venga por aquí.

Lo siguió a través de otra puerta, esta vez engastada en los bloques de mármol entre la segunda y la tercera ventana. Dentro, unos cuantos escalones subían hasta un estrecho corredor en el que apenas cabían tres personas. Frente a ellos esperaba una puerta con un ventanuco con barrotes. Cuando él la abrió, Laura profirió un grito ahogado y dio un paso al frente.

Estaban respirando el aire fresco de la noche desde uno de los balcones con vistas a Bryant Park y a la parte oeste de la ciudad. La luna llena iluminaba los edificios vecinos, mientras que justo debajo de ellos los árboles proyectaban sombras lunares sobre los pasajes, como si fuera mediodía.

—Siempre había sentido curiosidad por estos balcones —dijo ella —. Desde el parque se ven lejísimos.

—Corre el rumor de que la idea inicial era que acabaran conectando con un anexo del edificio que nunca llegó a construirse, pero yo creo que a los arquitectos simplemente les gustaba cómo quedaban.

Le dio una calada al cigarrillo. La primera vez que lo vio la habían intimidado su alta frente y su labio inferior hinchado —le recordaba a los retratos de aristócratas franceses del siglo XVII—, pero la propuesta de las columnas para el boletín informativo había suavizado su impresión inicial, y la carta de recomendación había sido un elogio tras otro.

—¿Se sabe algo de Columbia?

Tenía la esperanza de que hubiera acabado olvidándose de aquello después de que se lo mencionara la pasada primavera, cuando envió la solicitud. Su gozo en un pozo.

—Sí.

—Cuénteme.

—Al principio me pusieron en lista de espera, pero hace poco me informaron de que me habían aceptado.

—Vaya, pues enhorabuena. Jack no debe de caber en sí de orgullo.

—Pues sí, la verdad. Pero creo que esperaré un poco, de todas formas. Ahora no es el momento.

—¿Es por los gastos?

Si hubiera dicho que sí, habría dado la impresión de que no estaba conforme con el sueldo de Jack, y nada más lejos de la realidad. Tan confusa estaba por encontrar la respuesta adecuada que el rostro se le encendió. Se ruborizó intensamente bajo el escrutinio del doctor Anderson.

—No, no, en absoluto —balbució—. Los niños me necesitan. Ya lo intentaré el año que viene, cuando sean algo mayores.

—Entonces ¿me hizo escribirle aquella carta para nada?

Su tono le atravesó el alma. Estaba disgustado.

—No, ni mucho menos —le aseguró sin perder un instante—. Pero las circunstancias han cambiado.

Él apagó el cigarrillo y le abrió la puerta para que volviera adentro. Mientras atravesaban la Sala Principal de Lectura y se dirigían a la Sala de Catálogos anexa, charlaron sobre la terrible ola de calor que asolaba la ciudad y otras cuestiones mundanas, antes de que ella se retirara a su apartamento para acostar a Pearl.

Tres días más tarde Jack acudió apresuradamente al apartamento a buscarla mientras ella secaba la ropa de los niños, con el brazo agarrotado de pasar camisetas mojadas por el escurridor.

—El doctor Anderson quiere vernos a los dos —anunció Jack lívido—. Ahora mismo, me ha dicho su secretaria.

Se le hizo un nudo en el estómago mientras lo seguía pasillo abajo. ¿Le habría revelado demasiado al doctor Anderson la otra noche? Parecía molesto, e incluso enfadado, con que le hubiera pedido la recomendación para luego no aprovecharla. ¿Qué había hecho?

Capítulo dos

Ciudad de Nueva York, 1993

Sadie Donovan se apoyó sobre el león de piedra al que llamaban Paciencia y esperó a que menguara la cola de turistas que estaban entrando en la biblioteca. El sol de marzo brillaba con fuerza y ofrecía una cierta calidez, a pesar de que las ráfagas de aire intermitentes dejaran patente que aquella primavera temperamental seguía sujetando con firmeza las riendas. El aire frío la irritaba, igual que las multitudes que irrumpían en el edificio. Lo asaltaban a oleadas, primero tomando fotos de los dos leones de mármol que flanqueaban la escalinata —el que tenía justo enfrente se llama Fortaleza, los nombres con los que los había bautizado el alcalde La Guardia como reflejo de las virtudes de la época de la Gran Depresión—, y luego atravesaban las puertas giratorias que los dejaban en el vestíbulo como aparatos en una cadena de montaje. Desde allí vagaban sin rumbo, pasando sus grasientas manos por los muros pulidos y bloqueando la entrada a la Sala Principal de Lectura del piso superior mientras contemplaban los techos pintados boquiabiertos como besugos.

Casi deseaba que los arquitectos no se hubieran esforzado tanto al diseñar el edificio. Este debía ser un lugar para especialistas, donde los mapas, libros y artefactos tuvieran prioridad, no las volutas ni los candelabros. Si de ella hubiera dependido, habría establecido un acceso limitado a aquellos papanatas, de siete a nueve de la mañana, por ejemplo, y solo los miércoles. Si los turistas querían visitar un museo, que se fueran a infestar el Museo Metropolitano de Arte en la parte alta de la ciudad. No su territorio.

Por fin la muchedumbre se diseminó y ella entró, maniobrando escaleras arriba hasta el rincón noreste de la planta superior de la biblioteca, a través de las pesadas puertas de madera maciza marcadas como Colección Berg. Mientras que la Sala Principal de Lectura al otro

lado del pasillo ofrecía una cantidad enorme de escritorios y sillas bajo hileras de ventanales, la Berg no tenía ventanas y solo había un par de mesas grandes. Y, con todo, tenía su propia majestuosidad queda, con estriadas columnas corintias flanqueando paneles de roble austríaco. En las vitrinas se mostraban ediciones y manuscritos valiosos de Thackeray, Dickens y Whitman, donados generosamente por los hermanos Henry y Albert Berg en los años cuarenta. Era una sala íntima, segura.

Al entrar en la oficina trasera, su colega Claude levantó la mirada del escritorio.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

—Qué va.

El teléfono le sonó y se volvió. Sadie se acomodó y dejó el bolso en el cajón de su escritorio. Al otro lado del despacho, una decena de sobres internos se amontaban en la mesa de su jefa. Sadie pensó que bien podría empezar el día echándoles un ojo para que la administración de la Colección Berg no se retrasara.

El día antes Marlene Jenkinson, la comisaria de la colección y mentora de Sadie, no se presentó en el trabajo, tal como esperaban, después de la semana que había pasado en Nueva Inglaterra con su marido. Al ver que no había dado señales de vida a primera hora de la tarde, Sadie y Claude habían ido a ver al director de la biblioteca, el doctor Hooper, quien les había dicho que siguieran con su trabajo, que pronto los pondría al día.

Sadie había continuado trabajando en la copia maestra de las obras más destacadas de la Colección Berg para la próxima exposición, titulada *Sempiterno*, mientras Claude había estado en otra sala, en la de exposiciones, repasando la distribución con los ebanistas.

No era posible que Marlene hubiera extendido el viaje sin avisarlos y dejándolos en la estacada. La exposición era una oportunidad para que la Berg brillara. Atraería atención internacional, y todos habían estado trabajando día y noche desde que se anunció, pasando los fines de semana en los archivos, repasando libros únicos y haciendo inventario.

A lo largo de los últimos cuatro años Marlene había demostrado ser una mentora amable y generosa y una amiga para Sadie. No le cabía duda de que, si hubiera pasado algo, Marlene se habría puesto en contacto con ella para informarla. El misterio de su ausencia,

seguido por la cortante respuesta del doctor Hooper, preocupaba a Sadie. Valoró la posibilidad de expresarle sus inquietudes a Claude en cuanto colgara el teléfono, pero luego se lo pensó dos veces. Se habían estado tratando con una cierta cautela durante los últimos dos meses, ahora que su «relación» o lo que fuera que tuvieran se había acabado, y no quería mostrarse vulnerable frente a él.

Sadie siempre había preferido los libros a las personas. En el instituto comía en la biblioteca para evitar el confuso laberinto de reglas sociales de la cafetería. Se había hecho amiga de una de las bibliotecarias, quien, en el último año de Sadie, la había animado a estudiar un grado en biblioteconomía en Rutgers, donde Sadie lo había bordado en todas las clases. Tras ocho años trabajando en la biblioteca de la universidad, encontró un trabajo en la Biblioteca Pública de Nueva York y se mudó a un piso en el barrio Murray Hill de Nueva York, no demasiado lejos de la casa en la que había crecido. Era perfecto, con unos techos altísimos, chimenea y una escalera estrecha que llevaba al generoso desván donde dormía. La primera noche se había entregado a la felicidad; le costaba creer que aquella fuera su nueva vida.

Fue en la Biblioteca Pública de Nueva York donde realmente empezó a brillar, ocupando su puesto en la mesa de referencias de la Sala de Catálogos, junto a los viejos tubos neumáticos que aún enviaban las solicitudes de obras a las estanterías del sótano. Las preguntas aparecían con rapidez e ímpetu, y las que más adoraba eran las difíciles.

¿Cuánto estiércol de caballo se tiró a las calles en 1880? Sadie rastreó los documentos del departamento de saneamiento de ese año hasta dar con la respuesta: aproximadamente cien mil toneladas.

¿Cuándo se volvió verde la Estatua de la Libertad? Rebuscando en los archivos de la biblioteca encontró unas cartas que describían el monumento, echó un vistazo a representaciones artísticas y comparó postales de la estatua a lo largo de las décadas antes de concluir que 1920 fue el año en que había envejecido lo suficiente como para volverse de color verde.

Cuanto más inesperada la solicitud, más divertida era. Allí, en la biblioteca, era la reina de las preguntas, y sus colegas envidiaban sus talentos. Los nervios que Sadie sentía al estar rodeada de extraños, la preocupación de que, por alguna razón, no estuviera a la altura,

desaparecían en el trabajo. Porque los libros no jugaban contigo. Los hechos no jugaban contigo.

Más tarde la ascendieron a la Colección Berg. A pesar de que los vastos dominios de la biblioteca contenían numerosos libros excepcionales y colecciones de mapas, la Berg era la favorita de Sadie. No era como la Sala Principal de Lectura, en la que cualquiera podía pedir un libro con un carné de la biblioteca. En la Berg se examinaba con lupa incluso a expertos e investigadores. Para que les concedieran acceso debían describir su tema de investigación, resumir lo que habían investigado hasta la fecha y explicar por qué habían solicitado el documento que querían ver, fuera cual fuese. Lo que significaba que las solicitudes eran mucho más desafiantes que las más generales que se presentaban al otro lado del pasillo, y también mucho más satisfactorias. Incluso aunque tuviera que soportar al engreído de Claude apartándose repetidamente el pelo de los ojos como un caballo en una pista de doma, era el trabajo perfecto.

Ninguno de los sobres que descansaban sobre la mesa de Marlene era urgente, así que Sadie volvió a cerrarlos y a colocarlos en la bandeja. ¿Dónde se habría metido?

El teléfono de su escritorio sonó y ella se apresuró a cogerlo.

—Sadie, necesito que me hagas un favor. —Reconoció la voz del doctor Hooper—. Se suponía que Marlene iba a darles hoy un *tour* a los nuevos miembros de la junta. ¿Te puedes encargar tú? Me había olvidado por completo y ya los tenemos aquí. Luego necesito veros a ti y a Claude en mi despacho a las dos y media.

—Por supuesto. ¿Dónde me reúno con los miembros de la junta?

—En la Sala del Consejo Administrativo. Están esperando.

El grupo de la visita estaba formado por el señor Jones-Ebbing, un hombre alto con una barba cuidadosamente recortada, y los Smith, un matrimonio.

Sadie acompañó al trío a través de los corredores, indicándoles sus puntos favoritos: el techo pintado con un cielo nuboso encima de la escalera trasera, los murales de Edward Laning en la rotonda que representan la historia de la palabra escrita y las vistas del vestíbulo desde el balcón de la segunda planta. A continuación las estanterías del sótano, donde se almacenaban los millones de volúmenes de la biblioteca.

—Si colocáramos las estanterías en línea recta, medirían más de

ciento treinta kilómetros de largo —les informó.

La señora Smith dejó escapar un sutil «madre mía».

—Esta sección de la Biblioteca Pública de Nueva York está reservada a la investigación y, por tanto, no está abierta al público —les explicó Sadie—. Lo que significa que no prestamos libros, deben consultarse *in situ.* Además, no se puede rebuscar en las estanterías, están cerradas al público general. La persona interesada debe echar un vistazo al catálogo de fichas y rellenar una solicitud, y luego los libros se envían a la Sala Principal de Lectura. El proceso de recuperación apenas ha cambiado desde que la biblioteca se abrió al público, en 1911.

Las estanterías ocupaban siete niveles que ascendían desde el sótano hasta justo debajo de la Sala Principal de Lectura. A Sadie le recordaban a una colonia de hormigas, con los asistentes de la biblioteca subiendo escaleras y recorriendo estrechos pasillos, localizando un libro entre millones en pocos minutos a lo largo de las estanterías de acero. Les señaló la cinta transportadora que les hacía llegar los libros a las personas interesadas que esperaban en la Sala Principal de Lectura, así como el montacargas que se utilizaba para las obras más pesadas.

El señor Jones-Ebbing pasó un dedo por los lomos de los libros que tenía a su lado.

—No se toca.

Sadie sonrió en un intento por suavizar la orden. Aquellas eran las personas que financiaban la librería con sus generosísimas donaciones. A Marlene se le daba de lujo tratar con los Vips. Sadie era consciente de lo mucho que tenía que trabajárselo.

El señor Jones-Ebbing apartó la mano y esbozó una sonrisa, y, por suerte, no parecía en absoluto ofendido.

—Es que me encantan el tacto y el olor de los libros antiguos. No puedo evitarlo.

—A mí me pasa lo mismo.

El grupo emergió hacia el flamante almacén que se extendía bajo las profundidades de Bryant Park. Sadie repasó orgullosa las estadísticas.

—La temperatura se mantiene a dieciocho grados con un cuarenta por ciento de humedad, que es la forma óptima de conservar los libros. Hay otro nivel por debajo de este.

Les mostró cómo podían moverse las estanterías hacia delante y hacia atrás con la ayuda de una gran manivela, para no perder nada de espacio.

—Cerca de la parte trasera hay un par de escotillas de emergencia, por si hubiera un incendio, que dan a la parte oeste de Bryant Park.

Le sorprendió descubrir a la señora Smith arqueándole las cejas a su marido, poco impresionada, como si estuvieran visitando un almacén de mala muerte.

—Yo prefiero la zona antigua de la biblioteca —comentó la señora Smith.

—Tuvimos que expandirla para poder almacenar todos los libros. A pesar de que actualmente solo estamos aprovechando una de las dos plantas que se excavaron, juntas podrían llegar a alojar hasta 3,2 millones de libros y medio millón de carretes de microfilmes, lo que, a efectos prácticos, doblaría nuestra capacidad de almacenamiento.

Un educado gesto de cabeza. Se estaban aburriendo. Los estaba aburriendo. Sadie se devanó los sesos en busca de algo interesante que mostrarles, algo inesperado.

—Vamos a acortar esta parte. Síganme.

Cogieron el ascensor hasta la tercera planta, hasta la Colección Berg, donde Sadie los condujo hasta una de las vitrinas. Señaló la balda inferior a través de la puerta de cristal.

El señor y la señora Smith se inclinaron para mirar de cerca.

—¿Eso que hay en el extremo del cuchillo es una pata de gato? —preguntó la esposa.

Sadie se sacó un guante blanco del bolsillo y se lo puso en la mano izquierda. Toqueteó la cerradura de la vitrina y, después de abrirla, deslizó cuidadosamente los dedos por debajo de la pata de gato abrecartas y la alzó, antes de depositarla en una de las mesas reservadas a los investigadores. La pata debía de medir diez centímetros, y era fácil reconocer los colores de un gato atigrado gris y blanco. La inscripción rezaba: C.D. EN RECUERDO DE BOB 1882.

—Esto es lo que usaba Charles Dickens para abrir la correspondencia —explicó Sadie.

—¿Es real? —preguntó la señora Smith arrugando la nariz. Tal vez hubiera metido la pata.

—Sí —respondió Sadie—. Charles Dickens quería tanto a su gato,

llamado Bob, que, cuando murió, pidió que colocaran la pata en un abrecartas.

—Qué horror.

Sadie balbució la explicación mientras el señor Jones-Ebbing deslizaba un dedo por la afilada punta de la hoja; ella apenas pudo contenerse para no darle un buen golpe en los nudillos.

—Es un artefacto importante que nos dice mucho sobre Charles Dickens y la época en que vivió. En aquel momento la taxidermia era el último grito. La gente se hacía sombreros con aves, tinteros con cascos de caballo. De este modo, Dickens podía seguir tocando el pelo de su queridísima mascota todos los días.

¿Qué más podía enseñarles? Sadie devolvió el abrecartas a su sitio y echó un vistazo a su alrededor.

—Allí tenemos un bastón que perteneció a la ensayista y escritora Laura Lyons.

—Ay, Dios mío, hace poco estuve leyendo muchísimo sobre ella en una revista —exclamó la señora Smith, suavizando parte de su estridencia—. ¿Era suyo de verdad?

Bingo, por fin.

—Sí. Era el que tenía cuando murió, en 1941.

Sadie observó el bastón, como tantas otras veces desde que había empezado a trabajar allí. A veces, cuando acababa su turno y se quedaba sola, lo cogía y apoyaba una mano desnuda sobre el lugar en el que reposó una vez la mano de Laura Lyons.

—Es fantástico, simple y llanamente —añadió la señora Smith.

El señor Jones-Ebbing le leyó el pensamiento cuando regresaron al pasillo.

—Nos han dicho que está trabajando en la exposición de la Colección Berg. ¿Podría avanzarnos algo de lo que mostrarán?

—No quiero estropearles la sorpresa, pero sí puedo decirles que incluirá lo mejor que puede ofrecer la colección.

—Veo que son cautos —dijo él parpadeando—. ¿Y no puede contarnos al menos cómo se organizan usted y sus colegas para comisariar una exposición así de grande?

—Revisamos de arriba abajo la colección y dejamos que los objetos que nos llaman la atención y nos desatan la imaginación ilustren la temática. En este caso la exposición se llamará *Sempiterno*.

—¿Y qué significa eso exactamente? —preguntó la señora Smith.

—Nos queremos centrar en objetos que hayan conservado su valor para los expertos y los historiadores con el paso del tiempo. A pesar de que la Berg tiene algunos manuscritos fantásticos, primeras ediciones y diarios, entre otras cosas, también nos gustaría mostrar las piezas más peculiares, las que tienen otras historias que contarnos.

El señor Jones-Ebbing se acercó a ella y fingió que le susurraba:

—Espero que el abrecartas pase el corte.

—Pues le voy a contar un secreto: lo ha pasado. Pero no se lo diga a nadie.

Él se llevó los dedos a los labios y todos soltaron una carcajada. Quizá no estuviera yendo tan mal como creía.

—Cuando hemos decidido los objetos —continuó Sadie algo más tranquila—, los revisamos y nos aseguramos de que estén en buenas condiciones y pensamos en la mejor forma de exponerlos: si es un libro, por qué página deberíamos abrirlo, qué contexto histórico sería necesario explicar. —Llegaron a la puerta de la Sala del Consejo Administrativo. A aquellas alturas los miembros de la junta la escuchaban con atención—. Trabajamos con los mejores especialistas para determinar qué es más importante mencionar, qué deberíamos revelar. Y luego viene toda la parte de diseño de la sala de la exposición en sí misma, las vitrinas, la estética general. ¿De qué color pintamos las paredes? ¿Qué fuente usamos en las etiquetas? ¿Cómo controlamos la temperatura y la humedad de las vitrinas? También redactaremos el folleto, que debe estar en un lenguaje que sea preciso pero comprensible para el lector medio.

—Menuda faena. No veo el momento de asistir a la inauguración —comentó el señor Jones-Ebbing—. Veo que está en unas manos más que capaces. —Le sonrió—. No me olvidaré de decirle al doctor Hooper que nos ha impresionado a todos.

—Me alegro de veros, Claude, Sadie. Por favor, sentaos.

El director de la biblioteca, Humphrey Hooper, máster en biblioteconomía y doctor, hablaba con una cadencia ágil y neutra, algo que Sadie había percibido cuando lo conoció, hacía ya una década. Era originario de Alabama, aunque había conseguido dominar una inflexión vocal que no era posible ubicar en ningún lugar concreto, pero que, sin embargo, indicaba una educación de clase alta,

como Cary Grant en las películas antiguas.

Desde aquel primer encuentro, Sadie había pasado de ser ayudante de bibliotecaria a bibliotecaria y ayudante de comisaria de la Colección Berg; había aprendido todo lo posible sobre la biblioteca, desde el departamento de genealogía hasta la sala de mapas y el departamento de grabados y fotografía, y destacaba por empezar a trabajar temprano y marcharse tarde.

Claude, que estaba sentado en una silla junto a ella, había optado por una estrategia distinta, invitando a sus superiores a comer y hechizándolos con su encanto e ingenio. No era guapo —tenía los ojos algo saltones y el labio superior solía sudarle cuando estaba nervioso —, pero era ancho de hombros y tenía una buena mata de pelo, y las bibliotecarias se deshacían cuando les prestaba un mínimo de atención. Había proyectado su luz sobre Sadie durante la última fiesta de Navidad de la biblioteca, después de darle un beso en la zona de despachos trasera que la había dejado sin aliento y la había hecho sentirse hermosa.

Sadie solía pasarlo mal en aquella época del año. Su padre murió una Nochebuena, así que incluso décadas más tarde la imagen de un pino destellando con una mezcla de colores primarios le producía una melancolía desasosegante. También daba la casualidad de que fue una Nochebuena cuando, presa del pánico, había rebuscado en el maletín del que ya era su exmarido y había encontrado un extracto de una tarjeta de crédito que desconocía, lleno de cargos del hotel Washington Square y varios restaurantes de Greenwich Village. Todo, casualmente, cerca de la Universidad de Nueva York, donde Phillip era profesor titular de matemáticas. A pesar de que ya hubieran pasado seis años, las fiestas seguían colmándola de un temor ominoso a que el mundo pudiera venirse abajo de un momento a otro.

Así que no le sorprendió lo más mínimo que el beso inesperado de Claude, y a pesar de que el aliento le apestara a whisky, hiciera que las nubes de miseria navideña que enturbiaban su ánimo se evaporaran lentamente.

Después de aquello él había estado fuera una semana, durante la cual ella había dejado que su imaginación volara a su antojo, pensando en ellos juntos, paseando por la ciudad, vagando de librería en librería. A su vuelta empezaron a salir para comer juntos y a veces a cenar, momentos en los que él la retenía más de lo normal cuando se

despedían en mitad de la calle. En el trabajo le hacía propuestas dulcísimas, como compartir un artículo de revista sobre la nueva biografía de Tennyson, o pasarle el crucigrama de *The Times* cuando acababa de leer el periódico.

Pero luego, una mañana, ella dobló una esquina cerca de las oficinas de administración y se lo encontró charlando con una de las jóvenes ayudantes que trabajaban en las estanterías. Vio como la muchacha echaba la cabeza atrás y se reía —con un tono agudísimo y ridículo, como si la estuvieran asfixiando con los cascabeles de un trineo— y algo dentro de Sadie se cerró de mala manera. Los tira y afloja del mal de amores no eran para ella, en absoluto, no después de lo que había soportado con Phillip.

Aquel mismo día, en las profundidades de las estanterías de la Colección Berg, Sadie se cruzó con un intrigante título que no recordaba haber visto antes: una primera edición de *Sobrevivir a la soltería: las alegrías de vivir por tu cuenta*, publicado en 1896, de Abigail Duckworth. Extrajo el delgado volumen de las abarrotadas estanterías de la Berg y comenzó a leerlo, dándoles la espalda a los posibles ayudantes que pasaran por allí para que no pudieran ver lo que tenía en las manos. Lo devoró, disfrutando de los consejos atemporales para poder ser una mujer independiente con éxito, hasta arriba de concisos títulos de capítulo como «Elegancia solitaria» y «Los placeres de una cama individual». Durante décadas las mujeres habían vivido felices, y sin problemas, sin un hombre. Y a ella eso ya le bastaba.

Claude siguió haciéndole propuestas después de aquello, y ella las había rechazado todas. Si le ofrecía el crucigrama, ella le decía que ya lo había hecho. ¿Artículos? Todos leídos. Aquellos días ella y Claude habían mantenido una distancia respetuosa, aunque algo fría, y siempre que la soledad la amenazaba sacaba el libro de la estantería y lo abría por una página al azar para una buena dosis de inspiración ingeniosa.

En el despacho del doctor Hooper se alisó la voluminosa falda de su vestido, con la esperanza de que a Hooper no le pareciera demasiado frívolo para alguien que acababa de hacerles una visita guiada a los fideicomisarios. Aquella mañana había escogido un vestido camisero amarillo caléndula con franjas naranja estrechas, y admiraba cómo le caía la falda por las caderas. Había sido uno de sus últimos hallazgos en la tienda de segunda mano Antique Boutique, en

el centro de Broadway. Pero ese día, bajo la agresiva luz del despacho del director, el amarillo casi deslumbraba. Quizá de manera exagerada.

Se había ido acostumbrando a las numerosas reacciones que provocaban sus conjuntos diarios, desde los sorprendidos «qué cuco» hasta los «vaya, es un modelito interesante». Porque, sí, sus gustos diferían del último grito por las Doc Martens y los vestidos holgados, pero al final volverían a ponerse de moda y ella sería quien reiría la última. Mientras tanto le gustaba la idea de llevar puesta una prenda histórica, ya fuera un vestido hecho a medida de los años treinta, aunque estuviera algo desgastado, o el traje de los años cincuenta que llevaba ese día.

El doctor Hooper echó un vistazo a sus notas.

—Vamos a tener que reorganizarnos un poco. Como sabéis, Marlene ha alargado sus vacaciones sin avisar. Indefinidamente, por lo visto.

—¿Perdón? —exclamaron Sadie y Claude al unísono.

—Se puso en contacto conmigo ayer para informarme de que había aceptado el puesto de trabajo como supervisora de colecciones en la Biblioteca de Boston.

Sadie se recostó perpleja. Eso explicaba el inesperado abrazo de despedida que le había dado Marlene el viernes pasado, antes de irse de vacaciones. Así como sus minuciosísimas instrucciones para los días que estuviera fuera. La decisión de aceptar el trabajo, de estar al cargo de todas las colecciones de la tercera biblioteca más grande del país, no debía de haber sido nada fácil. Y, sin embargo, era un gran paso, y Sadie habría querido que Marlene se hubiera sentido lo bastante cómoda con ella como para confiárselo. Pero eso no habría sido profesional, y Marlene era ante todo una persona profesional.

—¿Nos la han robado? —preguntó Claude.

El doctor Hooper carraspeó.

—Sí. Envió su carta de dimisión ayer y se disculpó por la poca antelación, pero me dijo que no había podido evitarlo. Y añadió que no le cabía la menor duda de que vosotros dos podríais encargaros de todo esto. Y espero que tenga razón. El momento no podría ser más inoportuno, teniendo en cuenta que inauguramos la exposición de la Colección Berg en mayo. Esto nos pone en un brete.

Si Marlene ya no estaba al cargo, la siguiente opción lógica

habría sido Claude o Sadie. Ella llevaba más tiempo en la biblioteca, pero Claude había estado más años en la Colección Berg. Tenían las mismas posibilidades.

—¿Qué podemos hacer para ayudar, doctor Hooper? —preguntó Claude.

—No tenemos tiempo para contratar a nadie de fuera, así que ya he hablado con la junta de dirección y hemos decidido que nos gustaría que Sadie tomara el timón. De momento.

El director quería que Sadie fuera la comisaria de la Colección Berg, una de las colecciones literarias más valoradas de Estados Unidos. Justo cuando estaban a punto de estrenar una gran exposición que aparecería en todos los diarios.

—Disculpe, pero ¿por qué Sadie? —Claude no estaba satisfecho —. Llevo un año trabajando codo con codo con Marlene, día tras día. Sé lo que querría incluir.

—Ya lo sé —respondió el doctor Hooper—, pero, por suerte, ya tenemos la lista final, conque la decisión ya está tomada, aunque valoramos vuestros esfuerzos, por descontado. Sadie lleva en la biblioteca más tiempo y esperemos que aporte sus profundos conocimientos a la exposición en cuanto la pongamos en marcha. Eso implica horas de trabajo, muchísima investigación y redacción, pero creemos que los dos estaréis a la altura.

—Por supuesto. —Sadie estaba tratando de contener su alegría. Lo que verdaderamente quería hacer era ponerse en pie y saltar de un lado a otro, igual que su sobrina de seis años, Valentina, cuando ganaba al cuatro en raya. Pero no había lugar—. Me pondré a ello de inmediato.

—Gracias. Y quiero que quede claro que estás de prueba. Tomaré otra decisión, permanente en este caso, cuando la exposición esté en marcha. —Se volvió hacia Claude—. Claude, no sabes cuánto valoramos el trabajo duro que has hecho. Y que seguirás haciendo.

Menuda oportunidad. El trabajo iba mucho más allá que su función actual como cronista de libros viejos y parafernalia literaria. Como cara visible de la exposición podría compartir con el mundo su amor por aquellos objetos históricos y las emociones que le generaban. Incluso puede que le ofrecieran definitivamente el puesto como comisaria permanente de la Berg.

Durante los veinte minutos siguientes el doctor Hooper repasó la

lista de los objetos que incluiría la exposición uno por uno y en orden alfabético, pidiéndoles que le informaran sobre la marcha de los progresos. Todo iba como la seda hasta que llegó a la «L».

—Veo que tenemos el bastón de Laura Lyons en la lista de objetos de la exposición —comentó.

A lo largo de los últimos cinco años había resurgido el interés por Laura Lyons a raíz de que sus ensayos se releyeran por parte de especialistas feministas y se citaran por sus ideas progresistas. Los pocos detalles que se tenían sobre la vida recluida de la escritora se analizaban en profundidad en busca de pistas, lo que convertía al bastón en la opción perfecta.

Pero Sadie se enderezó cuando el doctor Hooper prosiguió:

—Dado que vivió aquí en un momento de su vida, quiero que repaséis los archivos de la biblioteca, a ver si encontráis algo que se nos haya pasado por alto. Me gustaría incluir algo más que el bastón. Un ensayo, alguna obra inédita, una carta, algo que atraiga mucha atención.

—Yo me encargo —se ofreció Claude.

—No, déjamelo a mí. —A Sadie no le importaba el tono brusco con que lo había dicho—. Estudié su obra en la carrera, por lo que tengo unos conocimientos que podrían serme útiles. Aunque, claro, todas sus cartas privadas y manuscritos fueron destruidos tras su muerte, así que me sorprendería que encontráramos algo de interés.

—En cualquier caso, infórmame de tus descubrimientos.

Evitó mirar al doctor Hooper a los ojos mientras le aseguraba que lo mantendría informado.

Capítulo tres

Ciudad de Nueva York, 1913

Laura y Jack esperaban fuera del despacho del doctor Anderson en la segunda planta como críos a los que hubieran cogido copiando en clase. Oían el tictac del reloj de pie al otro lado de la pared, uno de los muchos objetos refinados que el doctor Anderson solo confiaba a Jack para que le diera cuerda todas las semanas; a los demás ni siquiera les dejaba tocarlo. Era como si aquel reloj fuera el palpitante corazón de la biblioteca, y Jack, su cirujano.

—¿Tienes idea de por qué quiere vernos? —le susurró él.

No le había mencionado su encuentro con el doctor Anderson en la Sala Principal de Lectura unos días atrás. Estaba convencida de que no le había dicho nada inapropiado, pero tal vez se hubiera molestado más de lo que ella creía al enterarse de que había rechazado la oferta de Columbia después de que él le hiciera el favor de escribirle una carta de recomendación. Si los echaba, no tendrían adónde ir, y tampoco habían podido ahorrar.

Jack había crecido en una próspera granja de naranjos de California y había asistido a una escuela privada en la que había estudiado latín y francés, literatura y filosofía, antes de desperdiciar una beca completa en Stanford y marcharse a la costa este con un amigo. No estaba preparado para la universidad, le confesó a su desencantada madre, y tal vez jamás lo estuviera. Creía que la vida era mucho más. Además, Jack quería ser escritor.

Gracias a ciertas conexiones, él y su colega Billy se colaron en un grupo de jóvenes pudientes que se jactaban de ser gigantes literarios en ciernes. Entre ellos Jack era claramente el que se tomaba más en serio el oficio. El resto del grupo dedicaba la mayor parte de sus energías a montar fiestas para personas con inquietudes artísticas, como en la que se conocieron Jack y Laura. Pero él se había imaginado escribiendo una novela que contrastara la vida urbana con

la rural y que sería un éxito inmediato. Estaba a puntito de acabarla, había ido repitiendo a lo largo de los últimos meses. Pronto, cualquier día de estos, estaría lista para presentarla. A veces Laura se preguntaba qué habría ocurrido si no se hubieran conocido. Tal vez él sería una estrella en el mundo editorial y ya iría por su segundo o tercer libro. No estaría dándole cuerda al reloj del doctor Anderson semana tras semana.

El doctor Anderson salió y los invitó a entrar. No les indicó que se sentaran.

—Pasen, señor y señora Lyons. Seré breve.

No, por favor.

Recogió un delgado sobre de su escritorio y se lo alargó. Jack levantó una mano, pero el doctor Anderson negó con la cabeza.

—Esto es para su esposa.

Laura lo aceptó y miró a los dos hombres alternativamente.

—Buenas noticias —continuó el doctor Anderson—. He podido conseguirle una beca para que la señora Lyons asista a la Escuela de Periodismo de Columbia, para un semestre. Solo el primero, me temo. Es lo máximo que he podido lograr.

Jack carraspeó.

—Señor, perdone, ¿que ha hecho qué?

—Me puse en contacto con el administrador, que es un viejo compañero de la facultad. Por lo visto les había devuelto parte del dinero de una beca un estudiante que había decidido no matricularse, y le sugerí que se la asignara a ella.

—¿Me han becado? —preguntó Laura.

—Eso mismo. Un semestre. Le deseo la mejor de las suertes.

Fuera del despacho Jack cogió a Laura del brazo y la condujo al sótano. A pesar de que el despacho oficial del superintendente estuviera en la planta principal de la biblioteca, también se había apropiado de un pequeño almacén en el sótano para estar más cerca del resto del equipo. Se cruzaron con el ingeniero jefe y varios mensajeros, quienes se quitaban el sombrero y saludaban a Laura al pasar, como si fuera la reina del lugar, cuando en el fondo lo que demostraba era la buena opinión que tenían de Jack. Era un líder nato que se esforzaba por saberse el nombre de todas las personas que trabajaban para él. Finalmente llegaron a su despacho del sótano. Laura cerró la puerta y apoyó la espalda mientras él rodeaba su

escritorio y tomaba asiento.

Reprimió cualquier muestra de entusiasmo ante la noticia, ni siquiera tenía claro cómo reaccionar, a pesar de que la cabeza le hubiese entrado en bucle con el mismo pensamiento: le habían asignado una beca. Podría ir a Columbia, al fin y al cabo.

—¿Cuándo se ha enterado el doctor Anderson de nuestros problemas financieros? —le preguntó Jack.

Era evidente que estaba tratando de mantener un tono firme, como tantas veces lo había oído que se dirigía a un empleado que lo hubiera decepcionado. Sintió una punzada de rencor ante la idea de que la tratara como a una trabajadora más en lugar de como a una esposa.

—No lo sabe. Me preguntó por la solicitud hace unos días, pero le dije que había decidido no aceptar por los niños. ¿Te acuerdas de que me escribió una carta de recomendación?

Jack asintió.

—Bueno, pues quería que lo pusiera al día, sin más.

—¿Y solo por eso ha decidido conseguirte una beca?

—Yo tampoco me lo creo, sinceramente. Sé que le gustan mis columnas, y la recomendación fue todo un detalle, pero nunca me habría imaginado algo así.

Él arrugó la nariz de una forma muy similar a la de Harry cuando estaba triste por algo. A Laura le gustaría que se alegrara por ella, por aquel fantástico giro de los acontecimientos. Pero el doctor Anderson era su jefe, y ella entendía que Jack no quería que la relación con su superior se encharcara o complicara.

Se acercó a él y se sentó al borde de la mesa, antes de mirarlo fijamente y cogerlo de las manos.

—Ha tenido un detalle conmigo, nada más. Me gustaría ir y me gustaría que me apoyaras. —Se inclinó sobre él y le dio un beso, notando su áspera barba en los labios—. Eres consciente de lo que significa esto, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—El año que viene puedo conseguir trabajo en un periódico y escribir una reseña en la que me deshaga en halagos por tu nuevo libro, y en la que diga que eres la próxima sensación literaria. Aprovecharemos lo de que hayas estado viviendo en la biblioteca, escribiendo a horas intempestivas, un poeta que se ha empapado de

las palabras de los maestros y ha creado una obra maestra por su cuenta. Es una historia magnífica.

Jack esbozó poco a poco una sonrisa.

—Si me permites apuntarlo, ¿no te parece que existe un conflicto de intereses de los gordos en que una esposa le haga una reseña a su marido? A ver si al final sí que vas a necesitar que te enseñen. Espero que haya alguna clase de ética.

Laura ya había memorizado la lista de clases.

—Formación en reportajes y entrevistas, corrección y reescritura, historia del periodismo y elementos jurídicos.

—Supongo que en la clase de derecho te llevarán por el buen camino. No quiero que mi mujer se dedique a hacer prensa sensacionalista.

—Nunca, amor mío. —Lo había conseguido. No sabía cómo, pero lo había conseguido—. Jamás.

A pesar de que la Escuela de Periodismo hubiera abierto oficialmente sus puertas el año anterior, las clases se habían repartido por todo el campus hasta que construyeron un nuevo edificio, que se inauguró justo a tiempo para la promoción de 1914, el año de Laura. El edificio de periodismo de estilo Beaux Arts contaba con cinco plantas y estaba ubicado al sur del campus principal de biblioteconomía; después de inscribirse, a Laura y otra decena de estudiantes les hicieron una visita rápida. El espacioso vestíbulo le recordó a la antesala de su propia casa de la Quina Avenida, con techos altísimos y suelos de mármol. En una esquina, el busto que Rodin había hecho de Joseph Pulitzer, el fundador tanto del diario *New York World* como de la Escuela de Periodismo, observaba a todas las personas que pasaban por allí. Aunque el edificio tuviera aulas comunes como las de Vassar, también incluía una «morgue», en la que habían almacenado una colección de recortes de diario que se remontaban hasta la década de 1870, así como una réplica en toda regla de la redacción de un diario local, repleta de máquinas de escribir, un teléfono y una mesa de manuscritos.

Laura tomó asiento en el auditorio. La ceremonia de inauguración a cargo del director de la escuela, el señor Talcott Williams, se pasó volando con una mezcla de declaraciones y un

resumen de la breve historia de la escuela. A continuación Laura recogió sus cosas y se apresuró a ir a la sala de redacción, donde su promoción iba a reunirse bajo el tutelaje de un conocido periodista, el profesor Wakeman.

—Por favor, préstenme atención. —El profesor Wakeman lucía un rebelde mostacho blanco y ladraba las palabras como un terrier—. Preséntense, clase de 1914.

Uno a uno fueron avanzando poco a poco por el aula. Muchos de los hombres ya llevaban algunos años trabajando como periodistas, e intercambiaron réplicas ingeniosas con el profesor sobre distintos editores con los que habían trabajado, compartiendo risitas y sonrisas cómplices. La mujer que Laura tenía sentada al lado se presentó como Gretchen Reynolds, se acababa de graduar en Barnard y afirmaba que su sueño era escribir para el *Ladies' Home Journal*, en la sección de moda. Laura habló de su deseo de estudiar periodismo y ahí lo dejó, demasiado nerviosa como para continuar. De los veintiocho estudiantes que formaban la promoción de 1914, cuatro eran mujeres. Después de que hablara el último estudiante, Laura sacó una libreta y una pluma, impaciente por empezar.

Pero el profesor Wakeman tenía otras ideas:

—Recojan sus cosas, que voy a enviarlos a su primer encargo. Vayan al ayuntamiento y asistan a la rueda de prensa del alcalde Kline a las once en punto. Luego pídanle declaración a alguien, ustedes eligen al funcionario, sobre cómo se está adaptando el nuevo alcalde a su cargo.

El ayuntamiento. Había presupuesto que las primeras semanas consistirían en lecciones básicas sobre la redacción de noticias, no en echarse a la calle y escribir un artículo tan rápido. La mera idea la enervaba. Pero sabía adónde tenía que ir, y ciertamente no podía ser tan complicado escuchar un discurso, conseguir un titular y redactar un texto. Estaba guardando sus cosas en el bolso cuando el profesor levantó una mano.

—Un momento, esto es solo para los hombres. —Se volvió hacia donde estaban Gretchen y Laura—. En el caso de las mujeres, su tarea es investigar lo que está ocurriendo en el Hotel de Mujeres de las calles 20 a 29 del este, enfrente del parque.

A Laura le bullía la cabeza. ¿Un escándalo en el primer hotel para mujeres de Nueva York? ¿Y encima merecía la pena investigarlo?

Fuera lo que fuese, sonaba mucho más jugoso que cubrir la política de la ciudad.

El profesor Wakeman no había acabado.

—Han anunciado que han dejado de servirles mantequilla a las huéspedes del hotel, como parte de una iniciativa saludable o algo por el estilo. Escríbanme quinientas palabras al respecto. La fecha de entrega para todos los estudiantes es hoy a las cuatro de la tarde. Dejen su manuscrito en la caja. —Señaló lo que parecía ser una caja fuerte en una de las mesas de la esquina—. Se cierra automáticamente a las cuatro. Lo que no esté dentro antes de esa hora, no lo aceptaré.

Un par de estudiantes gruñeron.

—¿No les gusta? Pues entonces no merecen ser periodistas. No olviden que vivimos de fechas de entrega y cigarrillos. Este es su primer encargo, así que aprovéchenlo.

Una lluvia vaporosa se precipitaba sobre Laura, Gretchen y las otras dos estudiantes mientras se dirigían al centro. Se detuvieron fuera del hotel, sin saber qué hacer.

Gretchen intentó alisarse los rizos desaliñados del flequillo con una mano, goteando irritabilidad como goteaba el agua de la lluvia.

—Este tiempo me está echando a perder el peinado. ¿Entramos?

—Supongo que deberíamos preguntar por la directora —sugirió Laura, ansiosa por ponerse manos a la obra.

Justo en ese instante, una pareja de muchachas vestidas de percal y con largos collares de perlas salieron del hotel. Mientras esperaban bajo la marquesina a que apareciera un taxi, las otras dos estudiantes se separaron y se acercaron a ellas, libretas abiertas en mano, al tiempo que Gretchen y Laura entraban en el hotel.

Con una celeridad pasmosa, las acompañaron al despacho de la directora, donde una mujer con un cuello altísimo se sentaba muy recta en una silla.

—¿Sois reporteras?

—Sí —respondió Laura. No quería especificar de dónde procedían, aún no—. Hemos oído lo de la prohibición de la mantequilla y tenemos curiosidad por conocer los motivos.

—Nos preocupa mucho la salud de nuestras huéspedes, que, además, tienden a ser jóvenes. —Echó un vistazo a Gretchen. Laura supuso que ella era demasiado joven como para pasar el corte—. Después de un año investigando he concluido que no es buena para la

salud. Y lo mismo pasa con los colchones de algodón.

—¿Perdone? —exclamó Gretchen—. ¿Qué tienen de malo los colchones de algodón?

—Los cambiaremos por colchones de crin de caballo. Los de algodón los quemaremos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Laura.

—La crin es más saludable.

—¿Le importa que le pregunte dónde ha encontrado exactamente esa información?

La directora las fulminó con la mirada.

—No me acuerdo muy bien. Un artículo de revista, creo.

—¿Le ha preguntado a algún médico por las dos cuestiones, sobre el consumo de mantequilla y el uso de colchones de crin? Es decir, por tener también una opinión profesional.

—No me hace ninguna falta. Tengo ojos en la cara para ver lo que es bueno para las chicas y lo que no.

Laura estaba a punto de pedirle que fuera algo más concreta cuando Gretchen se le adelantó.

—¿No le preocupa que las clientas se vayan a otra parte si no pueden ponerle mantequilla al pan?

—Los padres de las muchachas son los que deciden dónde se alojarán, y entienden nuestra preocupación. Somos el primer hotel para mujeres de Nueva York, y el más antiguo, y deduzco que los demás no tardarán en seguir nuestro ejemplo.

Menuda pérdida de tiempo. ¿A quién narices podría llegar a interesarle aquel tema? Los hombres estaban charlando sobre el futuro de la ciudad con las personas que decidían el futuro de la ciudad, y Laura estaba allí atrapada discutiendo sobre colchones de crin.

—¿Usted come mantequilla? —le preguntó.

La directora resopló.

—En absoluto. Sigo una dieta muy estricta y lo hago religiosamente, y creo que todo el mundo debería hacer lo mismo.

Laura no pudo contenerse.

—¿Puedo preguntarle qué tipo de colchón tienen en casa?

Los ojos de la mujer brillaron con el orgullo del mártir.

—Duermo en una esterilla, en el suelo. Es mucho mejor para la espalda y la circulación.

—Y entonces ¿por qué no insiste en que las huéspedes hagan lo

mismo? Probablemente sería mucho más económico.

Gretchen le dirigió una mirada para que dejara de burlarse de ella, pero ya era demasiado tarde. La directora se levantó de la silla y dio por terminada la entrevista.

—¿Puedo preguntarles para quién escriben? —preguntó la directora.

Laura y Gretchen intercambiaron miradas.

—Estamos estudiando en la Escuela de Periodismo de Columbia —respondió Laura.

—O sea, que no son reporteras de verdad.

—Todavía no.

Laura habría deseado que Gretchen interviniera y le echara una mano, pero la muchacha se había quedado muda.

—¿Se puede saber entonces por qué me están haciendo perder el tiempo?

La mujer las ahuyentó y las siguió fustigando mientras avanzaban por el vestíbulo.

—Vaya fiasco. —Gretchen echó un vistazo a su alrededor—. Voy a esperar a que se marchen un par de huéspedes para entrevistarlas. Te veo en la escuela.

Laura se dirigió al este, molesta con toda aquella situación desagradable. Frente a ella descubrió a una mujer pelirroja acercándose a una pequeña entrada a un lado del edificio.

—¡Disculpe! —gritó.

La mujer se detuvo, con una mano ya en la puerta.

—¿Sí?

—¿Trabaja aquí? Me gustaría hablar un momentito con la cocinera.

No tenía nada que perder.

—Por supuesto. Sígame.

La guio por un callejón hasta una entrada trasera. La cocina bullía con camareros que entraban y salían de lo que debía de ser el comedor. Se movían con la sincronía de patinadores artísticos, retorciendo el torso para evitar chocar por pocos centímetros, y gritando órdenes por encima de alboroto general. En el centro de aquel torbellino había una sesentona con el pelo rizado y unas manos gigantescas, maldiciendo con acento irlandés.

—¡Vengo por lo de la mantequilla! —le gritó Laura cuando se

acercó—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—La mantequilla... Bah. —La mujer se limpió las manos en el delantal y se apartó a un lado—. ¿Qué quiere saber sobre la mantequilla?

—Estoy estudiando periodismo en Columbia. —Lo mejor era ir de cara esta vez—. Me han pedido que escriba un artículo sobre la prohibición de la mantequilla.

—¿Y no hay temas mejores sobre los que escribir?

—No lo he decidido yo, la verdad. En cualquier caso, ¿cómo les va?

—Es una norma represiva y ridícula. Apunte eso.

Laura ya estaba escribiéndolo todo lo más rápido posible.

—La nueva dirección nos ha venido con unas ideas absurdas que pronto van a acabar hundiendo este barco.

—¿Se le ha quejado alguna huésped?

—Aún no. —La cocinera señaló hacia los fogones, donde una enorme porción de mantequilla descansaba sobre un plato cercano—. Tengo mis principios.

—Es decir, que está ignorando la nueva norma.

Aquello era fantástico. El tema en sí era aburrido hasta decir basta, pero Laura sabía que había dado con un conflicto sobre el que merecía la pena escribir. La disputa entre cocina y dirección daría para un artículo interesante de leer.

—Vaya si la estoy ignorando —replicó la cocinera—. Y eso lo puede apuntar también. Si no les gusta, que me echen. No pienso andarme con tonterías si eso puede afectar a la calidad de mi comida. Me juego mi reputación.

De vuelta en la redacción de la Escuela de Periodismo, Laura escribió a toda prisa un artículo que terminó cinco minutos antes de la hora prevista, y lo leyó una sola vez, y sin perder un instante, antes de meterlo en la caja fuerte. La presión hizo que el corazón se le acelerara y la energía de la sala —todos los estudiantes tecleando en las máquinas de escribir, conscientes de que aquella tarea era crucial para dar una buena impresión inicial— no hizo sino empeorarle los nervios; pero en el buen sentido de la palabra. Aquello era un desafío, por mucho que el tema fuera tedioso. Decidir qué citas incluir y cuáles resumir, la mejor forma de describir el hotel y a la directora sin que pareciera que los estuviera criticando. Si el periodismo se trataba de

eso, quería más.

Al día siguiente estuvieron sentados durante toda una clase de derecho en uno de los auditorios. A diferencia de su época en Vassar, cuando a Laura la abrumaban los círculos sociales de la universidad, allí, como la estudiante mayor y casada que era, no sentía la necesidad de relacionarse con los demás como lo hacían los más jóvenes. Se pasó dos horas tomando apuntes lo más rápido que pudo, consciente de que tendría que echarle un vistazo a algunos de los casos que había citado el profesor en casa, en la biblioteca, para completar las lagunas de sus conocimientos.

Más tarde, en la sala de redacción, el profesor Wakeman fue llamando a los estudiantes uno a uno para entregarles los artículos del día anterior. Laura no cabía en sí de expectación cuando se sentó en la silla que había junto al escritorio del profesor y echó un vistazo al papel que tenía en las manos, que estaba cargado de marcas rojas. Mala señal.

—Señora Lyons, el encargo eran quinientas palabras. Aquí hay quinientas ochenta.

—Disculpe, maestro, no me pareció que unas pocas frases de más pudieran suponer una diferencia sustancial.

Él la atravesó con la mirada.

—Me parece a mí que usted se cree una artista, y yo estoy aquí para quitarle esa idea de la cabeza. Si su editor le pide quinientas palabras, usted le da quinientas palabras. Usted es una pieza diminuta de un gran diario, donde cada centímetro cuenta. Así que no me diga que el cuello de la directora era «largo como el de una bailarina», y tampoco me importa lo que llevara puesto. El tema era la mantequilla.

—Por supuesto. —Aquello no era como escribir una columna para el boletín informativo del doctor Anderson, donde su prosa florida era más que bien recibida. Debería haberlo sabido, pero había intentado presumir de lo que era capaz—. Lo entiendo.

—Quiero que lo corrija y lo arregle, hoy mismo. Vaya al grano.

—Sí, no se preocupe, eso haré.

Se levantó para marcharse.

—Pero enhorabuena por conseguir que hablara la cocinera. Es la única que ha podido. Eso es una historia bien investigada. No bien escrita, ojo. Leerla ha sido una tortura. Pero el reportaje era bueno. Bastante bueno.

Prácticamente volvió flotando a su asiento. Escribir con un estilo más sucinto, más cercano al de un periodista, era algo que se podía aprender. Pero su instinto no iba desencaminado. El profesor Wakeman la había felicitado. Por su primer encargo.

No veía la hora de contárselo a Jack.

Capítulo cuatro

Ciudad de Nueva York, 1913

—Ha habido un robo.

Laura levantó la cabeza del remiendo y miró a su marido. A uno de los pichis de Pearl se le había perdido un botón, y Laura estaba forzando unos ojos ya de por sí agotados de leer libros de texto para intentar coser a la luz de la lámpara. Durante la semana que había pasado desde que había empezado en la Escuela de Periodismo, Laura se había esforzado por sacar adelante las tareas domésticas, aunque a esas alturas ya era consciente de que era una batalla perdida. El polvo se había empezado a acumular en la repisa de la chimenea, y Harry se había rasgado un par de pantalones esa semana y ella todavía tenía que encontrar el momento de arreglarlos. Desgraciadamente el entusiasmo por los estudios solo servía para que las tareas domésticas le parecieran más bien una molestia, algo a lo que debía dedicar un tiempo que podría estar invirtiendo en otra cosa.

—¿Qué han robado?

—*Hojas de hierba.* Una primera edición.

Laura respiró hondo. Sabía que mucha gente consideraría la pérdida de un libro como algo bastante intrascendente. A fin de cuentas, había miles y miles de ejemplares de antologías poéticas disponibles en librerías de todo el mundo. Pero una primera edición de una obra que había acabado convirtiéndose en un clásico de la literatura estadounidense era mucho más que eso: era parte de la historia, el ejemplo más fiel a la intención original del autor. Y bastante valioso, en el caso de la obra maestra de Walt Whitman.

—¿De dónde?

—Eso estamos intentando descubrir. Parece que la última vez que lo solicitaron fue en la Sala Stuart, hará una semana, pero me temo que no podemos saber con exactitud cuándo desapareció.

A diferencia de una biblioteca normal, en la sede de la Quinta

Avenida no se permitía que los libros se sacaran del edificio. Era una biblioteca de investigación, donde los tomos y volúmenes permanecían siempre dentro, bajo la atenta mirada de los bibliotecarios. El objetivo era mantener las obras a salvo de pérdidas o daños y, aun así, permitir el acceso al público.

—La biblioteca ha estado últimamente a rebosar de gente —le explicó Jack—. Que no nos quejamos, por supuesto, pero eso implica que no estamos funcionando tan bien como deberíamos. Los bibliotecarios nos han asegurado al doctor Anderson y a mí que serán más estrictos durante las vigilancias, y que siempre habrá dos en cada turno, para que cuando uno tenga que ir a buscar un libro, siempre haya otro vigilando. Es una pérdida verdaderamente terrible.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó ella.

—Está cubierto por una tela verde con adornos dorados, y es bastante frágil.

—Estaré atenta.

—Gracias, cariño. Han avisado al detective de la biblioteca para que nos ayude, un tipo que se llama Edwin Gaillard. No queremos que lo de perder libros se convierta en un hábito, así que estamos todos trabajando codo con codo para evitarlo. Voy a echar un vistazo por la Sala Stuart.

—¿A estas horas?

—Sí, porque está vacía y me costará menos. No me tengo que preocupar por molestar a los visitantes o al equipo.

Se ofreció a ayudarlo a buscar.

Jack abrió la puerta de la Sala Stuart con el pesado juego de llaves que llevaba siempre encima. Cuando se habían mudado a la biblioteca, a Harry le gustaba agitarlas y ponerse a cantar *Dulce Navidad*.

La Sala Stuart no era ni mucho menos tan grande como la Sala Principal de Lectura, pero tenía igualmente unas dimensiones generosas y contaba con dos filas de mesas de roble pulidas y lámparas de latón, así como con una claraboya rectangular en el techo. Allí era donde los especialistas podían estudiar los objetos más valiosos de los archivos de la biblioteca, incluida una Biblia de Gutenberg de mediados del siglo XV y el ejemplar de la Declaración de Independencia del mismísimo Thomas Jefferson. Por no mencionar un *First Folio* de Shakespeare.

Juntos, buscaron lo mejor que supieron, arropados tan solo por el delicado sonido de los libros rozándose los unos con los otros o del cajón de una mesa abriéndose.

Mientras Jack revisaba por segunda vez el escritorio de los bibliotecarios, Laura miró por encima del hombro de él y le dio un codazo.

—Digo yo que los bibliotecarios se pondrían en pie de guerra cuando descubrieron que faltaba el libro. Seguro que revisaron sus cajones.

Él se incorporó de repente y la atrajo hacia sí. Habían atenuado las lámparas, pero sus ojos aún captaban el reflejo y la miraban con un intenso brillo.

—Eres una chica muy impertinente. Ya me gustaría a mí revisarte los cajones.

Ella soltó una carcajada.

—Estás de broma, ¿no? ¿De verdad crees que ese piropo puede funcionarte con una chica como yo?

—Ah, bueno, que ahora que estás en la universidad, mi modesto sentido del humor ya no te funciona.

—Si te soy honesta, funciona como un sortilegio.

Se besaron como solían besarse, antes de que nacieran los niños, antes de casarse, cuando los besos eran placeres robados. Aquel era uno de los aspectos de su relación que el paso del tiempo no había apagado. Todavía podía tocarla y conseguir que gimiera sin control, rezando por que los gritos no despertaran a los niños, igual que la primera vez que intimaron.

Ojalá su familia viera en él lo mismo que ella. Que era un hombre bueno y sensato. Quizá no fuera un financiero con posibles, pero seguía siendo un hombre bueno a pesar de eso. El dinero no lo era todo, aunque ciertamente su padre discrepara.

Al final había reunido el coraje necesario para presentárselo a sus padres en una comida de domingo, no sin antes haber advertido a Jack de que su padre podía llegar a ser una persona complicada. Desde una edad temprana había insistido en las miserias de casarse con un hombre pobre, generalmente delante de su madre, que apretaba los labios y se marchaba. Después del pánico de 1893 sus advertencias aumentaron. Sí, habían sufrido pérdidas, pero no eran ni mucho menos pobres en el sentido estricto de la palabra. Después de

todo, Laura siempre había tenido un plato en la mesa y un techo sobre su cabeza, por mucho que necesitara reparaciones urgentes. Y, con todo, Laura sabía que lo mejor que podía hacer era no mencionar las manchas de humedad que reptaban por el techo de su habitación.

Tras la crisis, el padre de Laura le había asignado a su madre una estricta paga, por la que reñían todos los domingos por la noche. Él esperaba un registro detallado de todos los gastos de la semana, y Laura, de nuevo, sabía que lo mejor era no mencionar las sombrereras y otras entregas que llegaban durante el día, cuando su padre estaba en el trabajo, y que rápidamente subían a la *suite* de su madre.

El día en que Jack conoció a la familia, ante un almuerzo consistente en sopa de pescado y carnero, Laura estaba que no cabía en sí de alegría por tenerlo a su lado y poder formalizar su relación. Pero su padre no tardó en ir al grano.

—¿A qué se dedica, señor Lyons? —le preguntó sin levantar la mirada de la sopa.

—Mi intención es ser escritor —respondió Jack.

—¿Escritor de qué?

Soltó la cuchara y le hizo un gesto a la doncella para que se llevara el primer plato, a pesar de que el resto de los comensales no hubiera terminado.

—Literatura.

Jack se dispuso a contar la idea que tenía para la historia mientras Laura se moría de vergüenza. Cuando se la había explicado mientras disfrutaban de un pícnic en el parque, la había encontrado brillante e inspirada. Pero ahora la veía a través de los ojos críticos de su padre, y el fervor de Jack no le parecía más que una exuberancia adolescente. Su madre, sin embargo, había intervenido y empezado a formularle preguntas. Los dos se habían reído de los escritores que no soportaban y deshecho en halagos hacia los que adoraban. Su madre, de nuevo, había salvado la velada.

Aquella noche fue la primera vez que hicieron el amor, en el apartamento que él tenía en Morningside Heights. Ella había esperado aquel momento durante lo que se le antojaron siglos, y ahora que sus padres —o, como mínimo, su madre— lo conocían, no había ninguna necesidad de esperar más. Él había ido con cuidado y la había tratado con respeto, y a pesar de que le hubiera dolido como un demonio, su cuerpo no tardó en desearlo constantemente, y cada instante que

estaban separados no hacía sino alimentarle el apetito.

En la Sala Stuart, Jack le dio otro beso, la subió a la mesa y le levantó la falda.

—¿Y si nos ve alguien?

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras él le acariciaba el interior de los muslos. Llevaba medias, pero la piel se le erizó ante su tacto.

—El vigilante de la noche no sube aquí hasta las once.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que puedo tomarte aquí y ahora.

—No sé si es lo más sensato habiendo desaparecido un libro. ¿Y si sube alguien y nos descubre?

—Te preocupas demasiado.

Tal vez tuviera razón. Él exhaló delicadamente en su oreja antes de seguirle la línea del cuello con un rastro de besos, y al final la excitación de estar haciendo algo donde no debían superó sus recelos. Sabiendo lo que le gustaba al otro, acabaron juntos a los pocos minutos. Laura reprimió sus gemidos, lo que hizo que la descarga de placer fuera aún mayor, y la expresión de absoluta felicidad de Jack compensó todo lo demás.

Siempre que no volviera a quedarse embarazada. En ese caso no podría seguir con sus clases y se vería de nuevo en la línea de salida. Dependiente, atrapada en la inexorable crianza de una criatura. Completa y absolutamente insatisfecha.

Jack se dio cuenta de que se había tensado y la atrajo hacia sí.

—¿Qué pasa, amor mío?

¿Cómo podía explicárselo? No tendría ningún sentido. Sería inútil.

Laura sonrió a su esposo.

—Creo que deberíamos volver con los niños y dejarnos de tanta tontería.

Él la cogió de la mano y salieron de la Sala Stuart.

—¿Cómo van las clases?

—Ojalá pudiera informar de temas más interesantes. Es como si se pensasen que las mujeres son incapaces de escribir sobre algo que no sean meriendas y la inauguración de una tienda de ropa.

—¿Qué esperabas?

—Sé que se supone que debería interesarme. Pero es que no me

interesa.

Y no era que no le gustaran las clases, donde aprendían a dirigir entrevistas y anotar rápido lo más relevante, y donde los profesores les hablaban del funcionamiento interno del gobierno de la ciudad, así como impactantes historias reales sobre cómo ganarse la confianza de las fuentes y exponer casos de injusticia y codicia. También había aprendido a redactar titulares —no era precisamente su punto fuerte— y a corregir textos, algo que disfrutaba y que se le daba bien.

—A lo largo del semestre aprenderemos sobre distintos tipos de periodismo, incluidos los editoriales, las reseñas de libros y las críticas de obras de teatro, y tendremos que ir a algunas funciones y escribir lo que nos han parecido. La clase de elementos jurídicos creo que es la más aburrida, pero sé que las difamaciones y las calumnias son importantísimas cuando un reportero sale al mundo exterior, que es lo que espero hacer. Algún día. Cuando consiga escribir el tipo de historias que realmente me interesan.

—¿Y por qué tienes que limitarte a lo que esperan de ti?

Ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Qué quieres, que escriba una historia por mi cuenta? No creo que les haga ni pizca de gracia.

—Bueno, es posible que te den más libertad a medida que pasen las semanas. En todo caso, no desaproveches la oportunidad. —Chasqueó los dedos y el sonido resonó en el mármol con un golpe seco y breve—. No te amedrentes. Eres una buena escritora. Tus columnas hablan por sí solas.

—¿Y tú qué? ¿Cómo va el libro?

Intentaba no preguntarle demasiado al respecto porque no quería presionarlo, pero le gustaba la idea de que ambos estuvieran trabajando en el mismo ámbito, y esperaba no parecerle atrevida.

No tenía de qué preocuparse.

—Últimamente parece que me rondan las musas. —Le hizo un gesto para que subiera ella primera por la escalera que conducía a su apartamento—. Te juro que es este edificio, que me alimenta el cerebro a cada paso que doy.

—¿Y no te notas agotado al final del día?

—En absoluto. —Le tiró de la falda—. Como creo que he demostrado en nuestra cita secreta de antes.

—Bueno, no ha estado mal. —Laura le dio un empujoncito,

riéndose—. Sin más.

—Hoy su tarea es documentarse y escribir un texto para nuestro simulacro de diario, *Mancha de tinta.*

El profesor Wakeman se atusó el bigote y echó un vistazo a las caras de sueño de los estudiantes, que habían tenido que presentarse en el aula a las siete, una hora intempestiva. Laura se había levantado a las cinco para acabar una redacción para la clase de derecho y luego preparar a los niños para la escuela, y confiaba en que sus horarios jugaran a su favor ese día, que su estado de alerta le diera ventaja. Hacía pocos días que les habían dado la estremecedora noticia de que el año anterior solo se había graduado un tercio de la clase original, y la idea de que todo aquello no le sirviera de nada la aterrorizaba. Tampoco ayudaba que la carga de trabajo aumentara día tras día, mucho más de lo que nadie esperaba.

—No se me duerman en los laureles —los había advertido el profesor Wakeman—. El año pasado suspendí al mejor escritor de la clase por un error ortográfico; una lección que jamás olvidará.

Algunos de los profesores estaban sobre todo atentos a las estudiantes, opinaban sobre sus conjuntos, si consideraban que llevaban faldas demasiado cortas e incluso había uno que las acechaba por el edificio con la esperanza de descubrirlas cometiendo actos inmorales con los chicos. Aquella actitud ridícula solo había servido para que las mujeres de la clase hicieran aún más piña. El otro día Gretchen las había hecho reír a mandíbula batiente al escribirle una carta de amor anónima y perfumada al profesor más insolente, antes de dejársela en el buzón de la segunda planta. «Ale, ya tiene algo en lo que pensar», había dicho con una expresión de júbilo.

El profesor Wakeman prosiguió:

—Espero el texto a las dos de la tarde, y a las cuatro finalizará nuestra edición cero. Solo pasarán el corte las historias mejor documentadas y escritas, y yo mismo decidiré cuáles aparecen en portada y cuáles merecen acabar en la papelera. Será una buena forma de poner a prueba la culminación de sus habilidades hasta el momento. Buena suerte.

Los hombres, por descontado, se dirigieron a los tribunales criminales del centro a cubrir el último juicio sensacionalista por

asesinato («Creo que sería demasiado perturbador para las señoritas», les había dicho el profesor Wakeman), o al puerto a investigar una posible huelga. A las mujeres, en cambio, se les había propuesto visitar la Sociedad para la Organización de la Caridad y buscar historias que les tocaran la fibra a los lectores.

—Críos mugrientos que lloren, ya saben a qué me refiero —les había dicho—. Eso es lo que deben dominar para convertirse en reporteras de éxito.

Laura se entretuvo a las afueras de la sede que la organización tenía en el Lower East Side, tomando notas del entorno. La asaltaban olores agresivos: una mezcla rancia de desechos humanos, humo grasiento y verdura podrida. Había leído en los diarios que las condiciones habían mejorado con el cambio de siglo, pero en todo caso el cambio tampoco debía de haber sido demasiado sustancial.

—Usted, venga. Mi madre la espera.

Un muchacho un poco menor que Harry —o tal vez fuera de la misma edad; era difícil discernir si aquella enclenque figura se debía a la malnutrición o a la edad— le tiraba de la mano.

Ella se arrodilló para estar al mismo nivel que él.

—Lo siento, pero no te entiendo.

Una lágrima le recorrió el rostro, dibujando un surco blanco a lo largo de la suciedad de su mejilla. Al profesor Wakeman le habría gustado aquel chiquillo, pensó con desazón.

—Madre me ha dicho que la busque y la lleve con ella. El bebé no le come.

El chaval tiró de ella con fuerza y la arrastró hasta un bloque de pisos al otro lado de la calle. Laura lo siguió, intentando hacerle preguntas que no recibían respuesta. Miró por encima del hombro al edificio en el que habían desaparecido sus compañeras. Quizá aquello acabara siendo una historia mejor, y de paso podría ayudar de alguna forma. Los ojos azules del muchacho le recordaban tantísimo a los de Harry...

Dentro, cuando el niño señaló una rata muerta a los pies de la estrecha escalera para que Laura no tropezara con ella por accidente, se estremeció. Él la miró curioso, y continuó escaleras arriba hasta la tercera planta. La luz iba atenuándose a medida que ascendían.

El muchacho abrió una puerta y ella entró. Había visto fotos de la vida en aquellos bloques de pisos en los periódicos, de niños

acurrucados en colchones sobre el suelo, hornos de carbón y fregaderos nauseabundos. Aquel apartamento no era tan horrible: las cortinas parecían estar limpias y los platos y cazuelas estaban amontonados con mimo en las baldas descubiertas.

Un grupo de niños de entre cuatro y catorce años levantaron la mirada de lo que estaban haciendo en una gran mesa de la estancia principal, repleta de montones de tiras negras que Laura reconoció como ligueros. La madre no se levantó cuando Laura entró, sino que se limitó a secarse la frente y señalar un rincón, donde un bebé yacía envuelto sobre un arrullo en el suelo.

—He dejado a la bebé ahí para que no la pisen —le dijo la madre.

—¿Co-cómo?

—Anoche no quiso comer, y esta mañana más de lo mismo. No sé qué le pasa.

La mujer siguió cosiendo, y apenas levantó un codo en dirección a la pequeña. Su hijo, el niño que había ido a buscar a Laura, parecía más preocupado que su madre; levantó cuidadosamente a la bebé del suelo y se la acercó. En ese momento la bebé dejó escapar un frágil quejido.

—Contrólela —le ordenó la madre—. Si mi marido se despierta, nos habremos metido todos en un buen problema.

—¡Demasiado tarde! —rugió la voz de un hombre desde la cocina. El marido, un hombre fornido con poco pelo que le crecía de punta en la coronilla, no tardó en aparecer—. ¿Y tú quién eres? ¿Qué haces aquí?

¿Debía decirle que era una estudiante de periodismo? No, probablemente no. Debía marcharse de allí. La bebé de la esquina miraba al techo, muda e inexpresiva. No parecía dolerle nada, pero al mismo tiempo le faltaba vitalidad, como si hasta el momento nadie la hubiera cogido en brazos.

—Lo siento, creo que ha habido un error. Ya me voy.

—De eso nada. Estaba durmiendo y me has fastidiado, y hace poco que he terminado el turno de noche; creo que me debes algo.

—¿Dinero?

—Por ejemplo.

Con manos temblorosas, abrió el bolso.

—Mira, de hecho dame el bolso, que me compensa aún más.

El bolso en el que llevaba la redacción terminada para la clase de derecho, todos los apuntes, todo el dinero.

—No, no puedo.

Él dio un paso al frente con un gruñido e hizo ademán de agarrar el bolso con una mano grande como un guante de bésibol y las uñas negras.

Había cometido un terrible error. ¿Cómo había sido tan insensata de subir allí sola?

Capítulo cinco

Ciudad de Nueva York, 1993

Una tarde, cuando Sadie era pequeña y caminaba de la mano de su madre por la Quinta Avenida, pasaron por la colosal biblioteca.

—Como el palacio de Buckingham —comentó Sadie después de haber visto una imagen del hogar de la reina de Inglaterra en la televisión la noche anterior.

—Yo vivía allí —le había contestado su madre, con la boca tensa —. Cuando era una niña como tú.

—¿En el palacio de Buckingham? —le preguntó Sadie confusa.

—No, en la biblioteca. En un apartamento que hay dentro. Incluso apareció en los diarios el día que nos mudamos.

Sin embargo, al presionarla, se negaba a ofrecer más detalles. En aquel momento Sadie supuso que su madre le estaba tomando el pelo. Después de todo, ¿cómo iba a vivir nadie en una biblioteca?

Poco después de que Sadie empezara a trabajar allí conoció al señor Babenko, un empleado veterano e historiador *de facto* del edificio, y se había quedado perpleja al descubrir que sí, efectivamente, había habido un apartamento en los planos del arquitecto, diseñado como vivienda para el superintendente y su familia. La había dirigido hasta el entresuelo, accesible por una escalera privada de la primera planta. Por desgracia habían reconvertido la zona en un almacén, lleno de cajas y suministros de los conserjes. Era difícil imaginar a una familia de cuatro viviendo allí.

Se había pasado todo un sábado revisando viejos diarios en microficha y había dado con un breve artículo escrito en 1911 sobre los habitantes del apartamento. Una foto en blanco y negro mostraba a un hombre apuesto con orejas de soplillo junto a una mujer de pelo oscuro cuyo rostro estaba borroso. Los habían capturado mirando a sus hijos, no a la cámara. Los pequeños, un niño y una niña, sonreían con orgullo frente a sus padres. Sadie reconoció a su madre por la

claridad de su cabello y sus ojos, como si fuera un ángel. El muchacho, Harry, era el tío de Sadie, pero había muerto antes de que ella naciera.

Animada por el hallazgo, Sadie había hecho un alto en la división de Libros Raros y había solicitado cualquier registro del superintendente que pudiera hallarse de los años en que la familia había vivido allí. Después de esperar unos diez minutos, el bibliotecario había regresado con dos cajas llenas de libros de contabilidad, cartas, facturas y parafernalia variada. El nombre del abuelo de Sadie, Jack Lyons, aparecía en todos y cada uno de los documentos. A medida que los ojeaba se maravilló ante la magnitud de su trabajo. Sacar adelante la biblioteca era casi como gestionar un barco o una ciudad pequeña. Había un libro de contabilidad repleto de salarios mensuales, desde los de los electricistas hasta los de los mensajeros, todo escrito pulcramente en filas con el nombre, el cargo y el salario, y luego una cifra total escrita a mano en la parte inferior. Y pensar que su abuelo había escrito todos aquellos números, tanto tiempo atrás, y ahora ella trabajaba en aquel mismo lugar. Entusiasmada, les había contado lo que había descubierto a su madre y su hermano. Su madre había respondido subiendo el volumen del televisor, ahogando sus palabras.

Por aquel entonces el legado de Laura Lyons aún no había resucitado. Apenas hacía unos pocos años que los cheques que enviaba la albacea de la herencia —la antigua secretaria que Laura Lyons tenía en Londres— a Sadie y su hermano habían ido aumentando gradualmente, a medida que las colecciones de ensayos de su abuela se reeditaban. Y, sin embargo, cuando la Colección Berg adquirió el bastón de Laura Lyons, Sadie no había mencionado su vínculo, consciente de que a Marlene le picaría la curiosidad y le haría preguntas que no habría sido capaz de responder.

Ahora, con el interés renovado del doctor Hooper por Laura Lyons, Sadie suponía que tal vez había llegado el momento de reconocer sus lazos familiares para caerle en gracia y asegurarse el puesto como comisaria permanente. Claude no tendría remilgos si se encontrara en la misma posición que ella, de eso no le cabía la menor duda.

Primero, sin embargo, tenía que hacer algunos deberes.

Cuando terminó su turno solicitó los registros administrativos de la biblioteca de 1911, con la esperanza de que hubiera información

sobre la familia Lyons. Un hilo del que tirar, al menos. Dentro de una docena de cajas Sadie encontró lo típico —cartas, archivos, unas cuantas fotos de hombres con aspecto rígido y las espaldas rígidas—, pero también algunos boletines informativos que se publicaban para el equipo de la biblioteca en aquella época. El primero empezaba con una carta del director, el doctor Edwin H. Anderson, seguido de varios artículos breves sobre mejoras o exposiciones. No obstante, la segunda edición le hizo proferir un gritito de júbilo. Dentro había una columna escrita por la señora de Jack Lyons. El tono era extravagante y ligero, y versaba sobre las penurias de criar a dos niños en la biblioteca, sus libros favoritos del mes y lo que les estaba leyendo a sus hijos, Harry y Pearl, antes de dormir.

Su abuela había empezado escribiendo artículos banales a años luz de los solemnes ensayos feministas que la habían hecho famosa. Ensayos que profundizaban en lo que comportaba la verdadera igualdad entre sexos, y que subrayaban la importancia de que las mujeres trabajaran fuera de casa, de tener una pasión más allá de los hijos y las tareas domésticas. Los boletines informativos eran unos artefactos fantásticos sobre la vida doméstica temprana de Laura, y Sadie no veía la hora de compartirlos con el doctor Hooper.

Con todo, moderó su entusiasmo al dar con una carta en la última caja, en un archivador con una etiqueta de CONFIDENCIAL. Contenía una carta de un tal Edwin Gaillard, fechada en mayo de 1914.

Doctor Anderson:

Tras una minuciosa investigación siento confesarle que sigo atascado. Es casi como si el ladrón hubiera caído del cielo, robado los libros y desaparecido. Entiendo su preocupación sobre las grandes dificultades a las que nos enfrentaríamos como institución si estos acontecimientos recientes salieran a la luz. El señor y la señora Lyons están bajo vigilancia y, mientras tanto, haré todo lo posible por mantener este asunto en secreto, tal como me ha pedido.

Sus abuelos habían estado «bajo vigilancia», fuera lo que fuese eso, y los habían relacionado con el robo de un libro o algo por el estilo. La carta del desconocido había refrenado el deseo de Sadie de compartir su árbol genealógico con el doctor Hooper. Por lo visto,

Laura Lyons, aclamada como un «nuevo icono del feminismo» por la *New York Review of Books* pocos años atrás, tenía un pasado oscuro en el que probablemente no conviniera hurgar.

Sadie llamó a su hermano, Lonnie, desde su despacho.

—Tengo noticias —le dijo cuando él cogió el teléfono—. Marlene ha aceptado otro trabajo, así que, al menos por la presente, estoy a cargo de la Colección Berg.

Soltó una carcajada al oír a su hermano silbar al otro lado de la línea. Le explicó el nuevo puesto de Marlene en Boston y el momento en que el doctor Hooper la había escogido como sustituta. Temporalmente.

A pesar de que apenas los separaban unas pocas manzanas en Murray Hill, Sadie había decidido llamar a Lonnie por teléfono al menos una vez por semana desde que su madre se había mudado a vivir con él y su mujer, LuAnn, un mes atrás. Era algo temporal —cuando Pearl se recuperara de la neumonía volvería a la residencia de la tercera edad donde vivía—, pero, dado que Lonnie era médico y tenían espacio más que de sobra en la casa de cuatro plantas en la que habían crecido, era lógico tener a Pearl cerca de casa. Con todo, Sadie sentía una punzada de culpa ante los malabares que estaba teniendo que hacer su hermano últimamente, y ponerse en contacto con él por teléfono era lo mínimo que podía hacer. Así que Sadie había añadido la llamada semanal a su calendario de Filofax, y todas las semanas la tachaba después de completarla. La mayoría de sus llamadas consistían en Sadie recitando las minucias de su trabajo, pero a veces Lonnie le contaba algunos de los casos más interesantes del hospital, y ella lo escuchaba atentamente y le hacía muchísimas preguntas, animándolo a abrirse un poco. Se llevaban diez años, y eso había provocado que de niños nunca llegaran a desarrollar un verdadero vínculo. Sadie había sido una sorpresa tardía para su madre, y al morir su padre, cuando Sadie tenía ocho años, Lonnie ya estaba en la universidad.

Pero al entrar LuAnn en escena, la adoración mutua de Sadie y Lonnie por ella había actuado como una especie de baipás fraternal que los había acercado a pesar de tener personalidades e infancias muy distintas.

—Estoy orgullosísimo de ti, hermanita —le dijo Lonnie—. LuAnn flipará cuando se entere. Tenemos que celebrarlo en cuanto vuelva.

LuAnn viajaba mucho por su trabajo como abogada empresarial.

—¿Cuándo vuelve tu encantadora esposa?

—El sábado.

Sadie se recostó en su silla de oficina, contenta por poder estar un rato sola. Claude se había pasado el día de morros, molesto por el repentino giro de los acontecimientos, y cuando por fin se había marchado era como si se hubiera evaporado una nube tóxica.

—El tema es que el doctor Hooper quiere que encuentre algo de Laura Lyons para incluir en la exposición.

Él la escuchaba en silencio mientras ella lo ponía al día del descubrimiento de los boletines informativos y la inquietante nota.

—Qué locura. A saber qué pasó.

—¿Mamá te ha mencionado alguna vez algo sobre una investigación?

Él se rio.

—Mamá nunca me ha mencionado nada de nada, ya lo sabes. Es como un libro cerrado.

—¿Cómo está hoy?

—Físicamente mejor, pero sigue un poco desubicada. El ingreso en el hospital la ha confundido, y no acaba de recuperarse. La enfermera de día se acaba de ir. Ha estado preguntando por ti. Un momento. —Su voz pasó a ser un sonido distante—. Valentina, tienes que ponerte un abrigo, no seas burra.

—¿Adónde va? —preguntó Sadie.

—Ella y Robin se van a buscar un helado.

Robin, la nueva canguro, había empezado hacía poco a cuidar de Valentina, una función que Sadie había asumido de mil amores poco después de que naciera y de que ella se divorciara de Phillip. LuAnn le había pedido a su cuñada que se uniera de este modo a su nueva familia con la esperanza de que cuidar del bebé recién nacido ayudara a Sadie a superar la depresión. Y, *sí*, ayudar a criar a Valentina le había resultado un privilegio y una alegría absoluta, pero últimamente, con la exposición cada vez más cerca, no había sido capaz de dedicarle tanto tiempo como antes. LuAnn le dijo que era la evolución natural y que tenía sentido que Sadie se abriera un poco a la vida. Seis años eran mucho tiempo para llorar a un marido por el que no valía la pena guardar luto. Y que ni siquiera estaba muerto.

—¿Tan tarde? —le preguntó Sadie a Lonnie—. ¿Se van a por un

helado ahora?

—No es tan tarde, y no van lejos.

—¿Cómo le va a Robin?

—Es fantástica. Hemos tenido mucha suerte. Valentina la adora.

Sadie sintió una punzada de celos.

—A lo mejor me paso por ahí y saludo a mamá antes de que se acueste.

—Claro.

Le dijo que ya estaba de camino.

Cuando Sadie dobló la esquina hacia la casa de Lonnie, divisó el abrigo gris musgo de Valentina —el que habían elegido juntas el otoño pasado— corriendo por la acera en dirección a ella. Valentina se le lanzó a los brazos al tiempo que Sadie se agachaba para abrazarla. La niña le sonrió, con los ojos azules reluciendo en contraste con la blancura de su piel y su cabello, y una mancha de helado de chocolate en la mejilla, antes de retirarse y señalar a la nueva canguro.

—Tita Sadie, esta es Robin Larkin.

—Pero, bueno, qué formalidades —respondió Sadie—. Si ya nos conocemos.

Un par de semanas atrás, Sadie y Lonnie estaban en la zona de juegos del parque cuando Valentina se cayó de los columpios. Robin estaba cerca, vigilando a unos gemelos, y acudió la primera. Durante las fases de consuelo y curación —Robin tenía una tirita a mano— se habían enterado de que estaba buscando trabajo, ya que los gemelos se marchaban de la ciudad, y Valentina había insistido en que Robin fuera su nueva canguro. Lonnie había telefoneado a sus referencias y, después de consultárselo a LuAnn, le había dado luz verde.

Por mucho que Sadie fuera consciente de que aquello era lo más sensato —a medida que se materializara la nueva exposición, sus horarios se saldrían de madre—, una parte de ella albergaba un ápice de resentimiento por verse sustituida. Ahora era Robin, y no la tita Sadie, quien se alojaba en la habitación del sótano cuando Lonnie trabajaba por las noches y LuAnn estaba de viaje.

Escudriñó a la chica. Robin debía de tener veinticinco años, pero apenas le sacaba una cabeza a Valentina, y llevaba una camiseta simple y unos tejanos. Juntas, parecían compañeras de clase.

Valentina tiró a Robin del brazo.

—Robin me ha dicho que me puedo comprar una camiseta como la suya para ser *grinch* como ella.

—*Grunge* —la corrigió Robin, riéndose—. Vamos a ver si evitamos que te conviertas en el Grinch.

—*Grunge* —repitió Valentina—. A la tita Sadie le encanta la ropa vieja de antes.

—Ese vestido es precioso —comentó Robin.

—Gracias. El abrigo de Valentina también es *vintage* —contestó Sadie—. ¿Te acuerdas, Val? Lo compramos juntas en una tienda de segunda mano.

Robin repasó el abrigo verde de arriba abajo, como si estuviera reevaluando su valor.

—Sí.

Ya en casa, Sadie saludó brevemente a Lonnie en el salón, donde su larguirucho cuerpo de metro noventa estaba encorvado sobre un montón de facturas, como un paréntesis con gafas de cerca. Arriba, en la sala de invitados de la que se había adueñado su madre, Pearl estaba tumbada en la cama con dosel, vestida con un camisón de franela rosa. A los ochenta y siete años, y pesando más o menos la mitad de kilos, Pearl tenía el hábito de sonreír con fragilidad, como si estuviera a punto de irse de un momento a otro, antes de exigir un batido de vainilla u otra almohada con un berrido que hacía temblar las paredes.

—¿Cómo te encuentras, mamá? —preguntó Sadie.

—Bien, tirando. —Pearl miró detrás de Sadie—. ¿Dónde está la niña?

—¿Valentina, dices? ¿Tu nieta? Está arriba con Robin, la nueva canguro.

Su madre hizo un gesto con la mano.

—Ya lo sé.

—Claro que sí. —Sadie se sentó a un lado de la cama—. Tengo buenas noticias: hoy me han ascendido en la biblioteca. Es temporal, pero creo que es una buena señal.

—Me alegro mucho, cielo.

Su madre llevaba las uñas pintadas de un rosa chicle, algo

corridas en las puntas, señal de que había caído en manos de las entusiastas manicuras de Valentina.

—Oye, mamá, ¿te acuerdas de cuando tenías la edad de Valentina y vivías en la biblioteca?

—¿Cómo?

—Cuando vivías en la biblioteca, de niña —repitió.

—No hablamos de esas cosas.

Sadie se preguntó a quién se referiría. ¿A Pearl y a su madre?

—Te he traído algo.

Sacó una cajita de bombones del bolso, de la tienda favorita de su madre, en Madison Avenue.

Su madre esbozó una sonrisa y, con dedos temblorosos, escogió uno de chocolate negro. Se lo metió en la boca y no lo masticó, sino que se limitó a dejar que se fundiera, con los ojos entornados.

—Están ricos, ¿eh? —le dijo Sadie—. Estos son los que me traía Phillip para celebrar nuestro aniversario.

Su madre se tragó el bombón con una mueca.

—Madre del amor hermoso.

—¿Qué pasa?

—Que hace años de eso, Sadie. Pasa página, hija mía.

Aquel acceso repentino de lucidez por parte de Pearl fue como una sirena cortando la bruma. Sadie sabía que era una buena señal, que se estaba recuperando de la conmoción de haber estado tres semanas en la UCI, pero el ataque le escoció igual.

—Era por decir algo bonito, sin más.

—No. Vives anclada en el pasado. Mira esa ropa, ¿y lo de dedicarte a leer libros viejos? Pasa página antes de que sea demasiado tarde.

Pearl había sido siempre algo así como una abusona benevolente que le decía a todo el mundo cómo debía vivir su vida, sobre todo a su hija, pero el comentario le dolió.

—Vaya ánimos.

—Hazme caso. Cuando tu padre murió, yo seguí adelante. ¿No te acuerdas? Lo hice por ti y por mí. ¿A qué esperas tú, señorita?

Sadie respiró hondo y sintió una punzada de dolor en lo más profundo de las entrañas. Se puso en pie y se fue a la ventana, donde el cielo iba fundiéndose con la noche.

Qué poco le había costado a Pearl pasar página. Tras la muerte

del padre de Sadie, su madre había entrado en una espiral de citas provocada por el dolor reprimido antes de empezar a salir con un tipo que se llamaba Don y que presumía de ser tan diferente al padre de Sadie como «un Alfa Romeo de un Crosley Hotshot», que vete a saber qué significaba aquello. Sus trajes negros y su maletín reluciente contrastaban profundamente con las camisetas de manga corta de músico de su padre y sus maltrechas fundas de instrumento.

Sadie había escuchado muda a Don mientras les hablaba largo y tendido del Grand Prix de Mónaco durante la cena, al tiempo que Pearl lo contemplaba con una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, cuando Sadie había tratado de hablar algo del francés que había aprendido en la escuela aquella semana, él la había atravesado con la mirada sin comprenderla, sin que le hiciera la más mínima gracia.

Le había regalado a Sadie una pulsera de rosas blancas por San Valentín, y una docena de rosas rojas a su madre, seguidas de una rápida ceremonia matrimonial en el ayuntamiento. Después de aquello cualquier mención de pasada que hiciera Sadie de su padre se recibía con un gesto de silencio por parte de su madre y una mirada agria por parte de Don.

Un domingo Don puso un disco en el estéreo, que Sadie reconoció como un vals, y le tendió una mano para que se uniera a él. Cuando ella le plantó los pies encima de los zapatos, como siempre había hecho con su padre, Don le dio un fuerte empujón.

—¡¿Se puede saber qué narices haces?! —bramó—. Acabo de pulirlos.

Ella apenas pudo mantener el equilibrio.

—Así es como bailamos nosotros —se justificó Sadie—. Bueno, bailábamos. Mi padre y yo.

Don se arrodilló, se lamió el pulgar y se frotó el rasguño invisible en el cuero.

—Chiquilla estúpida.

Ella se retiró a su habitación, demasiado perpleja como para llorar.

Don estuvo presente unos cuantos años, antes de que el matrimonio hiciera agua y Pearl recuperara su apellido de soltera: Lyons. Cuando Sadie se marchó a la universidad en Nueva Jersey, su madre tuvo una serie de noviazgos largos, algunos mejores que otros, pero ninguno especial.

Sadie había tomado la decisión correcta al ponerle fin abruptamente a su coqueteo con Claude. Entre las desastrosas elecciones de su madre y la familia creciente de Lonnie, lo último que necesitaba Sadie era asumir riesgos románticos posdivorcio. La querían y ella devolvía ese amor, y eso le bastaba.

Valentina entró atropelladamente con una caja grande y estrecha en la mano, con Robin siguiéndola de cerca.

—Vamos a jugar a un juego juntas.

—Claro. Déjalo en la cama de la abuela. ¿Qué juego es?

—*Operación.*

Valentina preparó el juego sobre una bandeja que había colocado en el regazo de Pearl. Sadie se puso detrás de la niña, y percibió el aroma a champú Johnson's Baby que emanaba su cabello.

—Empieza Robin —ordenó Valentina.

Robin extrajo con destreza la costilla suelta del torso, la más fácil. Valentina la vitoreó cuando terminó.

—Me toca a mí —anunció Pearl—. ¿O va Harry primero?

Se le había vuelto a nublar la mente, y contemplaba con la mirada perdida una esquina de la habitación. Sadie levantó la voz, pero habló despacio.

—Harry es tu hermano, mamá. No está aquí, ¿recuerdas?

Valentina alzó la cabeza.

—¿Qué fue lo que le pasó a Harry?

—Murió hace mucho tiempo.

Como si hubiera estado esperando la señal, Pearl rompió a llorar. La noche empezaba a resquebrajarse.

—Mamá, te toca —se apresuró a decir Sadie.

—¡Me toca!

Pearl sonrió a través de las lágrimas.

Sadie apenas podía seguirles el ritmo a los cambios de humor de Pearl, a las fases de confusión seguidas por momentos de claridad. Lonnie y ella a veces habían bromeado con que su madre estaba muy cuerda y que lo que pasaba era que disfrutaba desconcertando a los demás. Aquel tipo concreto de humor negro los ayudó a soportar los primeros días de hospitalización, cuando no tenían claro si se recuperaría o no. Una vez, cuando Sadie comentó que quizá estaban llevando la broma demasiado lejos, Lonnie le recordó que aquel mecanismo de supervivencia lo habían aprendido precisamente de

Pearl, y Sadie no había podido negarlo.

Su madre siempre hacía saltar el pitido que producía el juego; las manos le temblaban por la edad, y cada vez que le pasaba, soltaba un gritito de sorpresa. Sadie se preparó para otra ronda de lágrimas.

Esta vez, sin embargo, el pitido no sonó, y Pearl alzó la espoleta con un triunfal «¡ja!».

—Creo que algo falla —dijo Sadie, acercándose el juego.

—De eso nada, lo he conseguido —replicó Pearl con una nota de indignación en la voz.

Robin le dio un golpecito a la pierna de Pearl por encima de la sábana.

—Lo has hecho superbién.

Sadie tocó el borde de metal de la cavidad del corazón con las pinzas. No sonaba nada.

—Se le habrán acabado las pilas.

—Pero yo no he podido jugar —gimoteó Valentina.

—Voy a buscar pilas nuevas —contestó Sadie—. No te preocupes, que no te vas a quedar sin jugar.

Pearl se cruzó de brazos y empezó a hacer pucheros, mientras la tensión de la habitación se disparaba.

—No. Yo ya no quiero jugar.

—Yo tampoco —exclamó Valentina.

Desde el piso de abajo, Lonnie gritó:

—¿Todo bien ahí arriba?

A aquellas alturas Pearl y Valentina ya competían por ver quién podía quejarse más. Sadie recogió el juego del regazo de su madre, harta del jaleo.

—Se acabó el juego. Creo que estamos todas un poco cansadas.

Valentina miró a Sadie indignada.

—Venga, Valentina —dijo Robin, haciéndole a Sadie un sutil gesto de cabeza—. Vamos a prepararte para dormir.

Desaparecieron por el pasillo mientras esta le ponía la tapa de cartón a la caja y su madre observaba todos y cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué llevas puesto eso, Sadie? Qué ridícula estás.

Las mismas dos frases habían sido una constante de Pearl desde que a su hija le dio por los vestidos *vintage*.

—Menos mal que no te los tienes que poner tú —le espetó ella—.

Pero gracias por tu opinión.

Su madre cerró los ojos unos instantes. Sadie esperó, preparándose para el segundo asalto. Por alguna razón siempre había sentido debilidad por Pearl. Y lo mismo le había ocurrido con Phillip. El día que él cargó con sus pertenencias para llevarlas al apartamento de ella, lo hizo en principio como solución temporal. Su compañero de piso se mudaba a Texas y Phillip no podía permitirse un alquiler por su cuenta, ni tampoco estaba dispuesto a molestarse en buscar piso a mitad de semestre. Pero siempre que Sadie llegaba a casa antes que él, aprovechaba para vaciar una caja de los libros y colocarlos en las estanterías, o a colgar sus abrigos de invierno en el armario. Él no parecía percatarse de la desaparición de la torre de cajas de cartón, pero no fue hasta que llegó el otoño y él no mostró signos de querer marcharse cuando ella respiró aliviada. Phillip era suyo.

Su partida fue, sin embargo, muy rápida. Se llevó una maleta con él aquella Nochebuena, y para la segunda semana de enero ya se habían llevado todo lo demás. Ella esperaba en la cafetería, leyendo el boletín informativo de la Asociación de Bibliotecas de Estados Unidos sin entender absolutamente nada, mientras Phillip y los de la empresa de mudanzas peinaban el apartamento en busca de sus pertenencias, dejando espacios vacíos en las estanterías y perchas desiertas en los armarios.

—No lo quemes. Por lo que más quieras, no lo quemes.

Esa era nueva.

—¿De qué estás hablando, mamá?

—¡El libro!

Sadie levantó la caja de cartón.

—Esto es un juego. Voy a guardarlo.

—¡Que no lo quemes!

Sadie la ignoró y dejó el juego en la estantería. Ya buscaría más tarde las pilas.

—Descansa, mamá. Voy a buscarte un vaso de agua, ¿te parece?

En la cocina Sadie se apoyó en la encimera. Era consciente de que podría haber gestionado mejor aquella noche. No tenía excusas para ser tan borde con la familia, cuando era Lonnie el que vivía con aquello todos los días, sin excepción. Lonnie siempre había sido el hijo predilecto, el que había estudiado medicina y formado una familia. Sadie era la bibliotecaria rarita que llevaba ropa extravagante.

—¿Estás bien?

Robin estaba en el umbral.

—Sí, ahí voy. Me duele ver a mi madre así. No quería ponerme tan borde con vosotras.

—¿Estás de coña? Si hubiéramos seguido jugando la situación habría acabado disolviéndose en berrinches de dos generaciones distintas, eso seguro.

—Mi madre sigue siendo un torbellino —comentó Sadie—. Incluso tumbada en la cama continúa dirigiendo el tráfico.

—Valentina la adora. Mi abuela murió antes de que yo naciera, así que supongo que Val tiene suerte de poder pasar tiempo con ella, aunque ahora mismo sea complicado.

—Lo siento mucho. Mi abuela también murió antes de que yo naciera.

—Es difícil echar de menos lo que no has conocido, ¿verdad? Como esos tonos altos que solo oyen los perros y que los humanos no percibimos. —Reprimió una sonrisa—. Además, se ve que mi abuela era una bruja.

Sadie soltó una carcajada.

—Oye, gracias por ayudarnos. Me alegro de que estés aquí.

—Ya ves tú.

Lonnie entró persiguiendo a Valentina con su pijama de ballena rosa. Crisis evitada.

A la mañana siguiente el teléfono de Sadie sonó en cuanto se sentó a su mesa de trabajo.

—Sadie, soy Marlene.

Sadie sonrió al oír la voz de su exjefa, aliviada porque Claude estuviera en la sala principal con un visitante y ella pudiera hablar libremente. Charlaron durante casi diez minutos, durante los cuales Marlene se disculpó por su repentina marcha.

—Insistieron en que el traslado fuera limpio, y yo sabía que no serviría de nada que me quedara por allí más tiempo. Pero te voy a echar muchísimo de menos. Y no sabes cuánto me alegro de que estés al cargo de *Sempiterno*. Le hablé bien de ti al doctor Hooper, que lo sepas.

Sadie le dio las gracias de corazón y se despidieron,

prometiéndose que estarían en contacto. Le echó un ojo al reloj y bajó a las estanterías, a la sección que estaba pensada para recoger todo el excedente de la Berg, dos pasillos protegidos por una reja y una cerradura. Buscó la llave y abrió la puerta, cerrándola firmemente a su espalda. Ese día repasaría los diarios de Virginia Woolf, que era uno de los requisitos para la exposición. Los diarios estaban formados por veintiocho volúmenes fechados entre 1915 y 1941, el año en que Woolf se suicidó. Marlene quería incluir el último volumen, cuya entrada final había sido escrita cuatro días antes de que Woolf se llenara los bolsillos de piedras y se adentrara en el río Ouse. Sadie siempre se había preguntado qué sería lo que Woolf no pudo soportar anotar durante aquellos cuatro días.

Sadie se puso sus guantes blancos y sacó la caja gris de la parte inferior de la estantería, la que contenía los diarios del año 1941. Al abrirla extrajo los cuadernos de bolsillo que Woolf había colmado con sus pensamientos, mundanos y angustiosos.

Debía haber cinco en cada caja. Los contó y los recontó. No había más que cuatro.

El que faltaba era el que necesitaba. Dejó la caja a un lado y repasó la siguiente de la estantería. Cinco cuadernos, todos registrados. Y lo mismo con el resto de las cajas de los diarios de Woolf. Acabó de revisar la última con el corazón alborotado. Echó un vistazo a su alrededor, como si pudiera estar a la vista en alguna otra estantería. Pero las únicas personas que tenían acceso a aquella sala eran Marlene y Claude, y jamás habrían sido capaces de hacer algo así.

Un par de mensajeros pasaron cerca, sin siquiera percatarse de su presencia, de que se había quedado paralizada.

El último diario de Woolf había desaparecido.

Sadie arrastró a Claude hasta un rincón de la Berg.

—¿Cuándo fue la última vez que viste el diario? —le preguntó con voz queda.

Las normas establecían que siempre debía haber un empleado de la biblioteca en la Sala Principal cuando hubiera un visitante presente, y en esos momentos había tres investigadores sentados a las mesas, lo que significaba que no podían mantener aquella conversación en sus

despachos. Hasta donde sabía, habría una respuesta plausible a la ubicación del libro, pero, al no poder recurrir a Marlene, no sabía a quién más podía preguntarle salvo a Claude.

Claude se rascó la barbilla, pensando en la pregunta de Sadie.

—¿El cuaderno del último diario? Marlene y yo lo subimos hará unas pocas semanas. Luego lo devolví a la jaula.

—¿Estás seguro de que no te lo dejaste por ahí o te equivocaste de caja?

—Claro que no. ¿Por quién me tomas?

Los visitantes levantaron la cabeza, interesados por el alboroto.

—Sabemos lo que tenemos que hacer, ¿no?

No se veía capaz de pronunciar las palabras en voz alta. Una lectura de estanterías, que consistía en revisar todas las baldas de la colección, leyendo las signaturas topográficas de una en una para asegurarse de que los libros estaban en la posición correcta. Era muy habitual que los libros desaparecidos simplemente se hubieran guardado en el lugar incorrecto. En el caso del diario, era posible que lo hubieran devuelto a la caja que no tocaba. Lo que implicaba que también tendrían que abrir todas las cajas de la Colección Berg para comprobar que el contenido coincidiera con la etiqueta. Las lecturas de estanterías eran agotadoras y aburridas, pero era la única forma de rastrear un libro perdido y determinar si realmente había desaparecido o si solo se había traspapelado.

—Ya sé lo que tenemos que hacer. —Claude tampoco dijo las palabras en voz alta—. Pero tengo plan para esta noche. ¿No puede esperar a mañana?

Sadie decidió no responder y dejar que se diera cuenta por él mismo. Si había sido la última persona que lo había tocado, la responsabilidad de encontrarlo recaía sobre él.

Cedió con un largo suspiro.

—Vale.

—Empezaremos por aquí mientras la biblioteca siga abierta, y luego nos iremos a la jaula cuando cierre. Va a ser una noche larga.

Ella también tenía planes, pero llamó a Lonnie para decirle que no iba a poder cenar con ellos.

Ya de madrugada, en la biblioteca se oía un zumbido quedo, pero le inquietaba no oír el sonido de las páginas al pasar y el murmullo de las conversaciones. Claude había asumido un pasillo y ella el otro,

pero a las tres de la madrugada empezaron a bailarle ante los ojos las signaturas topográficas y los números. Una a una fueron colocando todas las cajas en un carrito de la biblioteca y comprobando los contenidos antes de devolverlas a su estantería y pasar a la siguiente. A medida que Sadie se acercaba a la última balda comenzó a procesar lo que había pasado.

El cuaderno final de Virginia Woolf, con la última entrada fechada en el 14 de marzo de 1941, había desaparecido. Sadie había leído los diarios de Woolf por primera vez en la universidad, como si pudieran albergar la respuesta al profundo dolor por la pérdida de su padre tantos años atrás. Una entrada, «Me iré con la cabeza bien alta», precedía a otra sobre lo que iba a cenar: abadejo y carne picada.

Tan dolorosamente mundano.

A la biblioteca se le habían encomendado la seguridad y el mantenimiento de los diarios, para que futuros investigadores pudieran consultar las páginas originales, las palabras tal como habían sido escritas, y no copias mecanografiadas. Los documentos eran cruciales para analizar el estado mental de la artista. No había nada que se le pareciera.

Y el último volumen había desaparecido.

Llegó al fondo de la última hilera. A juzgar por dónde estaba, Claude también debía de estar a punto de llegar al final.

Sadie llevaba al cargo menos de una semana y ya se avecinaba una crisis. Por mucho que quisiera posponerlo tenía que contárselo inmediatamente al director.

Claude y ella acabaron de buscar con los ánimos abatidos. Él se marchó a casa, mientras que ella decidió dormir en el sofá de la oficina trasera. Tenía un cárdigan grande en el armario que se podría poner por encima del vestido para que no fuera tan obvio que no había pasado por casa. Se despertó adormecida y desubicada, y se fue a la cafetería de la calle 39 a por un café. Claude apareció con un aspecto casi humano a las nueve en punto, y juntos se apresuraron hacia el despacho del director.

El doctor Hooper llegó pocos minutos más tarde con un periódico bajo el brazo y se paró en seco al verlos. Sadie se imaginó lo poco profesional que debía de parecerle, con bolsas en los ojos, la falda arrugada y el pelo alborotado.

—¿Quién está vigilando vuestra sala? —preguntó.

—He dejado una nota informando de que volveremos a las nueve y media —respondió Sadie—. Tenemos un problema.

Les indicó que entraran en el despacho y cerró la puerta.

—¿Qué ha pasado?

Por un instante Sadie deseó que Claude hubiera asumido el cargo de comisario para no tener que soportar ella la furia del director.

—Ayer fui a echar un vistazo a uno de los objetos para la exposición y no estaba.

—¿Cuál?

—El último diario de Virginia Woolf.

El doctor Hooper dejó escapar un largo suspiro.

—¿Seguro que no se ha traspapelado?

—Anoche hicimos una lectura de estanterías. No está por ningún lado.

—¿Cuándo fue la última vez que lo visteis?

Claude se le adelantó.

—Lo examiné con Marlene hace un par de semanas. Lo subimos aquí desde la jaula, y lo devolví unas horas más tarde. Sé que lo dejé en la caja correcta, no me cabe la menor duda.

—Ya veo.

La acusación no verbalizada flotaba en el aire. Marlene, que se había marchado sin previo aviso, había sido una de las últimas personas que lo habían tocado.

—¿Quiere que contacte con Marlene? —preguntó Sadie.

—No, ya me encargo yo de llamarla. —El doctor Hooper carraspeó—. Mientras tanto, les pediré a los jefes de área que estén alerta. No se lo digáis a nadie más.

Claude asintió.

Sadie no estaba de acuerdo.

—Si al final concluimos que ha desaparecido, lo más sensato sería alertar a la prensa. Si lo han robado, cuanta más publicidad más probable será que los propietarios de las librerías y demás expertos lo encuentren.

—Esa idea tiene dos problemas —dijo el doctor Hooper—. Si el ladrón se entera de que lo sabemos, es menos probable que lo intente vender por medios legales. Además, cuantos menos donantes se enteren de lo del robo, mejor. Nadie quiere invertir en una institución poco segura. Así que de momento no nos precipitemos. Debemos

encontrarlo sin llamar la atención. Voy a aprovechar también para pedir que cambien hoy mismo la cerradura de la jaula. ¿Faltaba algo más?

—Que sepamos, no. Todo lo demás estaba intacto.

—Si realmente lo han robado, es una pérdida irreparable.

Al menos Sadie tenía, asimismo, buenas noticias. Repartió los antiguos boletines informativos sobre el escritorio del doctor Hooper con un gesto ostentoso.

—Sin embargo, también traigo buenas noticias. He encontrado los ejemplos más tempranos del trabajo de Laura Lyons, aquí mismo, delante de nuestras narices. Por lo visto escribía una columna sobre la vida en la biblioteca para el boletín informativo del equipo.

—Hostia, no me lo puedo creer. —El doctor Hooper jamás renegaba, lo que significaba que lo había impresionado profundamente—. Esto es una maravilla. Muy bien hecho, Sadie.

—¿Podemos incluirlas en la exposición?

—Por descontado. Pero no nos quedemos ahí. Me gustaría ver algo de su propio puño y letra. Somos una de las colecciones literarias más importantes de una de las bibliotecas más importantes del mundo. Si existe algo, deberíamos tenerlo. Lo necesitamos. Sobre todo tras la desaparición del diario de Woolf.

No bastaba. Por supuesto que no bastaba.

—Me pondré en contacto con sus herederos y le informaré en cuanto me respondan.

—Bien, perfecto.

Mientras Claude y ella se alejaban, oyeron al doctor Hooper bramarle a su secretaria la orden de que le pusiera con Marlene al teléfono. Sadie esperaba que dieran pronto con la respuesta. Tal vez hubieran enviado el diario a restaurar y Marlene se hubiera olvidado de mencionárselo. Aunque las posibilidades de que fuera eso era ínfimas.

Al regresar a su mesa el teléfono estaba sonando.

—Sadie, soy Lonnie.

Tenía el escritorio hasta arriba de papeleo y todavía tenía que contactar con la albacea de la herencia de Laura Lyons. No era el mejor momento para una charla entre hermanos.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, Lonnie añadió:

—Mamá ha muerto. Se nos ha ido.

Capítulo seis

Ciudad de Nueva York, 1993

Un día después de la muerte de Pearl algunas de sus amistades se pasaron por la casa de Lonnie a presentar sus respetos y no parecían tener ninguna prisa por irse, así que Sadie pidió comida china y esperó a que se la llevaran mientras las señoras charlaban alrededor de la mesa de la cocina sobre la canasta y las prótesis de cadera. En cuanto llegó la comida Sadie cogió uno de los recipientes de plástico y le hizo un gesto a Valentina para que la acompañara a la mesa del comedor, donde sorbieron unos fideos de sésamo mientras, en la cocina, LuAnn y Lonnie respondían pacientemente las preguntas de las señoras sobre los últimos preparativos.

Se alegraba de que LuAnn hubiera regresado; era el timón de la familia. Cuando Sadie la conoció se había sentido intimidada por la elegante novia de Lonnie, pero LuAnn siempre se había esforzado por incluirla, preguntándole por el trabajo o sus libros preferidos, y después de que naciera Valentina habían compartido la íntima alegría de adorar a la criaturita que tenían delante. LuAnn siempre derrochaba glamur, incluso aquel día, con unos tejanos, una colorida bufanda de seda y una pulsera de tenis que le relucía en la muñeca. Cuando Lonnie y LuAnn se casaron y se trasladaron a la residencia familiar, su flamante esposa había decorado los últimos muebles de Pearl con el mismo estilo, añadiendo cojines de colores intensos al salón y colgando pósteres de películas francesas en las paredes.

Sadie soltó los palillos. De repente la salsa de cacahuetes le sabía a pegamento y no fue capaz de dar ni un bocado más.

—Valentina, siento mucho haberte hablado mal ayer, cuando estábamos jugando.

—¿Qué me dijiste? —preguntó Valentina.

—Me disgusté cuando el juego dejó de pitar, y fui un poco antipática. Lo siento mucho.

—No me acuerdo. Qué tonta eres, tita Sadie.

Una oleada de alivio le recorrió el cuerpo. Se había sentido fatal por haberle estropeado a Valentina los últimos momentos con su abuela cuando, de hecho, la niña ni siquiera había sido consciente. Era curioso lo que los niños percibían y lo que no.

Mientras Sadie esperaba a que Valentina terminara de comer, echó un vistazo a la colección de fotografías familiares en marcos de plata que colgaban de la pared: su madre sentada en un banco del parque con Valentina de bebé en el regazo y una sonrisa de oreja a oreja; LuAnn y Lonnie el día de su boda; Sadie y Lonnie rígidos delante de un árbol de Navidad junto a su madre. Esa foto era de cuando la fase complicada de Sadie hizo su aparición y, por desgracia, aún no se había marchado. Seguía teniendo las mismas cejas espesas y la boca demasiado pequeña. Se acercó a la foto y la escudriñó, percatándose de que, por si fuera poco todo lo demás, tenía un ojo algo más grande que el otro, lo que le otorgaba un cierto aspecto de pirada. Se miró en el espejo para comprobarlo. Todavía tenía ese aspecto.

Antes, cuando aún estaba casada, había habido una foto de su boda con Phillip en la pared, una de sus fotografías favoritas. Le sonreía de perfil a su flamante esposo; siempre le había gustado verse la curvatura de la nariz desde ese ángulo, y aquel día llevaba el pelo impecable, cayéndole sobre la espalda en ondas. Lástima que no hubieran podido limitarse a cortar a Phillip. Aunque él también estaba bastante mono en la foto, con una sonrisa tímida en los labios y un ligero rubor en el rostro, como si hubiera pescado a una princesa. Hubo un tiempo en que se quisieron.

Sadie se aproximó a la foto de su abuela, tomada en Londres justo antes de la guerra. Estaba de pie junto a un rosal, con una sonrisa sutil en los labios. Laura no parecía la persona más jovial del mundo. Tenía una mirada reservada, suspicaz. Debían de haberla tomado durante la época en que Virginia Woolf empezó a escribir sus diarios. Tal vez se llegaron a encontrar, o incluso tomaron el té juntas. ¿Por qué una mujer había decidido conservar sus diarios para las generaciones futuras y la otra había exigido que se destruyeran todos sus efectos personales tras su muerte?

El diario perdido. ¿Dónde diantres estaría?

Sadie se recompuso. Debería estar llorando la muerte de su

madre, pero la desaparición del diario la afectaba más. O puede que se estuviera centrando en el trabajo para evitar enfrentarse a la última tragedia de la familia. Si su madre estuviera allí, andaría en la cocina preparando unos bollos o algún tipo de pastelito relleno de fruta como bálsamo para su dolor. Tomar conciencia de que se había ido fue como si le dieran un golpe seco en el pecho. Dejó escapar un sonido que estaba entre la tos y la asfixia, y de repente fue como si le hubieran arrancado el corazón.

LuAnn sacó la cabeza por el salón, con una mano puesta en el marco de la puerta.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí, mami —respondió Valentina—. ¿Hay galletas de la fortuna?

—En la cocina. Ve a por ellas.

LuAnn se plantó detrás de Sadie cuando Valentina se marchó corriendo.

—Las fotos de la familia. —Levantó una de cuando Lonnie se había graduado en la universidad—. Sus mejores años. Mira qué pelo.

Sadie intentó imitar su despreocupación, aunque la voz le temblara.

—Uy, y sigue siendo un encanto. ¿Cómo va la panda geriátrica?

—Creo que no tardarán mucho en irse.

Levantó la mirada cuando Lonnie se les unió. Sadie se volvió hacia su hermano.

—Me sabe fatal no haber estado aquí cuando murió mamá. Lo siento mucho.

Lonnie se encogió de hombros.

—No te perdiste nada, se fue tranquila mientras dormía.

—Pero pensábamos que estaba bien, ¿no? Que estaba mejorando.

—Se estaba recuperando de la neumonía, pero el corazón se le paró por la noche. Acuérdate de que tenía ochenta y siete años.

—Pero es que ha sido tan inesperado...

No, no había sido inesperado. Lonnie tenía razón. Inesperado fue lo que le había pasado a ella con ocho años, levantarse de madrugada, confundida, sin saber exactamente lo que había oído. Había sido un golpe seco, como si alguien hubiera dejado caer un saco de patatas. Así que Sadie se había levantado, atraída por la luz del lavabo, y había abierto despacio la puerta solo para encontrar a su padre tirado sobre las frías baldosas, desmadejado, las palmas de las manos hacia arriba

y los largos dedos ligeramente curvados, como si estuviera tocando su bajo. Se había ido corriendo a avisar a su madre y luego había esperado arrodillada en el suelo del pasillo a que llegaran los servicios de emergencia. Aún recordaba el tacto áspero de la moqueta en las piernas desnudas.

Su padre había sido músico de estudio, y había tocado en anuncios y en programas de televisión antes de lanzarse a ese nuevo estilo que llamaban rock and roll, uno de los pocos músicos de una cierta edad que habían recibido aquel nuevo sonido con los brazos abiertos. Había llevado a Sadie varias veces a escucharlo al edificio Brill, al norte de Times Square, y a ella la había sorprendido lo mucho que parecía un aula aquel estudio, con una docena de sillas plegables repartidas por un suelo de linóleo. Pero lo cierto era que las aulas de su escuela no tenían cables serpenteando entre las patas de las sillas y retorciéndose por los pies de los micrófonos, ni a una decena de hombres fumando cigarrillos durante las pausas y bromeando los unos con los otros. Cuando su padre tocaba su contrabajo, el cuerpo se le balanceaba como un árbol mecido por el viento, como si estuviera bailando con una pareja, como Fred Astaire sosteniendo en los brazos a una Ginger de arce y pícea. Cuando lo contrataba alguna banda de rock, lo cambiaba por un reluciente Rickenbacker eléctrico cuyas gruesas cuerdas no suponían ningún tipo de obstáculo para sus dedos veloces. Cuánto lo seguía echando de menos Sadie... Sobre todo ese día.

Suponía que una muerte en la familia provocaba eso, que removieras los sedimentos del fondo de tu vida.

Se quedaron en silencio unos instantes.

—¿Qué fue lo último que le dijiste? —preguntó Sadie.

—Creo que le recordé que se tomara las pastillas. La vi un poco ida, confundida. —Lonnie tenía una expresión extraña en el rostro—. Y mencionó la biblioteca, ya ves tú.

—¿En serio?

—Me miró de verdad, ¿sabes? Como si estuviera completamente lúcida. Y luego me dijo algo como que tuvo que marcharse de la biblioteca por el libro que quemaron.

Su madre le había dicho algo parecido a Sadie cuando estaba guardando el juego. Que no quemara el libro.

—¿Tuvieron que irse de la biblioteca porque se quemó un libro?

—preguntó Sadie—. ¿A qué se refería?

—Ni idea. Pero era sobrecogedor. Como si estuviera aterrorizada. —Lonnie se secó las lágrimas—. La consolé y se fue tranquilizando hasta que al final se quedó dormida.

El libro *Sobrevivir a la soltería* de Sadie recomendaba que todas y cada una de las muchachas debían tener una afición para tener algo que hacer y no dejar de resultarles interesantes a los demás. Las sugerencias incluían coleccionar tabaqueras y antigüedades, pero a ella no le llamaban la atención ninguna de las dos cosas. En su lugar, e inspirada por los recuerdos felices de su padre, Sadie había empezado a buscar música siempre que podía. Desde las imponentes voces de un oratorio en Carnegie Hall hasta las descontroladas improvisaciones de un club de jazz ubicado en una antigua fábrica de perfumes, no había nada mejor tras un día respondiendo preguntas que sentarse en silencio en una sala y dejar que la melodía la transportara.

El sábado después de que Phillip la dejara definitivamente, ella, desesperada por salir del apartamento, había echado un vistazo a la programación en *The New Yorker* y se había decidido por un pequeño club del West Village donde tocaba un trío. Se había sentado a la barra, sintiéndose incómoda y sola, pero durante la primera parte del concierto le llamó la atención una mujer que se encontraba en la mesa que tenía justo enfrente. Tenía los cabellos largos y grises y los labios de un rojo intenso, y llevaba una estola de piel de otra época. Se movía al ritmo de la música, meciendo los hombros. «Así seré yo», decidió Sadie. Sin vergüenza. Sin miedo.

Aquella noche, sin embargo, dos días después de la muerte de su madre, el jazz no le bastaba. Precisaba de algo más fuerte para el estrés que le reptaba por la columna y le constreñía el cerebro.

La banda que actuaba en el CBGB, un local considerado la meca de la innovación musical, berreaba unas letras que no era capaz de entender, pero le daba igual. Eso era lo de menos. Se había sentado en su lugar habitual, al final de la barra y cerca de la puerta, desde donde podía observar la sala sin llegar a sentirse del todo parte de ella. El grupo de aquella noche era un trío joven de punk sin demasiado talento pero con muchísima rabia. El pesado ritmo del bombo le retumbaba en la cabeza y casi hacía que le dolieran los oídos.

El camarero le señaló la cerveza, pero Sadie rechazó otra ronda, y él le dirigió una mueca antes de darle la espalda, como siempre hacía cuando la veía aparecer.

Los muros y el techo estaban cubiertos con una sórdida mezcla de pegatinas y grafitis, el suelo, pegajoso, y la cerveza, caliente. Grupos con nombres como The Cramps llamaban a aquel club su «hogar», y los agresivos sonidos reflejaban las realidades aún más agresivas de lo que había más allá de sus puertas. La ciudad estaba con el alma en vilo, intranquila todavía después de que una bomba explotara dentro del aparcamiento del World Trade Center un par de meses atrás. A veces se imaginaba a su padre tocando en el CBGB, si todavía viviera, deleitándose con cómo los guitarristas manipulaban el sonido con aquella ferocidad.

Cuando el club abrió sus puertas en los setenta, mostraba un estilo y un tipo de sonido nuevo, que se alejaba radicalmente de los destellantes ritmos disco que en aquel momento eran el último grito. Veinte años más tarde seguía vibrando con una energía tenebrosa. Sadie adoraba ver bailar a personas que en el fondo no bailaban, sino que se limitaban a sacudir las extremidades. Cada pocas semanas se pasaba por allí a recargar las pilas, y luego podía volver al mundo exterior para comportarse de nuevo como la bibliotecaria quisquillosa que era, revisar preguntas y proporcionar respuestas, entregarse a la lógica y el orden del sistema de clasificación de la Biblioteca del Congreso.

Su deseo por mantenerse ocupada la hizo volver al trabajo antes de lo previsto, aunque fuera sábado y técnicamente siguiera de permiso por defunción. Lonnie y LuAnn se habían encargado de todas las gestiones, lo que significaba que a Sadie apenas le quedaba nada por hacer. Ya en su mesa, rodeada por la quietud de la Berg, dejó un mensaje de voz a la señora Quinn, la antigua secretaria y albacea de Laura Lyons en Londres, antes de volver a los archivos y revisar de nuevo las cajas de su abuela, con la esperanza de encontrar algo que se le hubiera pasado por alto la primera vez. No tardó en distraerse con los calendarios diarios de Jack Lyons. Tantas citas y recordatorios... Era un hombre claramente meticuloso, igual que Sadie con su Filofax. Admiraba aquella atención al detalle, las listas y listas de los próximos proyectos, las citas de mantenimiento semanales, los registros del precio del carbón.

Poco después llegó a la última entrada, fechada el 23 de mayo de 1914. El mismo mes de la carta del detective de la biblioteca en la que se afirmaba que la familia estaba bajo vigilancia. Jack Lyons había escrito una lista breve de solo tres elementos: *escalera de mano, soga, nota.* Una pulcra señal de confirmación junto a cada uno.

Tres palabras, inocentes por sí mismas, pero cargadas de significado al leerlas juntas.

Nunca le habían contado lo que le había ocurrido a su abuelo, solo que había muerto de repente y la familia se había marchado de la biblioteca. ¿Era posible que se hubiera suicidado?

Y, sin embargo, le resultaba extraño que hubiera escrito una lista de tareas, tan clínica, tan fría.

¿Qué les había ocurrido en mayo de 1914 a Laura Lyons y su marido? ¿Y qué significaban las palabras que Pearl había pronunciado en su lecho de muerte sobre los libros quemados que habían provocado que se marcharan de la biblioteca? El pasado parecía más confuso que nunca, y a Sadie le preocupaba que los acontecimientos de hacía ochenta años pudieran reflejarse en su cargo de comisaria actual.

Sentada a la barra del local, dejando que la música la envolviera, sopesó lo que había encontrado. *Escalera de mano, soga, nota.* Si su abuelo se había suicidado, la muerte del padre de Sadie debía de haber sido aún más dura para Pearl de lo que ella se habría podido imaginar jamás, incluso aunque hubiera sido por causas naturales. Y también explicaba lo reticente que era Pearl a vivir en el pasado.

Una joven con *piercings* en la nariz y la cabeza rapada sonrió a Sadie al pasar por delante. Un detalle, pensó Sadie. Ya era una clienta bastante habitual, supuso, y destacaba sobre el resto con su vestido abotonado de tartán de los años cuarenta. El estilo *grunge* no le decía absolutamente nada.

Recogió su bolsa de tela y fue al baño, pero tuvo que esperar en el estrecho pasillo a que se vaciara uno de los cubículos.

—¿Quién es la abuela?

La voz provenía de dentro, y le respondió otra.

—¿La del final de la barra? Pues una vieja que suele sentarse como una estatua y fingir que forma parte de la movida. Es patética, la verdad. Gus no la soporta porque ocupa un sitio y nunca pide más que una cerveza. Dios, espero no ser así de vieja.

¿Vieja? Sadie tenía solo cuarenta y tres años, quiso responder. Pero tal vez estuvieran hablando de otra persona.

El cubículo se abrió y la mujer que había sonreído poco antes a Sadie se quedó paralizada.

—Ay, hola.

Sadie le dio la espalda, conteniendo las lágrimas, y se fue, adentrándose de nuevo en el ruido y el alboroto.

El lunes por la mañana, en el sótano de la biblioteca, Sadie abrió la puerta con el letrero ENCUADERNACIÓN Y PROCESAMIENTO. Podría haber aprovechado más el permiso por defunción, pero prefería estar entretenida, y tampoco quería que Claude se entrometiera y se apoderara de su puesto en su ausencia.

La sala estaba distribuida como si fuese una minifábrica, con largas mesas sobre las que descansaban herramientas variadas, vacía salvo por un hombre, que se puso en pie renqueando cuando ella se acercó, y cuya barba gris casi parecía blanca bajo la intensa luz del fluorescente.

—Señor Babenko.

Él la saludó afectuosamente, igual que tanto tiempo atrás, la primera vez que le preguntó por el apartamento oculto. El señor Babenko no estaba acostumbrado a recibir visitas, y se había llevado una agradable sorpresa al saber que Sadie estaba interesada por la historia del edificio, así como por su trabajo en el taller de encuadernación. Le enseñó cómo medía los libros que llegaban y los protegía con una sobrecubierta de Mylar, antes de pasarlos por una máquina encoladora y enviarlos a las estanterías para que los distribuyeran. Ella había mostrado la admiración esperada por la enorme máquina metálica de costura que descansaba en un rincón, ya en desuso, y habían sido amigos desde entonces.

—¿Cómo te va, señorita?

«Señorita.» Los crueles comentarios de las mujeres del CBGB se disiparon en el aire. Al final todo era cuestión de perspectiva.

—No sé si se ha enterado, pero nos falta algo de la Colección Berg.

—¿La comisaria?

Marlene, claro. Las noticias volaban.

—Sí. Ha aceptado un trabajo en Boston. Supervisora de las colecciones.

—Me alegro por ella.

—Pero nos ha desaparecido otra cosa.

El señor Babenko dejó escapar un silbido cuando le contó lo del diario perdido de Virginia Woolf.

—Es una noticia verdaderamente terrible.

—Pues sí, la verdad. Debo pedirle que esto quede entre nosotros. El doctor Hooper no quiere que se filtre.

—Tienes mi palabra —contestó el señor Babenko—. ¿El diario estaba marcado?

Los libros más valiosos de la Biblioteca Pública de Nueva York se sellaban con una marca identificativa en la página noventa y siete, una forma de prevenir robos. Pero hasta Sadie sabía que algunos de los libreros más despiadados compraban libros de la biblioteca igualmente, y luego eliminaban la marca bien mutilando la página o usando sustancias químicas para disimularla. Todas las bibliotecas con libros y mapas únicos se enfrentaban a la misma disyuntiva: o bien «pintarrajear» un libro, que dificultaba su venta en el mercado negro, o conservar la pureza de la obra y convertirla en un bocado tentador para los ladrones.

—El Woolf no estaba marcado, segurísimo. Quiero ayudar a encontrarlo, si es posible, pero no sé por dónde empezar.

—Por lo general la gente que tiene acceso a los libros suele ser la principal sospechosa. Los ladrones que más daño le han hecho a la colección han sido los mismos investigadores que han venido a estudiar los libros, visitantes respetados que se han enamorado tanto de sus propios conocimientos que han creído que debían ser los custodios del material. O que querían venderlos para sacar provecho.

Sadie, Claude y Marlene siempre habían examinado con lupa a los visitantes de la Berg, quienes, a fin de cuentas, pasaban por un estricto proceso de aprobación antes de que se les permitiera el acceso. La intimidad de la sala también ayudaba en ese sentido.

—Las mesas de los bibliotecarios están a pocos metros de donde se sientan los visitantes. Estamos prácticamente encima de ellos.

—No puedes fiarte de nadie. Una vez leí sobre un caso, hará más de veinte años, de dos sacerdotes bizantinos a los que descubrieron sacando un valioso atlas holandés de la biblioteca de Yale. Por lo visto

se habían llevado cientos de libros, y no solo de Yale, sino también de Dartmouth, Harvard y Notre Dame.

—¿Qué les pasó?

—Los expulsaron del sacerdocio y los condenaron a un año y medio de cárcel.

—¿Un año y medio? ¿Ya está?

Debía de haberlo oído mal.

—Ya está. Una vergüenza, se mire por donde se mire.

—Vale, estaré pendiente de los hombres con hábitos. —Hizo una pausa—. Cambiando de tema, tengo una pregunta un poco extraña. ¿Recuerda haber oído que alguien se suicidara en la biblioteca, hace mucho mucho tiempo?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué lo preguntas?

Debía contarle la verdad. O, bueno, a medias.

—Descubrí una carta en la que se decía que el superintendente del edificio, el que vivía en el apartamento, era sospechoso de haber robado un libro en 1914. Y creo que pudo haberse suicidado.

—Siento no poder ayudarte, pero tenemos a un par de fantasmas que gustan de vagar por aquí.

—¿Se refiere al trabajador que se cayó de un andamio en la Sala Principal de Lectura cuando la estaban construyendo?

Sadie sonrió. El fantasma era una leyenda urbana entre el equipo, aunque nadie que conociera lo hubiera visto en realidad.

—Ese mismo. —El señor Babenko se rascó la piel reseca de sus manos—. Pero me reafirmo en lo que he dicho sobre que los principales sospechosos son las personas más cercanas a la Colección Berg.

—¿Habla de Claude y Marlene?

Que a Marlene le hubiera salido un trabajo nuevo justo en ese momento debía de ser una coincidencia. Marlene era una persona entregada a la colección y a su preservación. Y en cuanto a Claude, Sadie no le había quitado el ojo de encima desde el robo.

—Y no solo Claude y Marlene —respondió el señor Babenko—. Tú también, Sadie. Tú también.

Capítulo siete

Ciudad de Nueva York, 1913

—¡He dicho que me des el bolso!

Laura dio un paso atrás y se adentró en el piso, a pesar de que todos sus instintos la urgían a que echara a correr hacia la puerta y se alejara de aquella amenazante criatura que se erguía frente a ella.

Pero para eso debía pasar por su lado, y no le costaría nada impedirle el paso con su corpulento cuerpo.

—Mire, soy estudiante de reportera en la Universidad de Columbia y solo estaba de visita, de verdad. Su hijo —empezó, y se volvió hacia el niño— me ha pedido que subiera. ¿Quizá haya habido algún error?

No soportaba la inflexión ascendente que había hecho con la voz al final de la frase. La madre de la familia se mantenía al margen mientras el marido rugía a Laura.

—¿Cómo? ¿Que eres reportera? ¿Y qué reportaje te crees que estás haciendo? ¿Vas a escribir una historia lacrimógena sobre el hambre y el frío que pasa nuestra triste y humilde familia? —Miró con maldad a su mujer—. Yo digo que la tiremos por la ventana.

—Aquí nadie va a tirar a nadie por la ventana.

La orden llegó desde algún lugar cercano a la puerta principal, detrás del hombre, cuya cabeza se giró como la de una lechuza al oír el sonido.

—Señor Marino, relájese. Ahora mismo.

Una mujer, alta e imponente, le dio un buen empujón al pasar por su lado. Tenía los hombros anchos, el cabello castaño dividido por una raya milimétricamente centrada y recogido en un moño tan apretado que Laura se preguntó si no le provocaría dolores de cabeza. Llevaba una corbata sujeta en un cuello firme, y unos anteojos redondos que le conferían un cierto aspecto de búho. Había algo en ella que le resultaba familiar, pero el alivio que sentía Laura ante el

rescate fue tal que no era capaz de saber qué era.

—Que se marche todo el mundo salvo yo, la madre y la bebé.

El muchacho le entregó la bebé a la recién llegada y los niños se escabulleron, agradeciendo la pausa del trabajo. Los mayores apremiaban a los pequeños, que apenas se mantenían en pie mientras atravesaban la puerta. El padre, a regañadientes, desapareció en la habitación trasera que daba a la cocina, después de repasar a Laura de arriba abajo como si fuera un pedazo de carne colgando del gancho de un carnicero.

Una vez que se hubo marchado, la mujer revisó la estancia e hizo un gesto con la cabeza.

—Ha mantenido la ventana abierta. Bien hecho, señora Marino.

—Lo siento, debería irme —dijo Laura. Las otras estudiantes debían de estar de camino a Columbia, armadas con declaraciones e historias, mientras ella había estado a punto de que la mataran.

—¿Ha dicho usted que es reportera?

—Bueno, reportera en ciernes. De Columbia.

—Pues quédese y tome notas. Escriba esta historia. No le interesa a nadie más.

Laura no se atrevió a negarse. Jamás había visto a una mujer tomar el mando de aquella forma, sin vacilar, lanzando órdenes a todo el mundo como si fuera la capitana de un transatlántico.

—Siéntese.

Laura obedeció y se sentó a la cabeza de la mesa.

—La bebé no me come —comentó la señora Marino, quien se dejó caer sobre la silla que había frente a Laura. Ahora que no tenía a la familia cerca parecía más pequeña, más triste. Perdida.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

La mujer dejó a la bebé en brazos de la señora Marino.

—Háblele.

La señora Marino soltó una carcajada.

—¿Por qué? No me va a contestar.

—Adelante, dígale algo. Lo que sea.

La señora Marino dejó la mirada perdida, como si tratara de pensar en alguna frase. Se encogió de hombros y finalmente obedeció.

—¿Tienes sueño?

En respuesta, la bebé sonrió. La madre levantó la mirada

satisfecha.

—Bien hecho, señora Marino.

—Perdone, ¿puedo preguntarle cómo se llama? —dijo Laura sacando la libreta del bolso.

—Doctora Potter. Trabajo para el ayuntamiento. —La doctora Potter le cogió la bebé a la señora Marino y la dejó cuidadosamente sobre la mesa. Con una eficiencia experimentada, desató el arrullo que envolvía a la pequeña y le realizó un examen físico—. Estamos llevando a cabo un nuevo programa. Visitamos a los recién nacidos un día después del parto, y seguimos haciendo revisiones regulares. —La bebé dejó escapar una risita y la doctora Potter se la devolvió—. Señora Marino, cuéntele a la reportera lo que le he estado repitiendo y repitiendo estos últimos meses.

La mujer se inclinó hacia delante, decidida de repente a ganarse la aprobación de la doctora. Ese era el efecto de la doctora Potter. Se apoderaba del espacio sin disculparse, como un gigantesco pino entre unos retoños.

La señora Marino fue contando con los dedos.

—Ventilen las habitaciones. Báñenla cada pocos días. No le den cerveza a la niña. Y les ordené a los otros que no jugaran en las alcantarillas, como usted me dijo.

—Muy bien. Debo decirle que hoy es usted mi pupila estrella.

La madre sonrió de oreja a oreja.

—¿La coge en brazos cuando llora? —le preguntó la doctora Potter.

La madre le lanzó a la bebé una mirada culpable.

—A los otros no los cogí nunca en brazos. Mi madre decía que si no los ignorabas, te crecían débiles.

—El contacto humano es imprescindible para el desarrollo del niño. —La respuesta de la doctora Potter fue rápida y enfática, como si fuera la centésima vez que la repetía—. Consolar al bebé es algo perfectamente normal. —Al terminar, le devolvió la bebé a su madre —. Intente darle el pecho ahora.

—¿De qué va ese nuevo programa? —preguntó Laura.

—Estamos tratando de reducir la mortalidad infantil, empezando por este distrito. Soy inspectora sanitaria.

—Antes de que aparecieran ustedes no había visto a un inspector en mi vida —comentó la señora Marino.

La doctora Potter no parecía sorprendida.

—Los que he conocido, todos hombres, por cierto, tenían por costumbre falsificar informes de sus visitas a domicilio. Poco les importaba que el verano pasado murieran mil quinientos bebés, ya fuera por leches contaminadas o por envolverlos demasiado. Los cuidados básicos de los niños pueden salvar miles de vidas. Dirijo un grupo de inspectores que han estado haciendo visitas a domicilio, visitas reales.

—¿Y han percibido alguna mejora? —preguntó Laura.

—Este verano pasado la cifra de muertes infantiles cayó hasta las trescientas.

—¿De mil quinientas a trescientas? —Laura se recostó perpleja—. ¿Cómo?

—Con lo que me ha visto haciendo aquí. Hacerles entender la situación a mujeres que saben ver la lógica de las cosas. Como usted, señora Marino.

A aquellas alturas la bebé estaba en el regazo de su madre, mamando de un pecho, contemplando a su madre con esa mirada ebria de amor que Laura había observado en sus dos hijos.

No había leído nada sobre aquel destacable programa en los diarios. Ni una sola palabra. Y eso fue lo que le dijo a la doctora cuando salieron a la calle.

—La salud maternal, y la salud de los bebés de las inmigrantes pobres, no es una prioridad para la ciudad en estos momentos —respondió la doctora Potter, antes de sacarse un reloj de bolsillo de la blusa—. Tengo que irme.

Tendió una mano para que Laura se la estrechara, y en ese gesto se dio cuenta de por qué la conocía. De Vassar. Amelia Potter había sido estudiante de la universidad unos años antes que Laura. En aquella época tenía un aspecto bastante distinto, con un corte de pelo algo más delicado y sin anteojos.

—La conozco de la universidad —dijo Laura.

Mientras hablaba le vino a la mente la imagen de Amelia sentada en el césped, rodeada por otras chicas. Laura se les había unido sentándose a una distancia prudencial, sin saber cómo se tomarían lo joven que era comparada con el resto. Amelia no se sentaba con propiedad, con las piernas delicadamente dobladas a un lado, sino como un hombre, con las piernas cruzadas bajo ella, sin importarle

que se le viera una rodilla. Estaba leyendo en voz alta un libro que estaba causando furor: *El despertar*, de Kate Chopin. De vuelta en casa durante un descanso, Laura lo había mencionado en la mesa del comedor, pero su padre la había interrumpido exclamando que trataba sobre una mujer que anteponía sus necesidades a las de sus hijos y marido, algo que la acababa abocando a un final trágico.

—Una abominación —lo describió su padre. A Laura le entró la curiosidad por saber cuándo lo había leído, pero no se atrevió a preguntar.

Amelia, aquel día soleado, lo había recitado en voz alta, con orgullo, mientras las chicas a su alrededor reían nerviosamente y compartían miradas cómplices. En aquel momento Laura no podía evitar contemplar a Amelia, cuya seguridad en sí misma era muy superior a la de ella. «Algún día, yo seré así», se prometió.

Bueno, seguía sin ser igual de segura, tal como había demostrado su interacción con los Marino. Pero no le cabía duda de que con cada prueba ganaría coraje. Por eso se había matriculado en la Escuela de Periodismo, para que le ofrecieran retos.

La doctora Potter la miró fijamente.

—No la recuerdo. ¿En qué año estudió allí?

—En 1900. Era más joven que el resto, y terminé antes. Para casarme. Ahora me llamo Laura Lyons.

Ya habían llegado a la estación de tren.

—Bueno, Laura Lyons, pues le deseo suerte con sus estudios actuales.

—Gracias. Y yo a usted con su programa.

Laura se volvió para subir la escalera.

—Ah, señora Lyons, tal vez le interesaría venir al Club Heterodoxy la próxima semana, si está libre.

—¿Disculpe?

Laura jamás había oído aquel nombre, y tampoco tenía claro qué podía significar.

—Es un club de almuerzo que celebramos en Greenwich Village cada dos sábados, para mujeres que no temen dar su opinión. Creo que podría gustarle. —Extrajo una tarjeta de su bolso y escribió una dirección, una fecha y una hora en la parte posterior—. Venga, por favor.

Laura comenzó a escribir su artículo en el tren de camino a

Columbia, para que cuando llegara a la redacción lo único que tuviera que hacer fuera mecanografiarla, con sus dedos volando entre las teclas, haciendo los pequeños cambios oportunos a medida que tecleara.

Cuando todos hubieron entregado sus manuscritos, el profesor Wakeman se dispuso a leerlos en voz alta, ofreciendo sugerencias mientras hablaba, colocando los que creía merecedores de ocupar la portada en un montón aparte. Finalmente llegó al artículo de Laura. Se detuvo después de leer el primer párrafo y se volvió hacia ella.

—¿Ha conocido en persona a esta tal doctora Potter?

—Sí, coincidí con ella durante una visita a domicilio.

Siguió leyendo sin hacer correcciones ni sugerencias.

—¿Se lo ha inventado?

Laura se tensó.

—Por supuesto que no. Es todo cierto. Han salvado a cientos de bebés en un año.

—¿Y por qué no he leído nada al respecto en ninguna parte?

Laura recordó las palabras de la doctora Potter.

—Porque los bebés de inmigrantes no le importan a nadie.

El profesor Wakeman clavó la mirada en Laura.

—Esto va en portada, sin duda.

Ella sonrió al ver cómo colocaba su historia en la parte superior del montón. Aunque de momento solo la leyeran el profesor y sus compañeros, en cuanto se graduara lo aprovecharía para venderse a un editor, y contarle al mundo los increíbles esfuerzos de la doctora Amelia Potter.

No veía la hora de que llegara ese momento.

Tras su desaprobación inicial el profesor Wakeman se había encariñado con ella y le había permitido profundizar en los «encargos de las mujeres» desde cualquier tipo de ángulo peculiar que se le ocurriera. Cuando les asignaron que cubrieran una manifestación sufragista en Brooklyn, ella se rezagó al final de la marcha con las antisufragistas, vestidas de rojo y negro, quienes recogían pancartas y las rompían por la mitad. Algunos de sus artículos para el diario estudiantil quedaban en nada, pero ella continuó encontrando siempre la manera de hacerlos suyos. Con cada semana que pasaba su

redacción mejoraba, y acabó ocupando la portada con bastante asiduidad.

—Estás pensando en tu próximo artículo, ¿eh? —le dijo Jack con una sonrisilla pícara mientras caminaban por la Quinta Avenida el día de Nochebuena. Los niños se les habían adelantado, impacientes por llegar a casa de sus abuelos y abrir inmediatamente los regalos.

—Estamos de vacaciones. Hasta el mes que viene no tengo que pensar en nada. —Ella le dio un codazo—. Bueno, vale, sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque a mí me pasa lo mismo. Cuando me pierdo en mis pensamientos seguro que tengo la misma mirada que tú. Distante.

Jack se había estado quedando despierto cada vez hasta más tarde, trabajando en su manuscrito. A ella le preocupaban las ojeras que se le estaban formando, pero nunca lo había visto tan feliz. Eufórico, algunas noches cuando reptaba hasta la cama le metía la mano por debajo del camisón y se apretaba contra ella. Esa euforia era lo que lo había convertido en el centro de atención cuando se conocieron, cuando era un autor joven y en ciernes a quien lo que más le gustaba era contar sus ocurrencias en una sala llena de personas también en ciernes. Antes de que el trabajo duro de escribir un libro le hubiera arrebatado la confianza.

—Sé que has disfrutado inmensamente de las clases hasta ahora.

Jack torció el gesto y la miró con lástima. La beca que el doctor Anderson había conseguido no cubría el semestre siguiente, así que había acudido al rector de la universidad con la esperanza de que pudieran ofrecerle algún tipo de ayuda económica, pero por lo visto ya no quedaban fondos. Sus ideas para nuevas historias no valían de nada si no podía asistir a las clases.

—No te preocupes, seguro que todo se acabará solucionando —respondió ella.

—No me cabe duda. Pero, en el peor de los casos, ¿no podrías posponer un año los estudios?

—No, esto no funciona así. —Le ofreció una sonrisa valiente, o eso esperaba—. Nuestra única oportunidad está en las fiestas de esta noche. No le sigas el juego a mi padre. Hoy no.

—Comportamiento ejemplar, te lo prometo.

Harry se volvió hacia sus padres.

—Ya os he dicho que sí, que me portaré bien.

—Tú no, mi amor. Tu padre.

Una expresión de alivio le recorrió el rostro a Harry antes de que esbozara una sonrisa.

—¿Padre se ha metido en problemas?

—No, pero tendrá problemas si no dice «por favor» y «gracias» en la mesa, y si no va con cuidado de verter nada.

—Yo nunca vierto nada.

Jack agitó los brazos como un molinillo, haciendo que Harry se mondara de risa. Pearl, mientras tanto, siguió caminando, negándose a prestar atención a las payasadas de los hombres de la familia.

Tenían mucho que agradecer a aquellas fiestas. Harry había empezado a hacer amigos por fin, aunque no recibiera los mismos informes brillantes que su hermana por parte de los profesores. Jack era feliz en el trabajo, y Laura adoraba la universidad. Siempre que pudiera continuar.

El árbol de Navidad del salón rebosaba de guirnaldas y adornos, algo que contrastaba con las librerías huecas donde antes había habido valiosos jarrones y el espacio vacío que había ocupado el piano de cola. Las bombillas del árbol no podían venderse, o al menos no merecían el esfuerzo, pero aquellas fastuosas decoraciones solo conseguían que la estancia en penumbra —con las luces eléctricas atenuadas para ahorrar unos cuantos centavos— pareciera estar desequilibrada.

Laura no soportaba sacarles a sus padres el tema del dinero. Y, al mismo tiempo, era su última esperanza. Su madre abrazó a los niños uno por uno mientras su padre los saludaba fríamente y los fulminaba con la mirada ante aquella muestra de sentimiento tan impropia. Alzaba las cejas hasta convertirlas en dos arcos oscuros siempre que se llevaba una decepción o un mal trago, y se convertían en unas furiosas barras inclinadas cuando se enfadaba. Era un hombre que vivía en la desdicha.

La sirvienta llevó un jerez para los adultos y un batido de chocolate para los niños, quienes le dieron un sorbo antes de echar a correr hacia el árbol y abrir los regalos que llevaban sus nombres. Laura se sentó en el canapé con Jack y exclamó con educación cuando abrieron los regalos, a pesar de que apenas se fijó en lo que contenían.

—¿Cómo va el curso de periodismo, cielo? —le preguntó su madre mientras la sirvienta recogía el papel de regalo y los lazos.

Había tenido la esperanza de dejar la conversación para más tarde, al menos hasta que estuvieran cenando. Pero Jack le hizo un breve gesto de cabeza que ella sabía que significaba que lo mejor era quitárselo de encima. Y tenía razón. Así tendrían tiempo de sopesar la idea.

—Es increíble. Tal y como me lo esperaba. En mayo ya podré encontrar un trabajo bien pagado gracias a las personas que estoy conociendo.

—Las mujeres no deberían trabajar. —Su padre señaló al lugar en que Pearl y Harry estaban absortos jugando a los cantillos en el suelo —. Tus hijos te necesitan.

A Laura le venían a la cabeza todo tipo de réplicas. Que si su madre hubiera tenido trabajo para que la responsabilidad no solo hubiera recaído sobre su marido, la tensión y la culpa de su hogar tal vez se habría reducido considerablemente. Que si su madre hubiera hecho caso a lo que le dictaba el corazón...

Su madre sonreía sentada al borde de la silla. Había sido una mujer hermosa antes de que las arrugas le cuartearan la blanquísima piel y el pelo se le encaneciera. Ahora lo tenía frágil, aunque aún conservaba parte del encanto de su juventud. Cuando Laura era una niña solía colarse en el vestidor de su madre y se sentaba en el tocador, donde guardaba el joyero, antes de cargarse los brazos de gruesas pulseras y colocarse horquillas con diamantes engastados en el pelo, como una emperatriz. Un día fue a coger un broche y descubrió que el joyero tenía un fondo falso. Debajo descansaba un relicario con un mechón rubio cobrizo.

—Fue mi primer novio —le confesó su madre cuando Laura le preguntó con delicadeza aquella noche al acostarse—. Lo quería más que a nada en este mundo, pero no nos consideraban una buena pareja.

—¿Por qué no?

—Porque él no tenía los recursos para mantenerme. —En ese momento se inclinó hacia ella—. Te prometo que no dejaré que cometas el mismo error.

—¿Qué error?

—Quiero que te cases con la persona que ames, sea quien sea.

Y cumplió su palabra cuando se forzó a hablar del tema con su marido cuando Jack le pidió la mano de Laura en matrimonio. Huelga

decir que el bebé que estaba en camino influyó enormemente en esa cuestión. Pero mientras que su padre se había pasado la boda de morros, la madre de Laura estaba radiante de felicidad. Laura llevaba un relicario con un mechón de Jack alrededor del cuello, y nunca lo ocultaría. Jamás.

—¿Me has oído? Digo que tus hijos te necesitan.

El padre de Laura, con las mejillas sonrosadas, señalaba como un director de orquesta desde su sillón orejero de piel.

—Están bien, se lo aseguro. Madre me ha estado ayudando cuando estoy en clase. —Laura dio un sorbo de jerez y lo dejó en la mesa auxiliar—. Pero hay un problema.

—¿Ah, sí?

Arqueó las cejas.

—Me concedieron una beca para el primer semestre, pero me temo que no voy a poder pagar el segundo.

Percibió cómo su madre se tensaba.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó su padre.

—De cien dólares. Pero se lo devolveré en cuanto comience a trabajar.

Jack se incorporó.

—Con suerte, mi libro empezará a venderse el año que viene, así que tal vez podamos devolvérselo antes.

Laura le había dicho que estuviera callado, y ahora le había dado por decir algo que seguro que pondría a su padre en contra del favor que le había pedido. Las cejas de su padre se convirtieron en dos flechas afiladas, que prácticamente le llegaban al centro de la frente.

—Otro novelista, justo lo que necesita la ciudad. —Se volvió hacia Laura—. Y otra periodista que remueva la mierda.

—Lo que estoy aprendiendo en la Escuela de Periodismo es importante, y marcará una diferencia en el mundo. Por ejemplo, he escrito un reportaje sobre una doctora que está salvándoles la vida a miles de bebés en los barrios pobres. El profesor me dijo que la historia merecía aparecer en un diario de verdad, como *The New York Times*.

—¿Una doctora? —Su madre asintió con energía, mirando alternativamente a su marido y a Laura—. Qué maravilla.

—Se llama doctora Potter. Fui con ella a la Universidad de Vassar —añadió Laura.

Su padre resopló indiferente. Se dirigió a su mujer como si estuvieran solos en la estancia.

—Exacto. Laura ya ha estado en Vassar. No sé para qué necesita más educación.

—Cariño, me acuerdo de que dijiste que en la universidad conocería a la flor y nata.

—¿Eso dije?

—Sí, de verdad. Y tenías razón.

Sus cejas dibujaron una línea horizontal. Era una mejora.

—He llegado hasta aquí y solo me faltan cinco meses más. Por favor. —Pensó en su padre presentándose día sí día también en una oficina donde la suya era la única mesa, después de que hubieran despedido al resto de los funcionarios años atrás. Comer siempre a la misma hora, repasando una y otra vez las cifras. Viendo cómo el saldo no hacía más que bajar—. Siempre me ha dicho que no podemos tirar la toalla.

Laura percibió una breve mirada entre sus padres, cargada de angustia y miedo, y la culpa por haberlos puesto en aquella posición aumentó. Si hubiera habido otra forma de conseguir el dinero, habría hecho todo lo posible por no complicarles más la situación. Pero eran su última esperanza. El orgullo de su padre hacía que no fuera capaz de admitir lo mucho que les costaría en ese momento un préstamo. En el caso de su madre, era el amor.

—No, Laura —concluyó su padre—. No podemos ayudarte, no hay más.

Su madre se volvió hacia los niños.

—Tengo dulces para vosotros, si os apetece.

Los niños lanzaron vítores y la siguieron a la sala de estar. La conversación había terminado.

Una hora más tarde, mientras recogían sus abrigos y se disponían a marcharse, la madre de Laura la llamó aparte y le apretó algo contra la palma de la mano.

—Llévate esto. Véndelo. No se lo digas a tu padre. Le diré que lo he perdido.

Empujó a Laura hasta la puerta y se despidió apresuradamente de ella. Laura abrió la mano cuando ya estaban a varias manzanas de casa de sus padres, aunque ya sabía lo que encontraría: la alianza de su madre, un zafiro azul marino rodeado por un anillo de diamantes.

Cerca de la biblioteca le susurró a Jack lo que había ocurrido.

—No he tenido la oportunidad de devolvérselo ni de decirle nada. Mi padre estaba allí mismo.

—¿Por qué se lo ibas a devolver? —Jack abrió la puerta para que entraran en la biblioteca—. Creo que al final vas a poder hacer otro semestre de clases. Es genial, amor mío.

Ella no se sentía así.

El doctor Anderson estaba en el centro del vestíbulo de la biblioteca, charlando con un hombre escuálido de ojillos negros. Era Nochebuena, así que los empleados debían de estar en casa con sus familias. Algo iba mal. Laura envió a los niños al piso de arriba.

El doctor Anderson saludó a Laura y a Jack y les presentó al tipo como el detective de la biblioteca, el señor Gaillard.

—Me temo que hemos tenido otro problema.

Se acercaron a él.

—Ha habido otro robo de un ejemplar único. El *Tamerlán.*

Laura no pudo evitar soltar un grito ahogado. Había visto el libro antes, poco después de que abriera la biblioteca y expusieran algunos de los objetos más destacados de la colección: la Biblia de Gutenberg, el *First Folio* de Shakespeare y el *Tamerlán.* Había echado un vistazo a través del vidrio de la vitrina y deseado desesperadamente tocar aquel pequeño y delgado volumen con la portada verde oliva, escrito por Edgar Allan Poe, uno de sus autores favoritos. Uno de los pocos ejemplares que existían en el mundo, rezaba la tarjeta que tenía al lado. Y ahora había desaparecido.

Laura y Jack comentaron el robo entre susurros mientras subían la escalera hacia el apartamento. En el salón Harry y Pearl discutían sobre la mejor manera de colgar los calcetines en la chimenea, pero dejaron a medias el debate y escrutaron los rostros de sus padres.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pearl—. ¿Tenemos algún problema?

—En absoluto, tesoro —respondió Jack—. Es por el trabajo de papá. Un libro importantísimo que se llama *Tamerlán* ha desaparecido.

Laura se negó a que el trabajo de Jack les fastidiara las fiestas.

—Por suerte han puesto a hombres listos a buscarlo, así que seguro que aparece antes de Año Nuevo. Venga, vamos a buscar un martillo y unos clavos y a colgar los calcetines antes de que llegue Santa Claus.

Cuando los gritos y el entusiasmo de los niños colmaron el ambiente, Laura sintió que la angustia por las noticias desaparecía rápidamente, perdida en el caos de las Navidades.

El día después de Navidad Laura tenía la esperanza de poder ir a la biblioteca de la Universidad de Columbia para echarles un vistazo a los libros que se mencionaban en el plan docente del semestre siguiente, pero Pearl y Harry se estaba peleando por los regalos de Navidad y Jack, que esa misma mañana le había prometido que pasaría el día con ellos, se había marchado con el señor Gaillard poco después de desayunar.

Al final, a eso de las dos en punto Jack volvió con una expresión de preocupación.

—¿Ha habido suerte con los libros perdidos? —preguntó Laura.

—Aún no.

—¿Por qué no te preparo algo de comer?

Cuando estuviera más tranquilo ella podría coger el bolso y dirigirse a la zona alta de la ciudad, y aprovechar como mínimo un par de horas.

Pero Jack rechazó el ofrecimiento.

—Estoy preocupado por todo esto, y por cómo puede afectarme como superintendente.

—No pensarás que sospechan de ti, ¿no?

—No exactamente, pero conozco muy bien este sitio, mejor que nadie. Lo lógico sería que pudiera saber cómo ha estado entrando y saliendo el ladrón, pero no tengo la más remota idea. ¿Qué te parece si bajas conmigo a las estanterías? Sin Gaillard subido a la chepa podré pensar con más claridad.

Laura reprimió un suspiro.

—Claro que sí, mi amor —contestó, y guardó el bolso.

En las profundidades del sótano, Laura respiró el aroma acre del taller de encuadernación, donde se reparaban los libros de la biblioteca. Atravesaron un largo corredor hasta la sala de envíos, donde Jack abrió una puerta que conducía directamente a las estanterías.

—No somos capaces de entender cómo ha podido entrar el ladrón en las jaulas.

—¿Qué jaulas? —Laura había hecho una visita breve a las estanterías el día que llegaron, siete plantas de baldas situadas justo debajo de la Sala Principal de Lectura—. No recuerdo ninguna jaula.

—Ahora te lo enseño.

La luz natural de las estanterías se colaba por una serie de ventanales estrechos que se extendían a lo largo del edificio. Desde Bryant Park el efecto era sorprendente y moderno. Dentro le otorgaba una sensación de amplitud a lo que básicamente era un almacén de libros. Las baldas de hierro fundido estaban pintadas de blanco, y a cada fila se le había asignado un número. Las secciones estaban conectadas por escaleras de metal.

Pasaron por delante de tubos neumáticos de latón que relucían como serpientes.

—Aquí es donde se reciben las peticiones de la Sala de Catálogos y la Sala Principal de Lectura, de las que se encarga el asistente que esté asignado a la sección —le explicó Jack.

Laura se imaginó las estanterías durante el horario de apertura de la biblioteca, con ayudantes corriendo de un lado para otro, apilando libros en los montacargas para recuperarlos rápidamente.

—¿Por qué creéis que no ha podido ser un bibliotecaria o un ayudante, si son los que tienen más acceso?

—Las llaves de las jaulas solo las tienen los bibliotecarios y yo.

Ella examinó el lugar.

—¿Las ventanas se abren?

—No.

—¿Dónde están las jaulas?

—Sígueme.

Mientras andaban Laura no pudo contenerse.

—¿Cómo va el manuscrito?

—Pues estoy perdiendo ritmo a medida que me acerco al final, igual que cuando leo un libro que me encanta.

¿Que estaba perdiendo ritmo? Sabía que debería haberse callado, pero no pudo reprimirse.

—Madre mía, ojalá tuviéramos ese lujo en clase. Con una fecha de entrega es increíble lo rápido que te vas quitando cosas de encima. Los periodistas no cobran si no escriben, así que le acabas dando menos importancia.

Su tono entusiasta no consiguió ocultar la brusquedad de sus

palabras. No obstante, a una parte de ella le daba igual. «Acábalo ya, por favor.»

—Eres estudiante de periodismo, no periodista. Aún.

No estaba dispuesta a recular.

—Quizá si te impusieras una fecha de entrega lo acabarías antes. Pascua, por ejemplo.

—Escribir ficción es un proceso creativo, no es comparable. No puedes apresurarlo.

Una sección de las estanterías, en la esquina noreste, estaba separada del resto por una jaula de alambre que rodeaba dos librerías, de unos seis metros de largo. Mientras Jack manoseaba la cerradura, Laura agarró un tramo de alambre con los dedos y lo sacudió.

—Parece bastante firme.

—Necesitarías una cizalla para poder acceder.

Ella dio un vistazo al interior.

—Es como un zoo de libros raros. ¿Te acuerdas cuando llevamos a los niños al zoo del Bronx? ¿Cuando Pearl le devolvió el gruñido al tigre?

—No le tiene miedo a nada. —La cerradura al fin hizo clic y Jack aguantó la puerta de alambre para que Laura entrara—. Ya podría compartir parte de esas agallas con su hermano.

Le indicó el estante en el que guardaban los libros grandes, algunos depositados dentro de cajas grises etiquetadas.

—Esta es la Biblia de Gutenberg, una de las cuarenta y ocho copias que sobrevivieron, de mediados del siglo XV. Y allí están los *First Folio* de Shakespeare.

Aquellos libros habían sufrido siglos de manoseos sin caerse a pedazos, sin perderse ni dañarse. Eran preciados fragmentos de historia, de un valor incalculable. Dio un paso atrás y contempló las estanterías.

—Esta es la sección donde estaban guardados *Hojas de hierba* y el *Tamerlán*, ¿no?

—Sí.

—¿Los había pedido alguien? ¿Habéis descubierto quién fue la última persona que pidió verlos?

Jack suspiró. Por supuesto que lo habían investigado. Pero ella solo intentaba ser de ayuda.

—Lo siento —se disculpó—. Seguro que lo has repasado un

millón de veces con el señor Gaillard.

—Un millón no, pero casi.

Cerró la puerta de la jaula con cuidado, comprobando dos veces la cerradura. Sus enormes manos en puños sujetando la llave le recordaban lo fuerte que era, la fidelidad con que había cuidado de la familia y le había proporcionado todo lo que necesitaban. Recordaba lo mucho que había disfrutado viéndolo en la finca, trabajando codo con codo con los otros hombres para ayudarlos a reparar un muro de piedra, levantando rocas a peso como si estuvieran hechas de aire. No debería haberlo hecho sentir mal antes con sus comentarios sobre su libro. Estaba haciendo todo lo que podía.

Le rodeó la cintura con los brazos y se puso de puntillas para darle un beso en la nuca.

—Cuidado, que hemos puesto otro vigilante nocturno y no queremos causar problemas. —Sonrió—. O al menos aquí, vaya.

Laura lo siguió a lo largo de las estanterías hasta la escalera.

—¿Qué más hay en la jaula?

—Manuscritos, cartas, mapas.

—Quizá guarden ahí tu libro algún día. Imagínatelo. Dentro de cien años, cuando seas un autor famoso, tendrán todos tus primeros borradores en una balda, junto a los de Shakespeare.

Él asintió con el mejor de los ánimos, y ella se arrepintió al instante de haberle dicho algo que no hacía sino aumentar la presión que sentía.

Aunque probablemente fuera algo temporal, una parte del ritmo creativo natural del escritor. Tampoco debía culparse por eso.

No era culpa suya.

Capítulo ocho

Ciudad de Nueva York, 1914

Greenwich Village era muy diferente al barrio de Laura en la Quinta Avenida, todo lleno de callejuelas con ángulos extraños, y los edificios una mezcla de caballerizas, bloques de pisos, cafeterías y tabernas. Recientemente los alquileres bajos habían atraído a un nuevo tipo de residentes que se referían a sí mismos como «bohemios» y a los que no les importaba que los apartamentos tendieran a ser pequeños y sórdidos. Era parte del encanto, supuso Laura. Incluso en invierno las calles del Village vibraban con la energía de hombres y mujeres que salían en tropel de los restaurantes o charlaban animadamente delante de una pastelería con las ventanas opacas por el vaho.

Giró por la calle MacDougal, y dio con la dirección del restaurante de Polly Holladay. Dentro, se detuvo hecha un manojo de nervios. Hombres y mujeres se sentaban a largas mesas de madera, estilo caballete, bebiendo juntos. A su padre le daría un ataque si se enterara de que su hija estaba entregándose a comportamientos tan escandalosos. Cerca de la parte trasera vio a Amelia hablando con una mujer con el pelo estilo *garçon* y lo que parecían ser un saco y unas sandalias de piel. En pleno febrero.

Cuando Amelia saludó a Laura, a la otra mujer la arrastró otro grupo escaleras arriba.

Laura no pudo contenerse.

—¿Qué lleva puesto?

—Uy, eso no es nada. Si viera a Henrietta en su casa, a menudo la encontraría tal como Dios la trajo al mundo. Nuestra Henny es una feminista practicante y nudista.

Laura memorizó la frase. Menuda cita. Desde que había empezado el segundo semestre había tenido problemas para dar con una idea para la tesis: nueve mil palabras sobre un único tema, con el profesor Wakeman como tutor. A pesar de que en un primer momento

la invitación de la doctora Potter se le hubiera ido de la cabeza con el alboroto de las fiestas, las reuniones bimensuales del Club Heterodoxy le resultaban ahora una oportunidad muy conveniente.

Siguió a Amelia escaleras arriba hasta una gran sala de reuniones, donde obras de arte vanguardistas competían con un surtido de sofás y sillas, todos tapizados con intensos colores cítricos. Se apretaron en un sofá estrecho cerca de la parte delantera mientras una mujer pedía atención y recitaba la planificación del día. Laura estaba metiendo la mano en el bolso para sacar la libreta cuando las palabras de la mujer la obligaron a detenerse.

—Como hemos dicho otras veces, los comentarios y debates que tienen lugar en el Club Heterodoxy se consideran confidenciales, para que las integrantes puedan hablar libremente. Algunas de nosotras hemos experimentado de primera mano el modo en que han manipulado nuestras palabras aquellos que pretenden menospreciar y ridiculizar las causas en las que profundizaremos a lo largo de las tres horas siguientes. Esta tarde no tenéis nada que temer.

Nada de apuntes. Laura se enderezó, curiosa por el objetivo de aquellas reuniones. Margaret Sanger fue la primera que habló sobre la lucha contra las leyes obscenas que impedían publicar y repartir información sobre métodos anticonceptivos a las mujeres que más lo necesitaban. Usaba palabras que Laura jamás había oído pronunciar en voz alta, como *pesario*, *condón* o *coitus interruptus*, y hablaba de lavarse con ácido carbólico o Lysol como medida preventiva. La sala se deshizo en lágrimas al oír la historia de una joven inmigrante judía que le había suplicado a su doctor que le proporcionara algún método anticonceptivo, se lo habían negado y luego había muerto en el parto de una septicemia.

—En ese momento concluí que las mujeres debían conocer los métodos anticonceptivos —les dijo Sanger—. Tienen todo el derecho del mundo a conocer sus propios cuerpos. Sería capaz de gritar desde los tejados. Le contaría al mundo lo que estaba ocurriendo con las vidas de esas pobres mujeres. Me haría oír. Costara lo que costase, me haría oír.

Amelia aplaudió con fervor. Qué valentía estar a la vanguardia del cambio, como las mujeres que rodeaban a Laura. Había cierto ambiente de ira en la sala, pero no como los diarios solían describirlo, comparando a la Nueva Mujer con un radicalismo furibundo y

antisistema. Las ideas que se defendían eran radicales, sí, pero solían surgir opiniones discordantes y todo el mundo podía expresarse. Cuando la reunión viró hacia el movimiento sufragista, se dedicó el mismo tiempo a discutir si ganar el derecho a voto en un sistema electoral corrupto y eminentemente masculino valía siquiera el esfuerzo, una perspectiva que Laura ni siquiera había llegado a valorar.

A las tres horas Laura tenía suficiente material como para escribir no ya nueve mil palabras, sino noventa mil. El Club Heterodoxy era un tema perfecto para su tesis. Cumplía con el requisito del profesor Wakeman sobre cubrir un «tema femenino», pero, a diferencia de la mayoría de sus tareas, aquel sí importaba, y Laura se dio cuenta de que le intrigaban las ideas de la Nueva Mujer. Sintió una punzada de culpa al recordar que, en teoría, aquello debía ser confidencial, antes de apartar el requerimiento. A fin de cuentas, su tesis era una práctica, no una publicación, así que no estaría saltándose ninguna norma. Tal vez más tarde, después de que se graduara y conociera mejor a aquellas mujeres, les pediría permiso. Pero de momento no era más que una estudiante aprendiendo el oficio.

El grupo se disolvió y Laura se unió a Amelia y a algunas de las mujeres abajo, en el restaurante. Todavía no estaba lista para marcharse.

La mesa estaba ocupada por una abogada, una actriz y un par de autoras. Ni una sola de ellas habló de hijos, si es que los tenían, ni de sus esposos. Laura se quedó perpleja al descubrir que todas habían alcanzado la independencia económica.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la mujer que tenía enfrente.

—No serás una monotonista, ¿no?

—Perdón, ¿una qué?

Amelia posó la mano sobre el brazo de Laura, un gesto protector que esta apreció. A fin de cuentas, no formaba parte de aquel grupo. Apoyaba las causas, por descontado, tanto el sufragio femenino como el control de la natalidad, pero no era más que una estudiante de reportera, y no quería que aquello le pasara factura. Con todo, una parte de ella quería impresionar a Amelia, o al menos no dejarla en ridículo. Había perdido el contacto con las pocas amigas que había hecho cuando ella y Jack vivían en el campo, y el aislamiento de

residir en una biblioteca no había facilitado precisamente las cosas. Un hilo delgado e invisible la conectaba con Amelia, el resultado de compartir *alma mater*, y no quería que se acabara disolviendo por ser demasiado conservadora para aquel grupo de personas del centro.

—Una monotonista es una mujer que se casa joven, tiene hijos y sigue toda la vida en pareja —le explicó la mujer.

—Pues supongo que sí que lo soy. De momento. —Laura no tenía claro a qué venía esa apostilla. No tenía ninguna intención de dejar a Jack, pero su vida parecía un muermo en comparación con las de las demás. Por Dios, vivía en un mausoleo de mármol de la Quinta Avenida, algo que estaba a años luz de un pisito del Village con tiestos en las ventanas—. ¿Qué alternativa tengo?

—Ser una diversificadora. Justo lo que implica el nombre. —La mujer se presentó como Florence—. Las diversificadoras prueban varios tipos de relaciones. Hombres, mujeres. Todas las combinaciones que se te ocurran. Matrimonio abierto, por ejemplo. ¿Por qué te crees que queremos legalizar el control de la natalidad? Para poder amar libremente, sin miedos.

Amelia intervino.

—No intentes asustar a nuestra nueva integrante, Flo.

—No me asusta —respondió Laura—. Pero no venderán su causa con estos discursos. El resto de la sociedad asocia el amor libre con la prostitución, con la corrupción de la dinámica familiar. Todo va de la mano.

—La misma frase de «la corrupción de la dinámica familiar» es otra forma de tener a las mujeres oprimidas —replicó Amelia—. La dinámica familiar solo funciona si hay alguien, la mujer, encargada de la lata de cuidar a los hijos y la casa. Si liberáramos nuestras mentes y energía para encargarnos de asuntos más acuciantes, el mundo daría un giro de ciento ochenta grados.

A pesar de coincidir en parte con ella, Laura no pudo evitar diferir.

—No estoy de acuerdo con el uso de la palabra *lata* y *cuidar de los hijos* en la misma frase. Mis hijos son una alegría, una maravilla.

La colada no tanto, pensó para sus adentros.

—En el club tenemos muchas madres —dijo Amelia—. No es excluyente. Lo que queremos es asegurarnos de que las madres pueden decidir cuántos hijos desean tener, y cómo espaciarlos. Una medida de

control que libera su poder económico.

La conversación acabó por otros derroteros, con ideas y frases lanzándose como en un remolino: represión social y moral, liberación, feminismo.

A aquellas alturas la tesis ya se estaba escribiendo prácticamente por sí sola en su cabeza.

—Si le interesa escribir sobre salud pública, tengo un libro ideal —dijo Amelia rebuscando en un escritorio hasta arriba de cartas y libretas—. Aquí está.

A instancias de Amelia, Laura la había acompañado hasta su apartamento de Patchin Place, una callejuela de la calle 10. Sabía que debería haberse marchado a casa a preparar la cena, pero una parte de ella quería descubrir cómo vivía Amelia su vida, tan diferente a la suya.

Las estancias eran pequeñas pero cálidas, con una mecedora cerca de la lumbre, y llenas de color, muy parecidas a la sala de reuniones del club.

Laura había intentado que su apartamento de la biblioteca fuera acogedor, pero la extraña distribución —una parte, espacio público; una parte, privado— había entorpecido sus esfuerzos, y comparado con aquel encantador piso, había fracasado estrepitosamente. Y, sin embargo, no podía evitar pensar que Patchin Place necesitaba que lo modernizaran, con la bomba manual en el fregadero y las lámparas de gas que ofrecían calor y luz. Al menos ellos tenían un inodoro en la biblioteca. Por muy mejorables que fueran las habilidades decorativas de Laura, las letrinas no tenían margen de mejora.

Aceptó el libro que le alargó Amelia y lo colocó bajo la libreta, en el regazo. Había insinuado que estaba interesada en el trabajo de Amelia como parte de sus estudios, y no era mentira, aunque lo viera más bien como parte de su tesis, un vistazo a las mujeres del club.

—¿Qué la hizo decidirse a estudiar medicina? —preguntó Laura.

Amelia se sentó a su lado en el sofá y apoyó un brazo en el respaldo. Tenía el pelo rizado de forma natural, y los rizos ya empezaban a perder la firmeza de la pomada bajo el calor seco de la habitación. Se había quitado el rígido cuello y aflojado la corbata, igual que cuando Jack llegaba a casa. Aunque, como era obvio, su

amplio escote se asomaba por la blusa. Una extraña mezcla de feminidad y masculinidad.

—Decidí ser doctora cuando mi padre y mi hermano murieron de fiebres tifoideas con seis meses de diferencia —contestó Amelia—. Y no porque tuviera alguna absurda noción de que podría haberlos salvado (lo único que los podría haber salvado era que las aguas residuales no se hubieran vertido en el río Hudson), pero me tocó hacerme cargo de mi madre, y necesitaba una profesión que pagara las facturas.

—Lo siento muchísimo. Debió de ser terrible. —Se hizo un breve silencio—. El día que nos conocimos en aquel bloque de pisos... ¿Sus visitas suelen ser así?

—Uy, aquello no fue nada. Me acuerdo de cuando estaba de prácticas y tuve que ir a asistir un parto en un piso de Hell's Kitchen. La mujer tenía la espalda en carne viva y sufría unos dolores horrorosos, porque, por lo visto, su marido había llegado a casa bebido y le había tirado agua hirviendo. En cuanto me lo dijo apareció él, borracho como una cuba. Intentó atacarme, pero lo esquivé hasta atraerlo al pasillo y le di un buen empujón. Se cayó por la escalera.

Laura soltó un grito ahogado y esperó nerviosa.

—¿Qué ocurrió?

—Volví y asistí el parto. Cuando me marché le di una patada en la pierna y me insultó, así que por lo visto no lo maté. Que tampoco es que me hubiera importado demasiado.

—¿De verdad?

De repente Amelia parecía estar exhausta.

—No, eso no es verdad. No habría tenido consuelo si lo hubiera matado, si le soy sincera. Al fin y al cabo, soy médico.

La melancolía de la voz de Amelia hizo que Laura quisiera ofrecerle todo el apoyo posible.

—Debe de ver tanta desesperación...

—No puedo ponerme sentimental. Veo madres con bebés enfermos y un fatalismo en los ojos que ni se imagina. Saben que probablemente perderán a ese niño, y al siguiente. Cuando nos presentamos allí mis enfermeras y yo por primera vez, siempre sospechan de nuestros motivos, pero cuando comprueban que sus hijos siguen sanos, ganan peso y progresan, va creciendo también su confianza. Empiezan a querer complacerte para poder presumir de sus

avances.

—¿Puedo preguntarle por qué viste así? ¿Es para que los hombres de los pisos no la molesten mientras trabaja?

Amelia soltó una carcajada.

—No. Es para que los otros doctores no me incordien, y no por lo que puede estar pensándose. Si me presento con encajes y volantes me tratarán con paternalismo y me ignorarán a mí y a mis ideas. Así que me visto lo más parecido a ellos sin llegar a ser indecente. Hace poco uno de los doctores, una buena persona, se estaba quejando de las enfermeras por la maldad de las mujeres para hacer según qué, y yo lo tuve que interrumpir y preguntarle: «¿Qué tipo de criatura se cree usted que soy yo?». Abrió los ojos como platos, y le juro que en ese momento cayó en la cuenta de que me había estado hablando como si fuéramos del mismo sexo. Yo no cabía en mí de satisfacción. Además, es más cómodo. —En ese momento se levantó la falda y estiró una pierna—. Y, si pudiera, me pondría pantalones.

—O un saco, como Henrietta.

—También. Pero imagino que picará.

—Seguramente.

Del exterior llegaban los lejanos gritos de niños jugando en el callejón, lo que le recordó a Laura que debía marcharse a casa.

—¿Y qué me dice de usted? —le preguntó Amelia.

—¿Que qué me gusta ponerme?

No pudo evitar tomarle el pelo.

—Qué graciosa. ¿Qué piensa hacer con sus estudios?

—Escribir sobre cosas como esta. Su trabajo, los cambios que está sufriendo la ciudad. Los cambios que están viviendo las mujeres.

—Pues ha venido al sitio indicado. No encontrará a una gente más progresista que la de Greenwich Village. Aunque llega tarde. He oído que alguien ha empezado a ofrecer visitas de pago por el «desván de un artista» al lado de Washington Square, pensado para atraer visitantes a la ciudad y la gente del centro. Ha montado un estudio en una estancia, la habitación de una actriz en otra, y ha contratado a propósito a personas con aspecto bohemio para que finjan que pintan o actúen. Supongo que todos se llevan un porcentaje de los beneficios.

—Eso me daría para un buen artículo.

—No puedo evitar sentir que se me está utilizando como fuente interna —comentó Amelia como de pasada—. Háble me de su familia.

Laura cerró la libreta y la devolvió al bolso, junto con el libro de Amelia.

—Tengo una niña y un niño. Mi marido está trabajando en un manuscrito, pero también es empleado de la biblioteca pública, que es donde vivimos.

Se apresuró a explicarle su situación, y le satisfizo ver cómo a Amelia se le dibujaba una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Viven en esa monstruosa biblioteca? Qué maravilla, por favor. Me gustaría verlo algún día.

—Por supuesto, cuando quiera.

Se oyó un ruido en el techo, probablemente en la habitación, seguido de unos pesados pasos por la escalera, antes de que apareciera una joven guapa pero desaliñada tapada con una sábana. Miró a Amelia con ojos somnolientos.

—Qué tarde has vuelto.

Amelia asintió.

—Y tú has estado dormida hasta ahora.

—¿Y qué querías que hiciera?

Se acercó y le plantó a Amelia un delicado beso en los labios. Por descontado que Laura sabía que había mujeres que amaban a otras mujeres, y había oído que entre los nuevos bohemios abundaban ese tipo de parejas, incluidos hombres que estaban con otros hombres. Cuando estaba en la universidad había dos chicas en su residencia de las que se rumoreaba que eran amantes, y a pesar de que los otros estudiantes aireaban su repulsión ante la mera idea, Laura se había descubierto observándolas durante su clase de literatura norteamericana, preguntándose cómo debía de ser amar a una mujer.

Aunque aquel beso... Las ballenas del corsé de Laura se le hundieron en el torso mientras procesaba el encuentro. Jamás había besado a Jack en público, no se le ocurriría. Pero también era cierto que no hacía demasiado que había permitido que Jack la tomara en la biblioteca, aunque fuera en horario de cierre, cuando la emoción de que los pudieran descubrir intensificaba cada roce. No era una mojigata, se recordó a sí misma.

Y, sin embargo, tenía frente a ella a dos mujeres, algo que le resultaba extraño y más familiar de lo que habría esperado.

Se puso en pie.

—Tengo que irme, de verdad.

—¿Le apetece una taza de té antes de marcharse? —preguntó Amelia—. Jessie se la preparará.

La mueca de Jessie indicaba lo contrario.

—No es necesario. Gracias.

—Jessie, pon la tetera a calentar para mí, por favor.

Jessie se enderezó y se marchó. Laura estaba fuera de su elemento. Debía recordarse que era una reportera, no una participante.

—¿La hemos sorprendido? —preguntó Amelia cuando Jessie abandonó la estancia.

—Un poco, supongo.

Se levantó y acompañó a Laura hasta la puerta.

—Debo decirle que deseo tener hijos algún día. Admito que la envidio. ¿Cómo se llaman sus hijos?

—El chico, Harry. Tiene once años. Pearl tiene siete. A Jack se le ha complicado un poco el manuscrito, más de lo que esperaba, así que últimamente se queda trabajando hasta tarde. Luego se tiene que levantar a las seis para trabajar, y es demasiado.

Siguió balbuciendo de todo y de nada, viendo cómo se le formaban en la boca palabras antes de que pudiera siquiera pensarlas. Amelia le dirigió una mirada cómplice.

Roja de la vergüenza, Laura por fin se marchó.

Capítulo nueve

Ciudad de Nueva York, 1993

—Necesito saber en qué lugar del Antártico reside la mayor población de pingüinos. ¿Podría ayudarme?

La pregunta le provocó a Sadie una descarga de adrenalina. Una hora atrás había recibido una llamada en su mesa de la Berg en la que le preguntaban si podría cubrir a un bibliotecario de Referencias que se había puesto enfermo, y ella había aprovechado la oportunidad. Claude la había estado incordiando todo el día con preguntas excesivamente solícitas sobre la exposición, y ella le había pedido que se encargara de la sala mientras se ocupaba de la mesa de Referencias. Allí, en la Sala de Catálogos de la biblioteca, se sentía como pez en el agua. O quizá como un pingüino.

El cliente que le preguntó por los pingüinos era un escritor de libros de geografía que solía documentarse en la biblioteca, y Sadie estaba más que dispuesta a ayudarlo. Detrás de él otro visitante con un traje negro de aspecto oficioso comenzó a hablar, pero Sadie lo cortó con un seco, «en un momento le atiendo». Salió de la mesa y acompañó al visitante de los pingüinos hasta uno de los numerosos catálogos de tarjetas que había en el perímetro de la pared. El cajón emitió un eficiente silbido cuando lo abrió, y Sadie fue repasando las tarjetas de indexación, diciendo en voz alta las signaturas topográficas y los títulos pertinentes mientras él los escribía en sus tarjetas de referencias.

De vuelta en la mesa introdujo las tarjetas en el tubo neumático.

—Puede recoger los libros en la Sala Principal de Lectura —le indicó—. Me atrevería a afirmar que la respuesta correcta es «los islotes Peligro». Creo que allí residen aproximadamente un millón y medio de pingüinos, y que están protegidos de la mano del hombre por las enormes banquisas que dificultan el acceso de los barcos.

El tipo se marchó después de dirigirle un sentido «gracias».

—Vaya. —El hombre que había estado esperando en la cola se acercó al escritorio—. ¿Cómo sabe tanto sobre los pingüinos?

Hablaba por la comisura de la boca, como si estuviera siendo sarcástico.

—Es mi trabajo.

—Ahora ya sé a quién recurrir si veo a un pingüino pululando por aquí.

—Le aseguro que prefieren mantenerse al sur de la calle 14.

El tipo se rio y atrajo miradas de desdén por parte del resto de los visitantes, pero Sadie sintió una cierta emoción. En la biblioteca no era precisamente conocida por su sentido del humor.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Me llamo Nick Adriano. El doctor Hooper me ha contratado como asesor en relación con el robo.

Sabía que el director estaba contratando más seguridad, pero no se habría imaginado que eso también incluiría a un asesor. Debía de rondar los cincuenta años, y había perdido todo el pelo de la coronilla, además de que también le clareaban los costados; con todo, lo llevaba corto, como si no quisiera rebatir el hecho de que casi hubiera perdido la batalla. La curvatura de su cabeza se equilibraba con una mandíbula cuadrada.

Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que él probablemente también estuviera analizándola, aunque tampoco era que le importara; se había puesto su vestido favorito, con estampado de magnolias gigantes sobre un fondo rosa intenso, consciente de que se pasaría por el aperitivo de los donantes de las cinco en punto. Miró el reloj. Eran las cinco y cuarto; ya debería estar allí. Bajó la voz.

—Entiendo que está investigando el robo del diario.

—En efecto. ¿Tiene un momento? —preguntó.

—He acabado aquí, pero tengo que ir al piso de abajo. Si quiere, podemos hablar de camino.

Rodeó la mesa y se acercó al señor Adriano.

—He oído que la llaman «Sadie la Imperturbable», y ahora entiendo por qué.

Detestaba aquel nombre; le sonaba a algo propio de un musical de Broadway de los de antes.

—Es cuestión de saber por dónde empezar, que deduzco que es muy similar a lo que usted hace en su trabajo.

—Igual que ahora, que estoy empezando por usted.

—Es lo suyo. ¿Qué preguntas quiere que le responda?

—El libro del que hablamos estaba en una jaula de las estanterías, ¿no?

—Era una libreta, no un libro. Y, sí, ahí es donde guardamos la mayor parte de la Colección Berg. Se nos ha quedado pequeño nuestro espacio actual, y hasta finales de año no instalarán librerías cerradas en el espacio de la tercera planta. Será un alivio tenerlo todo bajo nuestra protección, ya que obviamente las estanterías del sótano no son seguras.

—Obviamente. Pero, antes de nada, debemos investigar a las personas que tienen acceso a la colección, como puede imaginarse. ¿Cuándo descubrieron que había desaparecido?

—Hace justo una semana. El 30 de mayo.

—¿Por qué fue a buscarlo?

—Teníamos que incluirlo en nuestra próxima exposición, *Sempiterno*. Tenía pensado empezar a trabajar en la descripción del diario para el folletín. Mi trabajo, como comisaria temporal, es asegurarme de que todo va como la seda, y asegurarme que no hay sorpresas.

—¿Qué tipo de sorpresas?

—Daños, algo fuera de lugar. Pero no fuimos capaces de encontrarlo.

Al recordar el momento en que notaron la ausencia del cuaderno en la caja, sintió un pánico mudo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vieron los trabajadores de la Berg?

—Mi compañero Claude lo había sacado unas pocas semanas antes de que desapareciera. Afirma que lo devolvió a su sitio poco después.

—¿Y usted y Claude son las únicas personas con acceso a la jaula que está cerrada con llave?

—Además de Marlene y el director, sí. ¿Ha hablado ya con Claude?

—Sí, esta mañana.

Así que no había empezado por ella, como él mismo había afirmado poco antes. Esperó, pero el señor Adriano no continuó. ¿Y si Claude había generado sospechas sobre ella? No le sorprendería lo

más mínimo, sobre todo después de que no le hubieran ofrecido el puesto de comisario.

—¿Y qué le ha dicho?

—Ha sido de utilidad.

No soportaba que la mantuvieran al margen.

—Entiendo que en casos así es habitual que el equipo se culpe mutuamente. Le aseguro que yo no soy la culpable. Claude es un buen hombre, pero espero que coja con pinzas todo lo que le diga.

¿Habría hablado demasiado? Ya había pasado un tiempo desde que un hombre la miró con tal intensidad por última vez —desde Claude y, antes que él, Phillip—, y el interés de Adriano, por mucho que fuera profesional, la inquietaba.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Estuvimos saliendo, poco tiempo. Bueno, no exactamente. Nada. Déjelo.

Las palabras surgieron con un sutil acento británico, ante el estupor de Sadie. Su madre solía hacer lo mismo cuando se ponía nerviosa, y aquella afectación siempre había sacado de quicio a Sadie. Y, con todo, ahí estaba ella siguiendo con la tradición.

Jamás volvería a oír la voz de Pearl. La idea hizo que le escocieran los ojos.

—Señora Donovan, ¿se encuentra bien?

Sadie se recompuso.

—La semana pasada me ascendieron, aunque solo sea algo temporal, y a él no, y no me sorprendería que no hubiera sido ni mucho menos generoso al describirme. Le aseguro que la biblioteca es una de mis mayores prioridades. Jamás la perjudicaría, de ninguna manera.

Joder, estaba quedando como una idiota. Protestaba demasiado, entre otras cosas.

Llegaron a la puerta de la sala donde se estaba celebrando el aperitivo. El doctor Hooper probablemente se estuviera preguntando dónde se había metido Sadie.

—He llegado a mi destino, señor Adriano, y me temo que debo atender otros asuntos. No hace falta que le diga que si necesita algo más puede encontrarme en la Berg en horario de oficina.

—¿Está intentando deshacerse de mí?

Las comisuras de la boca se le volvieron a torcer, como si se

estuviera divirtiendo. Como si todo aquello fuera una broma para él.

—En absoluto, pero tengo que hacer acto de presencia. Es un aperitivo para donantes y fideicomisarios, y le prometí al doctor Hooper que asistiría.

—Voy con usted, entonces.

Vaciló unos instantes antes de apartarse y dejar que él le abriera la puerta.

—Muy bien.

La sala estaba abarrotada y el calor era sofocante. Un camarero se acercó con copas de vino sobre una bandeja y los dos cogieron una, le dieron un sorbo y echaron un vistazo a su alrededor.

—¿Ve a algún sospechoso? —preguntó ella.

—A estas alturas supongo que todo el mundo es sospechoso. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la biblioteca?

—Ocho años. ¿Cuánto tiempo lleva dedicándose a la asesoría sobre seguridad?

Su sonrisa fue ensanchándose poco a poco, como si estuviera tratando de reprimirla.

—Cinco años. Antes era poli, en el distrito 23. Cuando me jubilé fundé mi propia empresa de seguridad. Nos llaman cuando algo sale mal.

—¿Puedo preguntarle cuáles son sus clientes habituales?

—Casas de subastas como Sotheby's, familias pudientes. Ese tipo de cosas.

Ella hizo un gesto de aprobación.

—Eso significa que es usted discreto.

—Sí.

—Pues eso nos vendrá bien en este caso. A menudo a las bibliotecas que sufren robos les interesa mantener el incidente en secreto para que los donantes y los fideicomisarios... —hizo un gesto alrededor de la sala con la copa— no retiren su apoyo. Algo que, por desgracia, reduce las posibilidades de encontrar el objeto robado.

—¿Me está diciendo que deben decidir entre proteger la institución o localizar el artefacto? ¿No son compatibles?

Antes de que pudiera responder, el doctor Hooper echó a correr hacia ellos, seguido muy de cerca por Claude.

—Señor Adriano, Sadie —comenzó el doctor Hooper—. Tenemos un problema. —Señaló a la puerta y todos lo siguieron fuera, al

pasillo. Echó un vistazo a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie los oía—. Ha habido otro robo.

—¿Qué han robado y de dónde? —preguntó el señor Adriano. Se enderezó, y los ojos le brillaron.

Fue Claude quien respondió, mirando fijamente a Sadie.

—Una primera edición de *La letra escarlata.* De la jaula.

El doctor Hooper se inclinó sobre el corrillo que habían formado.

—¿Lo han sacado de la jaula de la Colección Berg? —repitió Sadie desconcertada.

Claude estaba lívido.

—Sí.

—Pero estaba allí cuando hicimos la lectura de las estanterías.

—Sí. —Claude hablaba rápido, tratando de explicarse, alzando poco a poco la voz—. Lo saqué de la jaula y lo subí a mi mesa ayer, para revisarlo para la exposición. Volví a guardarlo bajo llave antes de irme a casa por la noche, lo juro, pero cuando he regresado esta tarde ya no estaba.

—¿No cambiamos las cerraduras? —preguntó el doctor Hooper.

—En efecto —respondió el señor Adriano.

Eso descartaba a Marlene. El doctor Hooper se volvió hacia Claude:

—Me temo, Claude, que al haber sido la última persona que lo tocó, vamos a restringirte el acceso. De momento. Por favor, danos la llave.

Claude, con aspecto de no encontrarse bien, se la sacó del bolsillo y la entregó.

Sadie era ahora la única persona, sin contar con el doctor Hooper, que tenía acceso a la colección de la jaula. En última instancia era la responsable, ya que los robos se habían producido con ella de comisaria. Se había convertido en algo personal, como si alguien hubiera allanado su hogar y rebuscado entre sus pertenencias.

—¿Qué posibilidades de reventa tiene esa edición? —preguntó el doctor Hooper.

Sadie se apresuró a responder.

—Probablemente sea mucho más fácil que el diario de Virginia Woolf, que es un documento único. Hay bastantes primeras ediciones de *La letra escarlata* en el mundo.

—¿Cuál cree que puede ser su valor? —preguntó el señor

Adriano.

—Alrededor de los diez mil dólares.

Las palabras se le trabaron en la lengua. El doctor Hooper se despidió de ellos y volvió a la fiesta con un rictus sombrío. Claude se escabulló con las manos en los bolsillos, dejando atrás al señor Adriano y a Sadie.

—¿Qué experiencia tiene con los robos de libros raros? —preguntó ella.

—Nos hemos topado con algún que otro incidente, pero por lo general nos encargamos de cuadros o esculturas.

—No es lo mismo.

—No, obviamente.

—¿Cree que Claude está implicado?

Se encogió de hombros.

—A estas alturas no sabría decir. Y tampoco se lo diría a usted.

—Quiero recuperar nuestras propiedades tanto como usted.

—¿Las propiedades de quién?

Ahí la había cogido desprevenida.

—De la biblioteca, por supuesto.

Debía hacerle ver que un libro era tan importante como un Picasso. Y no solo debía conseguir que lo supiera, sino también que se involucrara emocionalmente.

—Si no le importa, me gustaría enseñarle la Colección Berg. ¿Le parece bien?

Él accedió, y no a regañadientes, lo cual era una buena señal. Mientras andaban por el pasillo ella le preguntó:

—¿Qué tipo de libros suele leer?

—De no ficción. Y poesía.

Vaya, eso sí era una sorpresa. Esperaba oír el nombre del último *thriller*.

—¿Qué tipo de poesía?

—John Ashbery, Walt Whitman. «Resiste mucho, obedece poco.»

Sadie se detuvo justo frente a la puerta, con una sonrisa en los labios.

—Sígame.

En la Berg, sacó su llavero e introdujo la llave en una de las cerraduras de las vitrinas. Extrajo una caja y la colocó sobre la mesa vacía, antes de enfundarse unos guantes y repasar cuidadosamente los

contenidos hasta dar con lo que estaba buscando.

—¿Conoce este poema de Whitman? «Vosotras, escasas hojas de mí que aún permanecéis.»

—Estaba en el anexo de *Hojas de hierba.*

—Aquí tenemos un borrador temprano de su puño y letra.

Le quitó la funda protectora y lo dejó sobre la mesa, antes de echarse a un lado para que pudiera verla. El papel tenía manchas marrones en algunos puntos, como si le hubieran vertido café encima.

Él se acercó un poco más.

—Pero este es distinto al que yo leí.

—Exacto. Por eso es tan especial. Aquí vemos el proceso mental de Whitman, cómo evolucionó el poema. Fíjese en las marcas de lápiz. —Las señaló sin tocar el papel—. Ha escrito «versión final» en la esquina superior derecha y luego lo ha tachado. Algunos de los versos son bastante diferentes de los que se acabaron publicando. Como este: el verso «Vosotros, exiguos estandartes» se cambió a «pálidas astas de estandartes».

—Y el verso final aquí dice «Las más duras y las últimas». —Se volvió hacia ella—. ¿Cómo es la versión real?

—La que se publicó dice: «Las más fieles, las más duras, persisten».

—Me gusta más —contestó.

—Y a mí también.

—Y pensar que lo escribió sentado, tomándose un café, tantos años atrás. —El señor Adriano negó con la cabeza—. Imagíneselo.

—Podría decirse que es una representación activa del acto de creación humano. Estas manchas, desgarros y tachones son registros visuales del trabajo que se puso primero sobre papel y luego se revisó. En algunos manuscritos puede verse que el autor se enfadó o se frustró por los cambios en la caligrafía. Uno de mis mentores favoritos de la universidad, el profesor Ashton, solía decirnos que es un puente entre el lector y el autor, y que nos ofrece mucho más que una simple representación mecánica del contenido.

—Un puente. Me gusta.

—Por eso es tan valioso. —Volvió a colocarse con delicadeza la funda protectora—. Podemos entender cómo llegó de aquí allí, por qué escogió cada palabra después de valorar y descartar otras.

El señor Adriano echó un vistazo a su alrededor.

—Entonces ¿toda la Colección Berg es como el borrador de Whitman?

—Hay objetos más interesantes que otros. Por ejemplo...

Se agachó hasta la balda inferior y sacó la infame pata de gato abrecartas.

—¿Qué co...?

Le explicó la procedencia, y le satisfizo ver al señor Adriano sonreír.

—Estos manuscritos archivísticos son importantes —añadió—. Incluso los registros administrativos de la biblioteca que datan de la época de su fundación son vitales para entender su historia. La historia la hacen las personas que tienen el poder de tomar decisiones, y sus notas y escritos revelan los procesos de decisión. —Pensó en Laura Lyons, quien había ocultado su vida. Qué irónico que la nieta de Laura hubiera hecho carrera con los mismísimos recuerdos que ella había pedido destruir tras su muerte—. Los registros deben salvarse.

A la mañana siguiente Sadie se tomó un descanso de la Berg para llevarle un par de pastas danesas al señor Babenko al taller de encuadernación. Al doblar la esquina que daba al pasillo divisó una figura familiar que llamaba a la puerta.

El señor Adriano.

—Puede entrar sin avisar. —Le indicó la manija con el codo; tenía las manos ocupadas—. Está abierto. Escucha jazz en el *walkman* mientras trabaja. No le oirá.

El señor Babenko levantó la mirada de su trabajo al verlos entrar, radiante, y se quitó los auriculares.

—¡Sadie! Y con una exquisitez, nada más y nada menos. —Sonrió al señor Adriano—. Hablaba de las pastas, por supuesto.

—Por supuesto —respondió el señor Adriano jocosamente.

—¿A qué debo este placer?

—Es una visita social —contestó Sadie—. Supongo que el señor Adriano viene por trabajo.

Se sentó a la mesa y le dio un mordisquito a la pasta danesa. El señor Adriano parecía estar decidiendo si la invitaba a marcharse o no, pero luego centró la atención en el señor Babenko y le tendió una mano para estrechársela. Se detuvo a medio camino, cuando el señor

Babenko le enseñó la palma de la mano con una expresión de disculpa en el rostro. Sus dedos mostraban varias capas de piel en distintas fases de descamación, como si de virutas de madera traslúcidas se tratara.

—Gajes del oficio —dijo el anciano.

—Lo siento. ¿A qué se dedica usted? —preguntó el señor Adriano.

—A encuadernar libros. En 1965 desarrollé una alergia que me ha acompañado hasta ahora. Pero no me veo capaz de dejar de hacer lo que hago.

Sadie sonrió. Lo que el señor Adriano no sabía era lo mucho que le gustaba al señor Babenko presumir de sus manos, que para él eran motivo de orgullo, y que hacía mucho tiempo que se había negado a ponerse guantes porque afirmaba que le embotaban el sentido del tacto.

—El señor Babenko se encarga de procesar los libros que nos llegan, y de restaurar los que estén dañados —explicó ella.

—Ya veo.

El señor Adriano arqueó las cejas antes de volverse de nuevo hacia el encuadernador.

—Me consta que lleva aquí mucho tiempo, y me gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿Es por lo de los robos?

El señor Adriano le dirigió a Sadie una mirada penetrante, pero prosiguió.

—El doctor Hooper me dijo que es usted el historiador no oficial del edificio, y que incluso escribió un libro al respecto.

—¿Ha escrito un libro? —Ahora le tocaba a Sadie llevarse una sorpresa—. No me lo ha contado nunca.

—Un volumen ilustrado, allá por los años sesenta. Descatalogado ya. Y desactualizado, teniendo en cuenta las estanterías que han construido bajo Bryant Park. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Adriano?

—Pues me gustaría hablarle de algo que me inspiró la señora Donovan aquí presente, quien ayer me ofreció una lección sobre el valor de los registros archivísticos, y decidí investigar un poco por mi cuenta. Me sorprendió descubrir que la biblioteca había tenido un detective en plantilla poco después de su fundación.

—El señor Gaillard, supongo —contestó el señor Babenko.

El señor Adriano sacó una libreta y la hojeó hasta dar con la página correcta.

—El mismo. Me he pasado la mañana investigando el rastro de documentos hasta los primeros robos de libros que hubiera podido haber en la biblioteca, por si podíamos aprender algo del pasado, y por suerte el señor Gaillard dejó una cantidad ingente de información. He estado compilando una lista de robos anteriores: lo que se sustrajo, de dónde y si se recuperó.

Sadie tenía el corazón en un puño.

—¿Y qué ha descubierto? —preguntó con la boca seca.

—El peor momento fue un aluvión de robos que empezó en 1913.

El señor Babenko hizo un gesto en dirección a Sadie.

—¿No fue entonces cuando trabajaba aquí tu superintendente?

Ella sonrió débilmente.

—Creo que sí.

—¿De quién estamos hablando? —preguntó el señor Adriano.

—Verá, yo también he estado investigando por mi cuenta. En los archivos del director, por un proyecto.

Continuó explicándole lo que le había mencionado al señor Babenko el día anterior, sobre la época en que consideraron sospechoso al superintendente.

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó el señor Adriano.

—Jack. Jack Lyons.

—El marido de Laura Lyons, la ensayista —añadió el señor Babenko.

El señor Adriano asintió.

—Sí, la conozco, claro.

Sadie se esforzó por cambiar de tema.

—También encontré una nota en los archivos del director, escrita por el detective, en la que afirmaba que parecía que el ladrón hubiera «caído del cielo».

—Interesante. —El señor Adriano anotó algo en la libreta y pasó de página—. Por lo visto, uno de los primeros objetos que desaparecieron de la biblioteca fue un libro llamado *Tamerlán*, de Poe.

—Una de las diez únicas copias del mundo —indicó el señor Babenko—. No llegó a recuperarse. Una pérdida irreparable.

—¿Cuánto podría valer hoy? —preguntó.

—Hace poco subastaron un ejemplar por cuatrocientos mil

dólares —respondió Sadie.

El señor Adriano dejó escapar un largo silbido.

—Se dice rápido. Las notas del señor Gaillard hablaban de la Book Row. ¿Dónde es eso?

—Desde 1890 hasta los años sesenta, más o menos, había una serie de librerías en la Cuarta Avenida, justo debajo de Union Square, que se conocía como Book Row, el paseo de los libros —respondió el señor Babenko—. Hoy día las librerías especializadas en libros raros están repartidas por Manhattan. Deben de quedar una o dos en la Book Row, y una de las más famosas, The Strand, está justo al doblar la esquina de Broadway con la calle 12, pero la mayoría se vieron forzadas a cerrar por la subida de los alquileres.

—También he recogido una lista de librerías conocidas por haber comprado objetos robados en el pasado; ¿le importaría echarles un vistazo? —Le mostró al señor Babenko una página de su libreta—. Me gustaría saber si hay algo que le llame la atención, algún lugar por el que pueda empezar.

El señor Babenko la examinó y marcó los nombres de cinco librerías.

—Son todo rumores, claro, pero el mundo del libro es pequeño, y a veces se corre la voz.

—Gracias —dijo el señor Adriano—. Me pondré a ello.

Cuando se marchó, Sadie apartó el plato con la pasta danesa; había perdido el apetito.

Capítulo diez

Ciudad de Nueva York, 1993

Sadie estaba sentada en el suelo, en el centro de la habitación para invitados de Lonnie —en la que se alojaba su madre—, y rodeada de ropa, buscando algo elegante que ponerse. Había entrado con su llave al ver que no respondía nadie al timbre, consciente de que habría varias cajas con las pertenencias de su madre apiladas en un rincón, preparadas para el Ejército de Salvación después de que muriera. Pero la búsqueda de Sadie se había frenado en seco al toparse con los vestidos de novia de su madre, protegidos por un plástico, en el fondo de la última caja.

El primero era un traje color crema con una chaqueta péplum. Era el que llevaba cuando se casó con el padre de Sadie y Lonnie. El segundo, de su boda con el detestable Don, era un vestido de seda blanca estilo años cincuenta que le llegaba justo por encima de la rodilla. En el humilde banquete que habían celebrado después de la ceremonia, ella y Lonnie habían contemplado cómo su nuevo padrastro le vertía accidentalmente vino tinto por encima del corpiño mientras proponía un escandaloso brindis. Sadie pasó el dedo por la mancha, que había ido perdiendo color hasta volverse de un rosa palo.

Qué extraño que Pearl los hubiera conservado después de tantos años. Se contradecía con el consejo que le había dado a Sadie el mismo día que firmó los papeles del divorcio: que llevara su vestido de novia a una tienda de segunda mano.

—No quiero que lo veas en tu armario cada vez que lo abras —le había dicho Pearl—. Cómprate algo bonito a cambio.

Y eso había hecho, después de encontrar un vestido de noche turquesa con un corpiño ajustado que caía en una falda completa, perfecto para hacer piruetas en la pista de baile de la discoteca. Que tampoco era que hubiese hecho nunca piruetas, pero llevarlo le hacía sentir que tal vez se convirtiera en el tipo de mujer que solía hacerlas.

Aquel vestido le había supuesto una espiral de visitas a infinidad de tiendas de segunda mano, a una búsqueda incesante que le había ocupado sábados enteros que, de lo contrario, se habría pasado pensando en lo que estaría haciendo Phillip, y con quién. Siempre que se ponía su último hallazgo la gente se centraba en preguntarle por su modelito en lugar de inquirir acerca de su vida. Suponía que era, en cierta manera, una armadura.

Pearl apenas había conservado nada con el paso de los años. No había cartas ni álbumes llenos de fotos. Solo cuatro prendas de ropa, incluidos los vestidos de novia, pero no había nada que encajara con lo que Sadie tenía en mente.

—¡Qué bonito!

No había oído a Valentina y Robin entrar en la casa. Valentina le dio un abrazo mientras Robin las observaba desde el umbral.

—Lonnie y LuAnn han avisado al Ejército de Salvación para que vengan más tarde a recoger todo esto —le informó Robin—. ¿Te va bien, o quieres que lo posponga?

—No, no, no hace falta. —Sonrió al ver a Valentina tocar un chal negro con un largo fleco—. Tu abuela no se quitaba eso nunca.

Valentina se lo pasó por encima de sus estrechos hombros entre risitas.

—No era exactamente lo que esperaba...

Sadie suspiró y Robin se sentó en la cama.

—¿Qué buscabas?

—Algo elegante, que me hiciera parecer rica.

Sadie había convencido al señor Adriano de que le dejara investigar las librerías marcadas de la lista y ver si podía averiguar algo sobre *La letra escarlata.* Él había rechazado el ofrecimiento en un principio, pero lo había convencido de que su conocimiento sobre los libros únicos era necesario en este caso. Además, tenía demasiada pinta de expolicía, había señalado ella, y él no había sido capaz de refutárselo. Al ver que seguía vacilando, ella lo había amenazado con que lo haría con o sin su apoyo, porque no podía soportar la idea de quedarse mano sobre mano, sin participar de alguna manera. El señor Adriano, a regañadientes, había accedido a que lo intentara. Siempre que el doctor Hooper le diera permiso.

Debía tener el aspecto de una coleccionista de libros raros si quería sacar adelante su plan, y no tenía ninguna prenda de ropa que

le sirviera. Su esperanza había sido que en las cajas de su madre hubiera habido alguna blusa de seda o una chaqueta decente que pudiera ponerse.

—¡Ya sé! —Valentina dio un salto y desapareció. Un minuto más tarde regresó con un montón de prendas con perchas sobre los brazos, como si estuviera llevando a una novia a través de la puerta de casa—. Pruébate estas.

Las lanzó sobre la cama.

—Valentina, esta ropa es de tu madre —le dijo Robin.

—Está liada. No le importa. Venga, pruébate estas.

Le alargó una chaqueta carmesí cruzada que iba con un grueso cinturón negro. Para ser una niña, Valentina tenía buen ojo. La chaqueta era de corte largo y se adaptaba perfectamente a las caderas de Sadie, y la tela y las costuras eran de una calidad excelente. Se enderezó y se miró en el espejo de cuerpo entero que había en la parte interna de la puerta del armario. No le quedaba nada mal.

—Necesito ponerme algo encima. ¿Hay alguna cosa que pegue?

Valentina se llevó un dedo a la barbilla, como si fuera una dependienta de Saks.

—¿Un fular? Tiene muchísimos.

Juntas, Valentina y ella encontraron un fular de seda estampada que conjuntaba con el color de la chaqueta. Cuando Sadie se lo puso en el cuello, Valentina rio y aplaudió.

—Ahora solo te faltan unos pendientes y un collar en condiciones y ya estarás lista para irte —le dijo Robin.

—¡Ay, ya sé! ¡Sígueme! —gritó Valentina.

La guio hasta la habitación de matrimonio, donde la niña rebuscó en el joyero de su madre.

—Ve con cuidado, Valentina. —Robin se levantó y extrajo delicadamente un collar de perlas y unos pendientes a juego—. ¿Qué te parecen estos?

Se acercó a Sadie y le dejó los pendientes en las manos, antes de ponerle el collar por encima de los hombros. Sadie se colocó los pendientes y se volvió, haciendo una patética reverencia a su radiante audiencia.

—Estás superelegante —exclamó Valentina.

—Muy guapa —añadió Robin.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Lonnie estaba en el umbral con ropa del hospital. LuAnn estaba justo detrás de él, con una bolsa de mano brillante al hombro.

—¡Mami ya está en casa! —gritó Valentina, antes de echar a correr hacia su madre.

Sadie echó un vistazo a su alrededor, viendo la habitación desde la perspectiva de Lonnie y LuAnn: el armario medio vacío, el joyero abierto y, en el centro, ella, con la chaqueta y las perlas de LuAnn.

Lonnie y LuAnn se miraron; poco después Lonnie torció el gesto al dirigirse hacia el armario.

—¿Dónde está la ropa de LuAnn? ¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí?

—Lo siento muchísimo —se disculpó Sadie—. Estaba revisando las cosas de mamá porque necesitaba un modelo elegante, pero todo era de hace cuarenta años y, no sé cómo, hemos acabado aquí.

Valentina se apresuró a explicarlo todo, consciente del malestar de su padre.

—La ropa de mamá está en la habitación de la abuela, porque hemos empezado allí. ¿No te parece que la tita Sadie está guapísima?

LuAnn sonrió, pero tenía los ojos cansados. A fin de cuentas había estado de viaje aquellos últimos días, y probablemente no viera la hora de darse un buen baño.

—Pues sí, la verdad. Y no pasa nada. Podéis revolver mi armario cuando queráis.

—Venga, Valentina, vamos a recogerlo todo —intervino Robin.

Valentina se incorporó de un salto y LuAnn las siguió fuera de la habitación. Sadie se quitó la chaqueta y volvió a colgarla, no sin antes alisar el cuello. Enrolló la bufanda en torno a la percha y depositó las joyas de vuelta en el joyero. Lonnie le había cogido la bolsa de viaje a LuAnn y había empezado a vaciarla. Aquel sencillo acto de generosidad hacia su mujer hizo que a Sadie se le derritiera el corazón.

—Siento muchísimo todo este follón, Lonnie. Mi intención era revisar solo las cosas de mamá.

—¿Quieres quedarte algo? El otro día quería comentártelo y se me pasó.

—¿Estás de coña? Eso iría contra todo lo que ella defendía. ¿Te acuerdas de cuando tiró toda la ropa de papá una semana después de que muriera?

Así había reaccionado Pearl el día después de haber pillado a Sadie llorando en el suelo del armario de su padre, envuelta por su chaqueta de cuero favorita. Pearl no se había deshecho de la ropa para castigar a Sadie, de eso no le cabía la menor duda, sino para evitar cualquier cosa que pudiera provocarles tristeza. Lo único que quería era que sus hijos fueran felices, algo que no dejaba espacio para el duelo.

—Sí... ¿Te acuerdas de lo que preparó el día después del funeral de papá? —preguntó Lonnie.

La imagen de aquel monumental pastel descansando sobre el mármol de la cocina le vino de súbito a la cabeza.

—Hombre, por supuesto. Era como un delirante pastel de chocolate de siete capas que lo normal sería que preparases para un cumple o algo por el estilo.

Lonnie se echó a reír.

—De chocolate doble. Me comí tres trozos y luego vomité. No he vuelto a probar nada parecido desde entonces.

—Siempre decía que le gustaba la pastelería porque era científica, que, si añadías los ingredientes correctos en el momento y orden correctos, era imposible equivocarse. —Suspiró—. La echo de menos.

Lonnie hundió los hombros.

—¿Estás bien, hermanito?

—Sí. Yo también la echo de menos. Y he tenido un día larguísimo en el trabajo.

Sadie se sentó en el borde de la cama y dejó escapar otro suspiro.

—Ya somos dos.

Aquello lo hizo reír.

—No te rías. En la biblioteca también podemos tener días malos. A lo mejor no se nos muere nadie durante el turno, pero bueno.

—¿Qué pasa, que alguien se ha puesto a hablar demasiado alto?

Había vuelto a sonreír; a Sadie le gustaba que le tomara el pelo.

—De hecho, nos han vuelto a robar un libro raro de la Colección Berg.

Lonnie guardó la bolsa de LuAnn en el armario y se sentó en la cama junto a Sadie.

—¿Otro? ¿Cómo?

—Aún no lo sabemos.

—Me sabe fatal.

—Han contratado a un asesor de seguridad. A ver si con suerte saca algo en claro.

—Entre tú y él segurísimo que lo solucionáis. ¿Qué le pareció al director lo de los boletines?

Después de todo lo que había ocurrido a lo largo de la semana, el hecho de que Lonnie se acordara de las minucias de la vida profesional de Sadie le provocó ganas de llorar.

—Le interesan, pero quiere algo más.

—¿Y sigue sin saber que eres familia de Laura Lyons?

—¿De una sospechosa por el robo de unos libros? Sí. Y no tengo pensado contárselo. He estado releyendo las pocas entrevistas que dio Laura, y siempre se negó rotundamente a hablar de la época que pasó en Nueva York. Ocurrió algo. Quiero descubrirlo tanto como encontrar mis libros perdidos.

LuAnn volvió con los brazos llenos de ropa, después de haber enviado a Robin y a Valentina al parque. Sadie le explicó para qué la necesitaba, y se aseguró de mencionar que había un detective involucrado para que pareciera más oficial.

LuAnn asintió.

—No te preocupes. Y, por cierto, la chaqueta te va que ni hecha a medida. Estoy segura de que tu interpretación del papel de coleccionista irá como la seda. —Se rio de su propia broma, y Sadie no pudo evitar soltar también una carcajada—. Lonnie, ¿te importaría prepararnos un té?

Cuando se hubo marchado, Sadie y LuAnn empezaron a colocarlo todo de nuevo en el armario.

—¿Cómo está Valentina? —preguntó Sadie—. Con lo de la muerte de mi madre y demás.

—Pues llevo un par de días fuera, pero la he estado llamando antes de que se fuera a dormir. Ha estado más llorona que de costumbre, preguntándome adónde se ha ido la abuela, insistiendo en hablar de la mañana en que nos dimos cuenta de que había fallecido. Fue un golpe duro, pero lo lleva bien. —LuAnn hizo una pausa, con un gesto distante—. Me acuerdo de que cuando era pequeña mis padres nos dijeron que habían tenido que dormir a nuestro perro. Max era mayor, artrítico y baboso, pero también era el animal más dulce del mundo. Lo llevaron al veterinario y, cuando volvieron, estaban muy

afectados, y yo no acababa de entender por qué.

—¿Entendiste que lo que quisieron decir era que Max estaba simplemente durmiendo?

—Exacto. E incluso después de que me lo explicaran, su pérdida no me afectó tanto como a ellos. Era la primera vez que veía a mi padre llorar. Claro que, echando la vista atrás, ahora entiendo que el perro era parte de los primeros pasos de su vida juntos, representaba muchísimo para ellos. Y como yo no había perdido a nadie, no me daba cuenta de lo que suponía.

Sadie comprendió a la perfección lo que quería decir LuAnn.

—Después de perder por primera vez a alguien a quien quieres, todas las muertes posteriores son exponencialmente más dolorosas, porque sabes lo difícil que será recuperarte de la pérdida.

—Sí. Eso era lo que intentaba explicarle a Lonnie el fin de semana pasado, pero no lo entendía. Sabía que tú sí lo harías.

No era la primera vez que Sadie agradecía que Valentina tuviera una madre como LuAnn, que estaba dispuesta a hundirse en las profundidades emocionales, a examinar lo que yacía bajo la superficie. Pearl siempre se había negado y, sin embargo, había sido una mujer capaz, dura, una superviviente. Pero ¿de qué?

—¿Cómo lo llevas tú? —le preguntó LuAnn, arrancándola de su ensimismamiento.

—Ahí voy. Pero me preocupa lo que está pasando en la biblioteca con todo el jaleo de los libros perdidos.

—¿Cómo está reaccionando Claude a todo esto? ¿Sigue cabreado con que lo rechazaras?

—Aprovechas la mínima para mencionármelo, ¿eh? —dijo Sadie dándole un golpe a LuAnn con la mano.

LuAnn se había emocionado tanto cuando Sadie le había confesado lo del beso robado que no había podido evitar cierta incomodidad. Como si tal vez considerara la presencia de Sadie en sus vidas como una intrusión, la tía solitaria que metía las narices en todo, incluidos sus armarios, y que ahora por fin se alejaría y viviría su propia vida.

—No fue para tanto —añadió—, e igualmente ya se acabó. Y gracias a Dios, porque ahora soy su jefa. Ya es lo bastante incómodo.

LuAnn tenía una expresión cálida, y las comisuras de los labios se le levantaron hasta formar una sonrisa.

—Si tú lo dices...

—Te vuelvo a decir que en la biblioteca tiene fama de ser un donjuán; de buena me he librado. Además, pienso ser como mi abuela, una mujer de letras independiente.

—Oye, pues es una buena decisión —respondió LuAnn con afecto —. Siempre que no te entregues al trabajo para evitar otras cosas.

—¿Como qué?

Sadie sintió cómo se iba poniendo a la defensiva.

—Como el hecho de que tu madre acabe de fallecer.

Sadie le dio un golpecito en la rodilla y se levantó de la cama. Llegaba tarde.

—No te preocupes. Estoy bien.

Mientras Sadie bajaba por la escalera de arenisca de la casa, divisó a Robin y Valentina en el parquecito que había al otro lado de la calle. Valentina estaba jugando con otras tres niñas en los columpios y la saludó alegremente. En lugar de volver a casa Sadie se sentó con Robin en un banco a la sombra de un olmo.

Sadie hizo un gesto en dirección a Valentina.

—La veo contenta. ¿Está bien?

Robin asintió.

—Estaba preocupada por si había hecho algo mal, pero le he dicho que no había nadie enfadado con ella y se ha tranquilizado.

Las dos observaron cómo jugaban las niñas.

—¿Cuánto tiempo llevas en Nueva York? —preguntó Sadie.

—Me mudé a la ciudad el año pasado, desde Massachusetts. Pensé en estar un tiempo haciendo de canguro antes de decidir qué hacer con mi vida.

—¿Has pensado en algo?

—No lo sé. Moda, tal vez. ¿Tú siempre has querido ser bibliotecaria?

—Pues sí. Adoraba a la bibliotecaria de mi instituto, la admiraba muchísimo.

Robin señaló la bolsa de la compra que Sadie tenía entre los pies.

—¿Al final te has salido con la tuya?

—Vaya que sí.

—¡Miradme! —Valentina levantó las piernas e hizo el pino, antes

de doblar la espalda como si no tuviera columna vertebral y aterrizar sobre los pies, culminando el movimiento con las manos en alto—. Es facilísimo.

—Qué pasada. —Sadie aplaudió—. Hazlo otra vez, niña elástica.

Valentina se preparó durante unos instantes antes de lanzarse a repetir el movimiento.

—No te olvides de mirar el suelo cuando gires —le aconsejó Robin—. Lo has hecho superbién. ¿Quieres un poco de zanahoria?

Robin hundió la mano en el bolso y sacó una bolsa de plástico con crudités de zanahoria. Valentina mordisqueó una apoyada en Sadie, rodeándole el cuello con un brazo.

—Robin me ha dicho que los adultos estáis raros porque la abuela se ha muerto —dijo.

Sadie le dirigió a Robin una mirada de gratitud y apretó a Valentina contra ella.

—Supongo que sí. A veces, cuando alguien muere, las personas que deja pueden ponerse raras porque lo echan de menos.

—Tu madre era muy dulce —comentó Robin.

Sadie arqueó una ceja.

—No sé si yo usaría esa palabra precisamente. Pero sí que me habría gustado hablarle con más delicadeza aquella última noche.

—No te preocupes, tita Sadie. —Valentina se inclinó y apoyó la frente sobre la de Sadie. Olía a ropa limpia—. Volví para darle las buenas noches. La abuela estaba molesta, pero le dije que no pasaba nada, sonrió y me dijo que conocía la verdad sobre el tamboril que robaron, y que había sido una tumba. Me dijo que se le daba bien guardar secretos.

Sadie se apartó de su sobrina y la escudriñó.

—¿La verdad sobre qué?

—Sobre el tamboril que robaron.

Lo que estaba diciendo no tenía sentido. Pearl no tocaba ningún instrumento; el padre de Sadie era la única persona con talento musical de la familia, y Sadie no recordaba ningún tamboril por casa.

—¿Tú te enteraste de algo de esto?

Sadie se volvió hacia Robin, quien negó con la cabeza.

—Estaba limpiando la cocina. ¿Te suena de algo?

Sadie negó con la cabeza y clavó la mirada en Valentina.

—¿Un tamboril? ¿Estás segura de que la abuela dijo *tamboril?*

Al repetir la palabra algo le hizo clic. Su madre no hablaba de ningún instrumento musical.

—Creo que lo que dijo fue *Tamerlán*. ¿Es posible?

—Claro —dijo Valentina.

—¿Y te dijo quién robó el *Tamerlán*?

Valentina se sopló el flequillo para apartárselo de los ojos.

—Su padre.

Capítulo once

Ciudad de Nueva York, 1914

—¡Pero es que padre me lo prometió!

El alarido de Harry cortó el aire del apartamento. Laura tuvo que contenerse para no estrangularlo.

—Harry. Se acabó.

—Pero es que quiero jugar a la pelota.

Al menos había bajado la voz hasta un volumen aceptable, así que Laura cogió aire y volvió a intentarlo.

—Tu padre está liado con el trabajo y yo tengo una reunión con mi tutor de la universidad. Tendrás que esperarte.

—Los chicos se reirán de mí si no tiro bien.

—¿Quién? ¿Quién se reirá de ti?

—Los chicos.

Le había estado yendo tan bien que no soportaba ver cómo su hijo perdía su precaria situación social en la escuela.

—Vale. Tengo veinte minutos. ¿Quieres que juguemos un ratito a la pelota?

Harry accedió a regañadientes. Prefería a su padre para todo lo que tuviera que ver con el deporte; era algo que saltaba a la vista.

Cuando Harry era pequeño, había necesitado mucho más a su madre que Pearl. Harry no dejaba de buscar la atención de Laura, y lo hacía a través de preguntas y preguntas sin descanso. Hablaban tantísimo que ella a veces se le notaba la voz algo cogida al final del día. Los temas fueron cambiando a medida que él crecía, pero las consultas no eran menos frecuentes: ¿por qué se mudaron del campo a Nueva York? ¿Cuánta gente vivía en Nueva York? ¿Podía construir una casa del árbol en el parque que había detrás de la biblioteca? ¿Por qué había una mujer mendigando en la escalera de la biblioteca?

Cuando Laura y Jack discutían, Harry intensificaba sus interrupciones, como si pretendiera salvar al uno del otro. Era

desquiciante, y a menudo Jack acababa chillándole que se callara y lo enviaba a su habitación. Ella se pasaba poco después para ver cómo estaba, y lo encontraba escondido debajo de las sábanas, chupándose el pulgar.

—Es un chico sensible —le decía a Jack—. Hay que ir con cuidado.

Laura y Harry salieron al exterior, donde una delicada bruma se había posado sobre Bryant Park, cubriendo los bancos y paseos y tornando negra la corteza de los árboles. Vacío de los habituales peatones, el lugar transmitía una sensación un poco siniestra. Jack les había dicho que los terrenos que se hallaban bajo la biblioteca habían sido un camposanto para los pobres durante la primera mitad del siglo anterior. Luego los huesos se trasladaron a la isla Wards, al otro lado del río Harlem, y en el mismo lugar se había erigido un gigantesco depósito de agua. Les había señalado algunos de los antiguos muros de piedra del depósito que posteriormente se habían incorporado a los cimientos de la biblioteca, abajo en el sótano, y Laura se había preguntado si las piedras se habrían excavado del cementerio, fascinada por las capas de historia que se superponen a otras con el paso de los años. Algún día ¿se utilizarían los muros de mármol blanco de la biblioteca para sostener un edificio aún más grande? Era difícil imaginarse algo más grandioso que la Biblioteca Pública de Nueva York.

Mientras ella y Harry se lanzaban la pelota, su mente regresó a lo que había presenciado en Patchin Place. Por alguna razón la interacción física entre Jessie y Amelia la consumía más que las causas y puntos de vista radicales que se habían debatido durante la reunión en el piso de arriba del restaurante Polly Holladay. Las palabras y frases, pronunciadas con cadencias volubles y apasionadas, no eran nada comparadas con el fugaz roce de los labios de dos mujeres. Era algo desconcertantemente físico, táctil, de una forma que Laura no era del todo capaz de comprender.

No pudo coger un lanzamiento de Harry, quien se burló de ella.

—Tienes que poner las manos así, mamá. Toma, pruébalo otra vez.

Y eso hizo, dejándola caer de nuevo, aunque esta vez a propósito. Su hijo había sacado las capacidades físicas de la familia materna, por desgracia, en lugar de la de Jack, y quería animarlo.

—Se te da muchísimo mejor que a mí —le dijo ella—. Vamos a intentarlo otra vez, a ver si ahora me las apaño.

Y, sí, esta vez sí la cogió, y él la felicitó como si hubiera atravesado a nado el canal de la Mancha. Adoraba a su pequeñín. Lo que más deseaba era que él fuese abandonando poco a poco su incómoda timidez. Últimamente podía hablar de tantos amigos como Pearl durante la cena, cuando les contaban cómo les había ido el día, aunque por lo general Pearl la sorprendía poniéndose de mal humor. Laura sabía que echaba de menos tener a su madre cerca, aunque no fuera capaz de expresarlo. La madre de Laura no podía sustituirla, por mucho que los consintiera. Pero ¿acaso Laura no tenía derecho a una vida más allá de los muros de la biblioteca? Estaba en la flor de la vida, rebosante de energía. ¿No era lo mínimo que merecía?

La temperatura fue cayendo en picado junto con el sol, y urgió a Harry a que volvieran dentro. Ya en el piso de arriba ofreció a los niños pan y mantequilla y luego se dirigió al centro, a Columbia.

El profesor Wakeman la esperaba detrás de su mesa.

—Llega tarde.

Echó un vistazo al reloj con un evidente desdén. Laura se disculpó, pero luego fue al grano.

—Para mi tesis había pensado que podría ser interesante escribir un perfil minucioso sobre Max Eastman, que edita la revista del centro *The Masses*, y su mujer, Ida. Puede que recuerde que generaron una cierta polémica cuando se casaron y ella decidió conservar su apellido de soltera. E incluso ponerlo en el buzón.

El profesor Wakeman la observaba como si hubiera sacado una bomba del bolso.

—Lo recuerdo. Se armó un buen jaleo.

—La prensa se mofó de ellos afirmando que ella consideraba el título de «señora» como una insignia de esclavitud. Incluso las cartas que recibía el editor eran desagradables y ofensivas. —Laura sacó algunos de los textos que había rescatado de la «morgue» de la primera planta—. Todas escritas por hombres. Creían que la mera idea desataría una oleada de divorcios y otros comportamientos escandalosos. Me gustaría hacerle un seguimiento.

—Noticias antiguas. No hay nada que rascar.

Aun así alzó la pluma y anotó algo en la libreta que tenía cerca del codo. Llegó a distinguir las palabras antes de que él colocara un

trozo de papel secante encima: «Eastman, posible idea para una historia».

Por el momento iba bien.

Laura se había percatado a lo largo del primer semestre de que las ideas para historias de los estudiantes que el profesor Wakeman rechazaba sumariamente a veces aparecían con su firma en la prensa. Para asegurarse de que podía optar al tema de tesis que quería había decidido ofrecerle primero una idea que había descartado para desviar su atención. Esperó.

—¿Algo más? —le preguntó el profesor Wakeman.

—Bueno, ¿qué le parece algo sobre el Club Heterodoxy?

Él bostezo.

—Qué nombre tan horrendo.

—Son un grupo de mujeres que se reúnen en Greenwich Village cada dos semanas y debaten sobre causas progresistas.

—Es un nombre ridículo para un club femenino. ¿Heterodoxy? Suena como si se estuvieran esforzando intensamente por ser intelectuales, si quiere mi opinión.

—Creo que es una historia que merece la pena cubrir.

—Vale, muy bien —dijo al fin—. Puede escribir al respecto. Eso sí: no intente escandalizarme con ninguna obscenidad.

Dos semanas más tarde Laura asistió a su segundo encuentro. Esta vez, en lugar de ponentes formales pidieron que cada mujer se pusiera en pie y resumiera su trasfondo y qué las había atraído para ser miembros. Las historias eran variadísimas y los orígenes familiares, fascinantes: desde una granja aislada de Maine a una mansión decrépita con vistas al río Hudson, desde apenas haber tenido qué comer hasta una infancia de opulencia y lujos. Y, sin embargo, todas habían acabado en aquel lugar, no tanto por una causa común como por la simple razón de poder hablar libremente, sin la desaprobación de maridos y padres. Las mujeres eran muy distintas las unas de las otras, pero las unía el deseo de conseguir algo, de superar la discriminación contra su sexo. Durante una pausa Laura se escabulló hasta una sala de reuniones vacía y tomó algunas notas que luego ocultó en el fondo de su bolso.

Amelia la invitó de nuevo a tomar el té en Patchin Place, y Laura volvió a aceptar, pero esta vez no se ruborizó cuando Jessie emergió de la habitación trasera y le plantó otro beso en los labios a Amelia,

antes de rodearle el cuello con los brazos. Comprendía que allí, en Greenwich Village, las viejas tradiciones se estaban subvirtiendo y alterando, y que dos hombres juntos en una esquina podían ser amigos o amantes, y que no pasaba nada.

Jack le preguntó por su reunión en el Club Heterodoxy después de arrastrarse hasta la cama aquella misma noche. Ella lo único que quería era volver a dormirse, pero apenas habían tenido tiempo para ponerse al día últimamente. Laura se frotó los ojos, combatiendo la necesidad de acurrucarse de nuevo bajo el edredón.

—Se me hace raro lo de ir al centro —respondió—. Es como si estuviera visitando una ciudad europea, no sé si me explico. Costumbres y problemas distintos; me resulta muy ajeno.

—¿Has visto a tu amiga de la universidad, la que les mencionaste a tus padres?

—La doctora Potter. Sí, estaba allí.

—Qué raro, no recuerdo que me hablaras de ella hasta ahora.

Una parte de ella quería contárselo todo a Jack sobre Amelia, igual que le había hablado del profesor Wakeman y de algunos de los extravagantes personajes de su vida exterior, pero era demasiado complicado. Se trataba una mujer con demasiadas aristas que Jack encontraría contradictorias, y si lo intentaba acabaría dejándose algo importante, o centrándose en lo que no tocaba. No quería hablarle sobre Amelia.

—Me sacaba unos cuantos años, apenas la conocí. —Se acercó a Jack—. Me sabe fatal que tengas que encargarte de todo el alboroto que se está produciendo aquí. De los robos, quiero decir.

—No pasa nada. Te veo feliz, la verdad.

Le notaba un cierto disgusto en la voz, pero estaba demasiado cansada como para preguntarle.

—Supongo que lo estoy.

Dio media vuelta, exhausta, y cayó rendida poco después.

—Señora Lyons.

Laura se detuvo en seco cuando el señor Gaillard se acercó a ella en la escalinata de la biblioteca. Estaba absorta intentando dar con una buena entrada para la reseña literaria que les habían asignado y no se había dado cuenta de que estaba de pie junto a uno de los

leones. Miró rápidamente a su alrededor en busca de la mendiga, pero la mujer no estaba a la vista, aunque tal vez fuera lo mejor.

—Dígame, señor Gaillard.

—¿Podemos hablar un momento?

Era casi como si la hubiera estado esperando.

—¿Necesita verme con mi esposo? —le preguntó. Era miércoles, así que estaría de reunión con el ingeniero jefe—. Voy a buscarlo y seguro que puedo conseguir que se reúna con usted.

—No, señora. Esperaba poder hablar con usted a solas. Sígame.

La condujo dentro y subieron a la Sala del Consejo Administrativo de la segunda planta. Una larga mesa, con un montón de papeles en uno de sus extremos, estaba colocada justo debajo de una araña de bronce, que habían decorado con una serie de sátiros con un ligero aspecto maligno. Un busto de una personalidad destacada ocupaba cada esquina de la sala: Alexander Hamilton, Washington Irving, John Jacob Astor y, por último, Joseph Green Cogswell. Cuando Laura le preguntó a Jack quién diantres era el último, él la informó con orgullo de que Cogswell había sido el primer superintendente de la Biblioteca Astor, a mediados del siglo anterior.

Era una sala tremendamente imponente en la que trabajar, pensada para celebrar las reuniones de los fideicomisarios.

—¿No le han asignado un despacho en condiciones? —le preguntó al señor Gaillard—. Seguro que mi marido puede buscarle uno si lo prefiere.

—Están en proceso de asignarme uno. Esto es temporal, aunque también le digo que creo que podría acostumbrarme.

Hizo un gesto hacia el punto central de la sala, una ciclópea chimenea de mármol crema con una cita de Thomas Jefferson grabada encima de la repisa.

—La biblioteca entera es un lugar fascinante. No dejo de decirles a mis niños que no deberían dar por sentado nada de lo que tienen.

—Tiene más razón que una santa.

Señaló una silla junto a la que había en la cabeza de la mesa.

—Por desgracia hay bandas de ladrones de libros bien organizadas aquí en Nueva York, atraídas por los tesoros de nuestra ciudad. Estoy haciendo todo lo posible por entender por qué han desaparecido nuestros libros. Supongo que este ladrón en concreto tiene una cierta educación y acceso a las estanterías del sótano, de una

forma u otra. Alguien con unos conocimientos rudimentarios sobre cómo tasar un libro.

—¿Rudimentarios? ¿Por qué?

—Porque ha escogido uno que es demasiado valioso como para que sea fácil venderlo.

—¿El *Tamerlán*?

Asintió.

—A menos que algún coleccionista lo quiera para su colección privada —añadió—. Eso es algo que, por desgracia, ocurre, y en esos casos los libros se pierden para siempre. —Se inclinó hacia delante—. Las únicas personas que tienen llave del lugar donde se guardaba el *Tamerlán* eran el bibliotecario de los libros raros, su esposo y yo.

Laura tragó saliva.

—¿Puedo hacerle una pregunta algo delicada, señora Lyons?

—Por supuesto. Si está en mi mano, me encantaría ayudarlo. Pero necesito volver pronto al apartamento; mis hijos no tardarán en tener hambre.

—Será un momento. ¿Su familia está pasando por apuros económicos?

La conversación estaba tomando un rumbo extraño.

—En absoluto. Nos va de maravilla. Ayuda mucho que la vivienda venga con el trabajo. Nos consideramos bastante afortunados.

—¿Ah, sí?

Laura decidió que lo mejor era ir al grano y verbalizar lo que flotaba en el ambiente, fuera lo que fuese.

—¿Cree que mi marido es el responsable del robo de los libros?

El señor Gaillard no respondió, sino que se limitó a mirarla fijamente hasta que el silencio fue insoportable.

—Debo decirle que me ofende la insinuación. El señor Lyons adora los libros y jamás se llevaría ninguno de forma inapropiada. Incluso está escribiendo un libro propio.

—¿Qué tipo de libro está escribiendo el señor Lyons? —preguntó el señor Gaillard.

Jack llevaba tanto tiempo trabajando en el manuscrito que Laura ya no tenía claro de qué trataba.

—Ficción. Insisto en que sus dudas me parecen del todo irracionales. Mi marido es una persona virtuosa.

—Han desaparecido cuatro libros, señora Lyons. A estas alturas no puedo descartar nada.

¿Cuatro libros? Jack solo había mencionado dos, *Hojas de hierba* y el *Tamerlán.*

El señor Gaillard prosiguió:

—La biblioteca ha apostado guardias en todas las salidas para que comprueben las bolsas de las personas que entran y salen. Los libros únicos están bajo llave, y en la sala de los libros raros hay dos bibliotecarios las veinticuatro horas del día. Y, con todo, siguen desapareciendo libros. Debo descubrir el motivo.

—Por descontado.

—Por eso estamos registrando ahora mismo su apartamento.

—¿Cómo? —En ese momento recordó dónde la había estado esperando en el exterior de la biblioteca, como si quisiera impedirle que entrara—. ¿Dónde están mis hijos? ¿Y Jack?

—Harry y Pearl están abajo, en la biblioteca infantil, con el funcionario de allí. El señor Lyons está en el apartamento.

Laura salió corriendo de la sala, con el detective detrás de ella, bajó a la primera planta y subió por la escalera que conducía al entresuelo. Jack esperaba apoyado en la barandilla, aburrido. Se incorporó cuando la vio subir con el detective pisándole los talones.

—Lo siento, mi amor —le dijo él—. Están a punto de acabar.

El señor Gaillard y él se estrecharon la mano no como sospechoso y policía, sino como si fueran compañeros de *bridge.* El detective miró a un policía uniformado, quien negó sutilmente con la cabeza.

—No hemos encontrado nada, señor —anunció el tipo.

—Gracias por su paciencia y cooperación.

Dicho esto, el señor Gaillard y su equipo se marcharon. Laura no habló hasta que no entraron en el piso y cerraron la puerta.

—¿Puedes explicarme qué está pasando, Jack? Y quiero que esta vez me digas la verdad.

Capítulo doce

Ciudad de Nueva York, 1914

Laura ordenó el apartamento, habitación por habitación, volviendo a hacerse suyo el lugar después del registro intrusivo de los hombres del detective. Los niños ya habían regresado y se habían ido a sus habitaciones.

Jack la seguía de cerca.

—No entiendo nada. ¿Ahora me exiges que te explique lo que está pasando? Si estuvieras más en casa a lo mejor ya lo sabrías.

Laura empujó la silla de oficina de él hasta ponerla en su sitio y se dio la vuelta.

—El señor Gaillard me ha llevado a su despacho, me ha hecho preguntas y luego me ha contado que estaba registrando nuestro hogar. Ha sido humillante.

—Le he dado permiso total, porque no tengo nada que ocultar. Estaban haciendo su trabajo, nada más.

—Me ha dicho que han robado cuatro libros. Tú me dijiste que eran dos.

—Repito, si estuvieras más en casa quizá te lo habría comentado.

—¿Qué han robado?

—Otras dos primeras ediciones. Nada tan valioso como el *Tamerlán.* Por lo visto el ladrón ha aprendido de sus errores. —Jack se cruzó de brazos—. Me han requisado la llave, y ya me parece bien, porque así verán que no he hecho nada malo. Y ahora, si has acabado con el interrogatorio, me vuelvo a escribir.

—O sea, que estás enfadado conmigo por estar fuera de casa mientras tú te pasas las horas con tu libro, ¿no? ¿Te das cuenta de lo injusto que es?

—Eres madre. ¿Qué esperabas?

—Y tú eres padre, ¿es que eso no cuenta? —Se acordó del gélido día que había estado jugando a la pelota con Harry, y cómo le había

generado a su hijo un recuerdo tierno en lugar de otra decepción más —. Últimamente pasas más tiempo en el sótano que aquí arriba.

—Es el único sitio donde puedo escribir sin distracciones.

Harry sacó la cabeza por la puerta de su habitación.

—Os prometo que no haré ruido. Ya no volveré a hablar alto.

—Harry, no es por ti —le aseguró Laura.

—¿Laura?

La voz de su madre resonó desde el pie de la escalera.

—Distracciones —susurró Jack—. Mire donde mire. Eres tú la que debería estar aquí, no ella.

Laura lo ignoró.

—Suba, madre, por favor.

Su madre se detuvo en el último escalón con la mano en el pasamano, vacilante. Llevaba un abrigo de lana de borrego persa con un grueso lazo en la cintura, un recordatorio del frío que había atenazado la ciudad durante los últimos días.

—¿Va todo bien?

—Claro. Los niños están en las habitaciones y la cena, en el frigorífico. Jack ya se iba —dijo evitando mirarlo.

Cuando se marchó, la madre de Laura se quitó el abrigo.

—Te veo cansada, cariño —comentó, y le rozó las mejillas con los dedos.

Laura le cogió la mano a su madre y le dio un beso delicado. Lo único que le adornaba el dedo anular era una alianza de oro. No había hablado de su sacrificio; Laura no se veía capaz de soportarlo.

—Puede que las cosas te parezcan complicadas ahora mismo —continuó su madre—. Pero quiero que sepas que admiro lo que estás intentando hacer.

—*Intentar* es la palabra clave. De momento lo estoy consiguiendo a duras penas.

—Es un buen hombre. Lo sabes, ¿verdad? Te quiere muchísimo.

Laura no podía evitar preguntarse qué habría sido de ella si no le hubiera fascinado tanto la elegancia y el encanto de Jack cuando se conocieron. La amaba, eso era cierto, pero sus exigencias de autorrealización no acababan de encajar bien, como si fueran dos globos dentro de una caja pequeña.

Lo único que su madre le pedía a la vida era amor, y a pesar de que ella no hubiera sido capaz de conseguirlo, se había asegurado de

que Laura alcanzara esa meta. Pero ¿a costa de qué? Y lo que era aún peor: ¿le legaría las mismas debilidades a su propia hija? Estaba tan absorta en las preocupaciones cotidianas que no era capaz de dar un paso atrás y analizar con detenimiento sus propios prejuicios como madre.

Después de dejar a los niños con su madre, Laura comenzó a escribir el primer borrador de su tesis. El primer párrafo le llevó una buena media hora, pero las páginas siguientes surgieron mucho más rápido, aunque sin demasiada pulcritud. Ya corregiría y mejoraría su prosa más tarde, como una escultura trabajando con palabras en lugar de arcilla. Mientras tuviera algo sobre el papel, podría sacar algo que funcionara. Tenía mucho que cubrir, muchos acontecimientos que ni siquiera se mencionaban en los grandes diarios. Le había demostrado al profesor Wakeman que una «historia femenina», como a él le gustaba llamarlas, podía marcar la diferencia en la historia.

Dos horas más tarde Laura deslizó el brazo por el de Amelia mientras subían la escalera principal de una hermosa casa situada en la esquina entre la Quinta Avenida y la calle 9. Amelia la había invitado a un cenáculo que, según ella, era el lugar de reunión predilecto de los bohemios. Dentro de la mansión el salón era completamente blanco: una chimenea blanca, molduras pintadas de blanco, sillones de terciopelo blanco y cortinas de seda, una alfombra de piel de oso blanco en el suelo. El efecto era prístino y abrumador.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Laura—. Es como estar dentro de una ventisca.

Amelia soltó una carcajada.

—Mabel Dodge llegó a la ciudad hará un par de años, desde Europa, y decidió juntar a las personas necesarias para «dinamitar Nueva York», o eso dice ella. Todas las semanas organiza un cenáculo para unas cien personas que junta a aquellos dispuestos a alborotar el avispero.

La estancia vibraba con energía y risas, algo que contrastaba con las cenas que organizaban los padres de Laura en el centro cuando aún tenían dinero y donde lo único que se toleraba eran tonos armoniosos y moderados.

Amelia señaló disimuladamente a los invitados.

—Ya has visto a algunas mujeres en las reuniones del Club Heterodoxy, como a Elizabeth Gurley Flynn y a Emma Goldman. El

hombre que está al lado del fuego es Alfred Stieglitz. Max Eastman, editor de *The Masses*, es el que está allí, al lado de su esposa, Ida.

Laura no pudo evitar sonreír.

—Sé exactamente lo que estás pensando —dijo Amelia.

—¿Ah, sí? ¿Qué estoy pensando?

—Que parecen dos personas normales.

Laura rio. Tras los terribles escándalos de la prensa allí estaban juntos, sorbiendo cócteles como cualquier otra pareja joven casada, como si no hubiera pasado nada. Como si no importara.

—Supongo que yo también tengo una pinta bastante normal —comentó Laura encogiéndose de hombros.

—No te subestimes, que ahora te estás codeando con los nuevos bohemios.

—Vengo como reportera. Vengo a informar, no a codearme con ellos.

—Ya veo. —Amelia le dio un golpe burlón con el hombro a Amelia—. Tienes una misión.

—Pues sí, de verdad. Quiero escribir sobre tantísimas cosas que apenas puedo aguantarlo. El mundo está cambiando y yo quiero estar ahí, anotándolo todo.

—Me encanta tu entusiasmo, Laura. Me recuerdas a mí cuando entré en la medicina.

—Pero tú eres mucho más dura que yo. Sé que me queda mucho por aprender.

—No te castigues tanto. Has venido, ¿no?

—¿A qué? ¿A tomarme un cóctel?

—Si quieres ponerte en peligro, no tienes más que decírmelo.

Amelia le sostuvo la mirada a Laura.

—De eso no me cabe la menor duda.

Cerca, a una mujer se le cayó el champán y rompió el momento. El hombre que la acompañaba lanzó un pañuelo por encima de la mancha antes de conducir a la mujer fuera del salón.

—Bueno, y dime, ¿cuál es exactamente tu perspectiva? —le preguntó Amelia—. Me parece algo bastante más grande que un artículo cualquiera para el *Mancha de tinto*.

—Qué graciosa. Nuestro simulacro de diario se llama *Mancha de tinta*. Y, sí, debo admitir que creo que este movimiento, lo que se está cociendo aquí, podría servir para un reportaje largo. «La Nueva

Mujer.» Hay tanto que explicar...

—Vale, pero cuidado al escribir sobre el club. Recuerda que lo que se habla allí es estrictamente confidencial.

—Por supuesto.

El hecho de que Amelia hubiera logrado lo que había logrado saltándose las normas, superando los límites, hacía que Laura se preocupara menos de escribir sobre el club, sobre todo sabiendo que no iba a publicarse. Laura no le mencionó que había quedado con algunas integrantes para tomar un café y hacerles preguntas sobre sus puntos de vista y pasiones expresados durante las reuniones. Dado que no podía tomar notas a la vista de todos, la ayudaba a comprender los puntos de vista contradictorios.

Precisamente uno de estos puntos de vista era tema de discusión de manera acalorada de un grupo junto al camarero, donde Amelia y Laura esperaban a que les sirvieran sus bebidas.

—No dejéis que los hombres os engañen. —El orador era, por irónico que pareciera, un hombre alto, más bien desgarbado, con un denso pelo rizado que le caía por la frente y una mandíbula que sobresalía lo justo de más para no resultar atractiva. Sacudía los brazos mientras hablaba, amenazando las bebidas de las personas que lo rodeaban—. Les encanta la idea de la Nueva Mujer, la que criará a sus hijos, limpiará la casa y luego estará disponible para todo el mundo.

Un par de mujeres dejaron escapar un grito ahogado.

Amelia dio un paso al frente.

—Permítame que le diga que esos «hombres», como usted los ha llamado, y a pesar de que usted mismo se cuente entre ellos, tienen una idea muy equivocada de la Nueva Mujer. Las Nuevas Mujeres estarán disponibles para quien ellas elijan, no necesariamente para todo el mundo. Y lo que es más: no solo exigirán poder sexual, sino también poder económico.

El hombre tensó los hombros.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y los hombres lo ven como una amenaza. ¿Sabe?, existe poder sexual más que de sobra para todos, pero el poder económico es limitado. Si nosotras adquirimos más, ustedes tendrán menos.

—Tiene usted razón. Es un placer encontrarme con una adversaria que esté a mi nivel. —Le tendió la mano—. Me llamo Frank

Tannenbaum. No crea ni una sola palabra de lo que digo. Solo actúo como abogado del diablo. Debemos estar preparados para contraatacar.

—Doctora Amelia Potter.

A Amelia le brillaban los ojos.

—La doctora Potter, claro. Un placer. —El señor Tannenbaum levantó la copa—. Déjeme que me coloque de nuevo mis cuernos de diablo: las mujeres, según dirían los de la parte alta de la ciudad, son las depositarias de lo que es moralmente correcto. Nos llevan a los demás por el buen camino, sin desviarnos ni un centímetro. Si las mujeres se deshacen de esos grilletes, ¿no estará condenada nuestra civilización?

—Tener esposo e hijos no nos hace depositarias de lo moralmente correcto. Hay más formas de vivir fuera del hombre, la mujer y la prole —replicó Amelia—. Ha llegado el momento de expandir nuestra visión sobre el hogar y liberarnos de los grilletes de la opresión por el sexo. Puedo trabajar, puedo tener un hijo y puedo amar a quien quiera. Igual que usted.

Laura, así como algunos otros presentes, asintieron enérgicamente. Eso era lo que ella quería también. Bueno, no lo de querer a quien quisieras, pero sí lo de trabajar y criar a un hijo, sin duda.

—¡Estamos impacientes, tenemos energía y no retrocederemos! —exclamó Amelia cogiendo impulso—. Ya sea por el derecho a votar, el acceso a los métodos anticonceptivos o el derecho a tener relaciones sexuales fuera de las ataduras del matrimonio.

El señor Tannenbaum echó atrás la cabeza y soltó una risotada.

—Adoro a esta mujer.

El debate concluyó cuando llegaron más invitados.

—¿Quién es ese? —preguntó Laura.

—Frank Tannenbaum, emigró de Austria cuando era joven, estudió en Columbia. Este invierno ha estado organizando protestas para los pobres.

Laura había leído algo sobre las protestas nocturnas en el diario, quinientos o seiscientos hombres marchando por las calles antes de dirigirse a una iglesia a exigir comida y alojamiento.

—¿Qué están intentando demostrar exactamente?

—¿Cuando les dan la espalda? Que en el fondo la Iglesia no se

preocupa por los parados, que no tiene corazón.

—Me parece una persona muy joven para estar dirigiendo manifestaciones.

—Tiene veintiún años.

Le llamó la atención que Amelia supiera su edad exacta.

—Te veo impresionada.

—Es un líder nato. E inteligente, ya lo has visto. Mientras nosotras estábamos acurrucadas en la cama en este invierno especialmente agresivo, él estaba por ahí manifestándose, llamando la atención sobre las injusticias.

—¿Por qué no te manifiestas con él? —bromeó Laura.

—Pues, mira, esta misma noche si quieres. —Los ojos le brillaban —. Podemos ir juntas. Han quedado en Rutgers Square y se dirigirán a la iglesia de San Alfonso de West Broadway. Puedes escribir algo al respecto para tu *Mancha de tinto*.

De hecho, sería una buena historia para la clase de documentación y redacción del día siguiente, admitió Laura. El resto de los estudiantes no saldrían a la calle durante una fría noche de invierno si podían evitarlo. Eso ciertamente le demostraría al profesor Wakeman que era igual de válida que los hombres. Y, además, todavía no estaba preparada para despedirse de la compañía de Amelia.

Apuró la copa deseando haberse puesto ropa interior larga por debajo de la falda.

—Vale, iré.

Cuando Amelia y Laura llegaron a la protesta, unos quinientos hombres se habían reunido en la zona con forma de cuña de East Broadway, en el Lower East Side. El viento les levantaba las faldas mientras Amelia la guiaba por la calle, donde se refugiaron en un portal.

—¿Estás segura de que estamos a salvo? —le preguntó Laura.

Era la primera vez que salía de noche sin Jack; la presencia de dos mujeres caminando juntas atraía más atención de la que le habría gustado.

—Camina con la cabeza bien alta y evita el contacto visual. Ahí viene.

Amelia señaló a Frank, que se abría paso por la multitud antes de

auparse hasta la base de una farola y colgarse de ella con una mano para no perder el equilibrio. La luz lo iluminaba como si de un foco se tratara, reflejándosele en el cabello negro. Laura no comprendía por qué no se había puesto sombrero en una noche así. Comenzó a gritar para pedir la atención de los presentes, y poco después todas las cabezas se habían vuelto hacia él.

Un largo «chisss» recorrió a la muchedumbre.

—¡Sé que muchos de vosotros estáis en paro! —exclamó—. Hay más de trescientos mil hombres sin trabajo, así que no estáis solos.

Los hombres vitorearon.

—Hoy es el décimo día consecutivo que nos hemos echado a las calles y montado un buen alboroto. Merecéis algo mejor, queréis trabajar, alimentar a vuestras familias, y la ciudad, el país, os ha fallado. Ha llegado el momento de las políticas progresistas, donde la codicia del capitalismo se verá sustituida por un sistema de garantías para todos. Vosotros, yo, todo el mundo exige más de sus impuestos. De nuestros políticos. De nuestro gobierno.

La muchedumbre prorrumpió en un frenesí que se añadía a las violentas ráfagas de viento, e incluso se veía a algunos hombres saltando. Laura miró a su alrededor en busca de reporteros que estuvieran cubriendo la historia, pero no vio nada, ningún hombre con libreta ni fotógrafos cargando con sus cámaras. A fin de cuentas, era el décimo día de protestas, y hacía un frío glacial. Probablemente hubieran supuesto que no habría nada nuevo de lo que informar. Ya podía oír en su cabeza la decepción del profesor ante su falta de imaginación, cubriendo una historia que la prensa ya había descartado.

Frank les pidió a los hombres que se tranquilizaran, y eso hicieron.

—Esta noche nos acercaremos a la iglesia católica y les pediremos ayuda. Camas, comida. Si se niegan, dejaremos al descubierto su hipocresía, como hemos hecho con las otras iglesias que nos han rechazado. Por anteponer sus riquezas a la riqueza de su rebaño. ¡La clase trabajadora de este país merece algo más!

En un salto grácil, Frank bajó de la farola y condujo a los hombres hasta una iglesia a pocas manzanas de allí. Llegaron justo cuando el sacerdote les cerraba la puerta en las narices y echaba el pestillo. Un par de hombres intentaron abrir la puerta lateral, pero no

hubo suerte. A aquellas alturas Laura y Amelia habían sido engullidas por la multitud y estaban viéndose arrastradas hasta los primeros escalones de la iglesia, donde hombres golpeaban las puertas maldiciendo y gritando.

—¡La policía!

Las dos palabras cortaron el aire. La muchedumbre se agolpó contra sí misma en el momento en que el pánico comenzaba a extenderse.

Las sirenas rugían mientras un grupo de policías los cercaba por detrás, golpeando con las porras a quien se interpusiera en su camino. A la izquierda de Laura, el insoportable sonido de la madera contra el hueso, seguido de un alarido de dolor, la hizo agarrarse con fuerza a Amelia. No había forma de salir de aquel gentío.

—Lo siento muchísimo, tenemos que irnos de aquí, perdóname, lo siento.

Amelia rodeó a Laura con el brazo y juntas se abrieron paso a tientas hacia el norte, o quizá hacia el oeste. Laura había perdido todo sentido de la orientación.

Se desasió de Amelia dos veces, y dos veces agitó el brazo como un nadador ahogándose antes de volver a cogerle la mano a su amiga. Finalmente llegaron a un callejón donde las dos pudieron recuperar el aliento bajo el amparo de la oscuridad.

Cualquier otra noche a Laura no se le habría ocurrido andar por un callejón en aquella parte de la ciudad, por donde deambulaban ratas y borrachos y acechaban ladrones, con la esperanza de encontrar un blanco fácil. Pero esa noche no le importaba no saber qué clase de suelo estaba pisando, ni el origen del olor nauseabundo que emanaba de la zona. De momento el callejón les ofrecía seguridad.

—Podemos quedarnos aquí hasta que la cosa se calme —dijo Amelia—. Luego cogeremos un taxi y nos marcharemos. —Amelia la tenía agarrada por los brazos, justo por encima de los codos, y la miraba fijamente. En la penumbra Laura podía distinguir que tenía la boca medio abierta y la mirada fiera—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila.

—Gracias a Dios.

Cuando la multitud comenzó a dispersarse las dos mujeres echaron a correr hacia el norte hasta encontrar un taxi. Dentro se sentaron muy juntas. Laura sentía la respiración entrecortada de

Amelia bajo la ropa, igual que la suya. Se apretaron y la invadió una sensación renovada de fuerza y seguridad por el mero hecho de estar tan juntas en el asiento trasero.

—Bueno, pues ha sido emocionante —dijo Laura con voz queda.

Amelia dejó escapar un resoplido poco femenino.

—Tu capacidad para quedarte corta no deja de fascinarme.

—Supongo que he sido yo la que nos ha metido en este jaleo al retarte. A partir de ahora nos quedaremos con las charlas tranquilas con un cóctel en la mano.

—Me alegro de que me hayas retado. Me siento viva. ¿Tú no?

Sí, Laura también. Tenía los labios descarnados del viento y el frío, y la piel erizada por la electricidad estática.

Cuando llegaron a Patchin Place, Amelia le dio a Laura un largo abrazo. Laura se aferró a su amiga, reacia a dejarla ir. Finalmente se despidieron y Laura se dirigió al centro, donde la biblioteca se alzaba como una tumba en la oscuridad.

A pesar de la hora se sentó al escritorio de Jack, impaciente por empezar a escribir antes de que los acontecimientos de la noche se le fueran olvidando. Ser reportera era muy similar a ser un sabueso: igual que los perros captaban un olor y lo seguían de un lugar a otro, los reporteros recogían pistas, de fuente en fuente, y seguían la historia hasta su final. Le preocupaba que, si esperaba hasta la mañana, el rastro de inspiración pudiera enfriarse.

Escribió lo que había ocurrido, instante a instante, pero también acerca de cómo el enfrentamiento hablaba de las esperanzas por el futuro y los fracasos del pasado. Quería dar una imagen completa de lo sucedido, igual que quería ofrecer una minuciosa tesis sobre las mujeres del Club Heterodoxy, y de cómo sus palabras y acciones afectarían a sus hijas y a las hijas de sus hijas. Había captado el aroma del cambio, de la revolución, y quería comprobar adónde los conduciría.

Al día siguiente, en clase, se acercó como pudo a la mesa del profesor Wakeman, totalmente exhausta, y lo observó mientras leía el artículo.

—Vaya, vaya, señora Lyons. Una protesta, ¡y con policía de por medio! ¿Cuándo ocurrió esto?

—Anoche.

—No se ha inventado nada de esto, ¿verdad?

No veía la hora de que dejara de preguntarle aquello.

—No, por supuesto que no.

—Es usted una reportera muy intrépida, ¿no le parece? ¿Qué opina su esposo de todo esto?

Jack había estado de morros aquella mañana, pero no era nada nuevo.

—A mi marido le parecen bien mis estudios, profesor.

—Debe de ser un hombre muy moderno entonces.

El profesor Wakeman le puso la máxima nota. Ella sabía que no merecía menos. También sabía exactamente con quién quería compartir las buenas noticias.

Al girar hacia Patchin Place se paró en seco. La puerta de Amelia estaba abierta de par en par y ella estaba parada en el escalón, con la cabeza inclinada hacia delante dando un beso y los brazos de Jessie rodeándole la cintura. Las dos mujeres estaban encajadas, despreocupadas por la atrevida muestra de afecto.

Laura reculó para que no la vieran. Allí estaba ella, llevando sus posturas moralistas propias de la zona alta de la ciudad de nuevo al centro. No pasaba nada porque dos mujeres se amaran. ¿Por qué se le revolvía el estómago?

No, no se le había revuelto el estómago. Estaba furiosa. Se había sentido muy unida a Amelia la noche anterior durante su terrible aventura, corriendo entre la multitud, maniobrando sin gestos ni palabras, como si fueran un par de aves en el cielo. Verla compartir un momento de intimidad con otra persona esa mañana le pareció una traición. Era su historia, no la de Amelia y la de Jessie.

Pero, no, tampoco era eso lo que sentía.

Eran celos.

Porque quería ser ella la que estuviera besando los labios de Amelia.

Jack era su marido, y la hacía muy feliz, o la había hecho muy feliz. Adoraba estar entre sus brazos, disfrutar de su masculinidad. Pero con Amelia podía hablar de sus miedos y preocupaciones sin autocensurarse ni pensar que pudiera tomárselo como algo personal y su relación se enfriara. Habían reído más en aquel último par de meses que Jack y ella a lo largo del último año. Sabía que parte de la culpa la tenía el estrés del trabajo y el libro, y que ella hubiera vuelto a la universidad. Les faltaba tiempo, simplemente.

De hecho, no era justo comparar los dos deseos. La vida familiar era mucho más complicada que lo que aquella idea de amor libre pudiera llegar a abarcar. Jack y ella compartían hijos, un hogar. Una vida en común.

Sin embargo, a veces, cuando Amelia y ella caminaban por la calle y Amelia la cogía del brazo, Laura le rozaba por accidente el pecho y ninguna de ellas se apartaba, no de inmediato. El fantasma de aquella sensación permanecía incluso al cabo de un rato.

Tal vez sus celos eran simplemente una reacción a verse inmersa en un mundo nuevo, peligroso y emocionante. ¿Cómo podría su día a día en la biblioteca siquiera acercarse a lo que le ofrecía esa nueva vida?

Al echar una ojeada por la esquina vio que Jessie y Amelia volvían a fundirse en un beso largo y profundo. Pensó en Pearl y Harry, y en lo que les ocurriría si a ella le diera por actuar según sus propios deseos. Las mujeres como ella no se toleraban al norte de la calle 14. Era algo impensable.

Amelia era su amiga, y nada más.

Capítulo trece

Ciudad de Nueva York, 1993

—Debo acompañarlo para identificar los bienes robados.

Sadie se había sentado junto al señor Adriano en el despacho del señor Hooper, donde el antiguo reloj de pie acababa de dar las nueve y media. Para Sadie la petición no podía ser más lógica. Tenían el tiempo en su contra. Debían revisar las librerías del centro lo antes posible, como mínimo para descartarlas.

—¿Y por qué te has vestido así? Normal, quiero decir —preguntó el doctor Hooper.

Ella se tocó las perlas del cuello y sintió una fugaz punzada de vergüenza.

—Supuse que debía hacerme pasar por una compradora pudiente.

—Ya veo. —No parecía convencido. Se volvió hacia el señor Adriano—. ¿A usted le parece bien todo esto?

—Tiene sentido. No podría hacerlo solo. Y estaré allí durante todo el proceso.

Sadie percibió una mirada cómplice entre los dos hombres. Probablemente fuera una estratagema para descubrirla con las manos en la masa. No le cabía duda de que el señor Adriano estaría observándola de cerca, pero no le importaba. No tenía nada que ocultar.

Más allá del pasado de la familia. El comentario de Valentina en el parque sobre el «tamboril» le rondaba la cabeza desde el día anterior.

—Supongo que merece la pena intentarlo —concluyó el doctor Hooper.

El tren del centro hedía a sudor y metal grasiento, y los pasajeros iban apiñados con una intimidad física que habría sido insoportable si no se hubieran negado a mirarse a la cara, un acuerdo tácito que hacía posible la vida en la ciudad. Una barra separaba a Sadie del señor

Adriano, aunque sus manos estuvieran a una distancia de apenas unos centímetros de tocarse. A aquella distancia se dio cuenta de que era bastante más alto que ella, más de lo que en un principio había creído. Para evitar que sus ojos se encontraran, decidió centrar la mirada en la sutil mancha de kétchup que tenía en una de las mangas del impermeable.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó ella—. ¿Cómo quiere jugar nuestras cartas?

Él arqueó una ceja.

—Buena jerga. Entramos, les informa de que busca libros únicos para su colección y que está dispuesta a pagar por objetos verdaderamente valiosos. Yo esperaré a una cierta distancia, fingiendo ser un comprador cualquiera, y escucharé. —Hizo una pausa—. Ya veremos qué nos ofrecen.

El señor Adriano contuvo un bostezo.

—¿Estuvo de pendoneo anoche?

—Pendoneo.

Parecía estar valorando la idea, la palabra. Tal vez no entendiera a qué se refería.

—De juerga con los amigos.

—Sé lo que significa *pendoneo*. No. Me he pasado la noche en vela con un hijo enfermo.

Ella le miró la mano izquierda —no había anillo— y él le siguió la mirada.

—Estoy divorciado. Mis hijos viven en Westchester. Anoche estuve allí para hacer el turno de noche y que mi ex pudiera descansar.

Había algo en los centímetros que los separaban y en la parada que les faltaba que hizo que Sadie sintiera un acceso de valentía.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Quince años. Suficiente.

Su respuesta era casi quirúrgica.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre. ¿Y qué me dice de usted?

—Divorciada también. Ya hace un tiempo. —El tren chirrió hasta detenerse—. Esta es nuestra parada.

Juntos se dirigieron a dos de las tres librerías del centro de la lista del señor Babenko. Las dos veces Sadie balbució en mitad de las

peticiones, atenazada por los nervios. Si los propietarios de las librerías tenían los objetos robados ocultos en alguna parte, no lo revelaron. Los volúmenes que ofrecían no tenían la distinción del Hawthorne ni del diario de Woolf. Sadie esperaba no estar fastidiando la misión.

La última parada, antes de marcharse hacia el norte para revisar las librerías de la zona alta, se llamaba J&M Books, uno de los últimos puestos de libros de la antigua Book Row de la Cuarta Avenida. No había ni un solo cliente a la vista, así que Sadie se acercó a grandes zancadas hasta el mostrador de la parte trasera de la tienda. Esta vez probó con una estrategia distinta.

—Buenos días, ¿podría hablar con el propietario?

Esta vez puso un acento británico que fue recibido con un carcajada reprimida por parte del señor Adriano, quien esperaba en algún lugar a su espalda, consultando las estanterías. El empleado, un hombre alto y delgado con una corbata de bolo, estaba sentado detrás del mostrador.

—Aquí me tiene. Me llamo Chuck. —Le tendió una mano suave, con la manicura hecha—. ¿En qué puedo ayudarla?

Ella se la estrechó.

—Busco algo valioso, único, para regalárselo a mi esposo. El mes que viene es su cumpleaños, y le he prometido algo espléndido.

—¿Espléndido?

—Quiero hacerle un regalo que lo deje mudo. —Levantó ligeramente los talones al final de la frase. Tenía que aparentar ser lo bastante ignorante como para no entender el oficio, y lo bastante rica como para poder permitirse lo mejor—. Cumple cincuenta años, así que el límite lo pone usted. Uy, no sé si debería haberme callado eso.

El hombre se aflojó el nudo de la corbata.

—Entiendo.

—Cuando cumplió cuarenta le compré un antiguo globo terráqueo que había pertenecido a Blaeu, de principios del siglo XVII. —Agachó la mirada deliberadamente hacia el mostrador, donde un par de cartas de autores famosos descansaban bajo el cristal, para darle tiempo a Chuck de examinarla—. Cuarenta mil dólares pagué, pero ver la expresión de sorpresa de mi Cyril valió cada centavo. —Señaló una de las cartas—. ¿De veras que es de Dorothy Parker?

—De su puño y letra. ¿Quiere verla?

—No. No es lo que tenía en mente. —Levantó la vista y lo atravesó con una mirada firme—. Quiero algo fabuloso, que no tenga nadie más. ¿Dispone de algo así?

—Ya veo. Creo que tengo algo ideal, vuelvo en un momento.

Desapareció tras una puerta marcada con un cartel de SOLO EMPLEADOS. Sadie miró de reojo al señor Adriano, que arqueó las cejas antes de volverse de nuevo cuando el propietario regresó, sosteniendo un enorme atlas maltrecho.

—Aquí lo tengo. —Lo dejó sobre el mostrador—. Un antiguo atlas, del siglo XVII. Un añadido fantástico para cualquier colección.

Sadie levantó la cubierta y lo examinó. Saltaba a la vista que lo habían reencuadernado. Algunos de los mapas tenían unas manchas sospechosas, donde debían de haber eliminado o pintado una marca identificatoria. Era un acto horrible mutilar lo que antes estaba intacto. Aunque lo cierto era que decía mucho de la tienda que intentaran encasquetarle aquello a un comprador desprevenido.

—Es una maravilla, pero esta vez quiero algo con palabras, no con imágenes.

—Ajá. Deme un segundo. —Desapareció de nuevo y volvió a los pocos minutos con un pequeño montón de libros—. Estábamos a punto de guardarlos en la caja fuerte. Eche un vistazo y, si algo la convence, puedo hablar con el vendedor.

—¿A qué se refiere?

—Son piezas verdaderamente únicas. Acaban de llegarnos desde Londres.

Sadie revisó los libros. Los dos de la parte superior eran primeras ediciones, pero los autores no eran famosos.

Cuando llegó al tercero se quedó de piedra. *La letra escarlata.*

Forzándose a mantener la calma, levantó la cubierta y lo fue hojeando hasta detenerse disimuladamente en la página noventa y siete. Allí estaba, la marca de la Biblioteca Pública de Nueva York. Quienquiera que se lo hubiera llevado no conocía lo de la marca o bien no había tenido tiempo de eliminarla.

Aquella era la primera edición que habían robado de la Colección Berg. Y la tenía en sus manos.

—Este no me lo he leído nunca —comentó—. La portada es bonita.

Lo apartó a un lado y siguió revisando los otros dos. Reconoció

de inmediato la libreta que tenía frente a ella. La abrió con cuidado y el corazón le dio un vuelco al ver los garabatos en cursiva de Woolf, las líneas subiendo hacia la derecha, la fecha escrita en el margen.

—¿Cuánto por estos tres?

Incluyó también uno de los libros menores para desviar el rastro. El hombre se rascó la mejilla.

—Tendré que preguntarle al vendedor. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

—¿Elaine? ¿Eres tú?

Por alguna razón inexplicable, el señor Adriano había decidido intervenir en ese momento, acercándose a ella con los brazos abiertos para darle un abrazo.

—La misma que viste y calza.

Sadie le siguió el juego, no sin atravesarlo con la mirada al mismo tiempo. ¿Por qué se había metido?

—Cuánto tiempo. Sabía que me encontraría hoy contigo. Ven un momento, quiero enseñarte una cosa fabulosa.

—¿Nos disculpa un segundo?

Sadie le dirigió una sonrisa de disculpa al vendedor y dejó que el señor Adriano la arrastrara a la parte delantera de la tienda, donde el propietario no pudiera verlos.

—¿Se puede saber qué hace? —le susurró.

—Dígale que volverá mañana para comprarlos.

Sería como abandonar a sus hijos, si los tuviera. Los tenía al alcance de la mano; era cuestión de llevárselos. ¿Y no satisfaría eso al doctor Hooper? Seguro que le ofrecía el cargo de comisaria de forma permanente, sin cuestionárselo. Sería la heroína que habría resuelto todos los problemas.

—No puedo dejarlos aquí.

El señor Adriano prácticamente le espetó:

—No le queda otra. Al ser robados el propietario querrá dinero en metálico. ¿Lleva tanto dinero encima?

No había pensado en eso.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Dígale que volverá mañana. Vendremos con la policía y lo arrestaremos.

—¿Tenemos que esperar un día entero?

—Sí. Venga, vuelva e informe al tipo.

Con todo, el viaje había valido la pena. Al menos sabían dónde estaban los libros. Regresó hasta el mostrador con la barbilla levantada.

—Chuck, volveré mañana. ¿Puede comentarle al vendedor que me interesan estos tres libros? —Los señaló, deteniéndose sobre el diario de Woolf—. Me llamo Elaine Edmundson, y necesito estas obras, así se lo digo.

—Por supuesto, pero debo pedirle un favor.

Sadie esperó inquieta.

—Mis clientes habituales se molestarían si supieran que no les he informado de mis últimas adquisiciones. He de pedirle que sea discreta sobre el origen de estas obras.

—Uy, *discreción* es mi segundo nombre, Chuck. No se preocupe por nada.

Lo observó, temblando de indignación, mientras él recogía el montón en brazos.

Tan cerca. Estaba tan cerca...

—¿Cuánto vamos a tener que esperar?

A pesar de que el día era frío, Sadie estaba sudando con uno de los suéteres de cachemir de LuAnn, el modelo que había escogido para la operación de engaño. El señor Adriano y ella se habían reunido en una cafetería al otro lado de la librería, y juntos estaban mirando por la ventana, esperando al coche sin matrícula que les indicaría que los refuerzos habían llegado y que podría reunirse con Chuck y rescatar los libros de su cautiverio.

—El tiempo que haga falta —replicó el señor Adriano—. Tampoco es que recuperar libros robados sea una de sus prioridades.

—Pues debería. —Sadie le dio un sorbo al café. El sabor amargo hizo que se le revolviera el estómago, aunque tal vez fueran solo los nervios—. Cuando recuperemos los libros, ¿qué?

Ya habían alertado al doctor Hooper del éxito de la operación, y era evidente que estaba tan entusiasmado como ella ante la posibilidad de recuperarlos.

—Interrogaremos al tal Chuck para ver quién es el vendedor, y seguiremos el rastro a partir de ahí.

—¿Cree que es un empleado de la biblioteca?

Estaba intentando hablar con vaguedad, pero el señor Adriano captó la insinuación.

—¿Se refiere a Claude Racine?

—Supongo que sí. Era la única otra persona con acceso a la colección. Hasta que se lo retiraron, claro.

De hecho, Sadie le había ocultado a Claude de manera deliberada cualquier información acerca de la farsa dirigida a los libreros, siguiendo las instrucciones del director, lo que en opinión de ella lo hacía aún más sospechoso.

—¿Conoce bien a Claude?

—Demasiado bien. —El café había empezado a abrirse paso por su torrente sanguíneo, y sintió una descarga de energía—. Como ya le comenté, estuvimos saliendo, brevemente, a principios de año.

—Vaya.

El señor Adriano arqueó una ceja, como si no la creyera. Qué valor.

—Fue una aventura pasajera. Yo fui la que lo terminó. Es muy difícil cuando trabajas con la otra persona.

Aún recordaba el beso en la fiesta de Navidad. Estaban en un pasillo estrecho, cerca de la sala donde se estaban celebrando las festividades. Aquella noche Claude le plantó una mano en la nuca y la atrajo hacia sí, y ella cerró los ojos y disfrutó de la sensación de los labios de él sobre los suyos. Demasiado húmedo para su gusto, pero tampoco era un problema. Le sentaba tan bien volver a sentirse deseada después de tantos años... Él se había reído en aquel momento, y ella se había apartado, preparada para ofenderse, pero él había vuelto a tirar de ella, esta vez recorriéndole un pecho con la mano.

—Me encanta —le había dicho él.

Un grupo del departamento de genealogía salió de la sala y ellos dos se separaron. A pesar de que Claude y ella no habían hablado del beso después de que él volviera de sus vacaciones, Sadie estaba segura de que todas sus conversaciones, bajo la atenta mirada de Marlene, habían sido tensas. Pero luego lo vio en el pasillo con la joven ayudante y poco después se encontró con *Sobrevivir a la soltería*, un libro que le recordó que su vida estaba bien tal como estaba.

Pero no quería pensar en todo aquello.

—Señor Adriano, ¿qué le hizo decidirse a montar su propia empresa después de jubilarse?

—Puede llamarme Nick. Yo pensaba que se habría acabado mi vida profesional, pero luego mi mujer invirtió parte de lo que sacó del divorcio en un artista que la estafó, y lo perdió todo.

—O sea, ¿la estás ayudando?

—Claro. Es la madre de mis hijos. Además, me lo paso bien. ¿Qué haría si no tuviera este trabajo? No soporto estar sin hacer nada. —Hablaba sin un solo ápice de rencor—. Aunque en la biblioteca hay bastante más acción de la que esperaba. Ese lugar es un hervidero de intrigas.

—Bueno, la cosa suele estar más tranquila, te lo aseguro. Con un poco de suerte mañana todo habrá vuelto a la normalidad. Y menudo alivio, la verdad.

La radio de Nick graznó, y él miró a la calle y se levantó.

—Vámonos.

Dentro de la tienda Sadie se dirigió directamente a la parte trasera, donde Chuck la estaba esperando con una corbata de bolo diferente y una camisa blanca impecable.

Ella le tendió una mano.

—Buenos días. Vengo a comprar los libros que reservé ayer.

—Por supuesto, señora Edmundson.

—Por favor, puede llamarme Elaine.

Chuck volvió a repasarla de arriba abajo, y ella se alegró de haberle dedicado tiempo al pelo y al maquillaje. Por un instante también se alegró de que Nick la hubiera visto con sus mejores galas.

La puerta principal chirrió. Debía de ser Nick, que le había dicho que estaría lo bastante cerca como para poder oírlos sin que lo vieran. No quería decepcionarlo.

Chuck desapareció unos instantes y regresó con los tres libros.

Ella dedicó un momento a revisar cada uno, examinando la página de la dedicatoria y la calidad de la encuadernación del Hawthorne, antes de comprobar que la última entrada del diario de Woolf estuviera intacta.

—Qué maravilla —murmuró.

—Cien mil —le dijo Chuck con voz queda.

¿Debía regatearle? No. Lo mejor era acabar cuanto antes.

—Hecho.

—Puede transferir el dinero a una cuenta. Cuando lo reciba podrá llevarse los libros. Sin resguardos.

—Por supuesto, envíeme la información. Por cierto, ¿dónde los encontró?

Oyó a Nick toser. Probablemente le estuviera indicando que no intentara conducir la investigación por su cuenta. Pero necesitaba saberlo.

—Un cliente se topó con ellos en el desván de su abuela, en Londres.

Estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿El desván de la abuela? Era patético que no se le hubiera ocurrido algo más original.

La campana de la tienda tañó con fuerza cuando los policías entraron de paisano, con las placas colgadas del cuello.

—Detenga ahora mismo lo que esté haciendo y échese a un lado.

Sadie se aplastó contra la pared mientras los policías iban directos hacia Chuck, quien se había quedado paralizado con las manos levantadas.

Poco después Sadie vio que tenía a Nick al lado, y juntos observaron cómo esposaban a Chuck y le leían sus derechos antes de llevárselo, y él protestaba sin descanso.

Mientras la policía depositaba cuidadosamente los libros en bolsas de pruebas, tuvo que contenerse para no abrazar a Nick.

Los libros volvían a estar a salvo, volvían a ser suyos. Por fin.

Capítulo catorce

Ciudad de Nueva York, 1993

Sadie seguía exaltada semanas después de la exitosa farsa en el centro. El doctor Hooper había llevado los libros personalmente a la Colección Berg y se los había entregado, antes de darles las gracias a Nick y a ella por su trabajo detectivesco. Nick no les había quitado los ojos de encima a los libros en ningún momento del discurso, como si temiera que se le escaparan de las manos si apartaba la mirada. Cuando el doctor Hooper se hubo marchado Nick observó que Sadie los guardaba a buen recaudo en la pequeña caja fuerte que había encajada en la pared de su despacho. Era demasiado pequeña como para que cupiera mucho más, pero, hasta que inauguraran la exposición, no quería arriesgarse a tenerlos fuera de su alcance.

Acto seguido se volvió y le dio un abrazo a Nick.

No era su intención; simplemente lo había visto justo al lado, y ella estaba tan feliz y él parecía tan abrazable... Nick le había dado unos golpecitos en la espalda antes de separarse, y ella había levantado la mirada esperando encontrarse un gesto de horror en su rostro. Pero nada más lejos de la realidad. Parecía sorprendido y parpadeaba con fuerza, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza en lugar de un abrazo amistoso.

Desde entonces se había estado pasando por la Berg cada pocos días para ponerla al día sobre la investigación. Cuando oía sus firmes golpes en la puerta, un sonido muy distinto al golpeteo discreto de los investigadores habituales, tenía que reprimirse para no ir corriendo a abrirle. Le gustaba tener un amigo.

Después del divorcio la mayoría de las amistades de Sadie y Phillip habían mantenido una relación estrecha con él, que era un animal mucho más social que Sadie; el alma de la fiesta. Debía admitir que había estado bastante sensible después de la separación y que no era precisamente divertido estar con ella, aunque tampoco sintiera

remordimientos al respecto, al menos hasta el nacimiento de Valentina, algo que le había proporcionado una distracción más que bienvenida. Sin embargo, hasta ahora no se había dado cuenta de lo mucho que se había aislado de sus amigos. Tal vez fuera porque Nick y ella tenían un enemigo común en el ladrón de libros, o una desconfianza mutua hacia Claude, pero le gustaba la sensación de camaradería.

Si Claude era en efecto el ladrón, no había mostrado inquietud alguna ante el giro de los acontecimientos. Cuando oía uno de los golpes de Nick en la puerta de la Colección Berg, Claude mascullaba algo sobre que ya llegaba el inspector Clouseau. Sus impertinencias la irritaban, y no solo porque aún no estuviera fuera de sospecha. Los robos se habían detenido después de que le retiraran la llave, algo que, en su opinión, significaba que todo apuntaba a él como culpable. Ese día Nick había acudido mientras Claude estaba en el dentista, así que ella había aprovechado la oportunidad para preguntarle por él sin rodeos.

—¿Y si es el ladrón y jamás llegamos a descubrirlo?

Hablaba en voz baja, puesto que había dos investigadores en la sala y necesitaba vigilarlos de cerca.

—Es posible, al menos mientras nuestro amigo Chuck siga sin hablar. Ha contratado a un abogado carísimo para rebatir los cargos.

—¿No puede ir Chuck a la cárcel por posesión de objetos robados?

—Sí, antes o después, pero su abogado va a intentar posponerlo todo lo posible. En el vasto y maligno mundo de Nueva York, un par de libros robados está en los últimos puestos de la lista de prioridades de la justicia.

—No me parece bien.

No tenía intención de alzar la voz. Los dos investigadores apartaron la mirada de lo que estaban haciendo, y ella les hizo un gesto con la cabeza para tranquilizarlos justo cuando Claude entró en la sala, silbando la música de *La pantera rosa* para sus adentros.

La sala de conciertos del Lincoln Center donde actuaba la Filarmónica de Nueva York no era el recinto favorito de Sadie —el Carnegie Hall era más bonito y tenía mejor acústica—, pero no había nada

comparable al trío de edificios que conformaban el espacio del Lincoln Center. Por sí solos tal vez podrían haber parecido algo inhóspitos, pero juntos, dispuestos en forma de herradura alrededor de una fuente burbujeante, eran casi como una plaza mayor brutalista, que a Sadie le recordaba a las plazas de los pueblos italianos que Phillip y ella visitaron durante su luna de miel.

Se sentó en el borde de la fuente, observando el público que serpenteaba de camino a casa después de una noche de Wagner en la Ópera Metropolitana, o después de haber asistido a la última obra de Wendy Wasserstein. Ella acababa de pasar una noche de ensueño escuchando un concierto de Elgar en el Avery Fisher Hall, y aún no estaba preparada para marcharse.

El toque de una trompeta le llamó la atención, a la que siguió otra que armonizó con la primera. Un conjunto de percusión se les unió y, finalmente, una orquesta al completo irrumpió a un ritmo alegre. Curiosa, siguió el sonido hasta una plaza al sur de la ópera, donde habían montado un escenario al aire libre. Unas cien personas se habían reunido en la pista de baile, haciendo unos pasos que Sadie no reconoció. ¿Sería un foxtrot? No era un tango, hasta ahí llegaba. Contempló atónita la mezcla de música y movimiento, hipnotizada, ignorando por completo la interpretación de la orquesta.

—¿Sadie?

Al volverse vio a Nick detrás de ella con una sonrisa burlona en el rostro. Ella hizo un indeciso gesto con la mano mientras él se la tendía para estrechársela, lo que provocó que apenas le rozara las puntas de los dedos, como si hubiera estado saludando a la reina de Inglaterra. El vínculo que habían establecido gracias a Whitman y los artefactos robados parecía haber desaparecido, sustituido por una relación incómoda.

—¿Estás bailando? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Qué va. Acabo de salir de escuchar la Filarmónica. Pero ¿no te parece increíble?

—Mucho.

—¿Qué has venido a ver tú?

No parecía ser del tipo de hombre al que le gustaba la ópera. Aunque tampoco se habría esperado que disfrutara con la poesía.

—No he venido a ver nada. Vengo a bailar el swing.

Hizo un gesto hacia la pista de baile.

—¿Tú?

No pretendía sonar tan incrédula. Él se encogió de hombros.

—Mi mujer me obligó a ir a clases para nuestra boda, y cuando nos divorciamos me dio por retomarlas.

Tenía una afición, tal como recomendaba el libro *Sobrevivir a la soltería*. La idea hizo que esbozara una sonrisa.

La banda terminó de tocar, lo que provocó un aplauso por parte del público. Una mujer pelirroja, con pintalabios a juego y una minifalda rosa, tomó el micrófono. Todo su cuerpo eran ángulos afilados, desde la nariz hasta las rodillas, como un larguirucho arrecife de coral. Pidió la atención de todos los presentes con una voz rasposa, áspera y dulce al mismo tiempo, como si estuviera alimentada con batido de fresa.

—¡Pasamos a la sala! Principiantes, os damos la bienvenida. La pista es toda vuestra.

Nick, ante el horror de Sadie, le tendió la mano.

—¿Te animas?

Lonnie había heredado la rápida coordinación de su padre —algo que Valentina compartía con ellos—, pero Sadie había esquivado ese rasgo familiar y era igual de flexible que un señor de ochenta años. Prefería pasear por el parque a cualquier otro tipo de deporte. Una vez, a raíz de un propósito de Año Nuevo, se apuntó a un gimnasio del barrio y probó con una clase de *step*. Le resbaló un pie a los cinco minutos y cayó al suelo con un golpe seco. El instructor siguió gritando los movimientos mientras Sadie recogía sus cosas y se escabullía por la puerta, avergonzada y magullada.

—No sé bailar.

—La mitad de la gente que hay aquí tampoco.

—¿Y si nos vamos a tomar algo?

Pero ya era demasiado tarde. Él tiró de ella con delicadeza hasta el centro de la pista de baile. Sadie echó un vistazo a su alrededor, con el corazón en un puño, como si estuviera a punto de saltar de un avión. Todas las mujeres llevaban zapatos de baile con tacón, mientras que Sadie se había puesto unas bailarinas de piel desgastadas, que, con su talla cuarenta de pie, parecían unas aletas negras.

—Es más fácil seguir la música en primera fila —dijo él, y ella fingió que no lo había oído.

La música comenzó a sonar y Sadie vio como la mujer que había sobre el escenario —con la ayuda de un compañero— mostraba los pasos básicos y luego los animaba a probarlos. Aquella parte no eran tan complicada: se movían en cada tiempo menos en el cuarto y el octavo, primero hacia atrás y luego hacia delante. Nick le había cogido una mano mientras apoyaba la otra en el omóplato de ella. No en la cintura, sino algo más arriba, y ella se alegró de que no se hubiera acercado al flotador de carne que tenía justo encima de la cintura. Luego la banda empezó a tocar. Ante su sorpresa no tardó en adaptarse a los movimientos, en parte porque la música lo marcaba con claridad —tiempo, tiempo, tiempo, pausa; tiempo, tiempo, tiempo, pausa— y también porque Nick le indicaba mediante un toque ligerísimo en qué lado debía centrarse. Un apretón con los dedos para ir hacia la derecha y una ligera presión de la mano que tenía en el omóplato para la izquierda.

Sin embargo, cuando pasaron a los giros y los *cross body lead*, Sadie se fue frustrando cada vez más, sin tener del todo claro hacia dónde debía ir, así que se pasó prácticamente el resto de la canción haciendo los pasos básicos, mientras él se movía de un lado a otro de la pista con soltura y delicadeza.

Agradecía estar entre los brazos de otra persona.

Nick le ofreció una sonrisa reconfortante y se rio cuando los dos se pisaron los pies. Estaba cómodo, en su elemento, algo que la ayudó a relajarse y a disfrutar de la música y de la sensación de deslizarse por la pista de baile juntos. Y así continuaron durante tres canciones más, y cuando tocaron las últimas notas ella no pudo evitar pensar cómo sería besarlo. Inclinarse hacia él, tocarle la barbilla y aproximarle el rostro. Se preguntó cómo notaría sus labios, su lengua.

El hecho de que estuvieran a menos de un metro de distancia, sin que sus torsos llegaran a tocarse, hacía que la situación fuera todavía más angustiosa. Era como si una fuerza invisible les separara el cuerpo, y los mantuviera dolorosamente alejados. Hacía tiempo que no sentía algo tan fuerte por ningún hombre. Ni siquiera sabía que podría volver a sentirlo.

Después del baile él le sugirió que fueran a una cafetería cercana a tomar un café y un trozo de tarta. Se sentaron en lados opuestos de un cubículo y ella se alegró de que hubiera una mesa que los separara y así poder recomponerse. Había ido perdiendo el equilibrio a medida

que bailaban; se sentía como esos niveles que se usaban para colgar cuadros, con la burbuja saliéndose de las marcas.

—¿Te gusta la música, entonces?

—Mi padre era músico, de estudio, tocaba el bajo. En casa siempre había música sonando. Me encanta encontrármela vaya adonde vaya.

—En esta ciudad hay muchísimas oportunidades.

—Y donde menos te lo esperas, como hoy.

—Es fantástico que tu padre fuera músico. ¿Sigue vivo?

Sadie cogió aire.

—Mi padre murió cuando yo tenía ocho años. Fue un año duro.

—Lo siento. —Nick se frotó la barbilla con la mano—. Qué me vas a contar a mí de años duros... En cuestión de doce meses Sue y yo nos separamos, la sablearon y nuestro spaniel se murió.

—Cuántas eses.

Él se echó a reír, con lágrimas en los ojos.

—Me encanta.

—¿El qué?

—¿Sabes cómo se llamaba el perro?

—Ay, no.

Ella también empezó a reírse.

—Sebastian.

—¡No!

—Sí. Qué mejor que dejar en manos de una bibliotecaria lo de sacar a relucir la aliteración de las tragedias de mi vida.

Charlaron de todo menos de los robos, sobre los hijos de él y sobre la sobrina de Sadie. Nick le preguntó adónde solía ir a escuchar música, y ella le hizo una lista de sus lugares favoritos, deleitándose con la expresión de su rostro al mencionar el CBGB. Luego la camarera se acercó con la cuenta y los dos sacaron la cartera, antes de que Nick se ofreciera a pagar.

Una gigantesca ola de incerteza arrolló a Sadie. ¿Y ahora qué? ¿Y si había hablado demasiado y había quedado en ridículo? Se quedó paralizada, insegura. Miró por la ventana y clavó la vista en la mesa, evitando en todo momento el rostro de Nick. Había perdido la seguridad de minutos antes, y no tenía claro qué hacer o decir.

En la calle se despidieron con un abrazo, como dos amigos. Tal vez le hubiera dado demasiadas vueltas y no fueran más que colegas.

O tal vez él la seguía considerando sospechosa. Le resultaba todo demasiado agotador.

Por eso, al día siguiente se encontró en las estanterías esperando hasta que no hubiera ayudantes a la vista para releer algunas partes del libro de la soltería y fortalecerse con sus consejos atemporales.

—¿Sadie?

La voz de Nick resonó por el lugar. Ella se guardó el libro en la bolsa de tela y salió de la jaula, antes de cerrar la puerta.

—¿Sí? ¿Qué haces aquí abajo?

—Claude me ha dicho que habías bajado. Te estaba buscando. —Nick pasó el peso del cuerpo de un pie a otro, inquieto—. Oye... ¿Te acabas de guardar un libro en la bolsa?

—¿Cómo?

Las reglas para los trabajadores de las estanterías eran claras. Estaba prohibido depositar libros de las estanterías en contenedores o bolsas. Debían estar en todo momento a plena vista.

—¿Qué llevas en la bolsa?

Sadie cogió aire. La situación era insoportable. Su intención no era llevarse el libro; se había distraído al oír su voz y se lo había guardado para que no lo viera.

Lo sacó y se lo entregó, apartando la mirada. Él leyó el título en voz alta.

—*Sobrevivir a la soltería: las alegrías de vivir por tu cuenta.* Vaya.

Sadie se estremeció al oír las palabras flotando en el aire. Era casi como si hubieran expuesto su ropa interior para que la viera todo el mundo. Y solo porque había sido lo suficientemente estúpida como para pensar que un libro viejo podría arreglarle los problemas de la vida.

—Me lo he metido en la bolsa por accidente. Mira que soy burra. Ahora mismo lo devuelvo a su sitio.

Le arrebató el libro de las manos y se volvió hacia la jaula, toqueteando torpemente la cerradura.

Tal vez la hubiera estado vigilando, siguiendo. Tal vez todo aquello no fuera más que una pantomima para descubrirla con las manos en la masa.

Y ella había caído de cabeza.

Capítulo quince

Ciudad de Nueva York, 1914

Laura levantó la cabeza hacia el sol de finales de marzo mientras atravesaba Bryant Park de camino a casa desde la universidad, observando las prometedoras notas de la primavera entre las ramas desnudas de los árboles. En dos meses habría terminado. El tiempo volaba.

—Laura.

Al volverse vio a Amelia en uno de los bancos con un libro en el regazo. Aquel día había cambiado su uniforme habitual por un cuerpo azul sencillo y una falda de terciopelo marrón que le caía delicadamente sobre las largas piernas. Amelia se puso en pie y la saludó con un beso en la mejilla. El calor de sus labios permaneció en la mejilla de Laura después de que Amelia se apartara con una sonrisa.

Laura había alzado la mirada por instinto hacia la imponente fachada de la biblioteca, como si Jack pudiera estar en una de las ventanas, observándola.

—¿Qué haces aquí?

Juntas anduvieron el paseo que conducía a la Quinta Avenida.

—Hace tiempo que no te veo. Me he sentido bastante desamparada sin mi reportera novata a mi lado.

Laura pensó en pasarse por casa de Amelia varias veces después de la mañana posterior a la manifestación —había estado en el centro varias veces para pulir algunos detalles de su tesis—, pero no había visto el momento. No quería ver a Jessie holgazaneando en el salón, ni oírla dando golpes en la cocina mientras Amelia y ella trataban de hablar. Así que en su lugar había evitado por completo esa zona. Además, tenía mucho trabajo.

—He estado liada con la universidad. Y no, de verdad, ¿qué te trae a la biblioteca?

—Estaba por el barrio y he decidido quedarme un ratito por si te

veía. Y no me equivocaba.

Amelia había ido a buscarla. Laura no sabía cómo responder.

—¿Qué estás leyendo?

Amelia levantó el libro.

—*El despertar*, uno de mis favoritos.

—Ese era el libro que estabas leyendo cuando te vi por primera vez en Vassar.

Laura se ruborizó al haber compartido un detalle tan vívido.

—Yo siempre digo que merece la pena volver a tus obras favoritas. —Amelia hizo una pausa—. En el club han estado todas preguntando por ti. Hace tres semanas que no te ven.

Había llevado la cuenta. A Laura se le revolvió el estómago.

—¿Te has enterado de lo que le ocurrió a Frank Tannenbaum?

Según los diarios, el señor Tannenbaum había sido uno de los ciento noventa hombres arrestados la noche de la protesta.

—Sí, es horrible.

—Esa es una de las razones por las que quería charlar contigo.

Laura tenía la esperanza de que Amelia hubiera ido a buscarla porque la echaba de menos. Obviamente se equivocaba.

—Los invitados al cenáculo de Mabel Dodge están recogiendo fondos para pagar la fianza de los manifestantes, pero hoy nos acabamos de enterar de que la sentencia de Frank es de un año.

—¿Un año? Qué ridiculez.

Giraron a la derecha justo antes de la Quinta Avenida, en dirección a la entrada principal.

—Qué me vas a contar. Estamos pidiéndole ayuda a todo el mundo para que corra la voz sobre esta injusticia, sobre cómo aplastaron la protesta.

Por eso había ido hasta allí.

—No soy una reportera de verdad. Lo que hago son prácticas. El *Mancha de tinto*, ¿te acuerdas?

—Pero no tardarás en serlo, y tal vez puedas hacer algo al respecto.

—¿Como qué?

—No lo sé; hablar con los profesores o algo por el estilo. Quizá tengan colegas en los diarios que estén a favor de la causa.

—Se supone que los periodistas no apoyan causas. Además, estos días apenas tengo tiempo ni para mí, pendo de un hilo.

Laura era consciente de que estaba siendo innecesariamente obstinada. Era una persona terrible, despreciable.

Amelia se paró junto a uno de los leones y la miró con un gesto curioso.

—¿Estás segura de que no ha pasado nada? ¿Entre nosotras? ¿He dicho o hecho algo malo?

—No, claro que no. —Laura no debía comportarse así con su amiga, ni apartarla. Intentó explicarse—. Les haré llegar la información sobre Frank a los demás estudiantes, y se lo mencionaré a mi profesor. Seguro que alguien aprovecha la oportunidad de cubrir la historia.

—Te lo agradezco.

No pudo evitarlo.

—¿Cómo está Jessie?

—Hemos roto.

Laura intentó recomponer sus facciones hasta esbozar un gesto de amiga comprensiva, de las que recibían aquellas noticias como lo que eran, noticias, y no como un tremendo alivio, un regalo.

—¿Qué me dices? ¿Cuándo?

—El día después de la protesta. Ya no quería estar con ella, y llevaba así un tiempo, pero hasta ese momento no lo había aceptado. Se puso triste, pero lo entendió. Era mucho más joven que yo, y ya empezaba a crisparme los nervios.

El beso del que Laura había sido testigo era de despedida, no de pasión. Pero su alegría no tardó en descomponerse. Qué poco le costaba a Amelia descartar a una amante que ya no la satisfacía. Una envidia amarga se arremolinaba en las entrañas, y se odió por ello. Quería ser libre de amar así aunque solo fuese por un día.

—Y ahora a por la siguiente novia, ¿no?

Amelia la escudriñó.

—Puede que sí. Puede que no. Si te soy sincera, creo que esa pregunta es un poco paternalista.

Laura pretendía que fuera un comentario frívolo, pero había acabado diciendo algo grosero y rígido, igual que su padre. «Paternalista»..., qué palabra tan horrible.

Sentía demasiado apego por los sujetos de su tesis, estaba demasiado absorta en las ideas revolucionarias y místicas del Club Heterodoxy, las proclamas de las integrantes por la igualdad. Había

perdido la imparcialidad, algo harto peligroso para una reportera. Y lo que era aún peor: se había enamorado de su fuente. Se imaginaba inclinándose sobre Amelia y besándola allí mismo, en la escalinata de la biblioteca, frente al mundo entero.

Miró a su alrededor, como si acabara de despertar de un trance, horrorizada ante aquel pensamiento.

No, aquello no era amor.

Se había encaprichado. Amelia era todo lo que Laura deseaba ser: atrevida, extrovertida, decidida. Y, de alguna manera, Laura había proyectado sus propios deseos en el ser que los representaba, en la doctora Amelia Potter, la Nueva Mujer de la vida bohemia.

Lo había llevado demasiado lejos, y se arrepentía de haberse involucrado tanto. El mundo de Amelia era radicalmente distinto al suyo, un país exótico con reglas y leyes propias. Laura jamás podría encajar en un mundo así. A pesar de las instancias de su madre porque persiguiera sus pasiones, no se refería a aquello, en absoluto.

—Lo siento, tienes razón, Amelia. Supongo que me preocupo por ti. Sin más.

—Soy la última persona por la que debes preocuparte, cariño. —Se apoyó contra el pedestal del león—. ¿Este cuál es?

—¿Perdona?

—¿Este león es Lenox o Astor?

Amelia levantó la vista hasta la escultura felina.

—Astor. El del sur es Lenox.

—Me encanta que sepas eso.

Amelia esbozó una sonrisa cálida, y Laura no pudo evitar devolvérsela. Las dos estallaron en carcajadas, y el sonido rompió la barrera de la incomodidad. A fin de cuentas, eran buenas amigas.

—¿Te veremos en la reunión del sábado?

No le vendría mal algo más de color para la tesis, que debía entregar al cabo de dos semanas. Ahora que había reflexionado sobre sus complicados sentimientos y había salido airosa, se sentía más equilibrada, manteniendo el control. Amelia era su amiga y nada más, y eso ya le bastaba.

—Por supuesto. Te veo allí. Gracias por venir a la zona alta de la ciudad.

Dentro de la biblioteca, Laura se encontró con Jack en la estrecha escalera que ascendía hasta su apartamento.

—¡Por fin te encuentro!

La arrastró escaleras arriba hasta el descansillo y la alzó en volandas.

—¡Jack! ¿Se puede saber qué pasa?

—Tengo buenas noticias.

—¿Han descubierto al ladrón?

Sus conjeturas eran erróneas, a juzgar por el gesto abatido de Jack. Era como si ya no fuera capaz de interpretar sus emociones, de dar en el clavo.

—No, por desgracia. De hecho, esta semana han desaparecido otros dos libros.

—Qué horror.

Y, de nuevo, ¿por qué no se lo había contado? Era como si le estuviera ocultando información a sabiendas.

—Sí, la verdad. Pero como ya no tengo acceso a la colección, ya no soy sospechoso. Yo quería hablarte de mi libro. Un agente ha accedido a leerlo.

—¿Ya lo has terminado?

—Sí, ya lo he terminado. La paciencia que has tenido conmigo ha sido maravillosa, Laura. No te lo digo lo suficiente, y lo siento. Por raro que parezca, me sentía tan desolado cuando lo acabé que no fui capaz de decírtelo. No he sido un buen padre ni un buen marido; este manuscrito me ha traído de cabeza.

—Es cierto que te he notado distante últimamente. Pero yo también. Los dos hemos tenido un año duro. —Decirlo en voz alta fue todo un alivio. Le rodeó el cuello con los brazos—. Estoy orgullosísima de ti. Has acabado el libro. Es una hazaña increíble. —Se quedaron unos instantes meciéndose mutuamente con suavidad, en un movimiento que rellenó las reservas del amor que Laura sentía por su esposo—. Háblame de ese agente.

—Lo vi en la Sala Principal de Lectura, cuando estábamos inspeccionando los tubos neumáticos. Conoce a mi amigo Billy desde hace tiempo y se acercó a saludar. No tenía claro si era demasiado descarado por mi parte, pero sabía que aquella podía ser mi única oportunidad, mi única conexión, así que se lo vendí, le hablé largo y tendido del libro. Me dijo que le gustaría leérselo, así que mañana se lo llevaré a su despacho en persona.

—Es fantástico.

—Ven conmigo.

La llevó hasta su estudio, donde una gruesa resma de papel descansaba en el centro de la mesa, atada con una cuerda.

—Ahí lo tengo. ¿Te gustaría leerlo antes de que lo entregue?

—Me encantaría. —Echó un vistazo al reloj—. Pero déjame que me ponga con la cena primero, los niños deben de tener hambre.

—Ya me encargo yo. Tú siéntate al lado de la chimenea y léetelo, y ya preparo yo algo para todos.

—¿Tú?

La mera idea hizo que se le escapara una risita.

—Te sorprenderían mis habilidades culinarias. Cuando era un joven soltero y despreocupado se me daba bastante bien cocinar.

Laura obedeció, y media hora más tarde la convocaron a la cocina para cenar unos huevos revueltos sobre unas tostadas.

—¿Se puede saber qué es esto? —exclamó riendo.

—Padre dice que hoy hacemos las cosas al revés —anunció Pearl, entrelazando los dedos con entusiasmo—. Así que cenamos lo que desayunamos.

Harry llevó los platos a la mesa, colocándolos cuidadosamente entre los tenedores y los cuchillos. El último se le cayó y se rompió contra el suelo, y los huevos se esparcieron por las baldosas.

—Lo siento —musitó, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pero si es perfecto —dijo Jack—. Hoy lo hacemos todo al revés, y por eso la cena está en el suelo y no en la mesa.

—¿En serio?

Harry miró a Laura para que se lo confirmara.

—Totalmente —dijo ella.

—Ay, ya sé —intervino Pearl—. Deberíamos cenar sentados en el suelo. No te preocupes, Harry, que ahora te traigo otro plato.

Dejaron el desastre en la cocina y se acomodaron en la alfombra del salón, como si estuvieran de pícnic en Central Park. Pearl les habló largo y tendido de su profesor favorito, hasta que finalmente Laura la interrumpió y le preguntó a Harry por el suyo.

—Tú eres mi profesora favorita —respondió.

Jack se acercó y puso una mano sobre el hombro huesudo del muchacho.

—Bien dicho, cariño. A mí me pasa lo mismo.

Aquella noche Laura se sumergió en el manuscrito de Jack,

sumida en un silencio que solo rompía el quedo murmullo de Jack leyéndoles un cuento a los niños en la otra habitación.

Al día siguiente él la despertó en el sillón en el que se había quedado dormida, con las últimas páginas en el regazo.

—¿Qué te ha parecido?

Laura bostezó y le sonrió. Perder una noche de sueño había merecido la pena.

—Maravillosa. Brillante.

—No dirás eso solo porque estás casada conmigo, ¿no?

—Es uno de los mejores libros que he leído en mucho tiempo. —Y no mentía. Había capturado el viaje interno y externo de un joven llegado a Nueva York a principios de siglo con una agudeza que la había dejado sin aliento—. Es espléndido. No podría estar más orgullosa de ti.

En la reunión del sábado del Club Heterodoxy, Laura fue recibida como un héroe que regresaba —o, más bien, una heroína—, por haber participado en la protesta con Amelia, por formar parte de la revolución. Intentó restarle importancia a su función en la manifestación, puesto que solo había estado allí de observadora, pero aquello cayó en saco roto. Jessie se acercó a Amelia y las dos compartieron una charla amistosa antes del discurso de apertura, pero a Laura no le importó lo más mínimo. Lo que había experimentado a principios de mes era, con toda probabilidad, los últimos retazos de la ansiedad que le había provocado estar tan cerca de la violencia. Necesitaba una compañera con la que compartir la conmoción posterior, y la opción natural había sido Amelia, quien había tomado las riendas de la situación y le había ofrecido seguridad. Solo eran amigas, y no tenía nada de malo; era algo perfectamente normal. Jack y ella habían capeado el temporal de los últimos meses y, ahora que él había terminado el libro, habían salido ilesos.

Pasaron un sombrero para recoger dinero para la defensa de Frank Tannenbaum, y ella puso el dinero que había reservado para la comida. Pronto tendría unos ingresos regulares propios. No veía el momento de que llegara ese día.

Tenía casi finalizada la tesis, pero llevaba días dándole vueltas a cómo rematarla. La inspiración, de nuevo, llegó de la mano de la

oradora del día, una mujer llamada Inez Haynes Gillmore, quien leyó una serie de artículos que había publicado en *Harper's Bazaar*, titulados «Confesiones de una extraña».

—Tengo la sensación —empezó a decir Inez— de que floto en un vacío entre dos esferas, la del hombre y la de la mujer. Los deberes y placeres de la mujer común me aburren e irritan. Los deberes y placeres del hombre común me interesan y atraen. No tardé en comprender que compartía aquella sensación con la mayoría de mis congéneres. He conocido a muy pocas mujeres que, en un momento u otro, no hayan deseado ser un hombre.

En ese momento las integrantes del público prorrumpieron en aplausos. Por primera vez Laura se preguntó si no sería más feliz como periodista que fuera más allá del mero reportaje y ofreciera opiniones reales, como Inez. Las palabras de Inez conectaron con todas y cada una de las mujeres presentes, mucho más que si simplemente se hubiera limitado a citar el aumento de mujeres que trabajaban fuera de casa y presentara los hechos al público con la esperanza de que comprendiera sus implicaciones.

¿Y si escribiera específicamente para hacer avanzar una causa, para remover conciencias?

No estaba preparada para eso, todavía no. Por el momento debía ceñirse a los hechos si pretendía graduarse. De lo contrario, al profesor Wakeman le daría un ataque. Menos mal que cuando le había mostrado el primer borrador de la tesis él le había dicho que era emocionante.

—Pero está demasiado desordenada —había añadido—. Arréglela y haga que las secciones fluyan mejor. Debe trabajar en las transiciones. Sin embargo, creo que de aquí puede salir un libro.

¡Un libro! Estuvo a punto de desmayarse. Claro que no podía ser un libro; el club tenía sus normas. Pero tal vez después de que Amelia viera la tesis finalizada se quedaría igual de impresionada que el profesor Wakeman y convencería a las demás de que dieran su consentimiento. Y pensar que tanto Jack como ella podrían llegar a publicar libros propios... De hecho, cuando los dos se hubieran ubicado en sus nuevas carreras profesionales, él podría dejar el trabajo en la biblioteca y quizá encontraran un piso bonito en el Village. El profesor Wakeman le había devuelto las páginas.

—Es mejor que los trabajos que he visto hasta ahora, eso seguro.

Arréglelo y entréguelo. Lo quiero perfecto.

Sabía que su idea de la perfección era muy superior a la de los demás tutores. Ni un solo error de ortografía, ni una sola preposición fuera de sitio. Tan importante era que la historia fuera sólida como que la presentación fuera impecable.

El domingo por la noche se retiró al escritorio que Jack tenía en el estudio a terminar las conclusiones de la tesis. Ahora que él había acabado su libro, ella ya no sentía que lo estuviera avasallando tanto al colocar sus numerosas listas de tareas en un pulcro montón en una esquina (él siempre le había dicho que la mejor forma de enfrentarse a un desafío era metódicamente), antes de repartir sus notas por el protector de cuero. Él entró y le dio un beso en la cabeza.

—¿Cómo lo llevas?

—Empiezo a valorar de otra forma lo que has estado soportando estos últimos años. ¿Cómo lo hago para resumir todo lo que he aprendido en una última sección que sea potente sin pecar de repetitiva?

—Recuerda lo que te movió a escribir sobre el tema en primer lugar, dónde surgió esa primera chispa. Sé que puedes hacerlo, no lo dudes.

Cuando se marchó, ella se quedó inmóvil, mirando por la ventana.

Quería mostrar lo que pensaba las mujeres o, concretamente, lo que pensaba la Nueva Mujer. Las mujeres que más respetaba eran aquellas que luchaban por sus pasiones y no temían decir la verdad en voz alta, como Amelia. Y como su madre, aunque la suya fuera una pasión más bien muda, al ser de una generación anterior. Si su madre hubiera nacido más tarde, Laura no dudaba de que se habría estado manifestando por las calles en lugar de depender de su marido para todo, por insignificante que fuera.

Laura cogió la pluma y comenzó a garabatear entre las palabras escritas a máquina de las páginas finales de su último borrador, corrigiendo cada párrafo de uno en uno. Decidió terminarlo por todo lo alto. Adoptaría una postura, tomaría partido, y demostraría lo mucho que le importaba aquella historia, en lugar de ocultarse tras hechos crudos y citas. Era un riesgo, lo sabía, pero ¿acaso no había sido eso lo que Amelia había hecho cuando había optado por realizar inspecciones sanitarias después de que el resto de los doctores

hubieran falsificado los informes? ¿Cuando Frank Tannenbaum había dirigido a cientos de personas en una protesta? En comparación, su acto de rebelión era menor. El profesor Wakeman consideraba que tal vez pudiera escribir un libro; ¿por qué no demostrarle hasta dónde podía llegar con las palabras?

Menos mal que había vuelto al club para recibir la última dosis de inspiración antes del empujón final. Cuando acabó de corregirlo puso una hoja de papel nueva en la máquina y reescribió las últimas páginas, incorporando nuevas secciones. Tras una minuciosa revisión colocó las nuevas páginas al final del montón y se recostó en la silla con una sonrisa en los labios. Había acabado la tesis.

Tres semanas más tarde se sentó junto a Gretchen fuera del despacho del profesor Wakeman, en la séptima planta de la Escuela de Periodismo, esperando turno para recibir la evaluación. Tras aquel escollo vendrían los exámenes finales y luego la graduación, que iba a celebrarse en el jardín delantero de la biblioteca de la universidad. Se imaginó el rostro de su padre entre la multitud, orgulloso al fin, y a su madre llorando y agitando los brazos como una paloma.

—El año pasado solo se graduó un tercio de la clase —comentó Gretchen—. En nuestro caso seríamos nueve.

—Ya lo sé. Pero las dos hemos entregado un buen trabajo.

A medida que progresaba el semestre, Laura y Gretchen se habían ido apoyando la una en la otra, pensando en formas de esquivar el sexismo de los profesores y comparando artículos, y habían forjado una respetuosa camaradería. Lejos quedaba aquella primera y tensa semana.

—¿Señorita Reynolds?

Gretchen le dirigió una sonrisa fugaz a Laura y entró en el despacho.

Laura pensó en el montón de papel de su tesis, que ahora descansaba sobre la mesa del profesor Wakeman. Lo había creado a partir de la nada, e incluso aunque no le gustase y le pusiera una nota baja, ella sabía en lo más profundo de su corazón que era una obra periodística y literaria valiosa. La escuela le había enseñado bien, y le había proporcionado una confianza que la ayudaría en los años venideros.

Unos quince minutos más tarde, Gretchen salió del despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ha ido bien? —preguntó Laura aliviada.

—Sí. Me ha dicho que mi perfil de la mujer del alcalde le ha parecido «dilucidador». ¡Estoy que no quepo en mí!

—Enhorabuena.

Laura tuvo que esperar un buen rato a que el profesor Wakeman pronunciara su nombre.

—Señora Lyons. Puede entrar.

Capítulo dieciséis

Ciudad de Nueva York, 1914

La ventana del despacho del profesor Wakeman ofrecía unas vistas preciosas sobre una zona ovalada de hierba donde varios de los compañeros de Laura disfrutaban del sol de abril. Laura echó un vistazo antes de tomar asiento en la maltrecha silla de madera que había junto al escritorio, y esperó a que comenzara. No estaba tan nerviosa como en la primera reunión, cuando inicialmente se había burlado de la idea de presentar un perfil de un club femenino para la tesis.

El profesor ojeó un par de páginas antes de mirarla por encima de los anteojos.

—Ha seguido mis consejos y ha arreglado la parte central, me parece correcta. Me gusta lo que ha hecho aquí, y los puntos de vista de las mujeres son mucho más sólidos de lo que esperaba. Les ha dado vida.

—Gracias, profesor.

—Huelga decir que no estoy de acuerdo con todas sus ideas. Pero ha presentado los temas con claridad y reflexión. La redacción fluye.

—Me alegro mucho de que piense eso.

—También admiro cómo ha incluido una sección en la que ofrece al lector una cierta perspectiva histórica sobre el club.

—Pensé que podía ser de ayuda. Como verá, lo que piensan y dicen estas mujeres difiere mucho de las ideas de sus madres o abuelas.

Con el interés creciente por la vida y los derechos del hombre común, del trabajador, se había vivido un auge por los derechos de las mujeres como clase oprimida.

Reorganizó los papeles hasta que los bordes estuvieron perfectamente igualados.

—Por desgracia, señora Lyons, tiene un suspenso.

Debía de haberlo oído mal.

—¿Disculpe?

—Como les he ido diciendo desde el primer día de clase, el grado de periodismo no se puede tomar a la ligera. Igual que a los estudiantes de derecho se les exige que alcancen el nivel esperado, pedimos que los graduados de la Escuela de Periodismo alcancen un nivel similar. Y, por desgracia, no ha sido su caso.

Durante un instante se preguntó si no la habría confundido con otra estudiante, o traspapelado su tesis con la de otra persona. Pero no, las páginas que tenía frente a él eran las que ella misma había mecanografiado en el despacho de Jack.

—Perdone, pero ¿cómo es posible? Todo lo que me ha dicho ha sido positivo, y he introducido los cambios que me pidió.

—Su conclusión me recuerda a un editorial de uno de los falsos diarios de Hearst. Es estridente y, aunque solo sean palabras sobre un papel, me daña los oídos. Eso no es lo que enseñamos en esta institución. No está aquí para decirme lo que opina. ¿No lo hemos explicado lo suficiente en todas las clases?

A medida que hablaba le iban apareciendo manchas rosadas en las mejillas.

Laura pensó en Amelia y en el rechazo que había recibido por defenderse a sí misma y defender su trabajo. Se estaba enfrentando a lo mismo, y no estaba dispuesta a tirar la toalla.

—Querrá decir que ofende sus sensibilidades, ¿verdad? No le gusta lo que ha leído y no coincide con sus valores morales, así que ha decidido suspenderme, ¿no? No es justo.

Si Laura suspendía la tesis, no podría graduarse. No sería uno de los estudiantes que posarían en el precioso jardín; sin grado, no habría trabajo. El objetivo principal de haber asistido a la universidad era ser capaz de encontrar un buen trabajo de inmediato, no pasarse cinco años sirviéndoles té a los mandamases con la esperanza de dar con una exclusiva que los impresionara. Se recostó en la silla y entrecruzó las manos sobre el regazo, un gesto femenino que pareció apaciguarlo ligeramente.

—Profesor Wakeman, ha visto que puedo informar, escribir y corregir igual que cualquier hombre. Sabe de lo que soy capaz. ¿Se me está castigando solo por haber mostrado sentimientos al final de la tesis?

El profesor Wakeman se tiró del cuello de la camisa.

—Créame, me duele hacer esto. Ha sido una estudiante muy prometedora hasta ahora. Y sé que esto la afecta, pero la escuela debe respetar sus altos estándares.

Soltó una sonora carcajada, sin importarle lo maleducada que fuera. No debería haber corrido el riesgo. Sabía lo bajo que era el porcentaje de aprobados, pero había supuesto que ella no estaría entre los suspendidos. Era imposible. Tanto dinero perdido. Malgastado. Pensó en la alianza de su madre; en el doctor Anderson en la biblioteca, que se había desvivido para asegurarle una beca. Los había decepcionado a todos, incluidos a Harry y Pearl. Pearl, de quien esperaba que pudiera ver que las mujeres merecían carreras profesionales satisfactorias, igual que los hombres. Jack, que había sido tremendamente generoso y comprensivo, hasta tal punto que casi la avergonzaba.

Volvió a intentarlo, inclinándose un poco en la silla.

—Ha dicho que mi trabajo ha sido bueno y coherente. He estado en las trincheras con los mejores hombres. Por favor.

Él recogió la tesis y la colocó frente a ella.

—Lo siento, pero no.

—Déjeme preguntarle una cosa: ¿a cuántas mujeres ha suspendido?

—Eso no tiene nada que ver con su caso.

—Dígamelo. Si no, dispongo de las habilidades de investigación necesarias para descubrirlo por mi cuenta. Sé que Gretchen ha aprobado. ¿Cuántas más han suspendido?

El profesor Wakeman se tensó.

—Todas han suspendido, salvo Gretchen. Me ha presentado un perfil magnífico sobre la mujer del alcalde. No tenía razón para suspenderla, ni una sola. No había motivaciones secretas. Era un trabajo basado en hechos, directo y bien escrito. Delicioso. Y le diré más: el año pasado ninguna de las mujeres que tutoricé en sus tesis aprobaron. Así que ya lo ve, ha habido un aumento, señora Lyons.

No se preocupó en ocultar su incredulidad.

—¿A los hombres se les ha permitido expresar sus opiniones en sus escritos?

Él hizo una pausa.

—En su caso es distinto, porque sus temas son más complejos.

Política, guerras, economía.

—Es decir, que se les ha permitido dar su opinión, ¿no? —Esperó —. Tenga en cuenta que las tesis se guardan en la biblioteca, así que puedo comprobarlo por mí misma.

Él agachó la mirada hasta el montón de papeles que había frente a ella.

—Algunos sí. Pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

El profesor balbució, pero no dijo nada.

—En ese caso, le pido que cambie mi nota.

—Entiendo lo que dice, créame. —Negó con la cabeza—. Pero ya es demasiado tarde para cambiar la nota. Se la he comunicado a los de registros.

—Pues el primer artículo que escriba fuera de esta escuela tratará sobre la desenfrenada discriminación por sexo en la Escuela de Periodismo de Columbia.

Cogió violentamente la tesis de la mesa.

—¿Desenfrenada? No hay ninguna necesidad de sacar esto de madre, señora Lyons, ninguna. —Tocó el lugar de la mesa donde había estado la tesis, con las puntas de los dedos abiertas como patas de araña—. Lo siento, no puedo modificarla. Pero agradezco que haya sacado esto a colación. Le aseguro que lo tendré en cuenta para el año que viene. ¿Le sirve?

En ese momento Laura se apresuró a marcharse y cerró de un portazo.

Sin clases a las que asistir, y sin ningún objetivo que cumplir, Laura volvía a estar en la casilla de salida. Leerles a los niños por la noche, preparar las comidas, planchar y remendar la ropa. Apenas pudo evitar echarse a llorar cuando Jack le abrió la puerta de su despacho.

—Cariño, me alegro un montón de verte.

Cerró la puerta después de que ella entrara y le señaló la silla. Laura había tenido la esperanza de recibir un abrazo, pero parecía no ser consciente de su disgusto.

—Tengo muy buenas noticias. —Se sentó al otro lado del escritorio y al fin la miró a los ojos—. ¿Qué ha pasado? ¿Les ha pasado algo malo a los niños?

Hizo ademán de levantarse, pero ella le hizo un gesto para que se sentara.

—No, están bien. Soy yo. He suspendido la tesis. El profesor Wakeman me ha suspendido.

—¿Cómo? Pero si yo me la leí y era fantástica.

—Tiene fama de ser muy estricto; el año pasado suspendió a uno de los mejores estudiantes por una simple falta de ortografía. Supongo que esto es la escuela de la vida, ¿no? Le gustó todo menos el final.

—A mí me encantó cómo lo resumiste. Está como una regadera.

—Lo modifiqué antes de entregarla. Añadí opiniones, reflexiones. No le pareció bien.

Jack frunció el ceño.

—¿Y por qué hiciste eso?

Laura sintió el impulso de gritar.

—Porque las tenía —balbució—. Porque creía que importaban.

—Por supuesto, tiene todo el sentido del mundo.

Se levantó y se acercó a ella, antes de agacharse para darle un abrazo, como si eso pudiera eliminar su ridícula pregunta. Ella aceptó el abrazo, pero fue la primera en separarse.

—¿Cuáles eran las buenas noticias? Ahora mismo nos irían de perlas.

—Al agente le ha encantado mi manuscrito. —Metió la mano en un cajón, lo sacó y lo colocó sobre la mesa—. Tengo que hacer algunos cambios, claro. Pero estoy de acuerdo con todos, y van a mejorarlo aún más.

—Es fantástico. Estoy muy orgullosa de ti. ¿Y ahora qué?

—Corrijo el libro y se lo vuelvo a entregar. Me ha dado un par de meses. Iré justo, pero creo que puedo apañármelas. Después lo enviará a las editoriales. Me ha comentado que ya se lo ha mencionado a varias y que todas están entusiasmadas por verlo. Me ha dicho que se avecina una «guerra de pujas». «Van a entrar en una guerra de pujas por tu libro.»

Era como un niño en Nochebuena, radiante e inquieto, y su entusiasmo era contagioso. Laura extendió el brazo por encima de la mesa y le cogió la mano.

—Enhorabuena, querido. Vas a ser una sensación literaria, no me cabe la menor duda.

—No habría podido hacerlo sin ti, mi amor. No te preocupes, que

ya te buscaremos algo interesante que hacer que no sea la Escuela de Periodismo.

El nubarrón volvió a cernirse sobre ella.

—¿Como qué? Vendí la alianza de mi madre, y no ha servido de nada. ¿Qué he hecho?

—No sufras, el adelanto del libro nos ayudará a devolvérselo. Se podrá comprar una nueva. —Chasqueó los dedos—. Oye, tengo una idea. ¿Y si te encargas de mecanografiar las correcciones por mí?

El alma se le cayó a los pies.

—No, gracias. No quiero ser tu asistenta ni tu secretaria. Quiero escribir por mi cuenta, hacer algo propio.

—No te enfades, era solo una idea.

Que hubiera sido capaz de verbalizar aquella idea la inquietaba hasta decir basta. No parecía entender, después de tanto tiempo, que ella quería una pasión como la suya. Jamás se habría imaginado pidiéndole, si el agente lo hubiera rechazado, si le gustaría mecanografiar su tesis a cambio. Como si eso pudiera hacerlo sentir útil. Ni se le habría pasado por la cabeza.

Laura se excusó y subió al apartamento, donde su madre y Pearl estaban sentadas a la mesa de la cocina, cosiendo ropa para la muñeca de su hija.

—¿Qué haces en casa tan pronto? —le preguntó su madre.

—He suspendido. Se acabó. ¿Y Harry?

—¿Cómo? —Su madre se puso en pie y extendió los brazos, pero Laura hizo un gesto de rechazo; no quería echarse a llorar delante de Pearl—. Harry está con unos amigos. Hoy tenías la evaluación de la tesis, ¿verdad?

—Sí. El profesor me ha suspendido por un motivo absurdo. Hemos discutido y, sinceramente, tengo razón. Pero da igual, ya era demasiado tarde para que cambiara nada. —Se sentó a la mesa, junto a Pearl—. Lo siento, madre, pero ya encontraremos una forma de compensarla. Jack tiene buenas noticias sobre el libro, y en un par de meses las cosas nos irán mejor.

—A él. ¿Qué pasará contigo?

—¿Por qué te han suspendido? —le preguntó Pearl. Estaba muy quieta. Su preocupación hizo que Laura se olvidara al fin de sus problemas. Rodeó a su hija con un brazo y la atrajo hacia sí, apoyando la frente sobre la de Pearl.

—Corrí un riesgo y no ha salido como esperaba. Fue un error estúpido.

—¡Qué tontería! —exclamó su madre—. Correr riesgos no tiene nada de malo. Yo lo recomiendo encarecidamente, siempre que sea posible. Pearl, tu madre es una mujer fuerte y saldrá adelante. La vida se basa en correr riesgos.

Pearl miró a su abuela y, acto seguido, a su madre.

—Pero es que la veo triste.

—Puede que ahora mismo sí —respondió Laura—. Pero te prometo que se arreglará. Todos saldremos adelante. La abuela tiene razón.

El optimismo que la madre de Laura sentía por su futuro la mantuvo a flote toda la noche, pero por la mañana Laura se vio contemplando afligida la pila de la cocina. Lanzó el trapo, se quitó el delantal y se marchó al Village, a Patchin Place.

A lo largo de los últimos meses, siempre que Laura había comentado la tesis con Amelia, le había ofrecido un resumen diluido, sin hacer ninguna referencia específica al Club Heterodoxy. Tampoco se molestó por explicárselo con más detalle ese día, puesto que ya no importaba. Amelia escuchó en silencio a Laura mientras esta le narraba lo que le había hecho el profesor Wakeman.

—El profesor sabía que se había equivocado —repitió Laura con los puños cerrados por la rabia—. Es que lo sabía.

—Deberías cumplir con tu amenaza: comparar el número de mujeres que han suspendido con el de los hombres.

—La muestra sería muy pequeña, y probablemente no probaría nada. Supongo que la buena noticia es que a partir de ahora el profesor Wakeman mirará a las estudiantes de otra manera, y se lo pensará dos veces antes de menospreciarlas y suspenderlas por algo que permite, e incluso celebra, en los hombres.

—Lo siento muchísimo.

Amelia se acercó y le dio un abrazo, apretándola con fuerza, antes de levantarse a echar otro tronco al fuego y reunirse con ella en el sofá. Sentadas la una al lado de la otra, contemplaron la leña ardiendo, en silencio durante un minuto, mientras a Laura la cabeza le iba a mil. ¿Cómo le cambiaría la vida cuando se publicara el libro de Jack? ¿Se marcharían de la biblioteca? ¿Accedería a mudarse al centro? Todas las posibilidades la incomodaban, y en todas anteponía

los deseos de su marido a los suyos. Si se hubiera graduado tal vez podría haber encontrado trabajo y gozar de un cierto poder económico. El derecho a tener opinión. Sin un salario ni ingresos propios, los deseos de Jack eran más importantes, por mucho que él insistiera en lo contrario. No era justo.

Le dolía la cabeza.

—Tengo la sensación de que cada año que pasa mi cerebro es como una esponja que absorbe las experiencias dolorosas como si fueran agua, y que cuando llegue a los cincuenta no seré capaz de levantar la cabeza.

Amelia se rio y se volvió hacia ella.

—¿Se puede saber de qué narices hablas? Estás como una cabra.

—Sí, es probable.

—Pero te entiendo perfectamente.

—Ya, ya lo sé.

Se miraron; los ojos marrones de Amelia eran dulces y cálidos. Laura se alegraba de haber ido.

—¿Y ahora qué, señora Lyons? —preguntó Amelia.

—Jack quiere que sea su mecanógrafa.

—Ay, madre mía, no.

—No te preocupes, yo le dije más o menos lo mismo. Pero tampoco sé qué más puedo hacer.

—No necesitas un grado de periodismo para ser periodista.

—Va a ser mucho más difícil comenzar de cero. No tengo experiencia, no he publicado nada y no tengo nada que ofrecer.

—Nos tienes a nosotras. Al club. Conocemos a muchísima gente en periódicos y revistas.

—Ya, supongo que sí.

No había caído en la cuenta de hasta qué punto se había ensanchado su círculo social. Tal vez Amelia tuviera razón.

—Maldita sea, escribe un libro sobre el movimiento de las mujeres. Yo lo compraría.

Amelia veía el mundo como si estuviera lleno de posibilidades, y no de puertas cerradas. Laura escudriñó las facciones de su amiga a la luz de la lumbre. Cómo se le movía la boca, la curvatura de la barbilla. Lo que Laura más quería en el mundo era estar sentada frente a Amelia todo el día, escucharla mientras hablaba y contemplar sus rasgos, asimilar su misma presencia. La última vez que se había

sentido así fue cuando nacieron sus hijos, una descarga de amor y devoción imparables.

—Ahora formas parte de la familia —añadió Amelia—. Cuenta con nosotras.

—Gracias.

Amelia cerró los ojos y volvió a recostarse sonriendo.

La tentación era demasiado fuerte. Era como si una ola invisible impeliera a Laura poco a poco hacia delante, acercándola a Amelia cada vez más.

Hasta que sus labios se tocaron.

Ella se retiró de inmediato, demasiado conmocionada por la suavidad de su boca, pero Amelia se quedó muy quieta, y puso una mano sobre el brazo de Laura, antes de ejercer una ligera presión que no dejaba lugar a duda sobre su propio deseo.

Laura volvió a besarla, y esta vez los labios de Amelia se separaron, y encontró lengua y aliento. Un ardiente fuego atravesó el cuerpo de Laura, desde el estómago hasta la entrepierna. La mano que tenía en la cintura de Amelia fue ascendiendo hasta sus pechos turgentes. Había soñado con tocarla así la última vez que Jack y ella habían hecho el amor. Mientras sus manos acariciaban el cuerpo de él, su mente se había imaginado otra silueta, la de una mujer.

La de Amelia.

El amor que Laura sentía por Amelia, su amistad, la forma en que sus cuerpos se movían, desafiaba cualquier tipo de categorización. A lo largo de las últimas semanas, durante los momentos que encontraban para estar a solas, era como si un imán las atrajera, y sus faldas y enaguas no tardaban en mezclarse con las sábanas y las almohadas, con dos pares de medias amontonados a los pies de la cama.

Hablaban rápido y sin tapujos con la otra, interrumpiéndose y corrigiéndose, volviendo a analizar sus posturas y opiniones. Laura jamás había visto nada parecido entre su madre y su padre —los deseos de su padre siempre prevalecían sobre los de su madre—, y, en el fondo, tampoco entre Jack y ella. Jack era un marido tradicional en muchos sentidos, y siempre era él quien acababa tomando las decisiones por la familia. Hasta ahora no había sido consciente de lo mucho que cedía a sus deseos, aunque provinieran de una actitud

benevolente. No la trataba como a una igual, por mucho que ella lo pretendiera.

Pero aquello no excusaba lo que estaba haciendo. Cada vez que doblaba la esquina de Patchin Place la culpa de Laura se convertía en un pánico enfermizo. Pero luego Amelia la rodeaba con los brazos, y su inevitable danza apasionada se desenvolvía con la misma naturalidad que una lluvia de verano.

Amelia se tumbó en la cama y pasó un dedo por el interior del brazo de Laura, recitando posibles entrevistas para el libro de Laura.

—Marie Jenney Howe, claro. Seguro que podemos conseguir a Emma Goldman si nos presentamos en condiciones.

—Sigo sin tenerlo claro. He escrito artículos, pero ¿un libro entero?

—Tienes que dejar de dudar de ti —le dijo Amelia, cogiéndole la mano y besándole con delicadeza las yemas de los dedos—. Te irá bien escribir un libro —añadió—. Salir al mundo real.

—Ya estoy en el mundo real.

—Es mucho más grande que Nueva York, cielo.

Hubo algo en el tono de Amelia que captó la atención de Laura.

—¿A qué te refieres?

—Deberías venirte conmigo.

—¿Adónde?

—A Londres.

Amelia torció los labios.

—¿Londres?

—Me han pedido que me mude allí en otoño, cuando complete el estudio aquí. Quieren intentar recrear las condiciones y los programas de aquí en el East End, donde están enfrentándose a problemas similares de mortalidad infantil.

—Es una noticia fantástica. Menuda oportunidad. Me alegro muchísimo por ti.

—No, no me engañes.

Amelia la conocía a la perfección. No tenía por qué explicarse, pero lo intentó de todas formas.

—Me alegro de que te hayan ofrecido una oportunidad así, de viajar, de que se te reconozca por tus logros. Pero te voy a echar de menos.

—¿Por qué no te vienes conmigo?

Laura soltó una carcajada.

—Porque tengo marido e hijos. ¿O pretendes que me los lleve también?

—No quiero estar sin ti.

Aquello era una locura.

—¿Y cómo le explico exactamente a Jack que debemos seguirte hasta el otro lado del charco? Sospecharía que hay algo entre nosotras.

—Es que hay algo entre nosotras. Te quiero, Laura.

Las palabras que tanto había anhelado oír sonaron ahora como un mazazo.

—Sabes que no puedo.

—Piénsalo al menos, por favor.

No debería estar haciendo nada de eso. Debería regresar con su familia y ejercer la función de esposa fiel y madre.

Se puso en pie y miró por la ventana, como si estuviera buscando una respuesta, pero el cielo despejado la abrumó. En el Village estaba expuesta. O tal vez allí pudiera ser verdaderamente ella misma. La aterraban las dos posibilidades.

La bocina de un coche le hizo dar un respingo. Amelia se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos.

—No tienes por qué decidirlo ahora mismo.

Lo que Laura quería más que nada en el mundo era perderse en el olor de Amelia, en ese aroma con notas a canela y a mar, y no pensar en lo que les deparaba el futuro.

Juntas retrocedieron hasta la calidez de la cama y de los brazos de la otra.

Capítulo diecisiete

Ciudad de Nueva York, 1993

—Espera.

Sadie le dio la espalda a la puerta de la jaula, donde había estado peleándose con la cerradura. Nick seguía donde lo había dejado, con los brazos en jarras.

—Dime.

—¿De qué trata ese libro?

Ella bajó la mirada hasta la portada maltrecha de *Sobrevivir a la soltería*, preguntándose en qué narices estaría pensando al encontrar consuelo en aquella vetusta obra. El mundo había cambiado, y allí estaba, poniendo un pie en el pasado en lugar de mirar hacia el futuro. Aprendiéndose las costumbres sobre propinas adecuadas para una persona que viajara sola a finales del siglo XIX, y cómo aprovechar al máximo el presupuesto de sesenta dólares al mes. En definitiva, unos conocimientos inútiles. Su madre siempre había tenido razón.

Se lo entregó, estremeciéndose por dentro. Qué patética debía de parecerle. No había explicación posible de por qué se había metido el libro en la bolsa, más allá del hecho de que fuera una persona con carencias, una mujer ridícula que no sabía reaccionar a la presencia de un hombre.

O la ladrona de libros.

—¿Y da algún consejo que merezca la pena?

Tenía una sutilísima sonrisa dibujada en el rostro, pero no como si le estuviera tomando el pelo, sino como si sintiera curiosidad.

—La autora, Abigail Duckworth, dice que hay que encontrar un interés que nos apasione.

—Me gusta bailar. Hecho. ¿Qué más?

Sadie mordió el anzuelo.

—Que todas las damas deberían tener a mano los ingredientes de un manhattan.

—Whisky, bíter y vermú. Hecho.

No la llamaban «Sadie la Imperturbable» por nada.

—La señora Duckworth recomienda tener al menos cuatro mañanitas, incluida una de seda guateada y otra de terciopelo.

No vaciló ni un instante.

—Hecho y hecho.

La absurda imagen de Nick recostado en la cama con una mañanita guateada la hizo reír. Volvió a mirar el desgastado volumen.

—Le tengo cariño a este libro. Es un pedazo de historia muy peculiar, publicado en 1896, parte de la donación original de los hermanos Berg. No es ni mucho menos el más valioso, pero aun así... —Hizo una pausa, resollando, como si hubiera corrido una maratón—. Tengo que irme.

Él puso una cara larga.

—De hecho, venía a buscarte. Claude me ha dicho que habías bajado a las estanterías.

—¿Qué pasa?

—Ha desaparecido otra cosa.

Dios, no.

—¿De la Berg? ¿Otro libro?

—No exactamente. La página de un libro.

—¿De cuál?

—Del *First Folio* de Shakespeare.

En la Berg, Claude y uno de los investigadores habituales, un tipo con aspecto de conejo que se llamaba señor Blount, estaban mirando fijamente un volumen grande que descansaba sobre una de las mesas.

El señor Blount, que llevaba seis meses estudiándolo como parte de un proyecto para la Universidad de Harvard, levantó la mirada con unos ojos como platos cuando Sadie y Nick se aproximaron.

—La página del título. Ha desaparecido.

La recordaba con toda claridad. Un retrato de Shakespeare, con la frente alta y ojos sin pestañas, sobre el que aparecían las palabras *Comedias, historias y tragedias del señor William Shakespeare.* De 1623. Antiquísimo.

Habían cortado la página limpiamente, y dejado en su lugar solo una estrecha columna.

—¿Cuándo fue la última vez que lo solicitó, señor Blount? —preguntó ella a punto de perder la voz.

—¿Antes de esta misma mañana? Hace dos días. Usted misma me lo subió.

Aquello era más que un acto de vandalismo. Era la guerra.

Nick habló a continuación.

—Cuéntame algo más al respecto.

—Los *First Folio* —empezó el señor Blount— los publicaron amigos de Shakespeare siete años después de su muerte en 1616. Son lo más cercano que los investigadores tenemos de sus obras originales, puesto que no nos sobreviven copias manuscritas. Existen doscientas treinta y tres.

Sadie se dirigió a Claude.

—¿Cómo es posible que haya pasado algo así?

—Hemos estado en esta sala en todo momento, o tú o yo —respondió Claude con una nota agresiva—. No he visto a nadie sacando un cuchillo o una navaja. ¿Tú?

Se estaban acusando mutuamente, y Sadie estaba más que dispuesta a aceptar el desafío.

—No, por supuesto que no.

Nick intervino.

—En este caso no se han llevado el libro entero, sino solo una página. ¿Cuál podría ser su interés?

—No lo tengo claro —contestó Sadie—. No es un mapa raro, que podría revenderse después de cortarlo de un atlas. Esto es una destrucción, simple y llanamente, como si el ladrón quisiera enviarnos un mensaje. Es como si alguien estuviera tratando de sabotear la exposición. El *Folio* iba a formar parte de ella. Abierto por esta página en concreto.

Nick sopesó la respuesta antes de volverse hacia el visitante.

—Señor Blount, soy asesor de seguridad, trabajo para la biblioteca. ¿Le importaría vaciarse los bolsillos y abrir el maletín?

—Por supuesto que no.

El señor Blount abrió el maletín y se apartó para que Nick pudiera revisarlo, objeto a objeto, hojeando varios blocs de notas llenos de texto. Lo que más deseaba Sadie era que la página que faltaba saliera volando, poder recuperarla. El señor Blount también entregó su abrigo y le vaciaron los bolsillos. Nada.

—Gracias por su ayuda, señor Blount. Por favor, que esto no salga de aquí. Me pondré en contacto con usted si me surgen más dudas.

Después de que el señor Blount recogiera sus cosas y se marchara, Sadie cerró la puerta de la sala con llave, antes de mirar a Nick a los ojos e inclinar la cabeza.

—¿Qué pasa con Claude?

—¿Qué pasa conmigo? —contestó Claude con el cuello rojo de indignación—. ¿Y qué pasa contigo?

—Voy a tener que registrar vuestros escritorios —dijo Nick.

Dirigiéndose al despacho trasero, empezó con el escritorio de Sadie y, como era obvio, no encontró nada fuera de lugar. Luego pasó al de Claude, mientras este y Sadie observaban por encima de sus hombros. Cuando extrajo el estrecho cajón de la parte superior, en el que guardaba lápices y bolígrafos, Sadie dejó escapar un grito.

—¡Mira!

Nick removió los restos de gomas y lápices gastados.

—¿Qué?

Ella sacó una pequeña funda de plástico.

—¡Esto!

—Estás mal de la cabeza —dijo Claude, mirando a Nick para asegurarse de que estaba de acuerdo con él—. Es hilo dental.

—El hilo dental es una herramienta tradicional para el robo de páginas sueltas —le explico Sadie a Nick—. Lo humedecen con la boca y luego, cuando el bibliotecario no está mirando, lo extienden por la página que quieren arrancar, justo al lado de la encuadernación, y lo cierran. A los pocos minutos la página se desprende casi sola, y *voilà*, ya lo tienen hecho. Nuestro departamento de mapas prohíbe específicamente el hilo dental.

Claude cerró el cajón de un golpe.

—Me he hecho una endodoncia y el dentista me ha recomendado que lo use después de cada comida. Si hiciera falta, podría pedirle que lo atestiguara él mismo.

Se fulminaron con la mirada, conscientes del empate.

—¿Para qué iba a querer sabotear la exposición? —Claude la señaló con el dedo—. Hace meses que me la tienes jurada. No lo niegues.

—Eso es mentira.

Sadie no quería discutir allí, con Nick delante. Pero Claude había perdido los papeles; era imparable.

—Nos besamos una vez en una dichosa fiesta de Navidad. Y desde entonces has estado rarísima, primero contenta y luego cabreada, como si aquello hubiera sido gran cosa. Fue un beso absurdo de borrachos, sin más.

Lo miró fijamente, boquiabierta. Le había herido su orgullo masculino al rechazarlo, y ahora estaba intentando acusarla de ser una persona inmadura. Era inaceptable. Y cruel. Valoró varias réplicas posibles, pero era como si al estar delante de Nick se hubiera quedado muda. No fue capaz de decir nada.

Claude tenía una mirada dura y cruel.

—Para eso son las fiestas, para echar una cana al aire. Aunque es obvio que tú jamás has hecho nada así en tu vida.

Hizo una pausa, dejando que le calasen las palabras.

—La que está loca eres tú, no yo. Me niego a que me acuses de esto. Se acabó.

Sadie recogió su chaqueta del perchero de la esquina con la respiración entrecortada. Si no salía de allí se vendría abajo. La cabeza le daba vueltas, conmocionada por las palabras de Claude y la terrible vergüenza de haber discutido delante de Nick. Y, por si fuera poco, habían vandalizado un libro.

Pero la aparición del doctor Hooper en la sala principal de la Colección Berg impidió que huyera.

Colgó la chaqueta con indiferencia en la silla que tenía más cerca, como si no hubiera tratado de echar a correr. Nick y Claude se unieron a ella en cuanto oyeron la voz del doctor Hooper.

—No me puedo creer que tengamos que afrontar otro robo —comentó este—. Es terrible. Sadie, ¿tú fuiste la última que tocó este libro?

—Lo he sacado de la jaula esta mañana, sí.

—¿Te has dado cuenta de que faltaba una página?

—No lo he mirado.

Sería un locura que los bibliotecarios tuvieran que comprobar todas las páginas de todos los volúmenes que se solicitaban. Nick tamborileaba con los dedos en el escritorio. Su rostro era una máscara

impávida que no indicaba lo que opinaba de la pérdida de papeles de Claude.

—¿Y si el señor Blount la robó y fingió haberlo encontrado así?

—Claude o yo habríamos estado presentes y lo habríamos visto —dijo Sadie—. La sala es pequeña. Cualquier ruido o movimiento extraño nos habría llamado la atención. Sobre todo después de los primeros robos. Le aseguro que hemos estado atentos.

Incluso Claude asintió ante aquello, conforme.

—Mire. —Sadie se dirigió al doctor Hooper—. Sugiero encarecidamente que aireemos lo que está ocurriendo. Si quiere, puedo escribir una nota de prensa.

—No. —La sílaba surgió de la boca del doctor Hooper con un sonido breve y seco—. Estamos a punto de inaugurar una campaña con un capital inmenso. La junta no quiere que se sepa que estamos perdiendo objetos valiosos, ya que podría desanimar a los posibles donantes. Echaría a perder nuestros objetivos.

—¿Cómo que «echaría a perder nuestros objetivos»? —Sadie no pudo contenerse—. Nuestro objetivo es ser guardianes de la historia, y si roban algo significa que no estamos haciendo nuestro trabajo.

—Sois vosotros los que no estáis haciendo vuestro trabajo.

El doctor Hooper fulminó a Sadie con la mirada, para después posarla sobre Claude y Nick, como si fueran estudiantes rebeldes, antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Era suficiente. Sadie cogió el abrigo y se fue después de él, sin volverse para mirar a Claude ni a Nick. Al primero porque ya sabía que tendría una sonrisita de satisfacción en el rostro. Y al segundo porque no podía soportar ver el gesto de condescendencia que debía de haber esbozado. Condescendencia por el ridículo que había hecho, entre el libro de *Sobrevivir a la soltería*, su fracaso como comisaria y aquel bochornoso espectáculo con Claude.

Le estuvo dando vueltas a todo de camino al centro en metro, contemplando la mugre del suelo y los zapatos de los desconocidos. No había malinterpretado las señales de Claude: estaba dispuesto a comenzar una relación con ella después de aquel beso, hasta que ella le dio la espalda de malas formas, sin explicaciones. Y por muy lógicos que hubieran sido sus motivos —era un donjuán en toda regla y, más allá del trabajo, tenían más bien poco en común—, lo más maduro habría sido charlar con él en privado. Fuera como fuese, sabía en lo

más profundo de su ser que había tomado aquellas decisiones por puro miedo. Porque después de Phillip no había tenido el coraje de asumir ningún riesgo. La idea de volver a querer a alguien y perderlo la desgarraba por dentro.

Entró en el CBGB, le pidió al camarero que le guardara detrás de la barra las cosas y se adentró en la multitud. A pesar de que era temprano había bastante ambiente.

Los chavales de la pista no se molestaron en hacerle sitio, pero no le importó. Quería tener que abrirse paso, que la empujaran hombros, codos y brazos, consciente de que las magulladuras de mañana serían el precio de admisión. Los miembros de la banda que había sobre el escenario eran cinco chavales larguiruchos y tatuados que berreaban letras ininteligibles a un público agradecido. Estar dentro de la muchedumbre la hizo sentirse parte de algo, ignorar la ansiedad que tenía. Encontró sitio y comenzó a saltar al ritmo de la música, con los ojos cerrados y los sentidos a flor de piel, llena de energía. El aire olía a humo de tabaco y sudor. Abría los ojos un instante y divisaba un *piercing*, un cuello tatuado, una gota de sudor deslizándose por una mejilla. Era como si el público estuviera proporcionándoles la electricidad a los amplificadores y guitarras con sus enérgicos giros, y no al revés.

Finalmente, y tras unas cuantas canciones, se retiró a la barra.

Allí encontró a Nick sentado, esperando.

Le pidió sus cosas al camarero y pasó a su lado sin decirle nada, pero él la siguió a la calle. Sadie dio media vuelta mientras el aire frío evaporaba el sudor de su piel. Debía de dar gusto verla, con el pelo hecho un desastre y oliendo a humo y cerveza.

—Si crees que la ladrona soy yo, deja de seguirme y arréstame o haz lo que se suponga que tienes que hacer —le espetó.

—Te he seguido porque sabía que estabas disgustada. —Hizo un gesto hacia la puerta del club con un pulgar—. ¿Estás desahogándote?

—Exacto, Don Tango.

—Don Salsa para ti. Me fascina.

Hizo una pausa.

—¿En serio?

—Claro. Es pura anarquía. Me gusta el contraste. Bibliotecaria remilgada durante el día, roquera punk por la noche.

—Aquí dentro piensan que soy una ridícula. —Los ojos se le

llenaron de lágrimas. ¿Por qué le estaba contando eso?—. Igual que Claude. —Hizo una pausa—. Qué vergüenza todo, de verdad.

La noche anterior, cenando con Nick y luego charlando en la cafetería, Sadie se había abierto a la posibilidad de asumir riesgos con él. Le encantaba cómo se le fruncía el ceño cuando estaba muy concentrado, y el hecho de que le gustara la poesía tanto como seguirles el rastro a los ladrones. Podía continuar protegiéndose contra la traición y el dolor aislándose incluso de la mera idea del amor, pero en muchos sentidos eso no era tan diferente de proteger el *Folio* de los vándalos cerrándolo en una cámara sellada, o tratar de conservar su trabajo ocultando información sobre el pasado que tal vez fuera relevante para el presente.

Había llegado el momento de sincerarse. Se acabaron los secretos.

—¿Te parece que vayamos a algún sitio? —preguntó Sadie—. Tengo que contarte una cosa.

Capítulo dieciocho

Ciudad de Nueva York, 1993

Sadie y Nick echaron a andar por la calle Lafayette y se sentaron en los escalones del Teatro Público. Si no descubrían quién estaba detrás de los robos, si su reputación como bibliotecaria se empañaba, le costaría encontrar trabajo en otros lugares, y no sabía qué haría en ese caso.

—Soy familia de Laura Lyons, la ensayista, cuyo marido, Jack Lyons, fue superintendente de la Biblioteca Pública de Nueva York a principios de la década de 1910. Eran mis abuelos.

—¿En serio?

—Lyons era el nombre de soltera de mi madre. Pasó unos cuantos años viviendo en la biblioteca de pequeña. Cuando empecé a trabajar en ella me llamó la atención el viejo apartamento en el que habían vivido, y me pregunté cómo serían sus vidas. Investigué un poco y no me hizo ni pizca de gracia lo que encontré.

—¿Qué encontraste?

—Que Jack y Laura Lyons fueron sospechosos de los robos de unos libros cuando vivían allí. En aquella época Laura no era la celebridad que es hoy, así que no sentí la necesidad de comentarlo. Pero hace poco encontré cierta información bastante más inquietante.

—¿A qué te refieres?

—Por lo visto mi madre, antes de morir, insinuó que su padre, Jack Lyons, había robado un «tamboril». Es la primera vez que lo oigo, y me lo dijo mi sobrina de seis años, así que tampoco es que sea verificable.

—Un tamboril... ¿El *Tamerlán*? —Nick lo sopesó—. Entonces ¿crees que tu abuelo robó ese libro allá por 1913? ¿El que jamás ha llegado a recuperarse?

—Sinceramente, el tema es muy turbio. Mi madre también dijo que tuvieron que irse de la biblioteca por un libro quemado. No tengo

ni idea de a qué se refería.

Nick la miró con detenimiento.

—¿Qué le pasó a tu abuelo?

—Murió en 1914. Es posible que se suicidara.

Le contó lo de la última entrada del diario: *escalera de mano, soga, nota.* Nick se volvió hacia la calle.

—Es probable que no tenga relación alguna, pero he de valorar todos los ángulos posibles, así que me lo tendrías que haber dicho al principio. Si hay algo que pueda ser útil, necesito saberlo. —Hizo una pausa—. También creo que deberías informar al doctor Hooper de tu vínculo con la familia Lyons.

—Sí, tienes razón. Mañana mismo, a primera hora de la mañana. Te lo prometo.

Nick se puso en pie. La conversación había terminado. Ella se levantó también. Se sentía bien después de haber compartido por fin aquello con alguien.

—Quiero que me enseñes todo lo que encontraste en los archivos —le dijo él.

—Sin problema. Nos vemos mañana en la sala donde se encuentra el archivo de libros raros a las cuatro. ¿Te va bien?

—Mañana a las cuatro. Y se acabaron los secretos.

—Se acabaron los secretos.

El sábado Sadie y Nick se acomodaron en una estación de trabajo en una de las mesas de la esquina de la sala del archivo de libros raros. Entonces ella le mostró la nota que el detective de la biblioteca le había escrito al director, en la que afirmaba que el ladrón parecía haber «caído del cielo».

Mientras la examinaba ella le preguntó si sabía algo del tipo de la librería.

—El propietario de J&M insiste en que los libros se los envió un mensajero, y que no conoce al vendedor. Sus instrucciones eran enviarle el dinero por transferencia bancaria a una cuenta de otro país.

Se quedaron en silencio mientras revisaban archivos y notas de varios años.

Sadie dejó escapar un grito ahogado.

—¿Qué pasa?

Nick se inclinó para verlo.

—He estado repasando la correspondencia del director fechada en 1915, por si algo se había traspapelado. —Efectivamente. Le entregó la nota—. El archivo del detective, de 1914, terminaba ahí.

El primer documento era una nota, firmada por el abuelo de Sadie. Eran apenas unas líneas, con una pulcra letra cursiva:

Siento los problemas que le he causado a la biblioteca. La culpa y la vergüenza son mías. Por favor, díganle a mi familia que los quiero.

Jack Lyons

Sadie se recostó.

—Es una nota de suicidio.

Nick se acercó y la leyó, y acto seguido le tocó el brazo con delicadeza.

—Lo siento, Sadie.

—¿Esto significa que mi abuelo era el ladrón?

Era más bien una pregunta retórica, pero Nick respondió.

—Eso parece.

Eso explicaba la celosa privacidad de Laura Lyons después de haber sobrevivido a un escándalo así. Una familia rota. Y la madre de Sadie, Pearl, siempre lo había sabido.

Siguió revisando el archivo.

—Parece que los libros del robo de 1914 también se extrajeron de una zona similar a una jaula.

—¿Dónde has visto eso?

—Aquí. —Señaló la página—. Enumera las ubicaciones originales de los libros perdidos. Incluidos el *Tamerlán* y una primera edición de *Hojas de hierba*. —Dejó la mirada perdida, absorta en sus pensamientos—. Caído del cielo...

Nick la miró fijamente.

—¿Qué?

—Qué expresión tan extraña. Fue como si el ladrón hubiera «caído del cielo». Si podemos resolverlo, tal vez sepamos cómo está entrando nuestro ladrón. —Se puso en pie, arrollada por la respuesta —. Tengo una idea.

Tras devolver los archivos, Nick y ella se dirigieron a la Sala de Arte y Arquitectura, en el lado sur del edificio. Sadie se aproximó a la mesa y pidió los planos arquitectónicos de la biblioteca, esperando impacientemente a que el trabajador se los entregara.

Sadie desenrolló uno de ellos sobre una de las mesas.

—Nada. Son demasiado recientes, aparecen las estanterías que hay bajo Bryant Park. —Se volvió hacia el trabajador—. ¿No tiene los planos originales? ¿De cuando se construyó?

El tipo echó un vistazo a los registros.

—Sí, pero tendrá que volver el lunes —respondió, señalándose el reloj de muñeca. Era la hora de cierre.

Salieron en fila y esperaron en el pasillo mientras los investigadores se marchaban en tropel a su alrededor.

—Siento mucho lo que hemos descubierto antes —dijo Nick—. Espero que no sea muy difícil para ti.

—Las señales estaban ahí, así que no me sorprende. Destrozó a mi familia, y ahora sé que afectó a mi madre el resto de su vida. De lo que me arrepiento es de no haber podido hablar con ella sobre lo que ocurrió y lamento que muriera antes de que yo lo descubriera.

Nick la miró fijamente.

—Tengo que irme. Pero estoy impaciente por esclarecerlo todo.

—Yo también. Creo que estamos cerca, y creo que hay una conexión con el pasado. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para atrapar al ladrón.

—No lo dudo. No sé lo que habría hecho sin tu ayuda este último mes, así que gracias.

El hecho de que reconociera su colaboración le produjo una extraña descarga de adrenalina; sentía la urgencia de echarse a llorar y a reír al mismo tiempo. En su lugar le ofreció un solemne gesto de cabeza.

—Ha sido un placer.

Cuando Nick se marchó ella terminó con el papeleo que tenía en la mesa, pensando aún en la carta del detective. «Caído del cielo.» Si el ladrón no tenía la llave, tal vez hubiera algo en el techo, algún tipo de escotilla por la que pudiera acceder desde el piso superior a la jaula de la Berg. Intentó recordar el techo, pero no fue capaz. Jamás se le había ocurrido levantar la mirada.

Por la noche las estanterías se alzaban imponentes bajo el tenue

resplandor que entraba por las ventanas, donde cada pasillo formaba un estrecho desfiladero de libros. Sadie encendió la luz, y apenas la separaban unos diez metros cuando oyó un extraño chirrido, como si alguien estuviera rascando cemento. Se quedó paralizada y aguzó el oído, examinando el espacio en busca de cualquier movimiento, pero todo estaba en calma. Probablemente no fuera más que el sistema de ventilación de la biblioteca intentando sacarla de quicio.

—¿Hay alguien ahí?

Su voz resonó por las estanterías, pero no recibió respuesta alguna.

Se dirigió con el mayor silencio posible a la sección de la Berg y echó un vistazo por la esquina. Estaba vacía. Los nervios le estaban jugando una mala pasada. Abrió la jaula y miró arriba, escudriñando el techo. Acero macizo. Dio un paso atrás sin apartar la mirada del techo, y a punto estuvo de tropezar.

La tapa de una de las cajas de almacenaje grises estaba ligeramente salida de la balda inferior, y le dio un golpe con el talón. Se arrodilló y a su lado vio la otra mitad de la caja.

La etiqueta rezaba: *JANE EYRE*, DE CURRER BELL (CHARLOTTE BRONTË), PRIMERA EDICIÓN (1847); TRES VOLÚMENES.

Sin embargo, dentro solo había dos pequeños volúmenes.

Sadie miró a su alrededor, examinando las estanterías, el suelo. Nada. El ladrón había estado allí. Y puede que no se hubiera ido. Poco a poco se puso en pie y aguzó el oído, atenta a cualquier señal de que no estaba sola.

Salió de la jaula y la cerró con cuidado tras ella. En ese momento un portazo resonó por el lugar.

Se estaba escapando.

Sadie echó a correr por el pasillo y salió por la puerta por la que había entrado. Subió los escalones de dos en dos, oyendo cómo los pasos del ladrón cruzaban el descansillo de la segunda planta y seguían hasta la tercera. Al llegar al descansillo estuvo a punto de tropezar con algo.

El volumen que faltaba de *Jane Eyre* descansaba desmadejado sobre el suelo de mármol, como un pájaro herido.

Lo recogió y se lo guardó en la parte superior del vestido para protegerlo, antes de apresurarse a subir el último tramo de escalera que conducía al tercer piso. En el último escalón tropezó y de repente

se vio en pleno vuelo antes de caer pesadamente al suelo, apoyándose primero sobre las rodillas antes de que las manos se llevaran el resto del porrazo. El libro salió disparado del vestido y se deslizó por el suelo.

Se detuvo frente a un par de zapatos Oxford negros y pulidos.

—¿Sadie?

El doctor Hooper y Nick la contemplaban atónitos. Nick la ayudó a levantarse mientras el doctor Hooper recogía con cuidado el libro caído.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

No podía hablar; la ridícula caída la había dejado completamente sin aire. Al final pudo recuperar el aliento.

—Estaba en la jaula. El ladrón estaba allí. He echado a correr tras él. Está aquí arriba.

El doctor Hooper la observaba con curiosidad.

—¿Estás segura? No hemos visto a nadie.

Ella asintió, aún resollando.

—Sí. Por aquí, en algún sitio.

Corrió hacia la puerta del extremo del pasillo, la que daba a la Sala de Arte y Arquitectura. Cerrada. Probó con las otras, y Nick, siguiendo su ejemplo, hizo lo propio con las del otro lado. Todas cerradas. La única que estaba abierta era la del lavabo de mujeres, y Sadie entró atropelladamente, dispuesta a acorralar a su presa, pero todos los cubículos estaban vacíos.

Salió del servicio desanimada y perpleja.

—Me llevaba una buena ventaja, pero deberíais haberlo visto. Lo teníamos acorralado entre los tres. ¿Adónde habrá ido?

El doctor Hooper no parecía preocupado por el ladrón; había clavado la mirada en Sadie con la mandíbula tensa.

En un instante ella comprendió lo que debía de parecer. Una mujer histérica en posesión de un libro único, persiguiendo a una presa imaginaria.

Sola, en la biblioteca, de noche. La ladrona.

Capítulo diecinueve

Ciudad de Nueva York, 1914

Laura atajó por la Sala de Catálogos en una nube y, al mismo tiempo, con el corazón en un puño. Amelia quería que la acompañara a Londres, pero eso era imposible. De hecho, Laura había jurado, y no del todo en broma, que haría todo lo que estuviera en sus manos para que Amelia se quedara en Nueva York. Tenía un verano entero para convencerla de que no se marchara, de que no la abandonara. Al menos una vez al día, montada en el ferrocarril o barriendo el suelo del apartamento, Laura se entregaba al mundo onírico en que podía actuar según sus impulsos más primarios, donde Amelia y ella creaban una vida juntas, con Harry y Pearl. Jack se lo tomaría mal al principio, pero no tardaría en encontrar una nueva esposa que estuviera dispuesta a ocupar esa función de una forma que Laura sencillamente no era capaz, y todos seguirían siendo amigos.

Pero eso no era más que un sueño.

La madre de Laura siempre la había animado a luchar por sus pasiones. Con Jack esa libertad le había ofrecido cosas maravillosas, incluidos los niños. Bueno, pues aquella era una nueva pasión, que aunque hubiera sido inesperada, no veía la hora de seguir explorando. ¿Por qué no? Para los hombres era el pan de cada día, con otras mujeres, con su trabajo. La noche anterior Jack le había comentado cenando que necesitaba dedicar todo el tiempo posible a trabajar en las correcciones del manuscrito para poder llegar a la fecha de entrega. Aquella era su pasión, su amante. Y Amelia era la de Laura.

Aunque, claro, ¿cómo se habría sentido Laura si Jack hubiera tenido una amante real? Otra cuestión en la que prefería no profundizar. Era un buen hombre, y acabaría devastado si supiera que su mujer había encontrado amor físico en otra parte. Debía tomarse un tiempo para reflexionar sobre todo lo que estaba ocurriendo, tanto por sus hijos como por su familia.

Amelia le había sugerido a Laura que hablara en la reunión del Club Heterodoxy del sábado sobre el sufragio, como forma de impresionar a las integrantes con sus habilidades de redacción. Laura estaba entusiasmada por ver qué se le podía ocurrir. También era una forma de apartar la mente de Amelia, y de la desolación que sentía al pensar qué pasaría si su amor se marchitara.

Rellenó varias solicitudes y esperó a que le subieran los libros desde las estanterías, sentada a una de las largas mesas y ansiosa por perderse en sus investigaciones. Tres horas más tarde, con los ojos ardiéndole de fatiga, se dirigió a la Hemeroteca de la primera planta. *The New York Times* acababa de publicar una entrevista con una de las líderes del movimiento sufragista neoyorquino, Alva Belmont, y Laura quería citarla en su ponencia.

Jack la había reprendido la primera vez que había puesto un pie en la Hemeroteca, y se había mofado de su semblanza con la guarida de un monopolista asolado por la gota, con sus paredes oscuras de nogal francés y su opulenta entrada. Tras inspeccionarla con más detenimiento, había descubierto sorpresas sutiles repartidas por el lugar, como el par de delfines tallados en la mesa pedestal y los gallos y águilas de los paneles del techo. Desde entonces no había dejado de maravillarse por cómo los arquitectos del edificio, John Merven Carrère y Thomas Hastings, habían insuflado un cierto aire de extravagancia en su majestuoso edificio. Solo debías saber dónde mirar.

Tomó la única silla vacía, donde el *New York World*, el diario de Joseph Pulitzer, estaba abierto sobre la mesa. El mismo hombre que había fundado la Escuela de Periodismo. Torció el gesto con el recuerdo de su fracaso.

Cuando se disponía a doblarlo y dejarlo a un lado, un titular le llamó la atención.

EL CLUB SECRETO DE LA MUJER MODERNA
AL DESCUBIERTO

No, no era posible.

Laura reconoció sus palabras en el primer párrafo, y en el siguiente, y en los posteriores. El artículo entero ocupaba tres columnas, muchas menos que su tesis, pero era mucho más largo que

el resto de los textos de la página. Habían modificado su trabajo e incluido los comentarios más procaces de las mujeres, y todo lo que pudiera aportar contexto a sus palabras y afirmaciones se había eliminado. El resultado final sugería que el Club Heterodoxy era un antro de arpías insaciables, decididas a derrocar el orden del mundo patriarcal a la fuerza.

En el extremo inferior habían añadido una nota al pie: «Una exclusiva para el *New York World*, escrita por el señor George Wakeman, profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia».

El muy canalla había publicado la historia como si fuera suya. Si las integrantes del club lo veían, sabrían que ella había estado detrás, o que, como mínimo, le había proporcionado la información. La apartarían, la vilipendiarían. Se hundió en una de las sillas por miedo a que las piernas le fallaran, y cerró las manos en sendos puños. Amelia la detestaría después de aquello, después de saber que la había estado utilizando desde que se conocieron, y todo por la esperanza de conseguir una exclusiva.

—Esto no debía publicarse.

Su voz sonaba distante, como si no fuera suya, y al momento el bibliotecario la mandó callar con un intenso sonido.

Recogió sus cosas y se fue.

Aquel sábado Laura llegó tarde a la reunión del Club Heterodoxy, justo lo que no quería hacer, pero Harry se había quejado de que le dolía la tripa, así que le había dado un par de píldoras digestivas antes de marcharse y de arroparlo de nuevo en la cama. Jack se pasaría el día trabajando en el estudio del apartamento, y le prometió que estaría pendiente del niño.

Había tenido la esperanza de poder llegar temprano y de llamar aparte a Amelia y a las integrantes que conocía para explicarles lo que había ocurrido. Por desgracia, entró justo cuando la reunión estaba comenzando, con todas sentadas y Marie Jenney Howe, la fundadora del club, en la parte delantera.

Laura vio consternada que Marie tenía en las manos una copia del *New York World.*

Laura admiraba a Marie por su naturaleza tranquila durante las

reuniones a las que había asistido —por muy acaloradas que llegaran a ser las discusiones—, pero en ese momento esta se volvió hacia Laura con un gesto de desprecio.

—Aquí tenemos a la culpable.

Laura divisó a Amelia en primera fila, pero la vergüenza que sentía era tal que no se atrevió a mirarla. Con piernas temblorosas se dirigió a la parte delantera de la sala, dejando varios metros entre Marie y ella.

—Lo siento muchísimo, ha sido un malentendido —comenzó Laura, pero una mujer de las últimas filas la interrumpió.

—Fuera de aquí. ¿O piensas ir corriendo a tu mecanógrafo y escribir también sobre esto?

Marie levantó una mano.

—Basta. Señora Lyons, le dejamos muy claras las reglas desde el principio; los debates de esta sala son confidenciales. El objetivo es que las integrantes puedan hablar con libertad y analizar ideas sin que la prensa las manipule. Según las integrantes citadas, la información de este artículo solo pudo salir de usted, independientemente de quien lo firme. Ha distorsionado todo lo que defendemos, todo lo que hemos dicho. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Laura tomó aire.

—Les pido disculpas de corazón, a usted y al resto del grupo. Escribí un reportaje sobre el club para una clase en la Universidad de Columbia, es cierto, pero mi intención no era publicarlo, lo juro. Sin mi consentimiento mi tutor lo modificó totalmente y lo envió al *New York World* con su nombre. Jamás pensé que pudiera pasar algo así. Respeto todo lo que hacen y por lo que luchan, y si lo hubiera sabido, jamás lo habría permitido.

Laura se quedó inmóvil, esperando su sentencia como un criminal en un juicio. Ser el foco de atención le destrozaba los nervios.

—El daño que ha provocado a nuestra reputación y nuestros esfuerzos es incalculable —concluyó Marie—. Queda expulsada del club. Debe marcharse de aquí de inmediato.

Laura obedeció sin volverse hacia ninguna de las integrantes, pero sintiendo sus miradas clavadas como agujas. Llegó a la escalera, salió por la entrada principal y se detuvo, agarrándose al pasamano. Intentara lo que intentase, siempre lo arruinaba todo.

Había quemado todas sus fuentes y contactos para el libro o

artículos futuros de un plumazo. Se había entregado a aquel fracaso solo por el encanto de lo prohibido, y la única culpable era ella. En la calle una mujer miró a Laura con la cara larga, y se dio cuenta de que estaba llorando a moco tendido, sumida en la autocompasión. Laura se secó las lágrimas y trató de recomponerse.

La pérdida de la comunidad de mujeres fue lo que más le dolió, puesto que no tenía modelos de conducta similares en su vida. Estaban tomando una dirección distinta por completo a la del resto de las mujeres que había conocido antes, y ella quería desesperadamente formar parte de esa marea. Se acabó. Todo se había venido abajo. Pero no había nada comparable a la pérdida de Amelia. Cómo la había decepcionado, traicionado, frente a todas sus colegas y amigas. Laura jamás se perdonaría por haberle hecho daño a Amelia.

Echó a andar calle arriba, decidida a hacer todo el camino hasta casa a pie como castigo por sus crímenes.

—¡Laura!

Laura esperó a que Amelia la alcanzara. El hecho de que hubiera abandonado la reunión para ir tras ella, un claro acto de valentía, no la sorprendió. Así era como Amelia se había hecho hueco en el mundo, sin tenerle miedo a lo que los demás pensaran o dijeran. Ojalá Laura fuese tan fuerte.

—Qué valor has tenido para venir, Laura.

—No me quedaba otra. Era lo menos que les debía, aunque sabía que no serviría de nada. Pero tú me crees, ¿verdad? ¿Lo de que no sabía que se publicaría? Te juro que hasta ayer no me enteré. Se apropió de mi reportaje, sin mi permiso. Y lo que es peor: lo manipuló para que pareciera negativo. ¿Recuerdas que te comenté que ya había robado las ideas de otros estudiantes?

—Sí, me acuerdo.

Laura dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios.

—Pero eso no significa que te perdone.

Hablaba con frialdad, furiosa.

—No era mi intención.

Amelia agachó la vista antes de volver a mirar a Laura, como si estuviera tratando de recomponerse.

—Para empezar, jamás deberías haber escrito nada sobre el club. —Laura hizo ademán de responder, pero Amelia levantó la mano—.

Me has utilizado, nos has utilizado a todas, para impresionar a tu profesor. Bueno, pues enhorabuena, porque ha funcionado a las mil maravillas. Le gustó tantísimo tu idea que te la robó. Pero sigue siendo tu culpa, tuya y de nadie más, que nos estén vilipendiando en la prensa. Tú fuiste la que puso esto en movimiento, no él. ¿Y qué pasa con el futuro del club? ¿Qué mujer se unirá a nosotras y creerá que puede hablar libremente a partir de ahora? Estoy tan enfadada que sería capaz de escupirte, Laura.

—Lo siento. No soporto pensar que te he decepcionado.

—¿A mí? ¿Y qué pasa con las demás?

—Sí, por supuesto. Pero sobre todo a ti. Por favor, Amelia, tienes que perdonarme.

—¿Por qué?

No hubo respuesta alguna. Laura no fue capaz de formar las palabras, porque sabía que todo había terminado por cómo la miraba Amelia, como si no valiera nada, una completa decepción. No habría más conversaciones frente al fuego, ni más besos. Intentó recordar el último, pero no pudo. ¿Cómo era posible? Si hubiera sabido que sería el último, lo habría alargado.

La vergüenza la superó. Se había pasado el último año buscando cómo realizarse, y lo había encontrado en Amelia y en su trabajo.

Ahora había perdido las dos cosas, y todo había sido culpa suya.

Dio media vuelta para marcharse, consciente de que si se quedaba un instante más, el corazón se le desgarraría y estallaría.

Capítulo veinte

Ciudad de Nueva York, 1914

Laura entró en su casa después de haber reunido la fuerza necesaria para no desmoronarse ante el ajetreo de la vida familiar, pero el silencio la cogió por sorpresa. Tal vez Jack hubiera llevado a los niños al parque y, por tanto, Harry debía de estar mejor. En la cocina estaba sacando comida del frigorífico para preparar la cena cuando Pearl se plantó en la puerta.

Laura palideció cuando vio el rostro de su hija surcado de lágrimas.

—¿Pearl? ¿Qué ha pasado?

—Mamá. ¿Dónde estabas?

—En el centro. —Se arrodilló frente a la niña—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están tu padre y Harry?

Laura no fue capaz de entender la respuesta mientras Pearl sollozaba en su hombro.

—¿Dónde?

Pearl levantó la cabeza.

—En el hospital. Bellevue.

Laura se puso en pie de súbito.

—¿Qué ha pasado?

—Harry se encontraba mal y se ha desmayado. Padre se ha ido corriendo con él y me ha dicho que te esperara.

—¿Cuánto hace de eso?

—No lo sé.

Laura la cogió de la mano.

—Tenemos que irnos, ahora mismo.

Tras muchos esfuerzos por avanzar en taxi por el tráfico y caminar sin rumbo por los pasillos del hospital, prácticamente arrastrando a Pearl tras ella, Laura divisó a Jack sentado frente a una puerta. La expresión de alivio que puso al verla no hizo sino empeorar

la culpa que se iba acumulando en su interior.

—¿Harry está dentro?

Puso una mano en el pomo, pero Jack la detuvo.

—No podemos entrar. No es seguro.

—¿Por qué no?

A través del cristal vio varias hileras de camas llenas de niños, con apenas un puñado de enfermeras vigilándolos.

—Está muy enfermo. Ven, siéntate aquí.

—No, tengo que verlo.

—No te van a dejar entrar. Ya lo he intentado. Además, está cerrado con llave.

Laura giró el pomo para confirmarlo.

—Cuéntamelo todo.

—Es fiebre tifoidea.

Ella negó con la cabeza.

—Es imposible. No tiene ningún sentido.

El agua de la biblioteca llegaba a través de un acueducto desde los depósitos del norte, y era segura.

Un doctor con una bata blanca se les acercó. Jack se abalanzó sobre él y lo agarró del codo.

—Doctor, ¿tiene un momento?

El doctor apartó el brazo, molesto, y llamó a la puerta.

—Ahora mismo no puedo hablar, señor.

Le hizo un gesto a una de las enfermeras para que le abriera la puerta.

—¿Podemos ver a nuestro hijo, por favor? —pidió Laura.

El doctor apenas se volvió hacia ella.

—No, no pueden. Al menos de momento.

Cuando Laura empezó a llorar el doctor dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¿Cuál es el suyo?

—Harry Lyons —contestó Jack.

—Bien. Lo acaban de traer. ¿Cuánto tiempo lleva con tos seca?

Laura hizo memoria, aliviada por tener al fin algo concreto en lo que concentrarse. Había empezado antes de que ella suspendiera la tesis en Columbia. Había estado tan consumida por el proyecto que cuando Harry la había buscado para quejarse de que le dolía la garganta, ella le había tocado la frente y había vuelto al trabajo,

decidida a acabarla a tiempo. Susurró la respuesta.

—Unas dos semanas.

—¿Y fue empeorándole poco a poco?

—Supongo. Sí.

No debería haberse alejado de él. ¿Cómo había podido ser tan egoísta?

—¿Le han detectado alguna manchita roja en los hombros y el pecho?

Jack tomó la palabra.

—Esta mañana ha venido preocupado, y me las ha enseñado. Luego ha vuelto a la cama y, cuando he ido a ver cómo estaba, no respondía.

—Ha entrado en lo que llamamos *estado de vigilia motora*. Haremos todo lo posible por él, pero nos lo tendrían que haber traído antes. Mientras tanto les sugiero que se vacunen. Y no hagan caso de los idiotas que afirman que la vacuna produce tuberculosis. Es perfectamente segura.

—Claro, descuide. ¿Cuándo podremos ver a nuestro hijo? —preguntó Laura.

—Cuando mejore. Si es que mejora. De momento asegúrense de informar a los profesores de su escuela. Lo último que queremos es que haya un brote.

El doctor cerró la puerta a su espalda con un golpe seco. Laura aplastó el rostro contra el cristal buscando a Harry. Lo vio de perfil, con esa nariz respingona que tanto conocía y los ojos cerrados, en la cama más alejada de la puerta. Tenía las mejillas enrojecidas, como si le hubieran dado un bofetón. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Fiebre tifoidea. La misma enfermedad que había matado al padre y al hermano de Amelia. Giró sobre sus talones y miró a Jack.

—Tenemos que avisar a Amelia. Conoce bien las fiebres tifoideas, nos podrá ayudar.

—Como quieras. —Jack frunció el ceño—. Pensaba que estarías en casa hace horas, después de que pronunciaras tu discurso en la reunión.

—Ya lo sé, lo siento muchísimo. He acabado volviendo a pie.

Qué tremenda pérdida de tiempo: lamentándose de sus desgracias cuando debería haber estado al lado de su hijo.

Por la ventana vio a Harry abrir y cerrar la boca. ¿La habría

llamado? Las enfermeras no respondieron. Era una tortura observar cómo sufría y no poder cogerle la mano o consolarlo de la forma que fuera. Sintió el impulso de hacer añicos el cristal, abrir la puerta y cogerlo en brazos.

Avisó a su madre para que fuera allí y se llevara a Pearl a casa, y luego Jack y Laura se pasaron el resto del día como centinelas fuera del pabellón, haciéndole preguntas a cualquier persona, enfermera o doctor, que saliera o entrara. Una enfermera se ofreció amablemente a animar a Harry para que se volviera hacia ellos y, para sorpresa de Laura, eso hizo, clavando en ella la mirada con una sutil sonrisa en los labios. Aquella interacción le pareció una victoria. Sabía que estaban allí; sabía que lo estaban cuidando.

Mientras la ciudad se oscurecía a través de la ventana que había al fondo del pasillo, Laura oyó unos pasos familiares: las regulares y firmes zancadas de Amelia. Había recibido su nota. Amelia le formuló a Laura y Jack algunas preguntas, hablando con un tono entrecortado. En un momento dado le puso una mano en el brazo a Laura para consolarla; el gesto fue amable, reconfortante, pero nada más. Pidió que una enfermera fuera a buscar al doctor, y la enfermera parpadeó varias veces al reconocerla, antes de desaparecer pasillo abajo.

El doctor apareció poco después, y el tono de desdén de su voz dio paso a una jovial afabilidad.

—Doctora Potter, soy el doctor Bell. Nos alegra enormemente que visite nuestro pabellón.

—Gracias. Me preocupa uno de sus pacientes, Harry Lyons. Soy una buena amiga de su madre.

Se volvió hacia Laura.

—Por supuesto. ¿Le gustaría acompañarme para examinar al paciente?

Amelia buscó la aprobación de Laura, quien asintió enfáticamente.

Jack y ella esperaron de nuevo mirando a través de la ventana mientras los doctores hablaban con Harry, que se rio por algo que le dijo Amelia.

Finalmente volvieron a salir.

—Harry está bastante bien —dijo Amelia—. El doctor Bell me ha asegurado que me mantendrá informada, y a vosotros también. Esperamos una recuperación completa.

El doctor les dirigió una sonrisa de oreja a oreja antes de marcharse.

—Gracias por venir hasta aquí, Amelia. —Laura tragó saliva—. Sé que estás liada.

—No te preocupes. Me alegra poder ayudar de alguna forma.

Jack se acercó y le tendió una mano.

—Doctora Potter, como le ha dicho mi mujer, ha sido muy amable intercediendo por nosotros delante del doctor Bell. Nuestra familia lo valora muchísimo.

—De nada, señor Lyons.

Se hizo un silencio. Ver a Amelia de nuevo era extraño, como encontrarse con una confidente y una desconocida al mismo tiempo. Laura la conocía a la perfección —sabía que le gustaba el té con dos azucarillos y que tenía una marca de nacimiento en las lumbares— y, sin embargo, su rostro en aquel momento era una fortaleza impenetrable. Amelia había vuelto a hacerle a Laura un enorme favor, y ella no tenía nada que ofrecerle a cambio. Era probable que no viera la hora de marcharse.

—Seguro que tienes que volver ya. Gracias otra vez.

Dicho esto, Amelia dio media vuelta y se marchó después de que su mirada se encontrara brevemente con la de Laura.

El lunes siguiente Harry ya podía incorporarse en la cama y comer con normalidad. La enfermera amable le leyó a este una carta de Laura y Jack en la que le decían que lo querían y que se centrara en recuperarse. Harry incluso había podido hacerles un breve gesto con la mano.

—Les aconsejo que sigan con sus vidas —les comentó el doctor Bell el lunes por la mañana—. Aquí sentados tampoco pueden hacer nada.

Laura se recostó en el banco, como un pasajero esperando un tren que jamás llegaría. Jack se unió a ella, pero no tardó en estar inquieto, en alternar entre estar levantado y sentado, o ponerse a caminar y mirar por la ventana. Al cabo de media hora se volvió hacia Laura.

—Creo que le haré caso al doctor y regresaré a casa. Así puedo trabajar un poco en el libro.

Ella no respondió.

Alrededor de las cuatro en punto, y recordando la advertencia del médico, Laura fue a la escuela. No tardaron en acompañarla al

despacho del director, donde un tipo larguirucho estaba sentado tras un escritorio tamborileando con los dedos.

—Señora Lyons.

—Sí.

Laura le contó la situación, y que debían asegurarse de vacunar al resto de los estudiantes, igual que Jack, Pearl y ella.

—¿Fiebre tifoidea? —El director dejó de tamborilear—. Avisaremos a los demás padres. ¿Cuándo enfermó exactamente su hijo?

—Hace un par de semanas. Al principio no nos dimos cuenta, pensábamos que era un resfriado. Solo tenía tos, ¿sabe? Así es como comenzó, y jamás me habría imaginado que pudiera ser tan serio.

Él hizo un gesto de indiferencia ante la explicación.

—Pues entonces no pasa nada. No hay ningún peligro.

—¿Disculpe?

No era capaz de entender a qué se refería. ¿Que como Harry se estaba recuperando los otros estudiantes no podían estar infectados? No tenía claro cómo funcionaba la enfermedad, pero aquello no tenía demasiado sentido.

—Los estudiantes no pueden estar infectados si él enfermó hace dos semanas —dijo el director.

—¿Y eso por qué?

El director echó un vistazo a una libreta de cuero llena de nombres y equis, un registro de asistencia.

—Aquí lo tengo. ¿Ve?, tengo razón.

A Laura le hervía la sangre. El tipo respondía con evasivas, y ella no tenía claro por qué. La enfermedad de Harry había llevado su paciencia al límite.

—¿Razón sobre qué?

—Harry lleva dos meses sin venir a clase.

—¿Harry? ¿Harry Lyons? Imposible.

—Me temo que no, señora Lyons. —Se lamió un dedo y pasó la hoja—. Dos meses. Enviamos a casa una nota a través de su hija después de la primera semana de ausencia, pero no recibimos respuesta. Entre eso y su enfermedad, que, por descontado, es una gran desgracia, tendrá que repetir curso el año que viene.

Una parte de ella quería reírse. La idea de que Harry tuviera que repetir curso era mucho menos importante en ese momento de lo que

tal vez hubiera sido hacía unos días, antes de que cayera enfermo. Al menos estaba vivo.

Pero ¿cómo era posible que llevara dos meses sin ir a clase?

¿Dónde había estado?

La nota que el director le había entregado a Pearl estaba bajo un montón de libros en el escritorio de Jack. Laura creía que Pearl no había querido meter en problemas a su hermano y la ocultó donde era más que probable que sus padres la pasaran por alto. Si Laura hubiera estado en casa en lugar de en la universidad o haciendo reportajes, Pearl seguramente se la habría entregado de inmediato. Laura se culpaba a sí misma, y no a su hija, por el fallo. Al preguntarle, Pearl había insistido en que Harry entraba en la escuela con ella y siempre la estaba esperando al final del día en el recreo, listo para irse a casa. Hasta donde ella sabía, su hermano había estado dentro de la escuela todo el día, como ella.

Al día siguiente Laura fue a ver a Harry al hospital y se llevó una alegría al enterarse de que lo habían trasladado de la zona de cuarentena al ala pediátrica, donde podría sentarse con él por las mañanas. Seguía apagado, durmiendo la mayor parte del tiempo, pero la fiebre le había remitido y el pronóstico era bueno. Quería lanzarle mil preguntas, pero se contuvo. Lo último que deseaba era disgustarlo mientras aún estuviera débil.

Aquella tarde se presentó en el colegio de los niños antes de que fuese la hora en que salían. Mientras esperaba a que Pearl apareciera, examinó la multitud hasta dar con un niño que le resultaba familiar. Se llamaba Sam, recordó. Había ido a casa con Harry una o dos veces a principios del curso escolar. Jack los había descubierto jugando al béisbol en la Sala Stuart, usando los libros como bases, y había dejado que se marcharan sin castigarlos, para alivio de Laura. No era fácil crecer en una institución tan venerada como la biblioteca.

—¿Sam?

El muchacho se volvió.

—Soy la madre de Harry. Nos visitaste una vez en la biblioteca. —Se acercó a él y se inclinó para estar a su altura—. Sé que Harry no ha venido a clase últimamente. ¿No sabrás por casualidad dónde ha estado?

Sam se encogió de hombros.

—No pasa nada, puedes contármelo. La cosa es que se ha puesto muy enfermo, y podría haber hecho que las personas que han estado en contacto con él también enfermaran. Serías un héroe si me contaras todo lo que supieras.

Al oír la palabra *héroe* el muchacho se animó, ganó algo de altura y clavó la vista en ella.

—Empezó a ir al centro, a la Cuarta Avenida, con unos chicos.

—¿Dónde, exactamente?

—Por Union Square.

—¿Conozco a alguno de los chicos? ¿Cómo podría reconocerlos?

—Hay uno que iba a este colegio. Paddy el Rojo.

—¿Se llama así?

—Es que es pelirrojo, ¿sabe?

—Me has ayudado muchísimo, Sam. ¿Me has dicho que iba a este colegio?

—Hace tiempo que no lo veo. Ya no viene a clase.

—¿Tiene tu edad?

—No, es mayor. Unos quince.

¿Qué habría estado haciendo Harry siendo amigo de un muchacho mayor que, además, había dejado la escuela? Debería haberlo sabido. Si hubiera estado en casa tal vez se habría dado cuenta. Por supuesto que se habría dado cuenta.

Le dio las gracias a Sam y después de acompañar a Pearl hasta casa y asegurarse de que se ponía a hacer los deberes, volvió a ponerse el abrigo.

—¿Te vas otra vez?

Pearl la observaba desde la puerta de la cocina. Laura le dio un beso en la frente.

—Lo siento, cielo. Tengo que descubrir qué ha estado haciendo Harry estos meses. Volveré para la cena.

Union Square estaba hasta los topes de coches y peatones, pero, a simple vista, no había ningún pelirrojo. Echó a andar Cuarta Avenida abajo, dejando atrás varias manzanas y mirando en los callejones. Nada.

De vuelta en la plaza, deambuló por el perímetro, imaginándose a su hijo allí haciendo... ¿qué? Nada de lo que el director o Sam le habían dicho tenía sentido alguno. Harry no era el tipo de muchacho

que hacía novillos y les mentía a Jack o a ella. Era sensible, empático, escuchaba con atención cuando Jack y ella discutían, mirando alternativamente a sus padres. Aquellos días, con la tensión entre Jack y ella en el ambiente, era probable que hubiera necesitado más consuelo del que le había ofrecido.

Por alguna razón siempre había creído que si quería lo suficiente a todo el mundo, todo iría bien, que el amor sería el copo de nieve que cubriría las grietas y aristas del mundo, y las suavizaría hasta convertirlas en un delicado campo blanco. Tal vez se equivocara.

Un destello de color le llamó la atención. Un grupo de muchachos se habían reunido bajo la estatua ecuestre de George Washington, y el más alto de todos llevaba el pelo rojo rapado debajo de la gorra.

Esperó hasta que estuvo a apenas a unos metros para llamarlo, y no gritó. No quería asustarlos y que se dispersaran.

—¿Paddy el Rojo?

El muchacho se acercó a ella con parsimonia y una indiferencia que en otras circunstancias jamás le habría tolerado a un chaval de su edad.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy la madre de Harry Lyons.

Los ojos del muchacho no se inmutaron.

—¿Y…?

—Está enfermo. Con fiebre tifoidea. Quería advertiros que tuvierais cuidado, por si os la ha contagiado.

Paddy el Rojo inspeccionó a su audiencia con una sonrisa torcida.

—Qué me decís, chavales, ¿estamos enfermos? ¿Hay alguien que esté a punto de desmayarse? Avisadme para que os coja.

La última frase se la dirigió a Laura con una mirada maliciosa.

—Tenéis que tomároslo en serio. Es una enfermedad peligrosa. Harry ha estado muy enfermo.

—No conozco a nadie que se llame así.

—No vengo a daros problemas. Solo quiero saber qué ha estado haciendo estos dos últimos meses. Sabemos que no ha ido a la escuela. ¿Lo conociste allí, es eso lo que pasó? ¿Y luego decidisteis hacer novillos? —Siguió balbuciendo, desesperada por empatizar con el muchacho—. No te culpo, en absoluto, pero necesito saberlo.

—Que ya te he dicho que no conozco a ningún Harry.

El resto de los chicos se rio entre dientes. Laura lo intentó una

vez más.

—Por favor, puedo darte algo de dinero si es lo que quieres. Mi marido y yo queremos entender el porqué.

—No queremos dinero. No te conocemos, y no lo conocemos a él.

Paddy el Rojo escupió en el suelo, cerca de los pies de ella.

—Si alguno de vosotros se encuentra mal, por favor, id inmediatamente al médico.

—Somos chicos duros, no nos ponemos malos. Los que enferman son los niñatos flojos de la parte alta de la ciudad.

Se refería a Harry, no le cabía ninguna duda.

—Entonces conoces a mi hijo, ¿no? ¿Me equivoco?

No obstante, los muchachos ya habían empezado a retirarse hacia el sur, con Paddy el Rojo siguiéndoles los pasos, no sin antes tocarle el brazo a Laura, quien tuvo que contenerse para no apartarlo violentamente.

—No conozco a nadie, pero a ti sí me gustaría conocerte mejor. ¿Qué te parece si pasamos un ratito juntos en algún momento?

—Eres un maleducado. No creo que ni tu madre ni tu padre estén muy satisfechos con lo que haces, ni con meter en problemas a niños pequeños. Que sepas que ha estado a punto de morir.

Paddy el Rojo se limitó a reír, y le apretó el brazo antes de apartarse y repasarla de arriba abajo.

—Pues dile de mi parte que se mejore, mamá.

Los observó cruzando la calle 14, y a punto estuvo de aplastarlos un carro antes de que se fundieran entre la muchedumbre.

Pobre Harry. ¿Qué le habría pasado para buscar la compañía de aquellos muchachos? Laura tendría que haber estado en casa en lugar de escribiendo reportajes sobre protestas violentas y clubes de mujeres radicales para sus clases. Su familia había estado a punto de hundirse sin su firme mano al timón. Todas las decisiones que había tomado eran erróneas. El hecho de que hubiera disfrutado tanto de los últimos siete meses no hacía sino empeorar la culpa que sentía por su fracaso.

Ya no le quedaba nada más por hacer allí, en el centro. Había llegado el momento de volver a casa y solucionar los problemas. Con suerte, al día siguiente Harry se habría recuperado lo suficiente como para hablar, y ella podría suplicarle perdón por haberlo abandonado.

Volvería a unir a la familia.

Capítulo veintiuno

Ciudad de Nueva York, 1993

Sadie se pasó lo que se le antojó como el fin de semana más largo de su vida encerrada en su apartamento. Fuera oía los gritos de los niños en el parque que había al otro lado de la calle, un recordatorio de que tenía que devolverle la llamada semanal a Lonnie y hablar con Valentina, pero no se veía capaz. Su hermano detectaría su nerviosismo y le preguntaría cuál era el problema, y ella no quería tener que explicarle que el doctor Hooper la había expulsado de la biblioteca. Y sería aún peor tener que fingir alegría delante de Valentina. Le resultaba imposible.

En su lugar revisó el borrador del catálogo de la exposición, procurando que la redacción fuera lo más directa e instructiva posible y dejando fuera toda prosa superflua. A lo largo de la semana anterior los trabajadores habían estado afanándose en la sala de exposiciones contigua a la Colección Berg, colocando las vitrinas donde ella les había indicado. Estaban muy cerca de la fecha de inauguración.

Apenas era capaz de contenerse para no regresar a la biblioteca y continuar con su trabajo como hasta ahora. Pero Nick y el doctor Hooper le habían dejado claro que debía mantenerse alejada, al menos durante el fin de semana, y le habían confiscado la llave. Algo harto ridículo, teniendo en cuenta que ahora el doctor Hooper era el único con llave y, a menos que tuviera planeado dirigir la biblioteca y organizar también la exposición, no quedaba nadie que pudiera hacer realidad *Sempiterno*. El lunes a las nueve en punto tenía una reunión en el despacho del doctor Hooper. No soportaba tener que esperar hasta entonces para contarle lo que había visto.

Ahora que había tenido la oportunidad de recomponerse, consideraba más importante que nunca poder describirles al doctor Hooper y a Nick lo que había oído o, concretamente, lo que no había oído: la puerta de la jaula no se había abierto ni cerrado. Quienquiera

que hubiera allí no había utilizado la puerta para entrar y salir.

En cuanto se lo explicara al doctor Hooper iría directamente a la Sala de Arte y Arquitectura para examinar a conciencia el plano original de la biblioteca. Debía de haber algo que se les estaba escapando, una forma de que el ladrón entrara con tanta facilidad y escapara sin dejar rastro. Aquel chirriar que había oído antes de que el ladrón huyera... Si pudiera volver a las estanterías, tal vez sería capaz de descubrir qué lo había causado. Tenía mucho que hacer.

Intentó llamar a Nick al fijo, pero le saltó el contestador automático, cuya voz le gruñía a la persona que llamara que dejara un mensaje. Colgó sin decir nada. Fuera lo que fuese que hubiera florecido entre ellos dos corría un terrible peligro. Justo cuando se había sentido preparada para darle una oportunidad, todo se había desmoronado.

Cuando llegó la hora de la reunión del lunes Sadie tenía los nervios a flor de piel. Nick se había quedado de pie, después de rechazar sentarse a su lado, mientras el doctor Hooper se alzaba desde detrás de su escritorio de nogal como un juez del Tribunal Superior de Justicia. Algo que en su caso no distaba tanto de la realidad.

—Por favor, Sadie, nos gustaría oír qué pasó el sábado por la noche.

El doctor Hooper hincó los codos en la mesa y juntó las manos, con los índices apuntando hacia fuera, como el jueguecito ridículo al que ella solía jugar de pequeña. «Aquí está la iglesia, aquí está el campanario.» La cancioncilla infantil irrumpió en su cabeza como un zumbido ensordecedor.

—¿Sadie?

Sacudió la cabeza.

—Disculpe. Verá, estaba en las estanterías cuando oí algo. A pesar de que no pude ver al ladrón, creo que podemos descubrir cómo consiguió bajar hasta allí. Tengo una cita con la división de Arte y Arquitectura justo después y...

—Sadie, basta.

Ella obedeció, sorprendida por la brusca interrupción del doctor Hooper.

—Déjame que te diga cómo lo veo yo. Eres la única empleada, sin contarme a mí, con acceso a la Colección Berg de las estanterías. El sábado por la noche, después de que cerrara la biblioteca, nos

topamos contigo y llevabas uno de los libros escondido encima.

Debía explicarse, y rápido.

—No lo llevaba escondido. Al ladrón se le cayó y mi intención era protegerlo mientras subía la escalera para ir tras él.

—¿Viste al ladrón?

—Ya le he dicho que no. Pero lo oí huyendo de mí.

—Sí, y nosotros también estuvimos allí y ni vimos ni oímos a nadie. Entenderás por qué estamos preocupados. Por ti y por la colección.

—Yo estoy bien. —Extrajo el texto de la bolsa de tela, desesperada por charlar sobre logística y reencaminar el proyecto—. Este es el texto para el catálogo, ya está terminado. Las vitrinas de la exposición están casi listas. Mientras tanto necesito revisar los planos originales de la biblioteca. Estoy segura de que ahí está la respuesta.

El doctor Hooper cogió el documento y lo dejó en la esquina del escritorio sin siquiera mirarlo.

—El señor Adriano me ha informado de otra cosa.

Ella se volvió hacia Nick, pero él rehuía su mirada.

—Me ha comentado que eres familia de Laura Lyons. Me resulta curioso que no mencionaras nunca vuestros vínculos familiares cuando hablamos de ella. No me gustan los secretos, y me hace preguntarme qué más me habrás estado ocultando. —Hizo una pausa —. Me temo que debo pedirte que te tomes unos días de excedencia. Hasta que decidamos qué hacer a continuación.

Ni siquiera le había dado la oportunidad de contarle su propia historia.

—¿Una excedencia? —Sadie negó con la cabeza—. Puedo ayudarles. ¿Es que no lo ve?

—De momento, no. No necesitamos tu ayuda. Nick te acompañará a tu despacho para que recojas los efectos personales que quieras.

—P-pero..., el plano. La exposición.

—Lo siento, Sadie. Me duele tener que hacer esto, pero no tengo otra opción.

No le dirigió la palabra a Nick hasta que enfilaron el pasillo que conducía a la Colección Berg.

—Sé lo que os parece, pero estamos muy cerca de solucionarlo. Se nos escapa algo.

—No podrás entrar en el edificio hasta que podamos informar a la junta de fideicomisarios y yo pueda investigar un poco más.

Ella se detuvo y lo obligó a mirarla a la cara.

—Crees que la ladrona puedo ser yo, ¿verdad?

Él no respondió de inmediato, pero la forma como desvió la mirada era toda la respuesta que necesitaba.

—Últimamente has estado sometida a mucha presión. El fallecimiento de tu madre, esta exposición. Puede que necesites un tiempo para descansar.

—Precisamente lo que no necesito es descansar. Lo que necesito es descubrir qué está pasando.

El corazón le golpeaba en el pecho. Alargó el brazo y le tocó la manga de la camisa.

—No, Sadie.

Nick se apartó y ella dejó la mano suspendida en el aire. Ya no confiaba en ella. Lo había perdido. Pero era mucho peor que eso.

—Sé lo que estás pensando, Nick. Y te equivocas.

—¿En qué?

—En que quizá fabriqué lo que hay entre nosotros, nuestra amistad, o lo que sea, para poder librarme por el robo de los libros. ¿Es eso lo que crees?

—No lo sé. Estando tan cerca de ti he acabado algo confundido, y eso no es bueno. Necesito mantener la cabeza fría.

Había conseguido que todo su mundo se desmoronara. Sadie se secó las lágrimas antes de entrar en la sala, donde Claude levantó la cabeza victorioso. Había también un par de investigadores, lo que imposibilitaba que siguieran hablando, aunque lo agradeció.

Recogió sus cosas y dejó que Nick la acompañara escaleras abajo.

Se había quedado sola.

—¿Te han despedido, entonces? ¿O es una excedencia?

Lonnie sirvió dos copas de vino y dejó una frente a Sadie. Valentina y Robin estaban haciendo los deberes juntas en la otra habitación —LuAnn volvía a estar en otro viaje de negocios— y Sadie deseaba haber podido escapar de las preguntas de su hermano y limitarse a estar allí sentada, escuchando la cadencia musical de Valentina leyendo en voz alta.

—Sinceramente, no lo sé —respondió Sadie—. No me dejan volver hasta que haya terminado la investigación.

Faltaban tres semanas para la inauguración de la exposición, y Claude estaba ahora al mando. Tanto trabajo duro y no podría mostrarlo.

—Deberíamos buscarte un abogado, alguien que pueda defenderte.

—¿De qué? No me han acusado de nada.

—Un abogado podría ayudarte a limpiar tu nombre.

—La única forma de limpiar mi nombre es que el ladrón se descubra y confiese, algo bastante improbable.

Lonnie meció el vino de la copa con la mirada clavada en Sadie. Normalmente hablar con Lonnie la hacía sentir mejor, pero aquello no tenía solución.

—¿No me dijiste que habíais encontrado los libros robados? —preguntó él.

—Sí, pero alguien se coló en la jaula y robó otro más, y yo eché a correr detrás, pero luego me topé con el doctor Hooper y el asesor de seguridad y me vieron con el libro que se le había caído y sin ladrón a la vista.

—O sea, que piensan que fuiste tú.

—Sí, suponen que fui yo. Además, los únicos con llave éramos el director y yo.

—¿Crees que ha podido hacerlo el director?

Ella lo sopesó antes de negar con la cabeza.

—No, lo dudo. Se nos está escapando algo. O eso, o el ladrón es algún tipo de fantasma.

Ciertamente parecía que un fantasma estuviera deslizándose dentro y fuera de la jaula, el espectro airado de su abuelo, que había vuelto buscando venganza por lo que fuera que les ocurriera por aquel entonces.

—¿Quizá uno de nuestros antepasados?

Lonnie le estaba tomando el pelo, pero con delicadeza.

—Si te soy sincera, creo que podría haber alguna relación. Ojalá pudiera descubrir cuál.

Deseaba haber rascado un poco más cuando su madre estaba viva, no haber permitido que esquivara las preguntas sobre su vida en la biblioteca cuando era pequeña, aunque ahora entendía por qué

Pearl quería evitar hablar de aquellos años. Hasta hacía poco, Sadie no había reflexionado sobre lo que debía de haber sido para Pearl, que no era más que una cría, perder tanto a su hermano como a su padre. Y luego, más adelante, a su marido. Pero ya era demasiado tarde.

Lonnie dejó la copa.

—¿Estás bien?

Había entrado en modo doctor, y ahora le hablaba con un tono firme y reconfortante.

—No, no estoy bien. —Tenía la voz áspera—. Tengo la sensación de que no hago nada bien.

—No digas eso, Sadie.

—Mamá era una superviviente, y creo que nunca llegué a valorarlo. Sufrió muchísimas pérdidas y siguió adelante, haciendo pasteles, viviendo la vida.

—A lo mejor ha llegado el momento de que tú también hagas algún pastel.

—¿Lo dices en serio? —Sadie soltó una carcajada—. Menudo eufemismo. ¿Se puede saber de qué narices hablas?

Él esbozó una sonrisa tímida.

—Valora tus opciones. Has aguantado muchas cosas, y quizá sea el momento de que te tomes un descanso.

—No necesito descansar de nada.

—De tu trabajo. De la muerte de mamá, que seguro que te recuerda a la de papá.

—Tú también perdiste a papá y no te has tomado ningún descanso.

—Yo tenía dieciocho y estaba en la universidad cuando murió. Tú tenías ocho y estabas con él. —Tragó saliva—. Fuiste tú la que se lo encontró.

Valentina irrumpió en la habitación con algo nacarado en las manos.

—¡Mirad! ¡Se me ha caído un diente!

Robin la seguía de cerca.

—El primero. No os daréis cuenta y ya se os habrá hecho mayor.

Sadie miró a Lonnie, que no cabía en sí de orgullo paternal, como si Valentina hubiera ganado una medalla de oro en las Olimpíadas.

—Enséñamelo, tesoro.

Lonnie extendió la mano y la ahuecó en torno al diente, mientras

Valentina lo miraba con una sonrisa mellada en el rostro.

Después de divorciarse, Sadie se había entregado a su trabajo en la biblioteca y aceptado su nueva vida de la mejor forma posible. Se había distraído con los hechos, convencida de que el conocimiento y la lógica podían solucionar todos los problemas del mundo, y amputarse una parte de sí misma en el proceso. Ahora debía elegir: podía continuar así, esperando pacientemente a que Nick y el doctor Hooper la juzgaran culpable o inocente, consciente de que ella no había hecho nada malo, o podía pasar a la acción. La adrenalina que la colmaba al investigar los robos de los libros y la historia de su familia hacía que sintiera la necesidad de seguir adelante, de rastrear las pistas, sin importar lo que descubriera, a pesar de que la hubieran expulsado de la biblioteca.

No había llegado a conocer a su abuela, quien parecía ser el eje tanto de su vida profesional como de su familia. La mujer que habría tenido todas las respuestas había muerto durante la Segunda Guerra Mundial, asesinada durante el *Blitz* alemán en Londres. Era demasiado tarde.

¿O no?

Se volvió hacia Lonnie.

—Puede que tengas razón con lo del descanso. A lo mejor debería ir a Londres.

Inglaterra. Hogar de Virginia Woolf, de Charlotte Brontë. De tantos autores. Incluida Laura Lyons.

—¿Donde el puente?

Valentina se dispuso a cantar una versión desentonada de una canción infantil.

—Justo.

Lonnie la escudriñó.

—¿Por qué Londres?

—Bueno, porque ahora mismo no tengo mucho que hacer aquí. Y no he estado nunca. Además, formó parte de la vida de mamá, aunque no nos hablara demasiado al respecto. Ahora que en el trabajo ya me conocen como la nieta de Laura Lyons, ¿por qué no ir allí y ver qué puedo descubrir?

No verbalizó la idea de que quizá pudiera aprovecharse de sus vínculos familiares y conseguir algo para la exposición *Sempiterno*. Y volver a caerle en gracia al doctor Hooper. Era harto improbable, eso

seguro.

—Pues sí, ¿por qué no?

Capítulo veintidós

LONDRES, 1993

Sadie no era capaz de comprender por qué alguien querría viajar más de dos husos horarios. Se había despertado babeando y mareada cuando los azafatos habían empezado a repartir bandejas de desayuno con un alboroto ensordecedor. A la lenta salida del avión le había seguido una larga cola en la aduana.

La agencia de viajes le había encontrado un billete a buen precio tres días después de que le hubiera planteado la idea a Lonnie, junto con una tarifa razonable en un hostal. Una vez allí se había tumbado durante lo que pretendía que fuera una cabezadita de veinte minutos y se había despertado seis horas más tarde, muerta de hambre y confundida. A eso le siguió una noche en vela en su habitación, antes de que la propietaria del hostal llamara a la puerta a la mañana siguiente con una bandeja de té, exclamando con una voz cantarina que había que empezar el día con fuerzas, cuando lo único que Sadie quería era volver a meterse en la cama.

Había malgastado el primer día durmiendo, y solo le quedaban cuatro más, así que Sadie se obligó a levantarse de la cama y se dio un buen baño, lavándose el pelo mientras trataba de no empapar el papel floral color lima de las paredes. No fue nada fácil.

El metro era muy diferente al de Nueva York, donde los torniquetes se te tragaban las fichas y ya podías ir adonde quisieras. En Londres debías demostrar que no habías viajado más allá de la zona por la que habías pagado, o eso le explicó el irritable trabajador del metro mientras Sadie intentaba pasar torpemente por el torniquete después de haber perdido el tique. La avergonzaba meter tanto la pata; siempre se había enorgullecido de hacer las cosas bien.

Lo hizo lo mejor que supo, comiendo bocadillos que apenas tenían un trozo de queso y un tomate goteante, tomando té y decidiendo cuánta propina dejar. Si estuviera con Nick se habrían

reído de la infinidad de diferencias entre las dos culturas. Lo echaba de menos. Echaba de menos la biblioteca, el olor de los libros viejos y la chirriante silla de su despacho. Los días en los que todo estaba en orden, cuando podía prever qué ocurriría.

Estaba aturullada, un verbo onomatopéyico magnífico para describir su estado actual, inquieta, confusa y agotada. La ciudad de Londres también estaba aturullada después de que el IRA hubiera hecho explotar un camión lleno de explosivos en el distrito financiero de la ciudad dos semanas atrás, que se había saldado con una muerte y más de cuarenta personas heridas. Aquello, sin embargo, no había disuadido a Sadie de ir, igual que la bomba del aparcamiento del World Trade Center no había cambiado su forma de vida en Nueva York. Aunque sí debía admitir que desde entonces apretaba el paso al pasar por delante de camiones aparcados en el arcén sin motivo aparente.

Pero Sadie comenzó a relajar los hombros y a animarse al seguir el mapa a través de las empinadas calles de Highgate, hasta la dirección que aparecía en toda la correspondencia de la herencia de Laura Lyons. El aire parecía más ligero allí que en Nueva York, más suave. Acabó frente a una casa de ladrillo rojo con un exuberante jardín de rosas delante, una maraña descontrolada de flores blancas y vides espinosas que tenían un aspecto ligeramente siniestro, como un alambre de espino floral. Se dio cuenta con un respingo de que era la ubicación exacta en la que había posado Laura Lyons para la fotografía que colgaba en el salón de Lonnie.

Sadie llamó a la puerta. Tras una breve espera, una mujer mayor con los pómulos altos y unos grandes ojos azules abrió la puerta.

—Hola, busco a la señora Hilary Quinn —anunció Sadie.

La mujer no respondió de inmediato, sino que se limitó a mirarla fijamente.

—Soy yo. ¿Y tú quién eres?

Hablaba con una voz gutural.

—Sadie Donovan, la nieta de Laura Lyons. He estado llamando, intentando contactar con usted, desde Nueva York. Se me ocurrió venir a verla durante mi viaje por el extranjero y presentarme.

La señora Quinn entrecerró los ojos y la observó con suspicacia; poco después suavizó la mirada.

—Te pareces muchísimo a ella. Perdóname, llevo un tiempo algo

pachucha, y lo último que me esperaba era verte. Entra.

La casa ocupaba las dos primeras plantas del edificio; la inferior se abría hacia una enorme cocina con una larga mesa de madera en el centro y un salón detrás con vistas a otro jardín selvático. Allí era donde Laura había escrito sus ensayos. Allí era donde se le habían ocurrido sus ideas radicales y las había puesto en palabras que habían inspirado a generaciones.

Y allí era donde la madre de Sadie, Pearl, había vivido varios años antes de regresar a Nueva York para estudiar en la universidad. De nuevo Sadie sintió una punzada de culpa por no haberle hecho más preguntas. Aunque, claro, ¿qué clase de hijo se preocupa por la vida de sus padres antes de que naciera? Cuando consideramos valiosa la relevancia del pasado, y de cómo se refleja en la siguiente generación, ya es demasiado tarde.

—¿Te apetece un té?

La señora Quinn se trasladó ágilmente hasta los fogones.

—¿Puedo ayudarla? Por favor, no me prepare nada si es molestia.

—No es ninguna molestia, en absoluto.

Sadie se acomodó en una de las sillas de la mesa.

—¿Cuándo empezó a trabajar para mi abuela?

—En 1935. Ya ha llovido.

—¿Conoció a mi madre, Pearl?

Incluso mientras lo preguntaba cayó en la cuenta de que los números no cuadraban para que sus caminos se hubieran llegado a cruzar.

—No. Laura a veces hablaba sobre su hija en Estados Unidos, pero nunca fue a verla, y la chiquilla tampoco vino aquí.

—¿Le dijo alguna vez por qué? ¿Habían discutido por algo?

La señora Quinn se encogió de hombros.

—No lo tengo claro.

Sadie esperó, pero la mujer no parecía estar dispuesta a desarrollar su respuesta. Tal vez Sadie estuviera pecando de demasiado directa, de demasiado norteamericana. Probó con un enfoque algo más delicado.

—Qué maravilla que por fin se valore a Laura por su trabajo.

—Últimamente llegan aquí legiones de fans que quieren saber más sobre ella y su vida. —La señora Quinn resopló—. Llaman a la puerta a primera hora de la mañana y me piden que les enseñe la

casa.

Eso explicaba su reticencia.

—Yo también soy seguidora de su obra, pero espero que entienda que esto va mucho más allá de eso. Aunque sí tengo algunas preguntas.

La señora Quinn sirvió té en dos tacitas y se sentó frente a Sadie.

—¿Esperas encontrar algo para la exposición? ¿Has venido realmente por eso?

Así que sí había escuchado los mensajes de Sadie. Con todo, las palabras de la señora Quinn no eran una invitación, sino una advertencia.

—Es mi trabajo. Así que sí, por descontado que estoy interesada en cualquier cosa que dejara atrás. —No tenía ningún sentido mencionarle que un borrador temprano de un ensayo de la escritora podría ser lo único que salvara la poca reputación que le quedaba—. Pero, para serle sincera, y como nieta suya, me encantaría conocerla un poco mejor.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Le aseguro que no quiero importunarla. Mi madre apenas hablaba de su madre, y Laura fue una figura tremendamente importante. Entiende que se lo pregunte, ¿verdad?

La señora Quinn pareció ordenar los pensamientos.

—Era una mujer reservada, poco habladora. Prudente pero generosa.

Era un buen principio.

—Me gustaría haberla conocido.

—Eres igualita a ella. Cuando te he visto casi me da un ataque. Ese pelo. Pero, sobre todo, tienes sus ojos.

—Y a las dos nos enamora la literatura, claro. Me gusta bastante la idea de que me parezco a ella. Las dos estuvimos casadas y luego aceptamos una vida más independiente. —Se quitó de la cabeza los pensamientos sobre Nick—. Seguimos adelante por nuestra cuenta.

La señora Quinn apretó los labios, como si hubiera estado a punto de decir algo antes de echarse atrás.

La expresión de sus ojos hizo que Sadie se parara en seco.

—¿Laura volvió a enamorarse?

—No. Qué pregunta tan ridícula.

Las palabras de la señora Quinn rezumaban incomodidad. La

mujer estaba ocultando algo.

—¿Ningún amante o aventura?

Sadie no pudo evitar escarbar un poco más.

—Por supuesto que no.

—Bueno, a ver, creo que sería natural que una mujer con talento y éxito encontrara a otra persona en etapas posteriores de su vida. —Sadie esperó, pero la señora Quinn no dijo nada—. ¿Puedo preguntarle por qué no quiso dejar ningún documento tras su muerte?

—¿Para qué?

La señora Quinn estaba ya claramente a la defensiva. La entrevista iba cuesta abajo sin frenos.

—Como comisaria me interesa muchísimo lo que los escritores dejan atrás en forma de borradores tempranos, diarios o notas. Me llama la atención que se negara a dejar algo para la posteridad.

—Decía que quería que su trabajo se defendiera por sí solo, sin borradores descuidados ni fragmentos repartidos en sobres que los diluyeran. Según ella, había destilado su trabajo hasta dar con la esencia, conque no era necesario nada más.

—Así que ¿su orden fue que lo destruyera todo tras su muerte?

La señora Quinn señaló la chimenea del salón.

—Allí mismo lo destruí, justo el día después.

Sadie clavó la mirada en la chimenea, horrorizada. Toda su vida profesional había consistido en recopilar, preservar y honrar notas y cartas. Pensar que todas las pistas sobre una vida habían desaparecido por la chimenea, convertidas en ceniza...

Era una pérdida irreparable. Sadie sintió el impulso de sacudir a aquella mujer y hacerla entender que no debía enorgullecerse por lo que había hecho.

—Me estás juzgando, lo noto —comentó la señora Quinn.

—No, claro que no.

Pero las palabras sonaron falsas, incluso a oídos de Sadie. Presa del entusiasmo, la había presionado demasiado.

—Creo que lo mejor será que te vayas.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Por favor, vengo desde Nueva York. Mi madre murió hace poco, y he tenido muchas presiones en el trabajo... —Se interrumpió, sin saber qué más decir—. ¿Podemos empezar de nuevo? ¿Por favor?

Pero a la mujer no le conmovieron las súplicas de Sadie. La

entrevista había terminado.

Sadie regresó a la mañana siguiente. Y a la otra. Sabía que la señora Quinn estaba ahí, acechando tras la puerta principal, y decidió demostrarle que no había tirado la toalla.

Por la noche buscó los locales de música de Londres que acababa de descubrir en la prensa: el Blue Note para conciertos de jazz ácido, la sonora voz de Leonard Cohen resonando por el Royal Albert Hall y los ritmos penetrantes y luces intermitentes del Four Aces. Pero la energía que normalmente le recorría las venas cuando se aventuraba hacia la noche había desaparecido. Se notaba cansada, sí, pero también gastada. Como si el ritmo del bombo ya no le sirviera para perderse, para ocultarse de sí misma.

El último día volvió a pasarse por la casa de la señora Quinn. La cortina frontal se meció cuando rodeó los rosales que invadían el camino delantero, pero de nuevo no hubo respuesta al timbre. Era, ciertamente, de locos. ¿Cómo se le había pasado a su abuela por la cabeza poner a aquella boba egoísta a cargo de su herencia?

Aunque, por otro lado, era probable que no hubiera previsto morir tan joven.

Dio varios porrazos a la puerta, esperó un instante y volvió a llamar.

—Señora Quinn, soy Sadie otra vez. Sadie Donovan. Me encantaría charlar con usted.

En la calle una mujer empujaba uno de esos cochecitos de bebé clásicos, apretando los labios ante el alboroto que estaba montando Sadie.

Sadie le dirigió una sonrisa débil antes de continuar.

—Señora Quinn, ¿está ahí? Sé que me está oyendo.

Nada. Volvería a Nueva York sin nada más que una camiseta con la Union Jack para Valentina. Se apoyó contra la puerta y se dejó caer hasta el suelo, observando cómo la niebla flotaba igual que un desfile de fantasmas. Ya le iba bien sentarse y no pensar en nada.

—Escúcheme, señora Quinn. —Le hablaba al aire, al jardín, a nadie en concreto—. Voy a serle sincera. Es cierto que quiero pedirle algo. Me encantaría conseguir algo, lo que fuera, de Laura para poder enseñárselo a mi jefe y añadirlo a la exposición. Mi trabajo pende de

un hilo por varias razones, aunque ninguna que tenga que ver con mis cualificaciones, se lo aseguro; soy la mejor bibliotecaria de la institución, de lejos. Pero lo que sí tengo que pulir un poco son mis habilidades sociales, por así decirlo. De verdad, usted y yo tenemos mucho más en común de lo que cree. Mi abuela, nuestra capacidad para desconectar de los demás y dedicarnos a lo nuestro. Me quito el sombrero.

Oyó un golpe al otro lado de la puerta. La señora Quinn no se perdía detalle de lo que le estaba diciendo. Sadie se enderezó.

—Ha habido una serie de robos en la biblioteca, y debo descubrir al culpable y arreglar la situación. Por lo visto también hubo robos durante el tiempo que Laura vivió allí, y quiero saber si existe alguna conexión. O si le contó alguna cosa al respecto.

La puerta se abrió de improviso y Sadie estuvo a punto de caer sobre el suelo del recibidor. Dio media vuelta y levantó la mirada hasta la señora Quinn, quien desde aquel ángulo tenía un aspecto fiero, observándola con aquellos gélidos ojos azules.

—Entra.

Más té y otra vez sentadas a la mesa de la cocina, aunque ese día la señora Quinn sacó de una lata unas galletas con el centro de mermelada y las colocó en un plato.

—¿Dónde te hospedas?

—En Bloomsbury. —Sadie le dio un mordisquito a una galleta—. Son deliciosas. Mi madre solía hacerlas también.

—Laura solía presumir de las habilidades de su hija en la cocina.

La cosa progresaba.

—Mi madre era una repostera excelente. Murió a finales de marzo.

—Lo siento mucho.

—He leído en algunas biografías que mi abuela murió durante un ataque alemán en Londres, en un bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial, pero poco más. ¿Ocurrió cerca de aquí?

Por un instante tuvo la impresión de que la señora Quinn iba a cerrarse en banda de nuevo. Sin embargo, poco después sacudió ligeramente la cabeza, como si acabara de despertarse.

—Había ido a la ciudad a visitar a su amiga Amelia.

Había algo en la forma con que la señora Quinn había pronunciado aquel nombre que hizo que Sadie se detuviera. Una cierta

dulzura. Le tenía cariño.

—¿Amelia?

—Sí. La doctora Amelia Potter, la defensora de la sanidad pública. Era bastante conocida en su época.

—¿Qué hizo?

—Se aseguró de que los pobres recibieran una atención médica en condiciones. Salvó miles de vidas y mejoró las de otros miles de personas.

—¿Y Laura y ella tenían una relación estrecha?

—Muy estrecha.

Ató cabos al instante. Amelia y Laura habían sido más que amigas, de eso no le cabía la menor duda. Y explicaba la actitud defensiva de la señora Quinn a las preguntas sobre la vida amorosa de Laura que Sadie le había hecho unos días atrás. Cogió aire.

—¿Puedo preguntarle si eran amantes?

La señora Quinn se miró las manos.

—No pasa absolutamente nada si lo eran —comentó Sadie.

—De esas cosas no se habla.

—Puede que en aquella época no, pero los tiempos han cambiado. O, como mínimo, están cambiando. Me parece fantástico que tuvieran una relación estrecha.

La señora Quinn la observaba con una ceja arqueada, como si estuviera evaluando la valía de Sadie. Cuando al fin habló, las palabras surgieron de forma atropellada, motivadas por el alivio palpable de airear un secreto largamente guardado.

—Era fantástico. Eran una pareja hermosa. Se conocieron en Nueva York, y aunque no vivieran juntas, rara vez pasaban una noche separadas.

Sadie siempre se había imaginado que estaba modelando su vida a imagen y semejanza de la de Laura, centrándose en su trabajo, cuando, de hecho, Laura había tenido una relación durante décadas que fácilmente podría haber puesto en peligro su reputación y bienestar si se hubiera descubierto la verdad. Pero Laura había luchado por quien amaba de todas formas, mientras que Sadie había rechazado la mera posibilidad de encontrar el amor tras su divorcio.

Sadie se inclinó hacia delante.

—Significa muchísimo que las protegiera. Entiendo por qué lo hizo, puesto que quería que lo que representara su legado fuera su

obra. ¿Estaban juntas al final?

—Le dije que no fuera a casa de Amelia, que no era seguro, pero ella insistió. Siempre tuvo una voluntad férrea. —La señora Quinn dirigió la mirada hacia la ventana y el jardín delantero—. Se quedó allí hasta tarde, como había hecho otras veces. Cayó una bomba alemana y el edificio se les vino encima.

—Qué horror. Para usted también.

La señora Quinn miró a Sadie.

—Gracias, es un detalle.

Sadie veía la situación desde el punto de vista de la anciana. Había obedecido órdenes para proteger el legado de su jefa y luego, cuando Laura Lyons se convirtió en una persona famosa, la habían despreciado por ello.

—Gracias por cuidar de la herencia. Mi hermano y yo se lo agradecemos.

—Ojalá hubiera estado viva para ver hasta dónde ha llegado.

—Hasta ver lo adelantada que estuvo a su tiempo, querrá decir.

—Sí, tienes razón. —La señora Quinn le hizo un ligero gesto de cabeza—. Voy a contarte algo que no le he dicho jamás a nadie, ya que me preguntas por sus escritos. Y solo te lo voy a contar porque eres su nieta. Unos pocos meses antes de que muriera, cuando la ciudad estaba al borde del colapso y nadie sabía lo que le depararía el futuro, me contó que había escrito un ensayo que debía mostrarse tras su muerte, y que me lo daría algún día, pero no todavía. Me dijo que allí explicaba toda la verdad, y que por eso siempre lo llevaba consigo.

—¿La verdad? —repitió Sadie—. ¿No lo llevaba encima cuando la encontraron?

La señora Quinn negó con la mano.

—Rebusqué entre sus pertenencias, y en todos los bolsillos de sus abrigos y vestidos. No había nada oculto en ningún forro secreto.

—¿Alguna vez le habló de su marido, de mi abuelo?

—Jamás me habló de él, y rara vez hablaba de sus hijos, pero no era por falta de sensibilidad. Tenía la impresión de que precisamente lo que se lo impedía era eso, que la embargaban las emociones. Siempre estaba centrada en lo que tuviera entre manos, fuera lo que fuese. Laura era a veces una persona alegre, y siempre fue muy aguda. Pero no hablaba de su vida en Estados Unidos.

—Así que tampoco le habló de un robo en la biblioteca de Nueva

York, ¿no?

—No. —La respuesta de la señora Quinn fue cuidadosa, medida —. ¿Qué robaron?

—Varios libros únicos. Es probable que la obra más importante fuera el *Tamerlán* de Poe. Era verdaderamente valioso, y una de las primeras cosas que desaparecieron cuando Laura y la familia vivían allí.

—Poe. Su autor favorito.

—¿Sí? ¿Se lo dijo ella?

Sadie dejó la galleta que acababa de coger.

—Recuerdo que una vez estábamos en una fiesta de Navidad que organizaba una familia de la calle, unas casas más abajo. Marido, esposa y dos hijos, un chico y una chica. Laura había bebido bastante, algo impropio de ella, y estaba contemplando una librería que ocupaba toda una pared. Tenía una antología poética de Poe en las manos, y se volvió hacia mí y me dijo que Poe era su autor favorito. —La señora Quinn hizo una pausa, como si estuviera decidiendo si continuar o no—. Se puso muy misteriosa, algo bromista, y me dijo que sabía de uno que estaba oculto en un lugar en el que nadie lo encontraría jamás.

—Uno... ¿Se refería a un libro de Poe?

—Se rio. Me dijo que el libro estaba exactamente donde debía estar y, al mismo tiempo, justo donde no debía estar. Le pregunté a qué se refería, pero se le vidriaron los ojos y cambió de tema. Me acuerdo bien porque era la primera vez que la veía llorar. Era una mujer muy contenida.

«Donde debe estar y, al mismo tiempo, donde no debería estar.»

En una biblioteca sería la respuesta a la primera parte. ¿Y si la respuesta a la segunda era en algún lugar de su viejo apartamento, donde habían vivido? ¿Y si Laura Lyons sabía que su marido había ocultado el libro robado cerca, en un lugar seguro? Habría sido el escondrijo más obvio y más sencillo. Tal vez bajo un tablón suelto del suelo, o en un armario viejo. Con todas las cajas y los restos apilados desde que las habitaciones se habían convertido en almacenes, era posible que cualquier objeto oculto hubiera permanecido intacto con el paso de los años.

La señora Quinn se terminó el té.

—Siento no poder ayudarte más.

—En absoluto, me gusta oír hablar de ella.

—Espero que puedas conservar el trabajo.

—Yo también.

Se despidieron después de que Sadie le prometiera que estarían en contacto.

De vuelta en el hostal recordó de un sobresalto que era el cumpleaños de Lonnie, y lo llamó para desearle que pasara un buen día y para ponerlo al corriente de lo que había descubierto.

—Me muero por volver al piso viejo para ver si encuentro algo —le dijo.

—Te basas en recuerdos de hace muchos años, pero espero que te lleve a algo. Entiendo que ya estás lista para volver a casa, ¿no? —le preguntó él.

—Sí. Me ha ido bien alejarme unos días, me alegro de haberme marchado. Creo que ahora ya puedo gestionar todo lo que se me venga encima.

—Cuenta conmigo.

—Gracias. Y felicidades, hermanito.

Tras un largo vuelo a casa Sadie tiró al suelo el equipaje y se tumbó en la cama. Soñó con los alaridos de las sirenas, explosiones de bombas y fuego. La despertó el tono de su móvil y respondió con un somnoliento «¿sí?».

—Sadie, soy LuAnn.

Miró la hora; eran las siete de la mañana.

—¿LuAnn? ¿Qué ha pasado?

—¿Valentina está contigo?

Sadie se incorporó de un salto.

—No. ¿Por qué?

Esperó a que LuAnn respondiera, pero lo único que oía era una extraña respiración, como si no fuera capaz de coger aire. Como si estuviera bajo el agua.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —exigió Sadie.

—Ha desaparecido. —Una pausa, otro llanto ahogado—. Valentina ha desaparecido.

Capítulo veintitrés

Ciudad de Nueva York, 1914

—Dime adónde ibas cuando no estabas en la escuela.

Harry estaba acurrucado junto a Laura en su cama, ya en casa, donde llevaba varias semanas recuperándose poco a poco, ganando fuerzas con cada día que pasaba. Laura dio las gracias para sus adentros. Harry estaba vivo, ellos estaban bien y al final todo volvería a la normalidad, ahora que ya no tenía que dividir sus energías.

Harry le evitaba la mirada.

—Sé que ibas al centro con un chaval que se llama Paddy el Rojo.

Por fin había captado su atención. Era extraño, pero las habilidades de investigación que había aprendido en la Escuela de Periodismo estaban dando sus frutos. Podía seguir una pista y no temía hacer preguntas, que era lo que la había conducido hasta Paddy el Rojo y sus compinches. No le había contado a Jack lo que había descubierto, en parte porque quería hablar primero con Harry a solas, pero también porque no le cabía duda de que la culparía por no haber estado lo bastante en casa como para saber que su hijo había estado saltándose clases, semana tras semana.

—Dime por qué, Harry.

Él se encogió de hombros.

—No soporto el colegio. Iba a suspender igual, ¿para qué iba a ir?

—¿Y por qué ibas a suspender?

—No lo sé. No hago nada bien. Los profesores me daban en la mano con una regla cuando no me sabía las respuestas.

Se abrazó al peluche que Laura le había comprado cuando volvió a casa, un corderito mullido con una campanita en el cuello.

—¿Por qué no nos lo contaste a tu padre o a mí? Podríamos haberte ayudado.

—Porque nunca estabais en casa.

Eso era verdad. Jack había estado liado bien trabajando o bien

con su manuscrito, y ella había estado absorbida por la universidad y el club. Y Amelia.

—Lo siento, mi amor. Pero lo solucionaremos juntos, ¿vale? Sabes que yo también he suspendido el curso este año, ¿verdad?

Hizo un gesto solemne de cabeza.

—¿Porque tampoco entendías nada?

—Bueno, más bien porque los demás no entendían nada. Pero mírame: estoy bien, y ya decidiremos qué hago a partir de ahora, igual que tú. Estamos contigo, ¿vale?

Harry apretó con fuerza el corderito y la campanita tintineó ligeramente.

—¿Me lees un cuento? —preguntó.

Laura cogió *Héroes marítimos*, pero se lo alargó a él.

—Creo que eres tú el que debería leérmelo a mí.

Él suspiró y fue pasando páginas hasta dar con el marcapáginas. Con el libro a apenas unos centímetros de la cara empezó a leer, trastabillándose con cada palabra. Después del primer párrafo lanzó el libro sobre las sábanas, frustrado.

—No puedo, ya te lo he dicho. Por favor, ¿me lo lees tú?

El quejido lastimero le partió el corazón.

—Harry, ¿no eres capaz de ver las letras si te alejas el libro de la cara? —Lo cogió de nuevo y se lo colocó sobre el regazo—. ¿Cómo lo ves desde ahí?

Él señaló el corderito.

—Como el peluche. Borroso.

—¿Ves las letras borrosas?

—Y las palabras. Todo.

Laura estuvo a punto de reírse de alivio, pero se contuvo.

—Necesitas anteojos, Harry. Ya está. Estoy segurísima. Cuando te pongas bueno te compraremos unos y podrás ver y leer como el resto de los niños.

—¿Es que tú no lo ves así?

—No. Yo lo veo claro. Nada borroso. Normal que te hayas frustrado. No estás viendo lo mismo que los demás. —Lo abrazó con fuerza—. Siento muchísimo que lo hayas estado pasando mal. Te prometo que no me moveré de aquí a partir de ahora.

—¿Cómo va mi hombretón? —Jack estaba en la puerta, radiante, y no esperó respuesta—. Casi he acabado con las correcciones.

Trabajaré toda la noche y dejaré el manuscrito listo para entregárselo al agente. De aquí al mundo entero.

Su egocentrismo la sacaba de quicio, pero supuso que tenía todo el derecho del mundo a estar orgulloso. Se levantó y dejó que le diera un buen abrazo, intentando no pensar en lo diferente que era que la abrazara Jack a Amelia, unas extremidades fornidas y barba frente a una piel suave y una ligereza muda.

Todo eso había terminado.

A partir de ahora su familia sería lo primero.

El doctor Anderson se mostró sorprendentemente empático cuando le explicó que no había terminado la universidad, e incluso le pidió si le gustaría contribuir en el próximo boletín para empleados. Ella lo rechazó. Si Jack necesitaba una mecanógrafa, lo ayudaría. Si Harry necesitaba anteojos, ella se encargaría de todo. Era la que mejor sabía manejar a aquellas tres personas. Su madre se había portado de maravilla al ayudarlos, pero nadie podía ocupar el puesto de Laura, ni debía. Su suspenso en Columbia solo demostraba que no tenía ningún sentido intentar salir adelante en una carrera profesional salvo que fueras una mujer sin ataduras, como Amelia, o como tantas otras integrantes del Club Heterodoxy. De lo contrario, los obstáculos eran insuperables. Qué insensatez haberse imaginado que podría sacar tanto adelante, y sus fracasos familiares no hacían sino demostrarlo. Si hubiera estado en casa tal vez se habría percatado de los problemas que tenía Harry para leer y le habría puesto remedio antes de que lo castigaran y se fugara con Paddy el Rojo presa de la frustración. Aquel era ahora su trabajo. Los niños y Jack.

Trató de no pensar en Amelia, trató de olvidar sus ridículas bromas y cómo la miraba cuando hablaba, como si cada palabra fuera una gominola que quisiera saborear. La vida de Laura había vuelto al lugar que se suponía que le correspondía. Pero seguía echando muchísimo de menos a Amelia, los escalofríos que las recorrieron cuando empezaron a conocerse mejor, el disfrute físico de tener a la persona que más amaba sentada a su lado, la conexión emocional con alguien que sabía exactamente cómo era y que la quería por los motivos adecuados. La persona que deseaba que Laura se forzara, se estirara, se desafiara.

Pero era demasiado pedir.

Se desasió del abrazo de Jack.

—Me voy a preparar la cena. Tenemos mucho que celebrar, ¿no? —Se volvió hacia su marido—. Tengo un fuerte presentimiento de que nuestro hombrecito aquí presente necesita gafas, y que eso le facilitará las cosas en la escuela.

—¿Gafas? —Jack le dio un golpecito cariñoso en la barbilla—. Que sepas que, como empieces a llevar gafas, te van a ir detrás todas las chicas. Parecerás mucho más mayor y serio.

—¿De verdad?

Harry se ruborizó.

—Créeme, chaval. Sé lo que me digo.

Jack era un buen padre. Ahora que casi había terminado el libro por fin podrían pasar a la fase siguiente de sus vidas. Tal vez pudieran marcharse de la biblioteca a algún lugar al norte de la ciudad, más cerca de los padres de ella. No al centro. Aquel sueño había muerto.

Por un instante se preguntó quién sería cuando los niños se hubieran independizado y formado sus propias familias. Los días vacíos se alargarían mientras Jack escribía otro libro o viajaba por el país haciendo ponencias. ¿Se arrepentiría entonces de sus decisiones?

No, se acabaron las aspiraciones para ella. Que Jack siguiera siendo el soñador.

Cuando Harry se hubo recuperado del todo lo llevó al oculista; era la primera vez que salía de casa desde que había vuelto del hospital. El doctor le dijo que tenía un aspecto muy «académico» con las gafas nuevas, y Harry regresó a casa con la cabeza algo más alta. Laura pronunció una oración de agradecimiento para sus adentros por el color saludable que habían recuperado las mejillas de su hijo, una vez sustituido al fin el rubor de la enfermedad. De camino a casa había leído en voz alta los carteles y pósteres que se encontraba, entusiasmado por demostrar sus capacidades renovadas. Laura no cabía en sí de orgullo.

Pearl estaba hecha un ovillo en el sillón del salón cuando llegaron a casa. Era evidente que la enfermedad de Harry la había afectado.

—Pearl, ¿qué pasa?

—Padre está enfadado. Ha tirado un libro contra la pared.

¿Quizá el agente le había rescindido el contrato? ¿Sería una práctica habitual en el mundo editorial? Pobre Jack. Laura miró a su alrededor, buscando un montón de papeles sueltos, pero no encontró

nada.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—Estábamos entrando en la biblioteca y había una señora en el mostrador de información que padre conocía. Traía un libro para ti, y padre se ha ofrecido a dártelo.

—¿Qué señora? ¿Qué aspecto tenía?

—Llevaba corbata, como un hombre.

Amelia.

Pearl se mordió el labio.

—La señora no parecía querer darle el libro al principio, pero padre ha insistido.

—¿Dónde está?

Señaló el rincón que había detrás del otro sillón.

—Lo ha abierto y lo ha mirado, y luego lo ha tirado por allí y se ha ido.

Le dijo a Harry y a Pearl que se fueran a sus habitaciones, y hasta que no se marcharon no se acercó a la parte trasera del sillón y recogió el libro, cuyas hojas estaban dobladas y la encuadernación, rota.

El despertar, de Kate Chopin.

Amelia le estaba enviando algún tipo de mensaje. Que la echaba de menos, quizá. Un sofoco le recorrió el cuerpo.

Lo hojeó y detectó una dedicatoria a pluma en la página del título.

XXVII – A

Pasó hasta la página veintisiete y la calidez desapareció. Los ojos se le fueron al segundo párrafo de la página, donde la heroína admitía estar prendada de la belleza sensual y la sinceridad de otra mujer: «Quién puede decir qué metales usan los dioses para forjar los delicados vínculos que llamamos “simpatía” y que también podríamos llamar “amor”».

Jack había visto a Amelia e interceptado su entrega. Había leído la dedicatoria y lo sabía. Sabía que era una nota de amor, encuadernada en piel.

En la parte inferior de la página había una palabra más escrita con tinta.

Laura saludó con una sonrisa tensa a los trabajadores con los que se cruzó de camino al sótano. La alivió encontrar a Jack en su despacho, donde podrían charlar en privado, lejos de los niños. Allí tendría una oportunidad para explicarse.

—He visto el regalo de la doctora. —Ni siquiera se molestó en esperar a que hubiera cerrado la puerta para empezar a hablar—. He leído la dedicatoria.

Se devanó los sesos en busca de las palabras correctas, pero no había nada adecuado. Se veía totalmente incapaz de explicarle lo que sentía por Amelia y lo que había ocurrido entre ellas de una forma que Jack pudiera comprender.

—¿A eso has estado dedicando todo el tiempo? ¿A estar con esa mujer?, ¿haciendo qué? ¿No eras feliz conmigo?

—No tiene nada que ver con eso. Soy muy feliz contigo.

Pero era más feliz con Amelia. Él torció el gesto.

—Obviamente he oído hablar de esas cosas, pero ¿mi mujer? ¿Y qué significa lo de «Londres»? ¿Quiere que te fugues con ella a Londres?

—Ni siquiera me lo he planteado, no sería capaz, ya se lo dije.

—Que ni se te pase por la cabeza que voy a permitir que te vayas con mis hijos. No lo permitiré jamás.

A pesar de que entendiera su turbación, no podía evitar darse cuenta, de nuevo, de que estaba dictándole qué podía hacer y adónde podía ir. La ira lo afeaba.

Se sentó en una de las sillas y esperó a que Jack relajara el gesto. Llevaban tantísimo tiempo juntos que se había olvidado de verlo como a un hombre, como a un compañero. En su lugar se había convertido en otra persona de la que cuidar, en otra camisa que lavar, otra comida que preparar. No era justo para él.

Extendió la mano por encima de la mesa, pero él no se la cogió.

—No pienso irme a ninguna parte. Fue el momento, me había quedado absorta. Te quiero, y quiero a los niños. He aprendido muchísimo sobre mí este último año, y ahora, con Harry enfermo, he comprendido que no lo necesito.

—¿El qué?

—Trabajar, hacer algo más aparte de cuidar de ti y de los niños. Cuando iba al centro me encontraba con un mundo diferente en muchos sentidos, y me deslumbró.

—¿Que te deslumbró? ¿Qué eres, una cabaretera?

La palabra rezumaba desprecio.

—No, he elegido mal la palabra. Sé que lo que digo no tiene mucho sentido. Pero era como una obsesión, como las de las colegialas. Yo te quiero a ti. Y quiero a nuestra familia, a lo que hemos creado.

Él cogió aire despacio.

—Me siento fatal, Jack. De verdad. Lo siento.

—No debería haber dejado que volvieras a la universidad. Fue una idea terrible.

—Quería tener algo, como tú, como el libro, algo que me distrajera. No hay más. Por eso quería estudiar periodismo. Lo de Amelia fue distinto, no sabría explicarlo bien.

—No pronuncies su nombre.

Otra orden. Debería haberlo previsto, claro, pero eso no significaba que no le doliera igual.

—Estabas tan centrado en tu libro, y yo quería algo así para mí, algo que me supusiera un reto.

—Y te buscaste una amante, ¿no? ¿Una mujer?

Oír a Jack nombrar la relación que había mantenido con Amelia con aquel arrojo después de que ellas dos hubieran estado evitando pronunciar aquellas palabras fue como si le dieran un bofetón. Finalmente se hacía público. Había tenido una aventura y traicionado a su marido y a su familia. Las mejillas se le ruborizaron por la vergüenza.

—No. Me refiero a la Escuela de Periodismo. Son cosas distintas. Por favor, no las confundas. Ella no era más que una amiga que...

Él levantó una mano.

—No lo digas. No quiero oírlo. Si esto sale a la luz seré el hazmerreír. No me publicarán el libro. No me puedo creer que hayas puesto en peligro todo mi trabajo.

Ojalá consiguiera que lo entendiera.

—Tú tenías el libro, y llevas años sin hablar de otra cosa. Te pasabas las noches fuera, trabajando sin descanso, y me dejabas sola.

No quería hacerte daño, pero ese maldito libro...

—Ese maldito libro nos va a dar de comer. Pero déjame que te diga una cosa: no va a haber ni un solo agente que se atreva a tocarme si se entera de tus tendencias contra natura.

La expresión «tendencias contra natura» era grotesca. La culpa de Laura fue virando hacia la ira. Como si Jack fuera un marido y padre modélico.

—Quieres más tu libro que a tu familia. Te escabulliste a corregirlo hasta cuando Harry estaba enfermo.

—Iba muy justo de tiempo.

—¡Harry estuvo a punto de morir!

Se puso en pie para marcharse, pero él la agarró del brazo.

—No he acabado de hablar contigo.

—Me haces daño. ¡Ay, Jack!

Un movimiento cerca de la puerta le llamó la atención. A pesar de que estaba segura de haberla cerrado al entrar, ahora estaba ligeramente entornada. Se volvió justo a tiempo de ver la espalda de Jack retirándose hacia el pasillo.

Se volvió hacia Jack.

—Harry nos ha oído. Me habrá seguido. Dios mío.

Jack echó a correr detrás de Harry y ella lo siguió, escaleras arriba, hasta el entresuelo. No podían correr; había demasiadas personas y sería algo impropio de ellos.

Finalmente llegaron al apartamento. Cuando Laura abrió la puerta oyó a Pearl gritando a viva voz.

—¡Para, no hagas eso!

En la sala de estar Harry estaba sentado con la mirada clavada en la chimenea, donde llamas de un intenso amarillo danzaban y resplandecían. Pero Laura no había encendido la lumbre aquella mañana; hacía demasiado calor.

Harry tenía un atizador en la mano y no levantó la mirada cuando se acercaron a él. La fiereza y el puro júbilo que mostraba su rostro le recordó a los chicos del centro, del día en que se burlaron de ella y la provocaron.

—Harry, hombretón, tenemos que hablar —dijo Jack.

—¡Lo está quemando!

Pearl estaba llorando, señalando el fuego.

—¿El qué? —preguntó Laura, pero supo la respuesta de

inmediato.

Jack salió corriendo hacia su estudio y volvió.

—¿Dónde está mi manuscrito? Estaba en la mesa.

Harry no respondió, sino que se limitó a mirar a las llamas, como hipnotizado, donde un montón de hojas blancas se retorcían hasta convertirse en ceniza.

Capítulo veinticuatro

Ciudad de Nueva York, 1914

Jack se quedó paralizado, pero solo durante un instante. Apenas tardó unos segundos en cruzar la habitación en dirección a la chimenea, apartar a Harry de un empujón y extendió las manos desnudas hacia el manuscrito ardiente antes de retirarlas con un grito agudo.

—Tenemos que salvarlo. Pearl, trae agua.

Jack cogió el atizador y trató de arrastrar hacia sí el manuscrito chamuscado mientras Pearl volvía de la cocina con una jarra de agua. Laura la vació sobre la lumbre, pero no había nada que salvar; era demasiado tarde. Los tres se quedaron mirando fijamente aquel desastre mojado y carbonizado.

No quedaba nada de la obra maestra de Jack, del trabajo de toda una vida.

Jack giró despacio la cabeza en un gesto que a Laura le recordó al de un lobo. Premeditado, centrado en su presa.

Centrado en Harry.

El muchacho tenía una mano apoyada en la puerta del montaplatos y el otro brazo en jarras.

—Harry, ¿cómo has podido?

Laura habló para romper el insoportable silencio, pero apenas un instante antes Jack se había puesto en pie y atravesado la habitación.

Le dio un solo bofetón al muchacho, pero con fuerza. Harry chocó con la puerta del montaplatos y Laura gritó, imaginándose que la puerta cedía y su hijo se precipitaba por el hueco. Laura corrió hacia Jack y le agarró el brazo con fuerza.

—¡Jack, para!

Jack se volvió hacia ella con la otra mano levantada, lista para golpearle la mejilla. Ella se estremeció, sin dar crédito a que estuviera forcejeando con su propio marido. ¿Cómo habían podido llegar a eso? Jamás había visto el lado oscuro de Jack, pero tampoco se habría

imaginado nunca que su hijo pudiera cometer un acto tan terrible. ¿Siempre habían sido así o ella lo había ignorado, centrada en la familia feliz que se imaginaba que eran?

La súbita violencia de la estancia fue como una infección que contaminó también a Laura. Estaba desesperada por liberar su enfado, por castigar a alguien. Le dio un fuerte empujón a Jack con ambas manos y la sangre hirviéndole en las venas.

En ese momento Harry se escabulló escaleras abajo.

Jack dio media vuelta y desapareció tras él por la escalera mientras Pearl le rodeaba la cintura a su madre con los brazos.

—No me dejes sola, no te vayas.

Laura se volvió hacia su hija.

—No te preocupes. Vete a tu habitación, ¿vale? Todo se solucionará, lo único que necesitamos todos es calmarnos.

—Pero el libro de padre...

Pearl señaló la chimenea, pero Laura no miró. No se veía capaz.

—Quédate en tu habitación. Yo estaré aquí, no voy a dejarte sola.

Pearl la obedeció y Laura, incapaz de decidir qué hacer a continuación, se fue a la habitación de Harry, donde su corderito de peluche descansaba sobre la cama con aspecto de desamparo. Harry siempre había estado más unido a Laura que a Jack, era su forma de ser, y había visto a Jack ir a por Laura en el sótano. Pero ¿quemar el manuscrito como venganza? Era impensable, algo que a ella no se le habría pasado por la cabeza ni siquiera después de lo que Jack había dicho sobre su relación con Amelia y sus «tendencias contra natura». Pero Harry era jovencísimo y Laura estaba empezando a tomar conciencia de lo abandonado e incomprendido que debía de sentirse. Llevaba meses sin ir a clase y sus padres no se habían enterado. Por no mencionar los comportamientos que Harry debía de haber presenciado en compañía de Paddy el Rojo antes de caer enfermo.

Regresó a la escalera y se apoyó en la barandilla. Aquellas habitaciones albergaban recuerdos felicísimos; la repisa de la chimenea sobre la que con tanto cuidado había colocado Pearl las ramas de pino en diciembre, la cocina en la que Harry había presentado el diente el año anterior.

La vista se le fue al lugar desde el que los había observado Harry mientras ellos intentaban salvar el manuscrito, como si mirando con toda la intensidad posible pudiera convocarlo y que reapareciera. Con

todo, había algo extraño en aquel recuerdo. La postura que había adoptado, con una mano aplastada contra la puerta del montaplatos, como si hubiera querido asegurarse de que no se abriera.

Se acercó y examinó el aparato con detenimiento. Un trocito de papel, apenas perceptible, sobresalía de la hendidura de la parte inferior.

Jamás habían usado el montaplatos; no tenían necesidad. De hecho, poco después de que se mudaran, Jack había advertido a los niños que tenían prohibido jugar con él, que era demasiado peligroso.

Se puso en pie y abrió la escotilla. Cuando la puerta se abrió del todo algo cayó flotando al suelo. Se agachó y lo recogió: era un billete de diez dólares.

El ascensor del montaplatos no estaba en su sitio, sino a unos pocos centímetros de la parte superior de la abertura. Laura tiró de una de las cuerdas y poco a poco la bandeja volvió a su lugar.

Dentro del ascensor había una cajita de madera, que ella reconoció como la que usaba Harry para guardar sus recuerdos. ¿Qué hacía allí y no en su habitación? No obstante, solo tuvo que abrirla para entenderlo. Billetes de diez y veinte dólares, decenas, tapaban un libro. El *Tamerlán.*

La puerta se abrió y oyó los pesados pasos de Jack, pero nada más. Harry había escapado. De momento.

Jack se detuvo en la parte superior de la escalera y ella levantó el *Tamerlán* para que lo viera.

—Ha estado aquí desde el principio. En el montaplatos.

Él se acercó resollando, y examinó el contenido de la caja.

—¿Y todo este dinero? —dijo, y alzó un par de billetes.

No tenía ningún sentido. Libros robados y dinero oculto... Nada de lo que tenía delante encajaba con el muchacho dulcísimo que tanto quería. Debía sincerarse, contarle a Jack todo lo que sabía.

—Cuando Harry no estaba en clase quedaba con una banda de chavales, por la zona de Union Square. Sospecho que fue él quien robó también los otros libros y los vendió.

Jack se quedó paralizado un instante, procesando lo que acababa de oír.

—Nuestro hijo. El ladrón de libros. ¿Cuándo tenías pensado contarme esto, Laura?

—Me acabo de encontrar todo esto, no sabía que era el ladrón.

Pero los libros están bajo llave. ¿Cómo ha podido acceder a ellos?

—Ha tenido muchísimas oportunidades por la noche, mientras dormíamos, para descubrirlo. Deberíamos llevárselo al doctor Anderson.

Laura negó con la cabeza.

—¿Tú sabes lo que le harán a Harry si lo entregamos? Nos lo quitarán. Todavía no sabemos del todo lo que ha pasado.

Jack se apoyó en el pasamano de la escalera, lívido.

—Si lo devolvemos sin Harry, pierdo mi trabajo. Ya no tengo el manuscrito, así que se acabó el adelanto, adiós ingresos. Lo hemos perdido todo.

De nuevo lo que más le preocupaba a Jack era su preciado manuscrito. Pero si pretendía solucionar la situación, debían estar juntos. Por el bien de sus hijos, Laura debía contener su ira y tratar a su marido como a un aliado.

—¿Y si decimos que hemos encontrado el *Tamerlán* pero que no sabemos cómo ha llegado hasta ahí?

Era una idea tan ridícula que Jack ni siquiera se molestó en responder.

—Tenemos que encontrar a Harry y ver si hay alguna otra explicación —concluyó—. Tal vez los otros chicos lo obligaron a hacerlo.

Hizo ademán de coger el abrigo, pero Jack se lo impidió.

—No. Deja que pase la noche en la calle, a ver cómo le sienta. Quizá aprenda algo.

—Pero es que aún se está recuperando.

—No pienso escucharte nunca más, Laura. —Jack no se preocupó por ocultar su impaciencia—. La culpa de todo esto es tuya.

—Me has puesto las manos encima, por eso se ha ido. Ha sido tu comportamiento animal lo que ha hecho que se enfade.

Al oír aquello a Jack se le saltaron las lágrimas.

—Mi libro destrozado. Mi hijo es un ladrón. Mi mujer es una...

No acabó la frase. Laura lo miró atónita. ¿Acaso no le importaba lo más mínimo que su familia se hubiera desmoronado a su alrededor?

—Pues lo destruimos. El *Tamerlán*, digo. —Laura no podía creer lo que estaba proponiendo—. No se lo contamos a nadie. Luego, cuando Harry vuelva, recompondremos esta familia.

Jack contemplaba el libro como si fuera venenoso.

—Necesito pensar. Me voy abajo.

Ella no se lo impidió, consciente de que sería mejor que no estuviera presente cuando Harry regresara.

Se sentó en el gran sillón que había junto al fuego y lloró. Lloró por su niño, por su marido, por la vida que se había imaginado que viviría. Por su arrogancia al pensar que merecía más de lo que tenía. Por el hecho de que estuviera dispuesta a destruir un valioso fragmento de la historia si eso ayudaba a mantener unida a la familia. Se levantó y llevó la cajita hasta la lumbre, antes de colocarla sobre los restos de los escritos de su esposo.

Pero no fue capaz de encender la cerilla. Los dedos le temblaban, el fósforo no prendía, y tras unos pocos intentos tiró la toalla y devolvió la caja a su escondite. Un suave movimiento de la cuerda alzó la caja y la ocultó de nuevo en la oscuridad.

Laura se despertó de un sobresalto, sin saber dónde estaba, antes de caer en la cuenta de que se había quedado dormida en el sillón junto a la chimenea. Le dolían el cuello y los hombros.

Harry.

Fue a mirar a su habitación, pero la cama seguía hecha; no había rastro de que hubiera vuelto durante la noche. Pearl estaba completamente dormida en la habitación de al lado, con la cabeza hundida en la almohada, dejando a la vista una maraña de cabellos.

Los acontecimientos del día anterior —la discusión con Jack, el esfuerzo fútil por salvar el manuscrito, los contenidos secretos del montaplatos— la arrollaron en una dolorosa ola. Pero las pocas horas de sueño le habían proporcionado energías renovadas, la sensación de que podía arreglarlo, enmendar sus errores. Debía pensar con claridad, y su primer objetivo era proteger a sus hijos. Harry no debería recibir castigo alguno por algo tan impropio de él. No era más que un crío que había tenido un mal año y cometido errores absurdos. Laura deseaba no haberse mudado jamás a la biblioteca, que hubieran permanecido en el campo, donde la vida era más sencilla y ninguno de ellos habría caído víctima de las tentaciones de la gran ciudad. Tentaciones como tener una carrera profesional propia, como Amelia. Como los libros raros y únicos.

No había ni rastro de Jack; probablemente se habría pasado la

noche abajo, en el sofá de su despacho. Hablaría con él y lo convencería de que perdonara a su hijo.

Harry volvería ese día y hablarían largo y tendido, sin enfados ni lágrimas. Sin culpas entrecruzadas. Descubrirían por qué lo había hecho, y cómo. Pensar en él recorriendo las calles de noche la ponía enferma, pero al menos podía recurrir a Paddy el Rojo y a su banda, por mal consuelo que fuera. Un consuelo terrible. ¿Y si la banda lo había obligado a robar los libros? Si Harry le contaba al doctor Anderson todo lo que sabía y entregaba a los canallas que lo habían forzado a robar, ¿no le ofrecerían una cierta misericordia? Por supuesto que sí; solo era un crío.

Era consciente de que estaría entregando a los hijos de otras mujeres, mujeres cuyos propios niños se habían descarriado. Pero a partir de ahora debía anteponer a su familia a todo lo demás. No era momento de mostrarse compasiva.

Un firme golpe en la puerta de abajo interrumpió sus cavilaciones. Colocó una mano en la puerta del montaplatos, comprobando que estuviera firmemente cerrada, antes de dirigirse hacia la estrecha escalera. El señor Gaillard estaba en el pasillo, con dos hombres uniformados justo detrás. Miró a su alrededor en busca de Harry, pero el muchacho no iba con ellos.

—¿Puedo ayudarles?

—Señora Lyons, ¿puedo hablar un momento con usted? ¿Le importaría acompañarnos?

Jack debía de haberles dicho algo, les habría mencionado lo que había hecho Harry. Lo había entregado como venganza por sus terribles actos. Se imaginó entrando en el despacho del señor Gaillard y viendo a Jack y a Harry sentados en sillas. Teniendo que elegir.

¿Cómo respondería a aquello una persona inocente? No lo tenía claro.

—Es muy temprano. ¿Ha pasado algo?

—Tenemos que hablar.

Todas las fibras de su ser se resistían a que se la llevaran.

—No puedo irme del piso ahora mismo.

—Un agente se quedará con los niños.

Los niños. No sabían que Harry se había escapado, lo que significaba que de momento estaba a salvo.

Siguió al señor Gaillard y al otro agente hasta el pasillo, donde se

cruzaron con dos bibliotecarios que la miraron antes de desviar rápidamente la mirada. Al doblar la esquina el señor Benson, el conserje, se quedó de piedra con la fregona y el cubo cuando los vio. ¿Qué estaba pasando?

Gracias a Dios, el despacho del señor Gaillard estaba vacío. Le pidió al otro agente de policía que esperara fuera y la invitó a sentarse.

—Señora Lyons, me temo que tengo una terrible noticia que darle.

Harry. Debían de haberlo encontrado. ¿Y si lo habían atacado en mitad de la noche? Se imaginó su cuerpo inerte bajo uno de los leones, donde se habría refugiado de la oscuridad, demasiado asustado como para volver a casa. Había estado tan enfermo... ¿Había sobrevivido a las fiebres tifoideas para enfrentarse ahora a aquello? Mataría a Jack por lo que había hecho, estaba más que dispuesta.

—¿Qué?

Necesitaba que el señor Gaillard acabara lo antes posible. Y, sin embargo, otra parte de ella quería volver al apartamento, a su sillón, antes de que supiera que su vida pendía precariamente de un hilo.

—Es por su esposo.

—¿Jack? ¿Qué ha pasado?

—El carbonero se lo ha encontrado hace muy poco en la sala de calderas. —En algún lugar un reloj repicó—. Lo siento. Me temo que se ha colgado, de las tuberías.

Debía de haber un error. Jack jamás haría algo así. Y eso fue lo que dijo con voz temblorosa.

—Lo siento muchísimo.

—No lo creo. Tengo que verlo.

—No creo que sea buena idea.

Se equivocaba, y ella estaba dispuesta a demostrárselo.

—Quiero verlo.

El señor Gaillard la sostuvo del brazo de camino al sótano, mientras los trabajadores los rehuían. Por fin sabía cuál era el motivo de su intranquilidad. Las noticias corrían como la pólvora. Y, aun así, se equivocaban.

Un cuerpo yacía en el suelo, con el rostro cubierto por una pequeña tela. Se arrodilló a su lado al tiempo que el señor Gaillard levantaba el trapo. Unos ojos inyectados en sangre miraban hacia el

techo; una lengua, gruesa e inflada, asomaba de la boca abierta. No había ninguna de aquellas facciones propias de la asfixia que le resultaran familiares, no pertenecían a Jack, ni mucho menos. Las orejas de soplillo eran suyas, eso sí. Le apartó un mechón de pelo de la frente.

—¿Qué has hecho? —susurró, unas palabras que surgieron con apenas una sutil exhalación—. ¿Qué has hecho?

La soga que había utilizado seguía rodeándole el cuello, y el extremo raído se había enroscado junto a su cabeza como una serpiente. Tenía las mejillas frías.

Aquel cuerpo no era su Jack, quien entraría en la sala en cualquier momento y se reiría de aquella situación absurda. El marido que había llorado cuando habían intercambiado los votos. No; aquel era el cuerpo de un extraño.

El señor Gaillard la cogió de los brazos y se la llevó fuera de la sala, hasta llegar al despacho de Jack, el lugar donde habían mantenido aquella terrible discusión. ¿Solo hacía un día? Tenía la sensación de que hubieran pasado años. Dejó que el señor Gaillard la ayudara a sentarse en una silla.

Y todo por un manuscrito perdido. Quería arreglar las cosas, solucionarlo todo. El libro podía reescribirse; ella lo mecanografiaría mientras él se lo dictaba. Encontrarían a Harry y lo llevarían a casa.

Pero ya era demasiado tarde.

—Señora Lyons, siento de corazón su pérdida —dijo—. No puedo ni imaginarme el dolor que debe de estar sintiendo, pero debo preguntarle por la nota que hemos encontrado cerca del cuerpo.

Ella levantó la mirada.

—¿Una nota?

Él extrajo un trozo de papel del bolsillo y lo desplegó.

—Parece una confesión. Por los robos.

—No. Jack no ha robado nada.

El señor Gaillard se la entregó y ella la leyó con manos temblorosas.

Siento los problemas que le he causado a la biblioteca. La culpa y la vergüenza son mías. Por favor, díganle a mi familia que los quiero.

Jack Lyons

El señor Gaillard carraspeó.

—Señora, debo preguntárselo, lo siento mucho, pero no me queda otra. ¿Sabe algo al respecto?

—No.

Fue una mentira natural, fácil, motivada por la turbulencia de todas aquellas nuevas emociones. Pérdida, incredulidad, conmoción. La arrollaban en oleadas, de una en una. Pearl. ¿Cómo iba a decirle a Pearl que su padre se había suicidado? Y Harry. Era una carga terrible para una criatura. ¿Cómo había sido capaz Jack de hacerles algo así?

Para salvar a su hijo. Lo había hecho por el bien de Harry.

La puerta se abrió y entró el otro agente con Pearl, desorientada, a su lado. Laura se apresuró a abrazar a la niña mientras el señor Gaillard y el agente intercambiaban susurros.

El señor Gaillard esbozó un gesto empático.

—Señora Lyons, me temo que debemos registrar de nuevo su apartamento. Usted y su hija pueden esperar aquí. Me consta que su hijo no está presente.

—Está con mis padres.

Otra mentira. Sentó a Pearl en su regazo y le apoyó la cabeza en su hombro, cantándole en voz baja. Harry estaba en algún lugar de los callejones y las calles de la ciudad, asustado y solo. Jack la había abandonado, incapaz de soportar la pérdida del manuscrito, la infidelidad de su mujer y los bochornosos actos de su hijo.

Aquel edificio había aplastado a su familia, casi como si se hubiera venido abajo con ellos dentro.

Capítulo veinticinco

Ciudad de Nueva York, 1993

—¿Cómo que Valentina ha desaparecido? ¿Qué ha pasado?

Sadie intentó comprender lo que LuAnn le estaba diciendo. Seguía medio dormida y aturdida por aquel sueño horrible.

—Cogí el vuelo nocturno anoche, y al llegar a casa Lonnie seguía trabajando. Se supone que Valentina debería estar aquí, con Robin, preparándose para ir a clase. He echado un vistazo a su cama y no ha dormido allí. —Tenía la voz atenazada por el pánico—. ¿No está contigo?

—No. ¿Dónde está Robin?

—Lo mismo, ha desaparecido. Por Dios, como les haya pasado algo mientras yo estaba fuera, no me lo perdonaré en la vida.

—Tranquilízate, vamos a analizar la situación. ¿Alguien las vio marcharse?

—Acaba de llegar la policía y está hablando con los porteros de la calle para ver si saben algo. Lonnie está de camino a casa. Él es el que me ha sugerido que te llamara.

La policía. La seriedad de la situación fue un mazazo. Su sobrina y su canguro se habían esfumado durante la noche.

Intentó pensar dónde podrían encontrarlas mientras recorría las cinco manzanas de casas de ladrillo marrón, preguntándose desesperadamente quién se las podría haber llevado. Y por qué.

En Nueva York todo era posible.

Robin era demasiado menuda para cuidar de nadie. Se había dado cuenta de inmediato, y se lo debería haber dicho a Lonnie. ¿Cómo iba a ser capaz una persona diminuta de proteger a otra personita? Si las habían secuestrado habrían sido unos objetivos fáciles.

Cuando llegó, Lonnie y LuAnn estaban sentados en el sofá con los rostros cenicientos, mientras dos policías les formulaban preguntas.

Lonnie se puso en pie y abrazó a Sadie.

—Me alegro un montón de que hayas venido.

—¿Alguna novedad?

Negó con la cabeza.

—La policía ha registrado las habitaciones de Valentina y Robin, pero no ha encontrado nada fuera de lugar. Es como si hubieran desaparecido sin dejar rastro.

—¿Habéis preguntado en los hospitales?

—Claro.

Un policía se presentó, aunque Sadie no registró su nombre, y comenzó a hacer preguntas sobre Valentina, si tenían dificultades en casa y si era posible que se hubiera escapado.

—Tiene seis años —respondió LuAnn—. Por supuesto que no.

Lonnie le puso una mano en la rodilla.

—Tienen que preguntárnoslo.

Sadie intervino.

—¿Y qué pasa con Robin? ¿Tiene algún familiar al que podamos llamar?

—He mirado entre sus cosas por si había alguna libreta de direcciones o algo por el estilo, pero nada —contestó LuAnn—. Recuerdo que nos dijo que era de algún sitio de Massachusetts.

Otro policía apareció en la puerta principal.

—Uno de los porteros de la calle ha hecho turno doble y dice que las vio ayer, a eso de las cinco y media. Lleva años trabajando allí y conoce a Valentina. Dice que Robin pasó primero, y que la niña la siguió poco después y lo saludó. No las vio volver, pero se le podría haber pasado por alto mientras ayudaba a los residentes.

—Un momento, ¿no se fueron juntas? —preguntó Lonnie.

—El portero cree que sí, aunque la niña pasara unos segundos más tarde. Era como si se estuviera esforzando por seguirle el ritmo.

Qué extraño. Lonnie y LuAnn intercambiaron miradas.

—¿Había alguien más con ellas? —preguntó Sadie.

—No que él recuerde. También nos ha dicho que no llevaban maletas ni nada por el estilo.

—A lo mejor se fueron a por un helado y les pasó algo —sugirió LuAnn con lágrimas en los ojos.

En la calle les podría haber sucedido cualquier cosa. Dos chicas jóvenes, tan fáciles de ver, tan fáciles de secuestrar.

Sadie no podía quedarse sentada. Le pidió permiso al policía para subir a la habitación de Valentina.

Su sobrina siempre había sido una persona ordenada que se preocupaba por que todo estuviera en su sitio. Sadie se acercó al tocador, donde los botes de pintaúñas estaban colocados en fila por color, siguiendo el orden del arcoíris. El corazón se le partió en dos al pensar en aquella niña en un lugar extraño, perdida y sola. Debían encontrarla, asegurarse de que estaba a salvo, protegerla. Sadie no debería haberse marchado a Londres y dejarlos solos. Tal vez hubiera podido estar allí cuando llegaron los secuestradores y los hubiera podido detener. Y la pobre LuAnn. Qué tragedia llegar a su hogar y ver que su hija había desaparecido.

Abrió la puerta del armario, donde colgaba la ropa de Valentina —mayormente, variaciones de tonos púrpura y rosados, sus colores favoritos— y los pares de zapatos ocupaban la balda inferior. La librería estaba hasta los topes de libros, juegos y cacharros, incluido un joyero con una bailarina que daba vueltas cuando lo abrías. Dentro descansaba uno de los anillos de Pearl. Una perla, obviamente, que hizo que a Sadie se le saltaran las lágrimas.

Los juegos favoritos de Valentina estaban amontonados en la balda inferior: el cuatro en raya, el *Cluedo*, una baraja del *Uno*.

Sadie volvió a dirigir la mirada hacia el armario. En el estante superior, muy por encima de la ropa, estaba la caja de *Operación*, el juego que a Valentina más le gustaba del mundo. La última vez que habían jugado estaban con Pearl, cuando la partida se había acabado convirtiendo en lágrimas y en caos. Sadie le había prometido que compraría pilas nuevas, pero se había olvidado.

Lo raro era que estuviera en el estante superior. Valentina era demasiado baja como para haberlo colocado allí arriba con facilidad y, en cualquier caso, habría necesitado una silla para subirse.

Sadie lo cogió y lo colocó sobre la cama de Valentina. Dentro el timbre seguía sin funcionar.

No obstante, había algo que no cuadraba. El trozo de cartón sobre el que yacía el paciente y desde donde la observaba con una expresión de alarma estaba doblado por un lado. No lo recordaba tan maltrecho. Era como si lo hubieran levantado y dejado al descubierto el mecanismo y luego vuelto a meter. Tal vez Valentina había sentido curiosidad por su funcionamiento, o había intentado cambiar las pilas

por su cuenta. Pero, en todo caso, ¿cómo había acabado escondido en la parte superior del armario?

Levantó la tapa de la mesa de operaciones y encontró una hoja doblada, un papel viejo, marrón y arrugado por los bordes.

Lo desdobló y lo lanzó sobre la cama, como si estuviera ardiendo.

—¡Lonnie!

Él y LuAnn llegaron corriendo.

—Mirad.

Los dos clavaron la mirada en la hoja, y el rostro de Shakespeare se la devolvió.

—¿Es la página que habían robado? —preguntó Lonnie—. ¿De la que me hablaste?

—Sí. Del *First Folio* de Shakespeare.

A aquellas alturas los policías se habían unido a la conversación. Sadie les explicó lo de la página desaparecida, y luego se volvió hacia Lonnie.

—¿Para qué podría querer Valentina algo así?

—No tengo ni idea.

De hecho, el juego infantil era el escondite perfecto. Pero no para Valentina.

—¿Qué sabemos de Robin?

Lonnie frunció las cejas preocupado.

—Que trabajó de canguro para los gemelos que vimos en el parque. Pedí referencias y las comprobé.

Era fácil falsificarlas; solo tenía que pedirle a un amigo que se inventara una historia.

—¿Robin estaba aquí ayer cuando llamé desde Londres?

Lonnie asintió.

—Yo estaba en la cocina, no sé exactamente dónde estaban ella y Valentina, pero seguro que estaba en casa.

Sadie intentó recordar lo que le había contado a Lonnie. Definitivamente le había informado de los detalles de la conversación con la señora Quinn, que el *Tamerlán* estaba en algún lugar de las profundidades de la biblioteca. Y que sospechaba que se refería al apartamento.

—¿Es posible que Robin nos escuchara por el otro teléfono?

—Supongo que sí. Pero ¿para qué?

—Lonnie, haz memoria. ¿Hay alguna posibilidad de que

escuchara todas nuestras llamadas semanales, cuando te fui contando todo lo que estaba ocurriendo en la biblioteca.

—Te repito que no tengo ni idea. ¿Adónde pretendes llegar?

—Tenemos que ir a la biblioteca. Ahora mismo. LuAnn, quédate aquí por si volvieran mientras tanto.

LuAnn se puso en pie.

—No, quiero ir con vosotros.

Lonnie la cogió de las manos.

—Por favor, quédate para que al menos haya uno de los dos por si vuelven.

LuAnn cedió a regañadientes.

Sadie cogió su abrigo e hizo una única llamada antes de marcharse. A Nick. Le saltó el contestador automático, pero le dejó un mensaje en el que le decía que era urgente y que necesitaba verlo en la biblioteca.

No había visto el peligro, y parecía que siempre lo había tenido delante de las narices.

—Lo siento, señora Donovan, pero no puedo dejarla entrar.

El corpulento guardia de seguridad de la entrada lateral de la biblioteca levantó la mano, pero no fue capaz de mirarla a los ojos. Le había estado llevando café un par de veces por semana desde que había empezado a trabajar allí, y casi sentía lástima por él por verse obligado a seguir las órdenes del doctor Hooper e impedirle la entrada.

—Es importante. Ha desaparecido una niña pequeña y creemos que podría estar dentro.

Eso era lo que le había explicado a la policía en casa de Lonnie, pero parecían confundidos, y no dejaban de preguntarles qué tendrían que ver unos «libros viejos» con el caso, hasta que finalmente ella y Lonnie habían levantado las manos y se habían ido, no sin antes decirle a LuAnn que llamara a la Colección Berg si se enteraban de algo más.

—Lo siento.

El guardia negó con la cabeza.

—No te preocupes, van conmigo.

Sadie se volvió y vio a Nick peleándose con las puertas giratorias,

dirigiéndose hacia ellos.

—Nick, mi sobrina ha desaparecido, creo que está en la biblioteca.

—Vale. He escuchado tu mensaje.

Tenía los ojos cansados. Probablemente pensara que estaba majara y que intentaba abrirse paso hacia la biblioteca para robar más libros, pero le daba igual; Valentina era lo primero, y debía mantener la compostura si pretendía entrar.

—Este es mi hermano, Lonnie. Creo que mi familia estaba involucrada en los robos, pero no directamente. He encontrado la página del *Folio* en la habitación de mi sobrina, escondida en un juego.

Nick endureció el gesto. No se estaba explicando bien.

—¿Has encontrado la página desaparecida del *Folio*? —Se volvió hacia Lonnie—. ¿En casa de tu hermano?

—Sí, pero él no tiene nada que ver con el robo.

—¿La robó tu sobrina? Me sonaba que tenía siete años o algo así.

—Seis. Y, no, ella no ha robado nada. Creo que ha sido su canguro.

Miró a Lonnie, quien no asintió ni mostró su conformidad, todavía incapaz de admitir que Sadie tenía razón. Suponía que hacerlo significaba aceptar que había puesto a su hija en peligro, y era más fácil pensar que había sido otra persona quien las había obligado a marcharse. Fuera como fuese, la niña había desaparecido. Sadie notó el nudo en la garganta que se le había formado por el pánico súbito al ser realmente consciente de todo, y creyó que acabaría vomitando.

—¿La canguro?

—Sí. Por favor, Nick, es posible que se la haya llevado dentro para encontrar el *Tamerlán.* Creo que siguen aquí. Solo tiene seis años, y supongo que estará aterrada. Al menos pon en alerta al equipo, diles que estén atentos.

—Vale. Vamos.

Estuvo a punto de desmayarse del alivio. Con la ayuda de Nick tenían una posibilidad de encontrarla.

Él cogió un *walkie-talkie* del mostrador de información.

—¿Qué aspecto tienen?

Lonnie le proporcionó una descripción de Valentina y Robin, y Nick la comunicó a través de la radio, con la instrucción de que las

buscaran.

—¿La canguro conoce bien la biblioteca? —preguntó.

—No, que sepamos. Pero creo que sé adónde pueden haber ido. Estuve en Londres y quedé con la albacea de la herencia de mi abuela para ver si había alguna relación entre los robos del pasado y los de ahora. Me contó que Laura Lyons una vez hizo referencia al *Tamerlán* e insinuó que sabía dónde estaba.

—¿Y dónde es?

—Dijo: «Donde debe estar y, al mismo tiempo, donde no debería estar». Era como un acertijo. Creo que hablaba del viejo apartamento donde vivieron cuando mi abuelo era el superintendente.

—¿Y qué relación tiene eso con la canguro de tu sobrina?

—Se lo conté ayer a Lonnie por teléfono, y creo que Robin pudo estar escuchándolo. De hecho, echando la vista atrás, los robos coinciden con lo que le mencioné a Lonnie, sobre lo que fuera con lo que estuviese trabajando para la exposición.

—Así que crees que esta mujer se apresuró a venir aquí para adelantársete, ¿no?

Saltaba a la vista que seguía sin creerla.

—Sí. Según el portero que las vio, se marcharon con tiempo para llegar a la biblioteca antes de que cerrara. Todavía no está abierta al público, así que tengo la esperanza de que sigan aquí.

—Te sigo.

Los guio hasta el entresuelo, donde solía estar el antiguo apartamento. Cuando Sadie lo vio por primera vez le recordó a ese armario de todas las casas lleno hasta los topes de trastos sin concierto. Pero aquella mañana estaba peor de lo habitual; habían vaciado los contenidos de las cajas, que cubrían el suelo.

Sadie se volvió hacia Lonnie y Nick.

—Robin ha estado aquí buscando el *Tamerlán*.

Se abrieron paso por las montañas de papeles, comprobando cada habitación. La más alejada, al final del pasillo, estaba cerrada. Sadie golpeó la puerta, llamando a Valentina. No hubo respuesta.

Nick pidió por el *walkie-talkie* que alguien le llevara la llave.

—¿Crees que Robin ha encontrado el libro? —preguntó Lonnie.

—Es difícil saberlo —respondió Sadie.

Él dejó escapar un sutil quejido.

—Por favor, Dios mío, que Valentina esté bien. Esto es enorme,

podría estar en cualquier parte.

—No te preocupes —lo consoló Sadie—. Las encontraremos. Quiero ir a la Sala de Arte y Arquitectura para echar un vistazo al plano que solicité la semana pasada. Puede que nos ayude a entender cómo se lo hizo Robin para moverse por la biblioteca, o dónde podría estar escondida.

—Yo me quedo aquí hasta que traigan la llave, y seguiré buscando —le dijo Nick.

En la Sala de Arte y Arquitectura el trabajador le entregó los viejos planos de la biblioteca. Sadie los desplegó en la mesa más cercana, con Lonnie mirando por encima de su hombro.

—Mira, aquí se ve bien la zona del entresuelo. —Señaló la ubicación del apartamento—. Esto eran las habitaciones, y esta la cocina y la sala de estar.

—¿Y eso?

Lonnie señaló un cuadradito marcado con una equis, situado dentro de una de las columnas. Sadie examinó el plano, contando casi una docena de marcas similares repartidas por la biblioteca, incluida la sección central de la Sala Principal de Lectura.

—Es un montaplatos. Son montaplatos. Aquí está el que va de la Sala Principal de Lectura hasta las estanterías del sótano. Y hay otro aquí, y aquí. Ya está. Así es como se ha estado moviendo Robin sin que la detectáramos. —Recordó el momento en que la ladrona había desaparecido sin dejar rastro después de que Sadie la persiguiera hasta la tercera planta. En efecto, en los planos había una equis en el lavabo de mujeres, que originalmente había sido una sala de estudio—. Es como un laberinto vertical.

—Supongo que Robin es lo bastante menuda como para caber dentro —comentó Lonnie—. ¿Crees que están escondidas en el montaplatos? —En ese momento se le descompuso el gesto—. ¿Valentina estará ahí?

Sadie reprimió un escalofrío.

—Espero que no. No he visto nada parecido en el apartamento. Habría estado justo donde estábamos nosotros.

Nick seguía esperando la llave cuando regresaron, y tampoco había encontrado el libro. Sadie lo puso al día de lo que habían descubierto y le señaló el lugar, a pocos metros de la parte superior de la escalera, donde debía de haber estado el montaplatos. Se

encontraron con un muro limpio, sin signos de ningún tipo de abertura.

Nick comenzó a golpear la pared, y la firmeza de los bordes dio paso a un ruido seco en el centro.

—Aquí hay claramente un agujero.

Sadie buscó por la habitación en la que los conserjes guardaban sus materiales y dio con una vieja caja de herramientas oxidada. Rebuscó hasta encontrar un martillo y se lo alargó a Nick, quien golpeó la columna sin demasiada fuerza, pero sí con la necesaria como para atravesar el yeso. Se desmenuzó sin dificultades, y juntos fueron arrancándolo hasta dejar al descubierto una puerta de madera. Lonnie se les unió y se puso a arrancar trozos de pared, y pronto consiguieron que la abertura fuera lo bastante grande como para ver el montaplatos por completo.

La madera oscura estaba lisa y prístina, protegida de los elementos tras aquella falsa pared y cerrada con un pestillo de metal. Nick lo descorrió y abrió la puerta. El hueco era un espacio oscuro, siniestro y mugriento. El ascensor no estaba alineado con la abertura; el extremo inferior estaba unos pocos centímetros por debajo de la parte superior del marco. Nick se inclinó y miró hacia abajo.

—¡¿Valentina?! —gritó.

El sonido resonó hasta volver a ellos.

Lonnie parecía estar a punto de vomitar.

No hubo respuesta. Nada.

—A ver si puedes bajar el ascensor para igualarlo —le propuso Sadie.

Nick se puso de puntillas e intentó bajarlo con las manos, pero no hubo suerte. Agarró una de las dos cuerdas que caían a ambos lados del hueco, y la bandeja fue descendiendo lentamente entre crujidos.

En el centro descansaba una cajita de madera.

Sadie alargó los brazos y la levantó con sumo cuidado, como si de una reliquia religiosa se tratara. Dentro encontró unos billetes antiguos y, debajo, un libro ajado con una portada verde oliva.

El *Tamerlán.*

Habían encontrado el libro.

—¿Qué significa esto? —preguntó Lonnie—. ¿Qué pasa con Valentina?

La radio volvió a graznar, y Sadie dio un respingo. ¿Qué habría

pasado ahora?

—Hemos encontrado a la niña. —La voz provenía de la radio, y pertenecía a un barítono—. En el sótano, en el taller de encuadernación. Hemos encontrado a la niña.

Sadie estuvo a punto de caer rodando por la escalera. No conseguía mover las piernas lo suficientemente rápido. Se agarró al pasamano para no caer, pero lo que de verdad quería era precipitarse hasta el último piso, hasta el sótano.

Si le había ocurrido algo a Valentina en la biblioteca no se lo perdonaría jamás.

A su lado Lonnie había palidecido y resollaba.

Al llegar al pie de la escalera Nick echó a correr por el largo pasillo como un jugador de fútbol americano de instituto. Sadie y Lonnie lo siguieron a lo largo de lo que les pareció un corredor infinito. Sadie pensó en esas pesadillas recurrentes en las que tenía prisa por llegar a alguna parte, pero el destino estaba a oscuras, y siempre fuera de su alcance.

Dentro del taller de encuadernación vieron a Valentina sentada a una mesa, con un libro frente a ella, y al señor Babenko cerca. La niña levantó la cabeza y sonrió.

Lonnie corrió a abrazarla.

—Mi niña.

La sonrisa de Valentina no tardó en dejar paso a una expresión de alarma.

—Lo siento.

—¿Qué vas a sentir, mi amor? —preguntó Lonnie.

—No lo sé.

En ese momento Valentina comenzó a sollozar. Sadie los rodeó a los dos con los brazos, sin saber qué decir. Tenía muchísimas preguntas, pero no quería espantar todavía más a la niña.

—Estábamos poniéndole una sobrecubierta a un libro que nos acaba de llegar a la biblioteca —comentó el señor Babenko—. Y debo decir que se le da bastante bien. Tiene unas manos delicadas.

Valentina dejó de llorar y levantó la mirada.

—¿De verdad?

—De verdad. Mira, enséñales lo que has hecho.

Valentina recogió el libro, que estaba envuelto por una capa transparente y reluciente de Mylar.

—Le he puesto la etiqueta con la signatura topográfica aquí, ¿lo veis? Y luego lo hemos envuelto, como si fuera un regalo de Navidad, pero transparente.

—Muy bien hecho, cielo. —Lonnie se puso en pie y se dirigió al señor Babenko—. Gracias por haberla encontrado.

—Uy, yo más bien diría que me ha encontrado ella a mí.

Valentina siguió sentada a la mesa, sin ninguna prisa por marcharse. Sadie ocupó la silla que tenía al lado. Valentina estaba a salvo, y eso era lo más importante.

—Señor Babenko, ¿le importa que mi hermano utilice su teléfono para llamar a casa y decirles que está a salvo?

El señor Babenko negó con la cabeza. Lonnie se acercó a su mesa y marcó.

Mientras hablaba en voz baja con LuAnn, Sadie se volvió hacia Valentina.

—¿Cómo has acabado aquí, Val? ¿Robin te dejó ayer sola en casa?

Valentina no respondió, pero no hizo ninguna falta. Abrió los ojos como platos al oír el nombre de Robin. Sadie le colocó una mano en el hombro.

—Puedes contárnoslo, no pasa nada.

—Se me cayó otro diente, y ella me dijo que se iba a ver al hada de los dientes y que me traería un regalo.

—¿Te dejó sola en casa?

—Me dijo que podía ver la tele hasta que me quedara dormida. Pero yo también quería ver al hada de los dientes, así que la seguí hasta la biblioteca y a la habitación enorme de arriba con todas las mesas. —Valentina debía de haberse sentido como en casa allí, puesto que había visitado a Sadie muchas veces. Y con las hordas de turistas entrando y saliendo de la Sala Principal de Lectura, su presencia habría pasado desapercibida—. Entró por una de las puertas.

La Sala Principal de Lectura. Sadie intentó imaginarse adónde podría haber ido.

—¿Dónde exactamente?

—Dentro había una escalera de caracol.

Sadie supo de inmediato el lugar del que hablaba. A aquellas

alturas Lonnie ya había vuelto y ella le respondió a él.

—Es una de las pocas puertas que hay a ambos lados de la Sala Principal de Lectura. La escalera de caracol conduce hasta una pasarela con barandilla por encima de las estanterías.

Cuando había empezado a trabajar allí a los nuevos empleados les ofrecieron una visita entre bambalinas, durante la cual subieron por la escalera de caracol hasta la pasarela, y luego salieron a un balcón con vistas panorámicas a Bryant Park. Gracias a Dios que Valentina no había llegado tan lejos.

La escalera de caracol habría sido un escondite perfecto para Robin hasta que la biblioteca cerrara por la noche. Cuando todo el mundo se hubiera marchado ella habría tenido un acceso fácil a las estanterías del sótano a través del montaplatos de la mesa de entregas. Lo que seguía siendo todo un misterio era cómo había podido entrar en la jaula de la Berg.

—¿La seguiste a través de la puerta? —preguntó Sadie.

—Estaba cerrada. Me paseé por las estanterías hasta llegar al final y me senté a esperarla, y creo que me quedé dormida.

Una hilera baja de estanterías, de poco más de un metro, se extendía justo delante de la pared en la que estaba la puerta. Si Valentina se había ocultado allí los bibliotecarios no la habrían visto al cerrar. Sadie se imaginó la biblioteca por la noche, a oscuras, con sus crujidos y gemidos.

—Habrás pasado muchísimo miedo, Val.

—Mucho. Cuando me he despertado la puerta de la pared volvía a estar abierta, pero Robin no estaba dentro. He estado un rato dando vueltas. Luego he encontrado esta sala y había un sofá. —Señaló la esquina, donde habían empujado un sofá contra la pared—. Así que me tumbé ahí.

El señor Babenko continuó con la historia.

—Cuando he llegado esta mañana, me la he encontrado en el sofá dormida como un tronco. He avisado a seguridad para informarles de que teníamos una visitante, y hemos trabajado un poco mientras tanto.

Sadie agradecía la amabilidad del señor Babenko, y que hubiera hecho todo lo posible por tranquilizar y proteger a Valentina.

—Seguridad está vigilando las salidas —les informó Nick—. Si Robin sigue aquí la encontraremos.

La policía llegó y Sadie le dio a su sobrina un fuerte abrazo antes de ver cómo Lonnie y ella se marchaban.

Se volvió hacia Nick.

—Deberíamos poner al día al doctor Hooper y llevarle el *Tamerlán*.

—Claro. Voy a acabar un par de cosas por aquí. ¿Por qué no lo subes tú y nos vemos en el despacho de Hooper?

Apreció la oportunidad de explicar lo que habían deducido. Aunque no tuvieran todas las respuestas.

—Sin problema. Dámelo.

Nick se quedó de piedra.

—No tengo el libro. Lo tenías tú, ¿no?

Sadie hizo memoria. Lo había cogido, pero apenas recordaba nada después de oír que habían encontrado a Valentina. Habría jurado que Nick lo había recogido. Se miró el bolso por si se lo había guardado. Nada. Se le pusieron los pelos de punta y tuvo la sensación de que toda la habitación le daba vueltas.

—No lo tengo. Se me habrá olvidado con las prisas por bajar aquí.

—Pues entonces seguirá en la habitación.

La mera idea le revolvió el estómago. Siguió a Nick hacia la puerta.

Capítulo veintiséis

Ciudad de Nueva York, 1918

—¿Necesitas ayuda, mamá?

Laura sonrió a su hija y le alargó una de las bolsas de la compra.

—Te lo agradezco mucho.

A lo largo de los cuatro años que habían seguido al suicidio de Jack y a su expulsión de la biblioteca, Pearl se había convertido en la gran ayuda de Laura, haciendo exactamente lo que debía y cuando debía, esforzándose más allá de sus límites por asegurarse de que las cosas fueran bien. Como si pudiera compensar la pérdida de su padre y hermano, y la angustia de Laura. Laura sabía que no era sensato dar por sentado su buen carácter, pero en días como aquel, cuando estaba hundida por el duelo y preocupada por Harry, lo aceptaba de buen grado.

—He hecho un bizcocho de limón —dijo Pearl, señalando la parte superior del horno, donde ya se estaba enfriando—. Por el cumpleaños de Harry.

A Laura se le saltaron las lágrimas.

—Es todo un detalle.

Las dos se quedaron mirando fijamente el pastel durante unos instantes, conscientes de que Harry jamás lo probaría. No volvería a la biblioteca aquel día, como tampoco había acudido a la casa de sus abuelos después de que Pearl y Laura se refugiaran allí. Un refugio que duró poco, hasta que la desaprobación y el desprecio de su padre se volvieron insostenibles. Finalmente Laura había hecho las maletas otra vez y se habían mudado. Amelia había abierto la puerta sin mediar palabra y las había invitado a entrar en su apartamento de Patchin Place, donde se habían alojado desde entonces.

—¿Te importa si me voy un rato con Sarah? —preguntó Pearl.

—Claro que no. Ya nos comeremos el bizcocho para cenar. Eres un encanto.

Laura la vio marcharse y se fijó en que tendría que volver a bajarle el dobladillo del vestido. Tenía once años y había crecido varios centímetros.

Pearl parecía disfrutar de la vida en Greenwich Village, y se había hecho amiga de los demás niños que vivían en el callejón. Si sentía rencor, no lo mostraba, y Laura optó por no preguntar. Cuando hurgaba en el pasado descubría respuestas que lo arruinaban todo. Tal vez más adelante, cuando Pearl hubiera crecido, ella y Laura podrían hablar de lo que había ocurrido, pero aún no.

Amelia había sido una buena amiga y compañera durante los últimos cuatro años, asumiendo el mando cuando Laura tenía un mal día y no podía salir de la cama. Por suerte, cada vez le pasaba menos. Desde su propia tragedia Estados Unidos había entrado en una guerra y la había ganado, y ahora, después de una época angustiosa y precaria, por fin la vida parecía desprender una cierta sensación de optimismo. Esa misma esperanza había ido calando lentamente en Laura, y de vez en cuando incluso experimentaba accesos de alegría, como el día que ingresó su primer sueldo en su propia cuenta bancaria.

Se alegraba de tener la libertad financiera que siempre había deseado, pero jamás se habría imaginado que la conseguiría de aquella forma. La pérdida de la mitad de la familia le ardía en las entrañas como un hierro al rojo vivo, una marca que jamás desaparecería. El día que siguió a la muerte de Jack, el doctor Anderson les había pedido que se marcharan. Se había visto en la escalinata de la biblioteca con Pearl llorando a su lado, cargadas con todo lo que habían podido meter en las maletas. El doctor Anderson se había disculpado, arguyendo que no tenía otra opción, y le había dado un sobre con dinero. Ella lo había rechazado, pero le había dado las gracias por lo bien que la había tratado. No era culpa suya. Aquel día Laura juró no volver a depender económicamente de nadie más.

A medida que la confusión de sus nuevas circunstancias se disipaba, Laura comenzó a ver su vida pasada desde otra perspectiva, odiándose un poquito menos a sí misma. Compartía con Amelia la carga de la crianza de Pearl y de las tareas domésticas, lo que implicaba que Laura tenía más tiempo para ella. ¿Y si Jack y ella hubieran compartido las faenas de la vida doméstica y hubieran sido verdaderamente iguales tanto dentro como fuera de casa? En ese caso

su año en Columbia tal vez no habría sido tan desconcertante para sus hijos y Harry quizá no habría sido tan vulnerable como para caer en las garras de Paddy el Rojo. ¿Y si, por norma, los maridos ayudaran más en casa en lugar de anteponer siempre su trabajo a su familia, tal como había hecho Jack?

No todo era culpa de Laura, y tal vez no fuera tan terrible que hubiera querido sacarle más provecho a su vida.

Después de tener el tiempo suficiente para ordenar sus pensamientos y reunir el coraje necesario, se dirigió al salón de Marie Jenney Howe, preparada para encontrarse con una expresión adusta en los bellos rasgos de la mujer. Marie tenía una mano apoyada en el mástil de la guitarra que había estado tocando, y le hizo un gesto a Laura para que se sentara.

—Me gustaría proponerle algo.

Laura había repasado mentalmente su discurso muchas veces, pero la compasión en los ojos de Marie la dejó sin palabras. No quería que se compadecieran de ella.

—Usted dirá, señora Lyons. ¿Y me permite que le diga que siento mucho su pérdida?

Laura cogió aire.

—Gracias. Me gustaría entrevistar a una integrante del club cada semana, y escribir sobre quiénes son y a qué se dedican.

—Una idea audaz, viniendo de usted.

La compasión de Marie tenía un límite. Con todo, tras haber tenido que enfrentarse a la resistencia del profesor Wakeman, Laura sabía cómo gestionar la misma situación con Marie. Le debía eso, al menos.

—La única forma de que las mujeres ganen en igualdad, igualdad real, tanto dentro como fuera de casa, es mostrando los logros de todas aquellas que están cambiando el mundo, como forma de inspirar a otras a que aspiren también a algo más. He hablado con Max Eastman, de *The Masses*, y cree que la columna es una gran idea. Los dos sabemos que el artículo que se publicó en el *World* lo había modificado un hombre, y su perspectiva influía en la interpretación. El señor Eastman me ha prometido que tendré control editorial absoluto sobre cada ensayo. Será nuestra historia.

—Su historia, querrá decir.

—Mi historia está entrelazada con la de todas las demás. Ahora lo

entiendo. No puedo ignorar las causas que son importantes para mí como mujer. Suspendí en Columbia, y ya no quiero ser reportera. Lo que quiero es escribir artículos de opinión, convencer a la gente de que su forma de ver el mundo está anticuada, y utilizar las palabras como medio para cambiar las mentalidades.

Marie, después de hablar con el señor Eastman, accedió a permitir que Laura la entrevistara y la usara como primera fuente. Una prueba, por así decirlo. Su conversación se alargó hasta altas horas de la noche, y el ensayo resultante generó polémica por su inocencia y pasión, algo que contentó al señor Eastman —y a Marie— enormemente.

Laura sintió un alivio egoísta cuando la oferta de Amelia de mudarse a Londres se suspendió a causa de las nubes de guerra que sobrevolaban Europa. Daba las gracias por ello. En Patchin Place se amaban sin aspavientos, con discreción, pero sin la intensa pasión de antes. Era un acuerdo que beneficiaba a las dos, y sus caracteres encajaban a la perfección porque la relación estaba equilibrada; ninguna de las dos tenía más poder que la otra. Laura había vuelto a ganarse el cariño de las integrantes del Club Heterodoxy y le habían permitido que asistiera a las reuniones, donde se le ocurrían más ideas para la columna de las que podría escribir en toda una vida.

Allí estaba, viviendo la vida con la que había soñado antes de que todo se desmoronara a su alrededor. Vivir en el Village con la mujer que adoraba más que nada en el mundo, trabajando como escritora y formando parte de una comunidad que recibía con los brazos abiertos la excentricidad y el cambio.

Pero no era así como quería conseguirlo, a costa de Jack y de Harry.

Aquella noche, después de cenar, Pearl encendió y sopló la única vela sobre el pastel de Harry.

—Felices quince años, mi niño —dijo Laura para sus adentros.

Amelia le alargó a Pearl un cuchillo.

—Tiene una pinta deliciosa.

Cuánta palabra insulsa. Qué ridículo era que se estuvieran comiendo un pastel por un chaval que no quería tener nada que ver con la vida actual de ambas mujeres.

—La banda de Paddy el Rojo vuelve a rondar por la Cuarta Avenida —comentó Amelia mientras Pearl le daba un plato—. Les he

pedido a mis inspectores que los vigilen por ti.

Habían visto a Harry varias veces a lo largo de los años, desde que Laura se había acostumbrado a dar paseos casi diarios por el Lower East Side con la esperanza de divisar a su hijo. Pero siempre se había fundido entre la multitud, o había doblado una esquina antes de que ella pudiera alcanzarlo. Con el tiempo se había aprendido sus rutas, pero él le había dejado claro que, si se acercaba demasiado, echaría a correr. Verlo, por esporádico que fuera, le daba esperanza. Un día de esos volvería a hablar con él.

—Gracias —respondió Laura—. Y pensar que ya tiene quince añitos.

—Casi un hombre.

Laura no miró a Amelia, sino que se limitó a darle un mordisquito al bizcocho.

—Está buenísimo, Pearl. Enhorabuena.

—Ya lleva cuatro años solo, Laura. —Amelia no estaba dispuesta a ceder una vez que había comenzado a hablar—. Puede que ya sea el momento.

—No puedo irme.

—A Pearl le gustaría Londres, ¿verdad, cielo? Podemos visitar la Torre de Londres y el palacio de Buckingham ahora que la guerra ha terminado y ya es seguro viajar.

Amelia no tuvo que añadir que su oferta de trabajo seguía en pie, y que sería un impulso tremendo para su carrera en la sanidad pública. Laura no podía marcharse de Nueva York mientras su hijo siguiera vagando por las calles, y probablemente todavía sufriendo.

—Me gustaría mucho. —Pearl siempre tratando de cuidar de las dos—. Podría aprender a preparar pastelillos ingleses.

—Me voy a dar una vuelta —dijo Laura.

No quería discutir, no ese día, y la sacaba tremendamente de quicio que Amelia hubiera hablado del tema. Sin duda charlarían largo y tendido aquella noche, y Amelia se disculparía y la abrazaría. Pero eso no cambiaría nada, no para Laura.

El frío aire de octubre le ardió en los pulmones, toda una sorpresa después de la calidez de los últimos días, y al que acompañaba una ligerísima lluvia. No tardaría en tener que sacar los guantes y las bufandas. ¿Dónde conseguiría Harry la ropa? ¿La robaría, igual que los libros? No era posible que el niñito adorable que

había criado, con sus labios curvados y ojos brillantes, fuese ahora el salvaje adolescente que vivía en las calles y que ya no la necesitaba. Llevaba su corderito de peluche en el bolso siempre que salía a buscarlo, aunque no tenía claro por qué. Lo más probable era que Paddy el Rojo se riera de ella y lo lanzara a la alcantarilla si se atrevía a sacarlo.

A aquellas horas solo quedaba abierta una de las librerías de la Cuarta Avenida. Entró para huir de la lluvia, e inhaló el aroma único de los libros viejos, esa mezcla rancia de vainilla y madera húmeda. Cuando vivía en la biblioteca a veces hundía la cabeza en uno de los libros e inspiraba, incluso cuando los demás visitantes la fulminaban con la mirada. No había perfume mejor, y Jack opinaba lo mismo.

—Tengo una cosa para ti.

La voz le resultaba familiar. Asomó la cabeza por una estantería hacia la parte trasera de la tienda, donde un dependiente miraba a un muchacho pelirrojo con una gorra, de la que sobresalían unos rizos que le envolvían el cuello como gusanos. Paddy el Rojo.

El dependiente suspiró y apoyó un codo en el mostrador.

—¿Qué traes ahora?

Paddy el Rojo se sacó un libro del abrigo. Conque habían vuelto a las andadas. La banda probablemente se hubiera ido a otras bibliotecas, o tal vez robaran en otras librerías. Era un negocio muy lucrativo.

El dependiente negó con la cabeza y volvió a centrar la atención en el diario, ignorando las protestas de Paddy el Rojo, quien finalmente se dio por vencido y se marchó sin prisa.

Laura lo siguió a una cierta distancia, aprovechando el pelo rojo como punto de referencia bajo la luz de las farolas, hasta que Paddy el Rojo llegó a un edificio de la Segunda Avenida. Bajó corriendo una escalera hasta la entrada del sótano. Laura dedicó unos instantes a reunir el coraje necesario y lo siguió.

La puerta daba a un pasillo tan estrecho que un hombre corpulento habría tenido que pasar de lado. A la derecha había otra puerta, y Laura oyó a Paddy el Rojo renegando al otro lado.

—El cabrón no lo ha querido.

El comentario fue recibido por los murmullos de otros muchachos. No oyó a Harry.

Podía llamar, pero eso les daría tiempo para huir.

En su lugar giró la manija y sintió una mezcla de alivio y terror al comprobar que no ofrecía resistencia y que la puerta se abría.

Estuvo a punto de recular por el hedor, una mezcla de sudor, alcohol y suciedad. La poca luz que había entraba por un ventanuco cercano a la calle y, justo debajo, tres muchachos dormían profundamente con las espaldas apoyadas en un barril tumbado. En los extremos de la estancia colchones rellenos ocupaban literas desvencijadas, y habían empotrado una especie de mesa contra una de las paredes, sobre la que vio los restos de lo que parecía ser el desayuno de la semana pasada.

—¿Eres de alguna asociación benéfica? —le preguntó Paddy el Rojo desconcertado—. Vas a darnos una charla, ¿no?

A aquellas alturas los ojos se le habían acostumbrado a la penumbra.

En la mesa estaba sentado un muchacho que la observaba con perplejidad, y que no mostraba el mismo desdén de los demás.

Su niño.

Harry.

El primer año después de mudarse a la biblioteca Jack había llegado a cenar una noche quejándose de lo mucho que le estaba costando arreglar una fuga en el sótano, donde el forjado sanitario se estrechaba hasta casi desaparecer por completo.

—No soy capaz de meter la mano, es imposible.

Harry se había ofrecido a ayudar, pero Laura le había dicho que era demasiado peligroso. Jack había repasado a su hijo de arriba abajo, como si fuera la primera vez que lo veía, y había anunciado que merecía la pena intentarlo. Juntos habían desaparecido después de la cena y regresado una hora más tarde, cubiertos de mugre y sonriendo como locos. Harry había sido capaz de llegar a la fuga y de taparla, siguiendo las instrucciones de su padre.

Al día siguiente Harry había ido corriendo a su habitación después de la escuela, se había puesto un mono y había informado a Laura de que se iba a trabajar. Ella había asentido solemnemente para evitar decirle lo adorable que estaba. Volvió cuando apenas habían pasado quince minutos, hecho un mar de lágrimas.

Jack, superado por la crisis que hubiera surgido aquel día, se lo

había quitado de encima de malas maneras, olvidándose de que no era más que un crío que solo quería ayudar. Después de cenar Laura había intentado explicarle a Jack por qué estaba dolido Harry, pero Jack no le había prestado atención.

—El chaval es demasiado sensible —dijo él antes de dar media vuelta y marcharse.

En la penumbra húmeda del sótano de aquel edificio, el niño sensible de Laura la miraba con unos ojos abiertos como platos. Era su única oportunidad.

—Harry, déjame que te compre algo para comer. No quiero nada más.

No se equivocaba. Estaba hambriento. Bajó la mirada hasta los restos de la mesa y luego miró a Paddy el Rojo, quien se apoyó en una de las literas y arqueó las cejas.

—Por favor —suplicó Laura mirando fijamente a Paddy el Rojo.

Él se encogió de hombros.

—Puede hacer lo que le venga en gana. Yo no mando sobre él.

Mientras andaban por la Segunda Avenida Laura mantuvo los brazos pegados al cuerpo. Se recordó a sí misma que no debía tocarlo, ni intentar cogerle la mano o el brazo, aunque eso fuera contra todos y cada uno de sus instintos. Tuvo que acostumbrarse a su altura; ya medía tanto como ella. Era un nuevo Harry, y ella tenía que tratarlo con cuidado, no mimarlo ni suplicarle que volviera a casa.

Se sentaron en un restaurante ruso y pidieron. Hizo todo lo posible por no mirarlo mientras engullía la comida. Todos los muchachos de aquel sótano estaban creciendo y necesitaban comer. ¿Cómo sería para ellos la hora de la cena? Probablemente se la pasaran peleándose por los restos que pudieran conseguir.

—Pearl te ha hecho un pastel de cumpleaños.

—¿Cuándo fue?

Ni siquiera lo sabía.

—Hoy. ¿No sabes qué día es?

—No.

Por descontado que no. Se le debían de haber quedado pequeñas las gafas que habían comprado juntos tanto tiempo atrás. Sin ellas leer un diario le resultaría imposible.

—¿Por qué no vienes a casa y te comes un trozo? Está delicioso, y te hemos guardado una buena porción.

—No, gracias. —Levantó la mirada antes de volver a centrarse en la comida, como si alguien pudiera quitársela si no se la comía lo suficientemente rápido—. Ya no quiero vivir contigo y con padre. No necesito...

Se interrumpió. A Laura se le había secado la boca. No sabía que su padre había muerto. El doctor Anderson y el señor Gaillard se las habían apañado para ocultar el suicidio y que no llegara a las noticias. Como cabía esperar, se habían preocupado mucho más por proteger la reputación de la institución que la discreción con la familia de Jack. Laura dejó escapar una respiración entrecortada y se centró en mantener la compostura. Harry estaba tan sumamente absorto en la comida que no pareció darse cuenta.

Todavía no podía contárselo.

—Te hemos echado de menos.

—Si supierais lo que he hecho no me echaríais de menos.

—¿Lo del manuscrito? Aquello ya pasó, se acabó. Nadie está enfadado contigo. Fue el momento, ya está.

Él levantó la barbilla en actitud desafiante.

—He hecho cosas peores.

—Ya lo sé.

La barbilla le tembló en un movimiento sutil, casi imperceptible, pero Laura sabía lo que significaba. Era un destello del Harry de siempre, bajando las defensas. Ella le habló con toda la ternura que pudo reunir.

—Encontré tu escondite, con el *Tamerlán* y el dinero. No estoy enfadada, no te preocupes en absoluto por eso.

Una expresión de alivio le recorrió el rostro. Seguía siendo un niño en muchos sentidos, y su reacción no fue tan distinta de la del día en que rasgó por accidente el vestido de una de las muñecas de Pearl y lo confesó, presa del arrepentimiento, en cuanto se dio cuenta de que su madre sabía que había sido él.

—¿Por qué robaste los libros, Harry? ¿Te obligaron a hacerlo?

—Me llevé el *Hojas de hierba* porque pensaba que hablaría del campo, de donde vivíamos. Lo llevé al colegio un día, Paddy el Rojo lo vio y empezó a hablarme y a preguntarme cómo era lo de vivir en una biblioteca. Nos hicimos amigos.

Harry, que se las había visto y deseado para hacer amigos, debía de haber sido una presa fácil para Paddy el Rojo y su banda. Laura

permaneció en silencio, escuchando.

—Me dijo que, si quería, podía ganar dinero robando libros como aquel. Oí que padre y tú necesitabais dinero, así que pensé que sería una forma de ayudaros.

Lo había hecho por ella. Por ellos. Habría dado lo que fuera por abrazarlo.

—¿Cómo te llevabas los libros? Estaban bajo llave.

Hizo una pausa.

—Ya sabes la respuesta.

Laura recordó el escondite.

—El montaplatos.

—Cabía dentro del agujero. Ahora no, claro. Pero en aquella época podía colarme y bajar, subir o ir adonde quisiera. Y había otro que me llevaba hasta las estanterías del sótano. Podía moverme prácticamente por todo el edificio sin que me detectaran, de madrugada, cuando todo el mundo dormía.

Era un niño flacucho; era evidente que aquello le había funcionado. Había montaplatos por toda la biblioteca, y Harry los había convertido en una especie de medio de transporte, una forma de trasladarse por los pisos sin que lo detectaran.

Desde el principio estuvieron buscando a un empleado, a un adulto. Debía de haberle parecido casi un juego, como subirse a un árbol. Si algo hubiera salido mal, si hubiera resbalado y caído...

—¿No te daba miedo meterte en el montaplatos? ¿Y si te hubieras quedado atrapado?

—Qué va. Era una aventura. Y Paddy el Rojo me pagaba bien por los libros que robaba. Me nombró su mano derecha. Todo fue por ti, para que pudieras seguir en la universidad y no te preocuparas por nada. Todo menos el *Tamerlán*.

—¿A qué te refieres?

Hizo una breve pausa antes de responder.

—Iba a ser tu regalo de Navidad.

Ella se recostó en la silla y entrelazó las manos sobre la mesa.

—¿Cómo?

—El *Tamerlán*. Siempre decías que te encantaban aquellos poemas. Pero después de llevármelo, os oí a ti y a padre hablando del libro y me di cuenta de que era demasiado único y que sabríais que lo había robado.

La simplicidad de aquella reflexión la inquietaba, pero Harry siempre había vivido en las nubes, o al menos eso era lo que decían los profesores. La mirada perdida, sin prestar atención. Codearse con una banda de chicos debió de ser un cambio más que bienvenido. Por no mencionar el robo de los libros, una forma de vengarse de los mismísimos objetos que tantos problemas le habían dado aquel año.

Mientras lo escuchaba tomó conciencia de los pequeños detalles, de los cambios. Cómo había empezado a crecerle una barba irregular en la barbilla y las mejillas, y el cabello apelmazado que le asomaba por la gorra de tartán. Tenía legañas en un ojo. Necesitaba comida en condiciones, una cama caliente y cuidados.

—Mira, Harry. Quiero que vuelvas a casa conmigo. Ahora vivimos en Greenwich Village. El piso es bonito, cálido y acogedor. Necesitaba empezar de cero, y creo que tú también.

—No puedo volver contigo después de lo que hice.

—Yo no te culpo. Y Pearl, tampoco.

—¿Cómo está Pearl?

Por primera vez la mirada se le suavizó.

—Está bien. Te echa de menos.

—Dudo que padre también me eche de menos. Probablemente no quiera volver a verme en la vida.

Por cómo lo dijo, con un ápice de esperanza, Laura comprendió que, de hecho, estaba desesperado por volver con ella, por formar parte de la familia de nuevo. Porque lo perdonaran.

No podía posponer más las noticias.

—Lo siento muchísimo, Harry, pero tu padre falleció.

Harry palideció.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Era un hombre frágil, nunca llegué a darme cuenta de hasta qué punto.

—¿Cuándo?

—La noche que te marchaste.

—¿Cómo?

Intentó evitar todo lo posible aquella pregunta.

—Harry, ya es agua pasada. Han pasado cuatro años. Tienes que volver a casa.

—Dímelo.

Harry respiró hondo, como si acabara de nadar un kilómetro bajo

el agua. Tenía una expresión de cruda necesidad.

—No era feliz.

—¿Se suicidó?

No podía responder a esa pregunta.

—Hiciera lo que hiciese, no fue culpa tuya.

Harry tragó saliva.

—Lo maté yo.

—No, te prometo que no.

Pero los dos sabían que la tragedia había ido cobrando magnitud, un acto erróneo tras otro, hasta que uno de ellos se había venido abajo.

Harry gimoteó en silencio, pero llegó un momento en que no pudo contener las lágrimas. Sus llantos se acabaron convirtiendo en espasmos de desesperación. Laura se sentó a su lado y lo rodeó con el brazo, dejando que le llorara en el hombro. Las mesas vecinas no levantaron la cabeza. La guerra le había pasado factura a mucha gente, y el dolor no era nada nuevo.

—Por la noche sueño con padre —balbució Harry al fin—. Lo veo todas las noches mientras duermo. Se esfuerza por respirar y grita tu nombre.

Laura sabía que aquellos llantos eran por todos ellos. Por la familia que ya no existía y el dolor extenuante que producía la separación. Habían planeado que la vida siguiera un rumbo determinado, pero había acabado hecha añicos, y se habían visto lanzados por los aires antes de caer dolorosamente al suelo. La firme bondad de Pearl, la rebeldía de Harry, la desesperación de Jack.

Le acercó un pañuelo a Harry y él se sonó como un crío, sacudiendo la cabeza al acabar antes de devolvérselo. Igual que hacía de pequeño.

Cuánto lo echaba de menos.

—Por favor. Vuelve a casa conmigo.

—Yo ya no tengo casa. Ya no te necesito.

Estaba volviendo a levantar las defensas.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo vas a cuidarte tú solo?

—Nos cuidamos los unos a los otros. Ahora mi familia son Paddy el Rojo y los chicos.

—Pero si vivís en unas condiciones deplorables. No tienes buen aspecto. Por favor, vuelve a casa. Han pasado cuatro años.

—Lo que demuestra que sé cuidarme solito. —Se enderezó—. Tenemos planes.

—¿Cuáles? ¿Seguir robándole libros a una librería y vendiéndoselos a otra? ¿Cuánto dinero podéis sacar de algo así? ¿Cuántos sois, doce? ¿Más? No es sostenible. Al final necesitarás un trabajo de verdad.

La mirada se le endureció y le dio un empujón al plato vacío. Laura había hablado demasiado y revelado su desesperación.

—No necesito tu ayuda. Deja de buscarme. Déjame en paz.

Sin mediar otra palabra, se marchó.

Aquella desoladora noche supo sin ningún género de duda que había perdido a Harry para siempre. Él creía que merecía un castigo eterno por la muerte de su padre, un sacrificio que contrastaba con el egoísmo de Jack. Dos perspectivas deformadas por el amor y la pérdida.

Laura se juró no volver a querer tanto a nadie jamás.

Capítulo veintisiete

Ciudad de Nueva York, 1993

—Tiene que estar aquí, en algún lado.

Sadie daba vueltas sobre sí misma, buscando el libro desaparecido en el viejo apartamento. Nick comenzó a rebuscar en las cajas mientras ella comprobaba de nuevo el montaplatos. Nada.

—Sé que lo tenía en las manos —dijo—, pero, sinceramente, después de oír que habían encontrado a Valentina, no recuerdo qué he hecho con él. Lo debo de haber dejado en algún sitio, tiene que estar aquí.

—A menos que... —Nick dio media vuelta y se dirigió al largo pasillo que conducía a las habitaciones, antes de echar un vistazo en todas ellas. Al llegar a la última giró la manija y se volvió hacia Sadie sorprendido—. Ahora está abierta. Pero nosotros no tenemos la llave.

Alguien la había abierto. Revisaron la habitación, pero no había señal alguna de vida.

—¿Crees que Robin ha estado escondida aquí hasta ahora? ¿Escuchándome? —Sadie no esperó a que Nick respondiera—. Básicamente hemos encontrado el puñetero libro para ella. No me lo puedo creer. —Se dejó caer sobre una de las cajas cuando los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cómo he podido ser tan idiota.

—De eso nada. Estabas preocupada por Valentina, y ella era lo primero. La familia es lo primero. No te olvides de que solo es un libro. Lo más importante es que Valentina esté a salvo.

Tenía toda la razón.

Salieron del apartamento juntos, con Sadie absorta en sus pensamientos.

—¿Quién es Robin? —preguntó, casi para sus adentros—. ¿Y por qué se está esforzando tanto por arruinarme la vida?

—Bueno, sabemos que tiene ciertos conocimientos de la arquitectura de la biblioteca. Podemos comprobar si ha llegado a

pedir planos del edificio, ¿no? Se guardan registros.

—Sí, claro —contestó Sadie—. Si estaba pendiente de mis conversaciones con Lonnie por el otro teléfono siempre que yo lo llamaba, básicamente la he estado informando de los objetos más valiosos de la exposición. No se lo podría haber puesto más fácil.

—Recuperamos el diario de Woolf y el Hawthorne. La página del *Folio* está a salvo, aunque la haya arrancado.

Ella gruñó frustrada.

—Lo que más me mosquea es que el *Tamerlán* estuviera aquí desde el principio, sano y salvo, hasta que yo lo he descubierto y lo he puesto en peligro. No ha caído en manos de Robin hasta que yo se lo he puesto en bandeja.

En el despacho del doctor Hooper, la secretaria los informó de que la junta al completo se había reunido en la Sala del Consejo Administrativo, y los acompañó hasta allí cuando le explicaron que era urgente. Ella entró primero, y luego les hizo un gesto a Sadie y Nick para que la siguieran.

Treinta rostros se volvieron hacia ellos mientras el doctor Hooper torcía el gesto desde la cabeza de la mesa. El escenario en el que Sadie debía comunicar las noticias no podía ser más amenazante.

—Me consta que ha habido bastante alboroto esta mañana —comentó él.

Sadie se colocó en el extremo de la mesa, una disposición que le recordó a un estrechísimo pelotón de fusilamiento. Nick se quedó detrás de ella y, cuando a ella le faltaban las palabras, confundida sobre cómo empezar o qué decir, él tomaba el mando. No podía sentirse más agradecida. Ambos informaron a la junta y al doctor Hooper sobre la niña desaparecida, la identidad de la presunta ladrona de la biblioteca, la recuperación de la página de título del *Folio* y el descubrimiento —y desaparición— del *Tamerlán.*

—Bueno, pues me alegro de que la chiquilla esté a salvo —dijo el doctor Hooper—. ¿Sois familia, Sadie?

—Sí, es mi sobrina. Y estamos bastante seguros de que la ladrona era su canguro. Una mujer llamada Robin Larkin.

—La policía se ha hecho cargo del caso y nos irán informando —añadió Nick—. Y yo estaré trabajando estrechamente con ellos, claro.

El doctor Hooper gruñó.

—A ver, ¿me estáis diciendo que habéis encontrado un libro

singular que lleva perdido desde 1914 y lo habéis perdido pocos minutos más tarde?

—Tampoco te pases, Humphrey.

El que había hablado era uno de los fideicomisarios a los que Sadie había ofrecido una visita un par de meses atrás. El señor Jones-Ebbing.

—¿Por qué no? —replicó el doctor Hooper.

—Porque han hecho un trabajo fantástico al descubrir lo que estaba pasando en esta biblioteca.

Sadie agradecía el apoyo, y se percató de que varios miembros de la junta asentían con la cabeza.

Sabía que debería haberlo dejado ahí y marcharse. Necesitaba ver cómo estaban Lonnie, LuAnn y Valentina, y probablemente Nick estuviera impaciente por ponerse en contacto con la policía. Pero no pudo evitarlo.

—Señor, si me lo permite.

—Dinos, Sadie.

—Insisto en que deberíamos informar de la desaparición del *Tamerlán* a todas las librerías que sepamos que aceptan libros raros, así como a la Asociación de Librerías y Anticuarios de Estados Unidos. Las librerías deben estar alerta, y aquellas que puedan verse tentadas deben saber que no podrán venderlo con tanta facilidad sin atraer la atención. Es la única forma de que podamos llegar a recuperarlo.

—Un momento. —El señor Jones-Ebbing levantó la voz, dirigiéndose a la junta, no a Sadie—. Estamos a punto de anunciar nuestra nueva campaña de capital, dentro de dos semanas, justo a tiempo para la inauguración de la exposición. Recomiendo encarecidamente que no aireemos este asunto porque, si no, la prensa se nos lanzará a la yugular. Sobre todo si tenemos en cuenta que no lo han robado una vez, sino dos. Sugiero que esperemos hasta que hayamos hecho el anuncio. Así podremos asegurarnos los compromisos de los grandes donantes antes de que se enteren de la noticia.

Los hombres y mujeres que rodeaban la mesa murmuraron su conformidad.

—Ya lo hablaremos más tarde —dijo el doctor Hooper, pero, por el tono, Sadie sabía que no darían la voz de alarma—. Gracias por ponernos al día.

Sadie deambulaba por el pasillo que daba al despacho temporal de Nick mientras él hacía un par de llamadas. Estaba demasiado inquieta como para quedarse de brazos cruzados. La estrechez de miras de la junta la sacaba de quicio. ¿Qué sentido tenía ser una biblioteca que no anteponía los libros a los cheques cuantiosos? Al cabo de tres semanas el *Tamerlán* estaría en Europa o en algún otro lugar muy muy lejano, perdido de nuevo, y esta vez para siempre.

Pensó en el cariño que sentía por toda la Colección Berg, en lo muchísimo que la echaría de menos si no le permitían regresar. No solo los libros, manuscritos y cartas, sino también los artefactos más extravagantes, como las armónicas de Jack Kerouac, los bocetos de mariposas de Vladímir Nabókov e incluso la pata de gato abrecartas de las narices.

Un momento.

Recordó una de las últimas veces que había visto el abrecartas y, en ese instente, algo en su cabeza hizo clic, como un engranaje recolocándose en la cadena de una bicicleta.

Nick terminó y juntos salieron de la biblioteca.

—Gracias por venir al rescate —le dijo Sadie—. Me alegro de que estuvieras hoy aquí.

—De nada. —Parecía inquieto—. Me sabe mal que no te hayan hecho caso.

—Bueno, tampoco me ha cogido por sorpresa. —Lo escudriñó intentando decidir cómo presentarle su próxima petición—. Si te pido que hagas una cosa muy, pero que muy extraña, ¿lo harías? Tengo una idea. Pero necesito tu ayuda.

—Tú dirás.

Sadie dirigió la mirada hacia las puertas giratorias.

—¡Escóndete!

Cogió a Nick del brazo y lo arrastró hasta el lado oculto de uno de los leones, antes de agazaparse y pegarse al suelo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le espetó él.

Sadie se levantó despacio y echó un vistazo a la calle antes de volver a agarrarlo del brazo y llevarlo escaleras abajo.

—Sígueme. Ya.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Nick a Sadie cuando prácticamente

lo empujó hacia un taxi.

—Siga a ese taxi —le dijo ella al conductor, antes de volverse hacia Nick—. Siempre había querido decir eso.

—¿Por qué?

—Porque sale en todas las pelis antiguas.

—No, vamos a ver, ¿por qué quieres seguir a ese taxi en concreto?

—Porque es el que ha cogido el señor Jones-Ebbing.

—¿Y qué problema tienes con él?

—Te parecerá una locura, pero ha habido algo en su reacción que me ha parecido extraño —contestó—. Es nuevo en la junta, y aun así ha intervenido como si fuera el mandamás con lo de no filtrarle el robo a la prensa.

—¿No es precisamente eso lo que se espera de los miembros de la junta? ¿Que se preocupen por ese tipo de cosas?

—Cuando entró les hice a él y otras personas una visita de la biblioteca. Se acercó y tocó todo lo que le dio la gana, aunque yo le pidiera que no lo hiciera. Como si no pudiera evitarlo. —Se acordó del momento en que deslizó el dedo por la hoja del abrecartas, como si fuera suyo—. Algo me dice que está implicado.

—Su razonamiento sobre lo de mantener en secreto el robo tenía sentido, si te pones en su lugar.

—Estoy segura de que algo no va bien. —Nick hizo ademán de responder, pero ella lo interrumpió—. Confía en mí, ¿vale?

El taxi paró frente a una casa en el lado este entre las calles 50 y 60.

—Debe de ser su casa —comentó Sadie.

—O puede que sea el lugar en el que se celebra la reunión anual de la Asociación de Amantes de los Libros Robados.

—Eres la monda.

Jones-Ebbing se bajó del taxi y subió la escalera, abrió la puerta y desapareció.

—¿Y ahora qué? —Sadie dejó escapar un suspiro de frustración —. No podemos entrar sin más.

Bajaron del taxi y se sentaron en una escalera al otro lado de la calle, parcialmente oculta por unos cubos de basura.

Por la otra acera una mujer caminaba rápido con la cabeza agachada. Largos mechones de pelo castaño le sobresalían de una

gorra de béisbol, pero, a pesar de todo, Sadie la reconoció de inmediato.

—Bingo. Esa es Robin.

—Lonnie dijo que era rubia y que tenía el pelo corto.

—Es una peluca. La altura no engaña y, vamos a ver, ¿quién se pasea en un día nublado con esas gafas de sol y una gorra de béisbol?

—¿Las celebridades?

—No. Las ladronas de libros. Pero no me explico cómo ha podido pasar por el control de seguridad con el libro encima. Le tendrían que haber mirado el bolso. ¿Cómo habrá salido de la biblioteca?

Sadie contuvo el aliento y no lo soltó hasta que la mujer no giró hacia la misma escalera por la que había subido Jones-Ebbing.

—Doble bingo —susurró Nick.

La puerta se abrió y Sadie apenas tuvo tiempo de divisar la silueta de Jones-Ebbing urgiendo a Robin a que pasara.

—Tenemos que entrar. —Sadie sabía que no era factible, y ni siquiera legal, pero no veía otra opción—. ¿Qué hacemos ahora?

Nick se puso en pie.

—Por fin llegan a tiempo alguna vez.

Dos coches de policía doblaron la esquina a toda velocidad, aunque con las sirenas apagadas.

—¿Perdón? ¿Son refuerzos? —Sadie se volvió hacia Nick—. ¿Se te había ocurrido lo mismo?

—La duda ofende. Jones-Ebbing se ha delatado a sí mismo entre los sudores y los nervios. Todo señales de que estaba mintiendo. De hecho, hace poco que se convirtió en el centro de nuestra investigación.

—¿Por eso te has ido a hacer esas llamadas? —Sadie no esperó a que respondiera—. ¿Y por qué te has hecho el tonto antes?

—Para verte la cara. —Nick sonrió—. Además, no me has dejado ni hablar.

Se reunieron con la policía al pie de la escalera y dejaron que los agentes fueran en cabeza. Jones-Ebbing abrió la puerta, balbuciendo confuso, y trató de protestar cuando se abrieron paso hacia el interior. En un extremo del pasillo Sadie vio una figura corriendo hacia la parte trasera de la casa.

—¡Allí está Robin!

Uno de los policías salió corriendo tras ella, pero los demás se

quedaron cerca.

Jones-Ebbing se dejó caer sobre el sofá, con la mirada clavada en el *Tamerlán*, que descansaba sobre la mesa auxiliar que tenía delante. Nick lo recogió y se lo alargó a Sadie.

—Vamos a intentar no perderlo otra vez, por favor.

Estaba a punto de responder cuando el policía salió con Robin entre patadas y gritos, y sin peluca, en dirección al coche patrulla.

Aquella malnacida, aquella ladrona, no podía ser la misma mujer que se había sentado con ella en casa de Lonnie y la había consolado tras la muerte de su madre. Que había cuidado con tanto mimo a Valentina. Parecía imposible.

—Gracias a Dios que la han cogido. Ya hay que ser criminal para hacer lo que ella ha hecho. —Jones-Ebbing se puso en pie—. ¿Puedo ofrecerles un café, o algo más fuerte? Yo personalmente necesito un trago.

Menudas agallas.

—No, gracias. Creo que tenemos cosas más importantes de las que hablar —respondió Sadie.

—Les aseguro que no tenía ni idea de quién era —se defendió Jones-Ebbing—. Esta mujer se ha presentado en mi puerta, me ha enseñado el libro y me ha preguntado si me interesaba comprárselo. He fingido estar interesado para poder recuperarlo en nombre de la biblioteca. Luego han aparecido ustedes. Buen trabajo. No hay nada como el trabajo en equipo.

—¿Es eso lo que ha pasado? —preguntó Nick.

—Por supuesto. Estaba esperando a que se fuera para llamar al doctor Hooper y darle las buenas noticias.

—Forma parte de la junta de la biblioteca. ¿Qué sentido tiene que acudiera a usted?

Sadie quería que siguiera hablando para intentar arrinconarlo y que no tuviera escapatoria.

—Pues la cosa es que soy bastante conocido en el mundo de los libros singulares.

—¿Le importaría que revisáramos su biblioteca? —Nick señaló las interminables estanterías—. Me pregunto qué más podríamos encontrar.

—Los invito a revisar mis estanterías.

—También podríamos mostrarle una foto del señor Jones-Ebbing

al propietario de J&M Books —sugirió Sadie—. Seguro que no ve la hora de arrastrar con él a alguien más.

En ese momento fue como si el tipo se desinflara. Se hundió en el sofá y se llevó las manos a la cabeza.

—Les juro que fue ella la que vino a mí.

Nick hizo un gesto para que Sadie y el policía se quedaran atrás y lo dejaran dirigir el interrogatorio.

—¿Robin fue la que le propuso la idea de robar los libros? Que sepa que la situación cambiaría si no hubiera sido usted el instigador de todo este asunto.

Él asintió vacilante.

—¿Le informó Robin de los libros que iba a robar?

Jones-Ebbing miró al policía y, acto seguido, a Nick. Cuando por fin habló, las palabras surgieron de él con un quejido infantil.

—No tenía ni idea de con qué aparecería. Hasta anoche, cuando me dijo que iba a intentar hacerse con el *Tamerlán*, no la creí. Sabía que llevaba décadas desaparecido.

Había algo en aquella confesión que escamaba a Sadie. Estaba convencida de que el tipo estaba restándole importancia a su función en la trama.

—¿Y qué pasa con el *Folio*? —preguntó Nick—. ¿Y lo de la página arrancada?

Jones-Ebbing palideció.

—Jamás habría permitido que se arrancara una página. Me resulta un acto macabro.

—Y los otros libros que llevó a J&M Book para que los vendieran.

Era una afirmación, no una pregunta.

—No tenía otra opción.

—¿Ah, no?

—Problemas económicos. Me estaba empezando a costar guardar las apariencias.

A Sadie le hervía la sangre. Todo el daño que había hecho, tanta estupidez. Y todo por las apariencias.

En comisaría Robin estaba sentada en un banco, esposada, aparentando ser lo más pequeña y desamparada posible y con los ojos como platos, pero todo eso cambió cuando vio a Sadie. Prácticamente escupió en el suelo cuando la vio, dejando atrás el aspecto de huérfana para pasar a ser alguien amenazante. Era de verdad sorprendente.

—Dime quién eres —le exigió Sadie.

—Qué más quisieras.

Nick intervino.

—Ya es suficiente. Ahora mismo no puedes hablar con ella.

Sadie reculó a regañadientes.

Una semana más tarde Nick se enteró de que el fiscal del distrito había decidido retirarle a Robin los cargos por secuestro. Robin había insistido en que Valentina la había seguido hasta la biblioteca sin su consentimiento y que no la había retenido contra su voluntad, algo que coincidía con la versión de Valentina. Con todo, la imputaron por poner en peligro a una menor, un cargo que aceptó junto con los de los robos de los libros. Una parte del acuerdo consistía en que explicara cómo había llevado a cabo los robos.

Sadie quedó con Nick en la oficina de su empresa, en el Grace Building de la calle 42, con vistas a Bryant Park. La recepcionista la dirigió a su despacho privado, un lugar que ofrecía unas vistas asombrosas de la biblioteca.

—Qué oportuno —dijo ella aceptando la silla que le había ofrecido—. Me sorprende que no te hayas montado un telescopio para ver desde la ventana lo que se cocía.

—No creas que no lo pensé.

—Cuéntame todo lo que dijo.

—La historia familiar de Robin es bastante desastrosa —empezó —. Su padre y su madre la abandonaron y entró en el sistema de acogida del noroeste de Massachusetts. Luego la separaron de su hermana. Ya adolescente, le ofrecieron un programa que ponía en contacto a jóvenes en riesgo de exclusión con negocios de la zona, empleos a tiempo parcial, y trabajó en una librería unos años antes de ir a una universidad pública.

—¿De ahí que conociera la existencia de los libros raros?

—Eso parece. Pero, en un momento dado, la pillaron cortando mapas de atlas raros en la biblioteca de Amherst. Arguyó que necesitaba dinero para pagar la matrícula y, como era su primer delito, la dejaron en libertad condicional.

Si Robin hubiera recibido un castigo mucho más duro en aquel momento, tal vez sus planes se hubieran frustrado mucho antes.

—¿Cómo conoció a Jones-Ebbing?

—Por lo visto el tipo tiene una casa de verano en el oeste de Massachusetts, y fue ahí cuando entraron en contacto. Con el tiempo comenzaron a trabajar juntos, robando en liquidaciones de patrimonio y librerías. Era un tinglado sencillo hasta que a Jones-Ebbing le pidieron que se uniera a la junta de la biblioteca y dieron con un filón.

Nick también descubrió que Robin había ido específicamente a por Sadie y Lonnie el día que se conocieron, cuando Valentina se había caído en el parque. Los gemelos a los que afirmaba estar cuidando ni siquiera estaban a su cargo. Llevaba un tiempo siguiendo a Lonnie y a Sadie, con la esperanza de integrarse en sus vidas.

—No entiendo qué conexión podía haber. ¿Por qué nosotros?

—Sabía que tu familia había robado el *Tamerlán* en algún momento, pero no nos dijo de dónde había sacado esa información. Estoy seguro de que está cubriendo a alguien. En cualquier caso, concluyó que tú eras el eslabón que le faltaba. Después de conseguir el trabajo como canguro, os escuchaba por el otro teléfono siempre que Lonnie y tú hablabais. Así fue como se enteró de los libros que podía robar, y lo que hizo que fuera al viejo apartamento a buscar el *Tamerlán.* Esperaba encontrarlo antes que tú.

—¿Cómo fue capaz de moverse por la biblioteca exactamente? ¿Y para entrar y salir? —preguntó Sadie.

—Se escondía en una de las antesalas de la escalera de caracol de la Sala Principal de Lectura hasta que la biblioteca cerraba, y luego utilizaba el montaplatos para bajar a las estanterías del sótano. Salía por una escotilla de incendios justo debajo de Bryant Park, que daba a unos arbustos. Por lo visto un policía llegó a verla una vez, y ella fingió ser una sintecho que estaba durmiendo en los arbustos. Oye, y sin pestañear.

Era increíble.

—¿Cómo entraba en la jaula al llegar al sótano? No había ningún acceso.

—Levantaba la parte inferior y la aguantaba con una cuerda flexible antes de reptar por debajo.

Ese era el chirrido que Sadie había oído cuando estuvo a punto de enfrentarse cara a cara con la ladrona. La constitución menuda de Robin había jugado a su favor tanto en el montaplatos como en las estanterías.

—Si lo que querían eran vender los libros robados, ¿por qué arrancó la página del *Folio*? No tiene ningún sentido, es una mutilación, ni más ni menos.

—Confesó que era para su colección privada. No dio más motivos.

Sadie veía demasiados cabos sueltos, pero lo que más le interesaba a la biblioteca era saber cómo había llevado a cabo los robos para poder evitar que volviera a ocurrir algo similar en el futuro.

Sin embargo, aún faltaba un interrogante. El más importante de todos.

—Los montaplatos. Acepto que es obvio que el de la Sala Principal de Lectura lleva a las estanterías del sótano, pero Robin sabía lo bastante sobre la biblioteca como para haber escapado por el del lavabo de mujeres de la tercera planta cuando eché a correr tras ella, y aquel ni siquiera estaba en funcionamiento. ¿Cómo es posible que lo conociera? ¿Cómo pudo bajar por allí?

—Según ella, reptó por el agujero, e incluso se pavoneó de haber conseguido huir de esa forma. Pero... —Nick negó con la cabeza—. No llegó a decirnos cómo supo de su existencia. Ni siquiera cedió a las presiones.

Capítulo veintiocho

Ciudad de Nueva York, 1993

Cuando apenas faltaban cuatro días para inaugurar la exposición, Sadie estaba más nerviosa que emocionada. Se había esforzado mucho para sacarla adelante y, con todo, no le acababa de convencer. Quería que fuera perfecta.

Habían accedido a que volviera después de los arrestos de Richard Jones-Ebbing y Robin Larkin. Al doctor Hooper no le entusiasmaba la relación que tenía Sadie con la ladrona, pero el hecho de que hubiera colocado al cómplice de Robin en la junta de la biblioteca implicaba que él también tenía que cargar con parte de la culpa. Sadie se había encargado de incidir en ese detalle cuando habían discutido los términos de su retorno, y la habían readmitido como comisaria de la exposición.

Dentro de la sala correspondiente, Sadie contempló las vitrinas donde lo más granado de la Colección Berg descansaba abierto por las páginas más importantes, como un montón de pavos reales literarios. Hizo la visita como si fuera una visitante más, como si todo aquello le resultara nuevo. Comenzaba con el *First Folio.* La página del título se había colocado cuidadosamente en la posición correcta, pero no se había arreglado. No podía pegarse; el daño era irreversible. Era algo descorazonador. La descripción que lo acompañaba así lo describía.

Un ejemplar de *Robinson Crusoe* de 1719 incluía una colorida ilustración del personaje homónimo, y junto a él se alzaba su querido *Tamerlán.* La etiqueta rezaba que el autor anónimo que aparecía en la portada —«Por un bostoniano»— era, en efecto, Poe, y mencionaba que aquel ejemplar se había redescubierto recientemente. Ojalá Sadie hubiera dispuesto de seis líneas más para describir el viaje del libro.

La exposición en sí misma era un viaje en cierta manera, de cartas, manuscritos y libros, poetas y autores, Austen, Tennyson y Yeats. Tenerlos a todos juntos en una misma estancia era un sueño,

como si hubiera convocado a los mismísimos espíritus para que charlaran entre ellos, compararan correcciones y cambios, comentaran las elegantes encuadernaciones. La exposición casi compensaba el calvario que habían atravesado ella y su familia a lo largo de los últimos meses. Casi, pero no del todo.

El proceso contra Robin seguía su cauce a través del sistema judicial. La acusación había advertido a Sadie que no se ilusionara demasiado, que los jueces no veían los libros valiosos igual que el robo de un cuadro o de cualquier otro objeto robado de un museo. De hecho, la sentencia habitual no llegaba a los tres años de cárcel.

Sadie había pedido hablar durante el veredicto, con la esperanza de poder defender el caso, pero hasta el momento no había recibido respuesta. Se hizo una nota mental para molestar otra vez al abogado al día siguiente.

Seguía sin esclarecerse cómo era posible que Robin conociera el sistema de los montaplatos de la biblioteca. Hacía años que nadie comprobaba los planos originales del edificio. Sadie había llamado a la señora Quinn a Londres para preguntarle si conocía a la muchacha, pero tampoco hubo suerte. Era como si hubiera surgido de la nada, se hubiera introducido en las vidas de su familia y se hubiera aprovechado de ellos. Richard Jones-Ebbing se había declarado culpable de inmediato y se había ofrecido a proporcionar toda la información posible sobre Robin, que tampoco era mucha.

Lonnie, LuAnn y Sadie llevaron a Valentina a la biblioteca unas pocas semanas después de su aventura nocturna, con la esperanza de rebajar cualquier posible trauma. Ella les había enseñado muy orgullosa el rincón de la Sala Principal de Lectura donde se había escondido, y luego había echado a correr hacia la escalera principal, de camino al sótano, donde el señor Babenko la había encontrado y cuidado.

En la sala de exposiciones se detuvo frente al bastón de Laura Lyons, expuesto entre la pata de gato abrecartas de Dickens y el kit de escritura de Charlotte Brontë. Las apuestas no literarias estaban pensadas para ofrecer un descanso a los ojos de los visitantes de la página escrita, y también ayudaba a humanizar a los autores como personas reales que abrían cartas, caminaban y viajaban. Almas que habían logrado hitos asombrosos a lo largo de sus vidas, y que eran más que una letanía de nombres de la clase de literatura del instituto.

Abrió la vitrina y levantó el bastón, deseando de nuevo que hubieran podido mostrar un escrito original de Laura Lyons, y no solo los viejos boletines de la biblioteca. Deslizó los dedos por la curva de la madera. Su abuela había puesto sus propias manos en aquel bastón, y se había apoyado en él mientras cruzaba Londres, camino de su muerte. Según la señora Quinn, la había encontrado aún aferrada a él, rodeada de escombros.

En su última llamada con la señora Quinn la anciana le había comentado que el bastón, que Laura siempre llevaba encima cuando salía de casa, había sido un regalo de Amelia Potter. A aquellas alturas la señora Quinn se había convertido en una suerte de confidente, y había obsequiado a Sadie con historias de Laura y Amelia pasando el fin de semana en Brighton cuando llegaban los meses más calurosos, de ellas celebrando cenas que acababan diluidas en risas y canciones. A pesar de que siempre mantuvieron residencias separadas, raramente se las veía lejos la una de la otra, y siempre se alojaban en uno u otro lugar. Sadie se alegró de saber que su abuela había conocido el amor, y había cambiado la etiqueta de la vitrina para reflejar ese nuevo dato.

—Laura nunca salía de casa sin él —le había dicho la señora Quinn.

Sadie se detuvo. ¿No era lo mismo que le había manifestado Laura Lyons sobre el ensayo a la señora Quinn antes de morir? «Explicaba toda la verdad... y que por eso siempre lo llevaba consigo.»

Contempló de nuevo el bastón, recordando los que había visto en la televisión o el cine con frascos o cuchillos ocultos en el interior. Lo alzó hacia la luz y examinó el mango, buscando algún borde por el que pudiera abrirse. Nada. La madera mostraba una superficie reluciente, sin signos de poder separarse.

Lo giró. La parte inferior estaba malgastada, pero en el centro parecía haber una especie de tapón, fabricado con la misma madera del bastón para que apenas fuera perceptible.

¿Qué podía hacer? Lo que tenía en las manos era un artefacto valioso. Si hundía la uña para intentar sacarlo podría llegar a dañarlo.

Pero Sadie no pudo contenerse. Tenía que ver si el tapón podía extraerse. No haría nada drástico como, por ejemplo, emplear un destornillador, pero si con la uña podía soltarlo un poco...

Salió disparado y cayó al suelo con un golpe seco, antes de echar

a rodar y detenerse en su zapato. Sadie se agachó a recogerlo y lo colocó cuidadosamente en la parte superior de la vitrina.

Echó un vistazo dentro del bastón y apenas percibió los bordes de una hoja de papel enrollada dentro.

El último ensayo de Laura Lyons. El que siempre llevaba consigo.

Sadie sabía que no podía intentarlo sola. Cogió el tapón y el bastón y regresó a la sala principal de la Colección Berg, donde Claude alzó la mirada con un gesto de preocupación. Desde que Sadie había vuelto, ella y Claude habían acordado una tregua tibia, impacientes por pasar página y por centrarse en organizar una exposición de éxito. Sus intereses compartidos los habían ayudado a limar asperezas sobre sus problemas previos.

—¿No deberías haberte puesto guantes? —le preguntó él—. ¿Y por qué lo has sacado de la vitrina?

—Creo que he encontrado algo extraño. Necesito que me ayudes.

Le explicó lo del tapón, y le contó que se había dado cuenta de que sobresalía un poco y que se había caído solo después de levantar el bastón. Una mentira piadosa. Al menos se había reprimido en lo de examinarlo sola.

Cuando acabó de hablar Claude estaba prácticamente salivando.

—¿Qué hacemos con él?

—Tendríamos que llevárselo al señor Babenko. Puede que disponga de las herramientas necesarias para sacarlo sin dañar el papel ni el bastón.

Mientras descendían por los tres tramos de escalera, Sadie reunió el coraje para decir:

—Claude, quiero pedirte perdón por cómo me comporté después de la fiesta de Navidad. Te falté al respeto, y lo siento mucho.

Listo, ya lo había dicho. Esperó a que Claude procesara cómo había cambiado el ambiente entre ellos, la intimidad repentina que sus palabras habían generado. Él carraspeó.

—Y yo siento haberlo pagado contigo. Los dos estábamos preocupadísimos por la colección, y bajo mucha presión. Pero estuvo fuera de lugar. Lo siento.

—¿Podemos ser amigos?

Ella lo miró de reojo.

—Me encantaría.

Al oírlo Sadie notó como se quitaba un peso de encima con el que

ni siquiera sabía que estaba cargando. Qué estupidez no haber tenido aquella conversación en enero, pero estaba aprendiendo. Aprendiendo a hablar claro, a expresar lo que pensaba sin miedo a estar equivocada o quedar en ridículo. A ocupar el espacio que merecía sin pedir perdón.

En el sótano el señor Babenko aceptó el proyecto con un entusiasmo comedido, y buscó un par de pinzas con las puntas de goma que no desgarraran el papel.

—¿Te imaginas que no es más que una lista de la compra antigua? —bromeó Claude.

—Pues no me extrañaría —contestó Sadie—. Laura Lyons, genio y figura.

El señor Babenko extrajo el papel y, mientras Sadie contenía el aliento, lo desenrolló cuidadosamente y colocó pesos en las cuatro esquinas para mantenerlo liso. El papel había amarilleado, pero no estaba en mal estado, y Sadie reconoció la firma de Laura Lyons en la parte inferior. No era la lista de la compra.

La nota estaba repleta de una caligrafía minúscula, y fechada poco antes de la muerte de Laura.

> Un valioso libro de Poe descansa en un montaplatos oscuro e inutilizado del apartamento del superintendente en la Biblioteca Pública de Nueva York. A pesar de que mi marido asumió la culpa antes de suicidarse, el verdadero ladrón fue mi hijo. Haré todo lo que esté en mi mano para protegerlo, así que, mientras mi niño siga vivo, seré una tumba. No obstante, no puedo soportar la idea de que acabe perdiéndose para siempre, y escribo esta nota para intentar redimir parte de la terrible culpa que me produce guardar un secreto así. Es algo que me carcome por dentro. Espero que algún día la verdad salga a la luz y el libro pueda rescatarse.

Así que el culpable de los robos en 1913 y 1914 fue el hijo de Laura Lyons —Harry, el tío de Sadie—, y no su abuelo. En la nota Laura contaba que todo había empezado después de que Harry quemara el manuscrito de su padre, un libro que había estado escribiendo durante años, pero que, en definitiva, todo era culpa suya, que habían sido sus propias acciones las que habían desencadenado un alud de tragedias.

El libro quemado. No era un manuscrito único, sino una obra que no se había llegado a publicar.

«Mientras mi niño siga vivo, seré una tumba», había escrito Laura.

Pero Harry, el tío de Sadie, había muerto de fiebre tifoidea durante la adolescencia. O al menos eso era lo que Pearl les había contado a Sadie y a Lonnie. ¿O acaso Laura había engañado a su hija antes de mudarse a otro continente? A Sadie le daba vueltas la cabeza.

—Tenemos que incluirla en la exposición —sugirió Claude—. ¿Vamos tarde?

—Vamos clarísimamente tarde para el catálogo —respondió Sadie.

—¿Y si añadimos un encarte, como en los carteles de las obras de teatro cuando hay un suplente?

Sadie chasqueó los dedos.

—Es una idea brillante. Súbelo y guárdalo bajo llave en la vitrina. Cuando vuelva, me pongo con el texto del encarte.

—¿Adónde vas?

—A buscar respuestas.

La inauguración de la exposición fue todo un éxito, que vino acompañado de críticas brillantes en todos los diarios nacionales e incluso un segmento en el programa *60 Minutes*, donde Sadie habló de la importancia de los libros y, con el permiso del doctor Hooper, contó la historia de los robos y su vínculo personal con Laura Lyons. Era una historia jugosa, tanto que ni siquiera al doctor Hooper le importó que todo aquello saliera a la luz, no después de ver las colas que se formaban en la puerta para entrar en la exposición día tras día, y con los nuevos donantes que se ofrecían a dar su apoyo a la colección cada semana. Sadie le explicó a la periodista Lesley Stahl que en cierto modo el robo había conseguido que los libros cobraran vida, que se hablara de ellos en lugar de seguir siendo archivos históricos inanimados. A Stahl parecía haberle encantado la teoría.

Durante la recepción de la noche de la inauguración Sadie decidió descansar de las felicitaciones de sus colegas y se retiró a un rincón a observar a la multitud. En el centro de la sala el doctor Hooper estaba guiando a varios miembros de la junta a través de la exposición, mientras que, cerca, Lonnie, LuAnn y Valentina contemplaban absortos la vitrina que contenía el bastón de Laura Lyons, y al mismo tiempo Lonnie le contaba animadamente la historia del escondite a Valentina, que tenía los ojos como platos.

—Buenas noches.

Al volverse vio a Nick en la entrada con dos copas de champán en las manos. Iba vestido con un traje negro y una corbata azul marino a conjunto con sus ojos.

—¿Damos una vuelta?

Sadie lo siguió hasta el pasillo, donde los camareros llevaban bandejas de comida a los invitados que habían ido llegando a la McGraw Rotunda.

Nick le dio una de las copas y señaló el mural del techo.

—¿Quién es el tipo de la bengala?

—Prometeo. Le robó el fuego a Zeus para dárselo a la humanidad.

—Ya hay que ser valiente.

—Zeus no opinaba lo mismo. Lo castigó a lo grande. Lo encadenó a una roca y le ordenó a un ave que le comiera el hígado. A ese nivel.

Nick se estremeció.

—Me alegro de que el pintor decidiera saltarse esa parte de la historia. No sé si podría digerirlo.

—Es probable que tampoco hubiera convencido a los visitantes de la biblioteca. No es exactamente el mensaje que queremos transmitir.

—Aunque quizá disuadiría a futuros ladrones de libros.

—*Touchée.*

Nick inclinó la cabeza hacia la sala de la exposición.

—Antes me he cruzado al doctor Hooper y estaba prácticamente levitando, no cabía en sí de entusiasmo. Lo has conseguido, Sadie.

—Ha sido un esfuerzo en equipo. Tú incluido, por supuesto.

Se miraron fijamente y ninguno de los dos apartó la mirada.

Sadie analizó sus posibilidades. Podía darle evasivas, igual que había hecho con Claude, y evitar posibles daños. O podía lanzarse a la piscina e ir tras él y dejar que él fuera tras ella, y posiblemente acabar herida y traicionada. Laura Lyons había corrido el riesgo de estar con Amelia Potter. Después de perder mucho más de lo que Sadie había perdido, había sido capaz de abrirse y volver a amar. Sadie estaba convencida de que ella también podría. Tenía su futuro en sus manos; era un libro aún por escribir. Dependía únicamente de ella decidir cómo llenar las páginas.

—Sadie, mañana por la noche, en el Village Vanguard, hay un...

—Sí. Me encantaría.

Él soltó una carcajada.

—¿No quieres saber lo que es?

—Sea lo que sea, habrá música y estarás tú. Es una combinación ganadora.

—Somos una combinación ganadora, Sadie. No lo olvides nunca. —El rostro se le iluminó como a un niño, y a Sadie se le ensanchó el corazón. Deseó tener una cámara a mano para capturar su expresión. Nick se acercó a ella—. Te prometo que nos lo pasaremos bien. Por cierto, ¿cómo va la investigación sobre el pasado de Robin?

Ella le describió, sin entrar en detalles, su búsqueda para descubrir el vínculo de Robin con la biblioteca, pero por el momento no estaba preparada para revelarle nada más. Lo pondría al día cuando encontrara la prueba que estaba buscando.

—Estoy a punto, estoy segura.

Justo en ese instante el doctor Hooper y el resto de los invitados ocuparon la rotonda y alguien golpeó una copa de champán con una cuchara. Sadie y Nick estaban muy cerca, los brazos rozándose, cuando los discursos comenzaron.

Permitieron que Sadie hablara antes de la sentencia de Robin, aunque los abogados predecían que tendrían que esperar entre treinta y treinta y siete meses teniendo en cuenta el tipo de delito.

—No estés nerviosa, lo harás genial —le susurró Nick cuando tomaron asiento en la sala del tribunal.

La había acompañado en parte para ofrecerle su apoyo, pero también como guardia de seguridad para proteger la caja que Sadie tenía en el regazo, aunque hubiera espacio más que de sobra en el banco. Esta vez no estaba dispuesta a correr ningún riesgo.

Los dos levantaron la mirada cuando Robin entró en la sala con un traje gris apagado. Le había crecido el pelo, y unos largos mechones le ocultaban parcialmente el rostro.

—En pie.

El juez Kiernan entró por la puerta que había tras el estrado, tomó asiento e hizo un gesto al secretario para que procediera. El primero en hablar fue el fiscal, seguido de los abogados de Robin, y finalmente el juez pronunció el nombre de Sadie.

Se aferró a la caja gris como si fuera un salvavidas, y fulminó a Robin con una mirada tan intensa que no oyó la pregunta del juez.

—¿Señora Donovan?

—Sí, disculpe. Vengo a pedir una desviación ascendente.

Había sido el fiscal quien le había ofrecido el término, que significaba pedirle al tribunal que valorara una sentencia más dura de lo normal. Parece algo más propio de la física que de una condena criminal.

—Adelante.

—A pesar de que pudieron recuperarse todos los objetos robados, no puedo evitar pensar que es importante enviar un mensaje a todos los ladrones que quizá estén valorando algo similar.

—La sentencia se decide a partir del valor de los objetos robados. ¿Cree que es un enfoque erróneo? —preguntó el juez.

—El problema de ese enfoque es que el valor de un libro singular es imperfecto, fluctúa. Hablamos de objetos con años de antigüedad, siglos, y nuestras perspectivas cambian con el paso del tiempo. Por ejemplo, los registros de ventas de esclavos se consideraban documentos superfluos cien años atrás. Hoy son piezas únicas de una época que debemos analizar, estudiar con una visión renovada. Su valor ha aumentado porque la idea que tiene la sociedad de ellos, y la historia que describen, ha evolucionado.

»Lo que la señora Larkin robó no eran solo un puñado de páginas con un precio concreto, sino fragmentos de la historia y la cultura de Occidente que tienen un impacto capital en la investigación académica. La pérdida de estos objetos va en detrimento de toda la humanidad y la civilización.

Miró de reojo a Nick, quien había esbozado un gesto sombrío. Puede que se hubiera pasado con la última hipérbole, pero al volverse hacia el juez vio que estaba inclinado hacia delante, atento.

—Continúe, señora Donovan.

—Una solución sería guardarlos permanentemente bajo llave, para impedir que personas como la señora Larkin los robaran. Pero dependemos de la accesibilidad a estos documentos para que puedan florecer nuevas formas de pensar. Eso significa que los contenidos de la biblioteca deben estar disponibles para las buenas personas que quieran consultarlos y usarlos para hacer avanzar los conocimientos y las investigaciones. Por mucha protección que necesiten, no podemos

esconderlos. —Hizo una pausa—. ¿Puedo mostrarle algo?

El secretario hizo un gesto para que Sadie dejara la caja sobre la mesa que había frente al estrado del juez. Sadie sacó un par de guantes blancos del bolso y se los puso con una actitud extravagante —idea de Claude, y muy astuta—, antes de destapar la caja y alzar el *Folio*. Poco a poco lo abrió por la página de título.

—No lo veo desde aquí, deje que me acerque.

El juez se plantó a su lado unos instantes más tarde. Sadie señaló la página cortada, y explicó que el libro no volvería a ser el mismo y que la página del título corría un gran riesgo después de que la hubiera separado del lugar que le correspondía en la encuadernación.

Acto seguido extrajo el diario de Woolf y lo abrió por la última entrada.

—Este desgarro no estaba antes de que se lo llevaran. Las páginas son delicadas, y no pueden manosearse de cualquier manera. Con el tiempo es posible que perdamos toda esta sección.

El juez negó con la cabeza.

—Esto es lo último que escribió, ¿verdad?

—Eso creemos, sí.

—Gracias por la información, señora Donovan.

Tenía mucho más que decir, pero regresó a su asiento. El tribunal hizo una pausa y, después de comer, volvieron a reunirse. Sadie estaba tan nerviosa que no fue capaz de probar bocado.

El juez se aclaró la garganta.

—La sección 5K2.0 del código penal permite una desviación siempre que existan circunstancias agravantes o atenuantes que la Comisión de Sentencias no tuviera debidamente en cuenta a la hora de redactar las directrices. Las pérdidas materiales que ha provocado Robin Larkin son, en efecto, un factor agravante. Por tanto, la desviación ascendente es pertinente. De hecho, el proceso justifica directamente esa conclusión.

La sala prorrumpió en vítores, pero el secretario pidió orden para que el juez pudiera continuar.

—Robin Larkin, se la condena a cinco años de prisión, tres años de libertad condicional y trescientos días de servicios comunitarios en un programa de alfabetización para personas adultas, y se la obliga a pagar una indemnización completa a la Biblioteca Pública de Nueva York.

Nick se apretó contra Sadie.

—Enhorabuena.

—Lo hemos conseguido.

Robin no se había movido de su asiento, pero sí había girado la cabeza en su dirección. Sadie esperaba que torciera el gesto o la fulminara con la mirada, pero no lo hizo, no del todo. En su lugar, dirigió la mirada más allá de Sadie con una expresión distante en el rostro.

Qué extraño.

Los funcionarios judiciales se la llevaron y, después de que el juez se marchara, los asistentes comenzaron a abandonar la sala. Sadie se dio la vuelta. ¿A quién había estado mirando Robin?

En la última fila, sentado entre varios periodistas, había un anciano con una densa barba gris y unos anteojos redondos, como si procediera de otra época. El resto de la sala bullía ante sus ojos, pero aquel hombre permanecía inmóvil en el centro de su visión.

Le dio las cajas a Nick y quedó con él en la biblioteca.

—No te las dejes en el taxi, por favor.

—Le dijo la sartén al cazo. —Le dio un beso de despedida—. Te aseguro que volverán sanos y salvos. Se los entregaré directamente a Claude.

Cuando se hubo marchado, Sadie se aproximó al anciano despacio, con cuidado, como si pudiera llegar a esfumarse en una nube de humo.

—Has venido.

Le examinó el rostro. Tenía la piel manchada y los párpados caídos, y, con todo, sus siluetas coincidían; compartían las mismas nariz y barbilla.

Él levantó la mirada para contemplarla; el cuerpo le temblaba ligeramente.

—Menudo discurso has dado ahí arriba. Verte ha sido... —hizo una pausa— sorprendente.

—Gracias, tío Harry.

Se quedaron mirándose fijamente unos instantes, sin saber qué decir o hacer. Sadie estaba fascinada y aterrorizada a partes iguales. Lo había encontrado.

—Te pareces muchísimo a mi madre —dijo él.

—Mi madre también me lo decía. Las pocas veces que habló de

ella.

La voz se le quebró.

—Ay, nuestra queridísima Pearl. Gracias por informarme de su fallecimiento. —Sadie se sentó a su lado y los dos se sumieron en el silencio durante unos segundos, hasta que él le cogió la mano con una fuerza sorprendente—. Espero que al final pudiera irse en paz.

—Sí, de verdad. Siento que lo hayas tenido que leer en una carta.

Sadie había enviado una carta a una librería remota en las Berkshires del oeste de Massachusetts, sin saber si era realmente lo más sensato. Había incluido su número de teléfono y, desde entonces, todas las noches había comprobado con inquietud el buzón de voz, siempre en vano. A lo largo de los últimos días había decidido que, si no tenía noticias de él pronto, convencería a Nick para ir hasta allí en coche y presentarse en persona. Pero al final no había sido necesario.

—¿Cómo supiste dónde buscarme? —preguntó él.

Sadie le contó lo de la nota oculta de Laura, que insinuaba que Harry seguía vivo en el momento de la muerte de su madre.

—Según lo que comenta Laura, tú eras la única otra parte implicada que sabía lo de los montaplatos. Tenías que ser el vínculo con Robin. Intenté localizar a algún Harold Lyons, pero es un nombre muy común, y no fui capaz de seguirte la pista. Y tampoco habría servido de nada porque creo que te lo cambiaste.

—Correcto. A Merrill. Cuando me marché de la ciudad necesitaba empezar de cero.

—Y la respuesta me llegó cuando pedí el nombre de la librería en la que había trabajado Robin de adolescente. Me llamó la atención.

Harry sonrió.

—Lion Books. Supongo que no pude evitar conservar algún vestigio de mi linaje.

Encontrar al hermano desaparecido de Pearl después de haberla perdido tan recientemente a Sadie le partía el corazón. La alegría que sentía de que aún siguiera vivo contrastaba con las décadas que había estado aislado, por voluntad propia, algo que Sadie era incapaz de comprender. Después de todo lo que habían sufrido su madre y su hermana, ¿no había pensado en retomar el contacto? Sadie no podía imaginarse abandonando a Lonnie, LuAnn y Valentina.

—¿Por qué has estado tanto tiempo fuera? —le preguntó al fin.

Cuando la sala del tribunal se vació, el anciano habló de bandas y

libros robados, de una ciudad radicalmente distinta a la que conocían hoy día.

—Al principio me daba demasiado miedo volver a casa, y cuando tomé conciencia de que debía afrontar lo que había hecho, Paddy el Rojo, el líder de la banda, amenazó con hacerle daño a mi familia si dejaba de robar libros para él. Era un chaval carismático y peligroso, que me acogió bajo su ala y luego me contó mentiras para tenerme controlado. No soportaba que aquello hubiera destrozado la familia, que no pudiera enmendar mis errores, no tuve opción. El mundo es un lugar gigantesco cuando no eres más que un crío, y no tenía ningún tipo de perspectiva sobre lo que era cierto y lo que no. Solo veía peligro, y no supe encontrar la salida. Después de enterarme de que mi padre se había suicidado, ya no podía volver con la familia. Jamás me olvidaré de la expresión de mi madre. Estaban mejor sin mí. No podía volver.

Sadie lo observaba sin saber qué decir o hacer, mientras él se iba secando los ojos con un pañuelo.

—¿Cómo conseguiste escapar al final? —le preguntó al fin.

—En un momento dado, unos años más tarde, la policía hizo una redada en nuestro escondite y nos dispersamos. Sabía que quizá fuera mi única oportunidad, así que hice autoestop para marcharme de la ciudad. El camión iba al norte, y a mí ya me iba bien cualquier sitio donde no pudieran encontrarme. Lo que conocía eran los libros, así que acepté un trabajo en una librería, y allí trabajé como ayudante hasta que el propietario murió y me hice cargo de la tienda.

—Y en todo ese tiempo ¿no pensaste en ponerte en contacto con la familia?

Harry se estremeció.

—No. La vergüenza me comía por dentro. Había leído que mi madre tenía una carrera literaria incipiente en Londres, y me alegré por ella. Una vez, años más tarde, estuve en Nueva York por una convención de librerías y busqué a Pearl en el listín telefónico, e incluso fui a su casa. La vi marcharse contigo. Os vi felices, a salvo. Y a mí ya me bastaba. No quería molestaros. Supuse que Pearl me odiaría.

»Intenté compensar lo que había hecho contratando a adolescentes en riesgo de exclusión en la tienda. A la mayoría no le interesaba los libros, pero Robin era diferente. —El tono delicado y

fiel con que había pronunciado su nombre sugería que sentía una cierta debilidad por la chica—. Había tenido una infancia terrible, y desde pequeña se había refugiado en los libros. Decía que la habían ayudado a conservar la cordura. Un día estaba triste y echaba de menos a su hermana, y yo acabé echando de menos a la mía, así que empecé a contarle historias sobre lo que significaba vivir en una biblioteca enorme, donde jugábamos a béisbol en las salas más grandes usando libros como bases hasta que nos pillaban y nos gritaban, de los ascensores secretos que te llevaban a lugares lejanos. Robin no me creyó, así que le enseñé un artículo viejo que habían escrito sobre la vida de la familia y que poco antes había desenterrado de la biblioteca local.

»Conectamos, ¿sabes? Robin se sentía culpable de que su hermana viviera en otra ciudad con otra familia, que se hubieran separado, y yo le dije que la entendía, que yo también había perdido a una hermana. Estoy seguro de que parte del rencor que yo sentía se filtraba en nuestras conversaciones, el rencor de que Pearl y mi madre me hubieran dejado aquí cuando se fueron a Inglaterra, el rencor de que Pearl nunca intentara buscarme cuando regresó. Todas las noches, cuando cerrábamos la tienda, Robin me pedía más historias, y, no sé por qué, pero al volver a contarlas ese rencor se iba difuminando. Me di cuenta de que yo también podría haberme puesto en contacto con ella, y que había decidido no hacerlo. —Miró de reojo la mesa vacía de la defensa—. Un día fui lo bastante idiota como para hablarle a Robin del *Tamerlán.* Le dije que no habían llegado a recuperarlo y que probablemente estuviera en manos de mi hermana, Pearl.

Y en ese momento Robin emprendió la búsqueda. Pearl había recuperado su apellido de soltera después del segundo marido; Sadie recordaba haberla oído decir que su madre se había puesto contentísima. Con la información que aparecía en el artículo del periódico apenas le habría costado buscar la dirección de Pearl Lyons en el listín telefónico, igual que Harry, y comenzar a vigilar a la familia.

—Robin era una buena chica al principio —continuó Harry—. Más lista que el hambre, con ansias de conocimiento. Shakespeare la volvía loca, y yo le leía sonetos en voz alta, como mi madre había hecho conmigo.

Sadie pensó en la página del *Folio.* Era evidente que había sido

algo sentimental. Pero Sadie no sentía empatía alguna por la mujer que había puesto a Valentina en peligro.

—Nadie obligó a Robin a robar; fue elección suya.

Harry permaneció en silencio, como si las historias lo hubieran dejado sin palabras. Cuando por fin volvió a hablar su voz era un susurro lastimero.

—No puedo evitar pensar que, al contarle esas historias, le trasladé mi sufrimiento a Robin, que también se sentía olvidada, y en ella se pudrió y se convirtió en algo terrible. Los dos somos culpables. Deberían encerrarme a mí, y no a ella.

Sadie permaneció inmóvil unos instantes, perdida en su propio dolor. Finalmente lo rodeó con el brazo. Por extraño que pareciera, estaba más dispuesta a perdonar a su tío que a Robin, a pesar de que los dos hubieran cometido actos atroces. Con todo, Harry había intentado expiar sus pecados promoviendo el amor por la lectura en clientes y niños con circunstancias complicadas, mientras que Robin había permitido que la lectura la hiciera feliz para luego embarcarse en una ola de crímenes que les arrebataría ese placer a otras personas. Los dos habían tomado sus propias decisiones. Ninguno podía eludir los reproches.

A Harry se le arrugó el rostro.

—Me culpo de todo lo que ha pasado. De todo.

—Eras un niño.

Sadie no podía creer que estuviera consolando al primer ladrón de libros de la biblioteca. Pero era verdad. A diferencia de Robin, Harry no era más que un crío.

—Ha sido todo un absoluto desastre. —Le dio un golpecito en la mano a Sadie—. Pero qué maravilla de sobrina tengo. Dime, ¿cómo va la exposición?

—Bastante bien.

De hecho, hacía apenas unos días que la habían nombrado comisaria permanente, y Nick y ella lo habían celebrado con una noche en la ópera, que había continuado delante de la fuente del Lincoln Center con un beso largo y espectacular.

—Lo siento mucho. Me parte el alma que estos libros hayan acabado dañados. Me he pasado la vida intentando compensar lo que hice en su momento, pero no ha servido de nada.

—Te equivocas. Este caso ha sido importante. El juez ha tomado

posición, y esto tendrá implicaciones en los posibles robos de libros que haya en el futuro. Ha costado, pero al final hemos marcado una gran diferencia.

Él asintió, pero siguió con el semblante abatido.

La ira acumulada que Sadie había reprimido desde el primer robo comenzaba al fin a disiparse, a medida que los secretos de varias generaciones de la familia Lyons se desplegaban como la cinta de una máquina de escribir.

—Tío Harry, ¿has vuelto a la biblioteca desde entonces?

Él negó con la cabeza.

—No. No habría podido soportarlo.

—Puede que haya llegado el momento. Ya que estás en la ciudad, me encantaría que vinieras a visitar la exposición. Podría hacerte una visita privada. Sé que a mi hermano Lonnie y a su mujer e hija les encantaría conocerte también.

—¿Estás segura?

La voz le temblaba, dominada por la esperanza.

—Segurísima. Eres el familiar que siempre nos había faltado, el vínculo que he estado buscando entre mi madre y mi abuela. Hay tantas cosas que quiero saber... Si te parece bien, claro. Todas las historias que nunca me han contado. ¿Las compartirás con nosotros, con Lonnie y conmigo? ¿Mañana a las cuatro, por ejemplo?

—Cuenta conmigo, por supuesto. Será un honor. Mañana a las cuatro, pues.

Sadie se puso en pie, reacia a separarse de aquel hombre. Impaciente por descubrir mucho más en los próximos días.

Y, a pesar de todo, había preguntas que seguían sin respuesta. ¿Qué habría sentido Laura Lyons al dejar a su hijo atrás, al marcharse a otro país y empezar una nueva vida? La nota apenas ofrecía un fragmento de sus experiencias, de una angustia y un dolor que palpitaban detrás de cada una de las palabras, de las frases escogidas cuidadosamente. Era un documento fundamental de la historia de la literatura, que habían recuperado y puesto a salvo entre los muros de la biblioteca. Y también era un fragmento fundamental de la historia personal de Sadie. Daba las gracias por estar por fin conociendo a su extraordinaria abuela, quien había asumido riesgos y luchado por lo que le importaba, a pesar de que la sociedad no lo aprobara. Tal vez Sadie no hubiera tenido que superar tantos obstáculos, pero se

enorgullecía al pensar que sí había superado el miedo, y que estaba siguiendo los pasos de su abuela.

Igual que Laura, Sadie estaba entregada a su trabajo. Y, también igual que Laura, había conocido y se había enamorado de alguien tan apasionado con su carrera profesional como ella. Tras la incertidumbre de los últimos meses, Sadie por fin se había liberado. Era libre de amar a aquel hombre apuesto y fornido que se había acercado a ella en la Sala Principal de Lectura tantos meses atrás, y libre de continuar como comisaria, protectora y adalid de la Colección Berg. Se miró el reloj.

Había llegado el momento de dirigirse al norte de la ciudad, de vuelta a la biblioteca, de vuelta a su hogar.

Nota de la autora

Por mucho que disfrute de la historia de todos los edificios sobre los que escribo, las historias y los personajes son ficticios, y, especialmente en este libro, me tomo grandes libertades con los procedimientos de seguridad y políticas organizativas de la Biblioteca Pública de Nueva York. Durante más de cien años esta queridísima meca de la literatura ha sido el pilar de apoyo de mi ciudad y un refugio para sus residentes, y no puedo llegar a expresar con palabras lo agradecida que me siento. Sin embargo, el apartamento de siete habitaciones de la biblioteca sí existió, y durante tres décadas fue el hogar del superintendente de la biblioteca, John H. Fedeler sénior, de su mujer y de sus tres hijos. La familia sobre la que escribo en este libro surge de mi imaginación, no de los registros históricos.

Son muchos los libros que me han ayudado a documentarme: *The New York Public Library: The Architecture and Decoration of the Stephen A. Schwarzman Building*, de Henry Hope Reed y Francis Morrone; *Pulitzer's School: Columbia University's School of Journalism, 1903-2003*, de James Boylan; *American Moderns: Bohemian New York and the Creation of a New Century*, de Christine Stansell; *The Book Thief* y *Thieves of Book Row*, ambos de Travis McDade; *Fighting for Life*, de S. Josephine Baker; *Radical Feminists of Heterodoxy*, de Judith Schwarz; *Brothers: The Origins of the Henry W. and Albert A. Berg Collection*, de Lola L. Szladits; *Top Cats: The Life and Times of the New York Public Library Lions*, de Susan G. Larkin; *The Story Collector*, de Kristin O'Donnell Tubb, y *El despertar*, de Kate Chopin. Para la obra *Sobrevivir a la soltería* me inspiré en *Vivir sola*, de Marjorie Hillis (no he podido resistirme a incluir dos de sus absolutamente perfectos títulos de capítulo, «Elegancia solitaria» y «Los placeres de una cama individual»), y el artículo de Inez Haynes Gillmore mencionado en la novela se publicó en el número de abril de 1912 de la revista *Harper's Bazaar*. Si te interesa el asalto a la biblioteca de la Universidad de Columbia que ha inspirado mi historia, te recomiendo el artículo

«Picking Up the Pieces», de Jean W. Ashton, publicado en *The Strategic Stewardship of Cultural Resources: To Preserve and Protect*, editado por Andrea T. Merrill.

Agradecimientos

Gracias a Stefanie Lieberman por sus entusiastas ideas y apoyo, y a Stephanie Kelly por sus ingeniosas capacidades de corrección; no tengo palabras para expresar lo mucho que significa para mí teneros a mi lado. Gracias a Kathleen Carter, John Parsley, Christine Ball, Amanda Walker, Alice Dalrymple, Becky Odell, Stephanie Cooper, Natalie Church, Christopher Lin, Lexy Cassola, Nikki Terry, Liz Van Hoose, Adam Hobbins y Molly Steinblatt.

También querría dar las gracias a todas las personas que han compartido conmigo sus conocimientos mientras me documentaba y escribía este libro, como Jean Ashton, Andrew Alpern, Francis Morrone, Hope Tarr, Kristin O'Donnell Tubb, George Bixby y Marion y Sue Panzer. De la Biblioteca Pública de Nueva York, estoy en deuda con Melanie Locay, Matthew Kirby, Carolyn Vega y Keith Glutting. Greg Wands, no sabes cuánto agradezco tu amor, consejos y ánimos.

Y, por último, un tremendo reconocimiento a mi familia y amigos, así como a mis colegas escritores y lectores, por hacer que este viaje sea tan maravilloso.

Los secretos de la biblioteca de la Quinta Avenida
Fiona Davis

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Lions of Fith Avenue*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la portada: © Inge Johnsson / Alamy Stock / ACI

© Fiona Davis, 2020
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.
Pulicado de acuerdo con Dutton, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random Gouse LLC.

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-670-6738-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

RICHARD OSMAN

EL MISTERIO DE LA BALA PERDIDA

Nada les gusta más que una buena taza de té
y un asesinato por resolver

ESPASA

El misterio de la bala perdida

Osman, Richard

9788467067422

448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Más de 5.000.000 lectores ya forman parte de El Club del Crimen de los Jueves

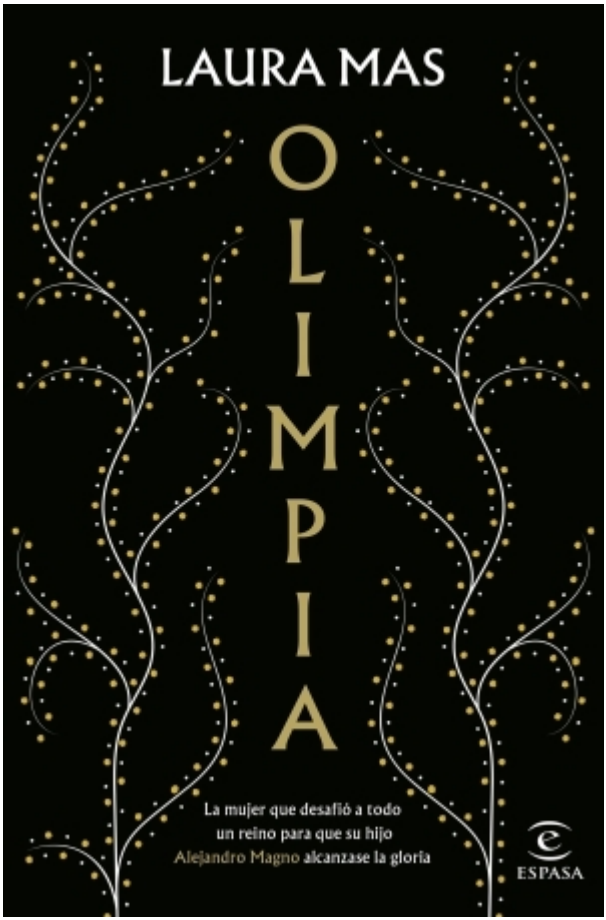
Es otro jueves cualquiera. Excepto que los problemas nunca andan lejos si la pandilla del Club del Crimen de Los Jueves está metida en el ajo. Una leyenda de las noticias locales, a la caza de un titular jugoso, visitará Coopers Chase y pronto nuestro cuarteto de octogenarios andará tras la pista de dos asesinatos sin resolver. Por si fuera poco, un nuevo enemigo pondrá a Elizabeth entre la espada y la pared al encargarle una misión letal: matar o morir.

Mientras Elizabeth lidia con su conciencia (y una pistola), la pandilla hará lo posible por resolver el misterio a tiempo. Pero, ¿podrán atrapar al culpable y salvar a Elizabeth antes de que el asesino vuelva a atacar?

No subestimes el talento de un grupo de abuelos

«Entretenidísimo y divertido» | «Me recuerda a Agatha Christie» | «Ingenioso»

Cómpralo y empieza a leer


LAURA MAS
OLIMPIA
La mujer que desafió a todo
un reino para que su hijo
Alejandro Magno alcanzase la gloria
ESPASA

Olimpia

Mas, Laura

9788467067040

336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Macedonia, año 357 a.C. La joven princesa de Epiro, Mírtale, se instala en el palacio de Pela tras su matrimonio con Filipo, rey de Macedonia. Ambos han sellado una alianza inmejorable entre sus respectivos reinos, pero pronto Mírtale hallará obstáculos para adaptarse a una corte en la que debe convivir con el resto de mujeres de Filipo. Además, su afición por las serpientes generará el rechazo de algunos aristócratas y nobles, incluido el de su propio esposo.

Un año más tarde, Mírtale dará a luz a un niño y cambiará su nombre por el de Olimpia, iniciando así una etapa en la que su máxima prioridad será la supervivencia de su dinastía. Ambiciosa e inconformista, Olimpia sorteará todas las dificultades que se le presenten y desafiará a todo aquel que ponga en peligro sus intereses.

A partir de lo poco que se conoce de esta mujer fascinante, Laura Mas construye una novela en la que da voz a Olimpia, quien nos explicará en primera persona su propia historia: durante años, tratará de hacerse un hueco en una corte en la que florecían las intrigas y las luchas de poder. Avalada por su fuerte carácter, su clara inteligencia y, sobre todo, por la autoridad que le daba ser madre de Alejandro, la reina luchará contra todo y contra todos para colocar a su hijo en el trono.

*Olimpi*a es el retrato de una mujer que traspasó los roles de género de su época para alzar su dinastía a la gloria. Temida por sus contemporáneos y denostada por la Historia, fue la verdadera responsable de que Alejandro Magno reinase en Macedonia.

Cómpralo y empieza a leer

MAGALLANES
Felipe Fernández-Armesto
Más allá del mito
ESPASA

Magallanes

Fernández-Armesto, Felipe

9788467067798

512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Traidor, ambicioso, fracasado, capaz de ignorar los tratados internacionales o de invadir los derechos de circunnavegación del cabo de Buena Esperanza que Portugal poseía en exclusiva…

Fernando de Magallanes ha sido aclamado durante siglos como un héroe, sin embargo, el reconocido historiador Felipe Fernández-Armesto, en una deslumbrante investigación, nos muestra a un Magallanes sorprendente: un hombre en el que el orgullo devino en arrogancia, en el que su audacia se volvió temeridad y en el que la determinación se convirtió en crueldad…

Una biografía fascinante, rica en descripciones y repleta de anécdotas que sorprenderá al lector.

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

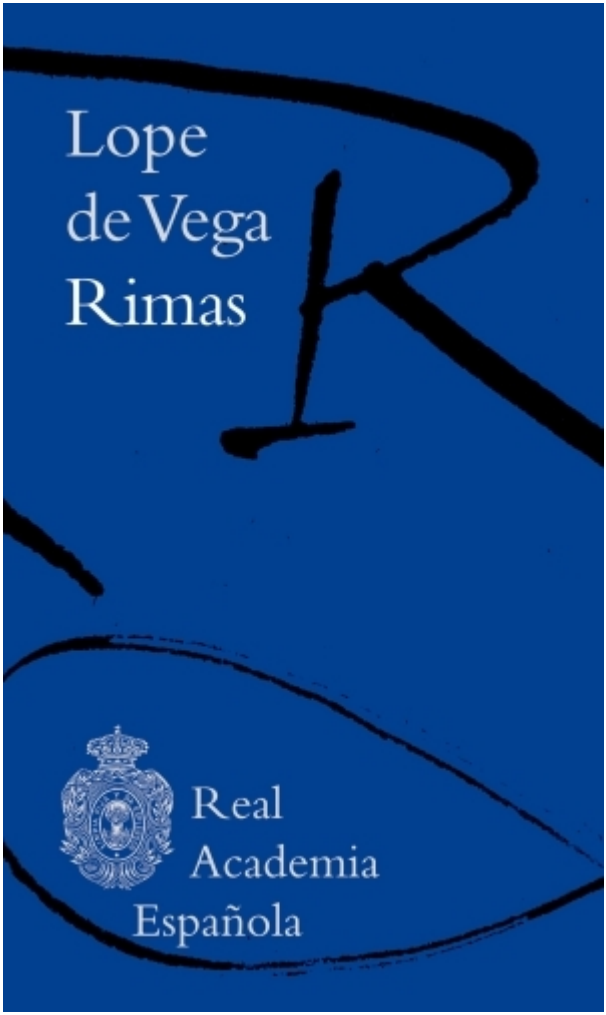
Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer

Lope de Vega
Rimas



Rimas

Lope de Vega, Félix

9788467067781

1328 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El volumen 49 de la BCRAE presenta la apuesta poética más importante del Lope de plenitud, el de los cuarenta años: las *Rimas* (1604), un cancionero petrarquista adaptado sus propios gustos, usos y necesidades, con el que quiere presentarse como el primer poeta lírico del país, legítimo sucesor de Garcilaso.

La colección exhibe un magistral dominio del verso y de los distintos subgéneros de la lírica culta, del soneto a la égloga, de la silva a la elegía, pasando por la epístola o el epitafio, siempre con un trasfondo de verdad vivida, que sitúa a la voz autorial en el centro de la empresa poética.

La edición que presentamos respeta la integridad del cancionero y lo edita a partir de la impresión de 1609, la última con revisiones sustanciales del propio autor, en la que incluye el célebre *Arte nuevo de hacer comedias de este tiempo*.

Cómpralo y empieza a leer